



VICTORIA MAGNO

# ESTEFANÍA

EL ARREBATO DE UNA PASIÓN

B

# ESTEFANÍA. EL ARREBATO DE UNA PASIÓN

*Londres, 1884*

*Estefanía es una niña hermosa que vive felizmente junto a su padre en la gran mansión Campbell. Sin embargo, la felicidad no es eterna y ella lo descubre cuando él muere dejándola a cargo de su malvada tía Jacinta, quien se apodera de su herencia despojándola de todo cuanto posee en la vida.*

*Al mismo tiempo Anthony, el engreído y lujurioso conde de Woodruff, pretende robar el corazón de Estefanía pase lo que pase aunque de ello dependa su honor... pero no todo es lo que parece: dentro del corazón de Anthony surge algo que él ignora, algo que el amor modifica y ella percibe... ¿lograrán la manera de estar juntos aunque sus mundos sean distintos? ¿Estefanía recuperará su fortuna y su honor aunque todo parezca ir en su contra?*

*Romance, intriga y erotismo revelan una historia apasionante en un Londres donde el dinero no importa tanto como el amor que surge entre los personajes.*

Autor: Victoria Magno

©2012, Ediciones B

ISBN: 9786074803488

VICTORIA MAGNO

**ESTEFANÍA**

**EL ARREBATO DE UNA PASIÓN**

# Autor



VICTORIA MAGNO nació en Santiago de Chile y a los nueve años se mudó junto con su familia a México, donde reside en la actualidad con sus hijas, su marido y sus dos perros.

Su corazón está dividido entre las dos patrias a las que pertenece por igual, a pesar de ser tan distintas entre si, lo que a su juicio le ha otorgado un valioso modo de ver el mundo, compartir la riqueza de sus culturas y adoptar una mente abierta.

Desde pequeña sintió el impulso por escribir y esto se convirtió en su más grande pasión, acompañado por el dibujo y la lectura. Ha tomado diversos cursos y talleres de escritura y literatura, pero considera su amor por la lectura su más grande maestra.

Como madre de una niña con autismo, una de sus metas es difundir información sobre este trastorno, cada día más común entre los niños. Para ello se ha propuesto integrar en cada una de sus historias un personaje con autismo o con alguna discapacidad. Su idea es que esto ayude a luchar contra la discriminación y la ignorancia a las que se enfrentan todos los días las familias de niños especiales.

# AGRADECIMIENTOS

Muchísimas gracias a todos aquellos, ustedes saben quiénes son, que siempre han estado ahí para mí, apoyándome, regañándome, aplaudiéndome y corrigiéndome, pero siempre impulsándome a seguir adelante.

Gracias a mi familia, hermanos, primos, tíos, amigos y en especial a todos aquellos que han dedicado un poquito de su tiempo para leer mis palabras. Espero seguir llegando a sus corazones y dejar una pequeña huella gratificante en su alma.

Gracias Marianita, Sofi, Christian, papá, mamá, Ximena, Roberto, Tomás y Pancho.

A todas las personas de Ediciones B que intervinieron con la edición de este libro, mi más grande agradecimiento por su trabajo, ayuda y por confiar en mí para la publicación de esta novela.

Gracias a mi hermana Inma, a mi madrina Pili, a sus familias, a Vivi, Moni, Marra, Ana, a mis suegros, mis cuñados y a todos los amigos; me encantaría poner todos sus nombres, pero ustedes saben quiénes son en México, Chile, España y donde se encuentren en el mundo.

Sin ustedes, no sería nada.

¡Gracias, muchísimas gracias de todo corazón!

¡Los quiero!

*Para mis hijas, mis más grandes amores en la vida*

*Para Inma, mi mejor amiga y hermana del alma, quien siempre me ha apoyado e impulsado a continuar haciendo lo que amo*

*Para ti, mamá, el vivo ejemplo de que el amor verdadero existe*

*Para mi Lupita, mi madre del cielo*

*Y para Blanca, mi bisabuela, la grandiosa mujer cuya vida me inspiró a escribir esta historia.*

Y

*para ti, Nonna, sin ti esta historia nunca habría sido escuchada. Y también para ti, Tatá, sólo porque sí*

De las estrellas que admiré, mojadas  
por ríos y rocíos diferentes,  
yo no escogí sino la que yo amaba  
y desde entonces yo duermo con la noche  
*Pablo Neruda, «Soneto XLVI»*

# PARTE PRIMERA

# I

LONDRES, 1884

El verano comenzaba en Londres. Lluvioso, claro está, como cualquier otro verano, aunque eso no podía quitarle la sonrisa a las personas convidadas esa noche a la velada de lord y lady Woodruff.

La mansión, repleta de gente, lucía espléndida, así como sus anfitriones, vestidos con las mejores galas para recibir a sus invitados en la puerta de su casa. Esa noche celebraban la fiesta de compromiso de su hijo mayor, Charles, el futuro conde, y los padres no dejaban de sonreír, orgullosos por el primogénito maravilloso que ambos habían llevado al mundo, nombrado por la sociedad como un indiscutible hombre magnífico.

Charles era la perfección encarnada: guapo, atlético, honorable, inteligente y, por sobre todo, un buen hombre.

Todo lo contrario a Anthony.

Quizá fuese esa la razón por la que desde muy pequeño Anthony no se sintió crecer en una familia como el segundo hijo, sino como el segundón de la familia. Al lado de Charles siempre quedó como el mocoso feo, poco hábil, mentiroso, estúpido y, por sobre todo, un mal hombre.

Y por más intentos que hizo por alcanzar a los ojos de sus padres la altura del esplendor que poseía su hermano, lo único que terminaba por conseguir era enlodar más su propia imagen. Por lo que Anthony, con el paso de los años y la llegada de la adolescencia, sencillamente dejó de luchar por pretender convertirse en algo y en alguien que nunca llegaría a ser y se rebeló.

## Ω

No necesitó grandes esfuerzos para comprender que ser agraciado con el título de segundo hijo tenía sus ventajas. El podría ser libre para decidir su propio destino, mientras que Charles estaba condenado a seguir las huellas de su padre.

Sabía muy bien que tanto él como William, su padre, daban gracias al cielo, el universo o a quien quiera que fuera que tuvo la suficiente inteligencia para dotar al famoso conde con un hijo primogénito perfecto, Charles, y no con uno como Anthony. Su hermano mayor no sólo era la imagen idílica como hombre, hermano e hijo, sino que era en todos los sentidos un ser humano perfecto, sin error alguno. Había heredado la belleza de la familia de su madre, la inteligencia, presteza y audacia de la su padre, y la nobleza y el carácter de un ángel. Al menos era así como solía definirlo su madre, cada vez que lo comparaba con él.

En cambio, seguramente para equilibrar la balanza, la fortuna los había dotado con un hijo que, si bien no tenía todas las cualidades contrarias a su perfecto Charles, sí podía llamarse la oveja negra de la familia. No es que Anthony no fuera guapo o inteligente, lo era, y quizá más que Charles, pero de ningún modo era sumiso, noble, ni por supuesto, perfecto.

De niños, no hubo un día en el que Charles osara desobedecer a su padre, al contrario, siempre hizo todo cuanto le fue ordenado. Anthony, por otro lado, al darse cuenta de que por más intentos que hiciera, jamás igualaría a su hermano a los ojos de su padre, optó por otro camino: ganarse su

atención aunque fuera mediante regaños y golpes, que siendo justos, se los ganaba con creces: Tiñó la peluca de su abuela de púrpura, pintó de azul la lana de las ovejas de la casa solariega de la familia, le escondía los zapatos a las damas que cometían el terrible error de quitárselos bajo la mesa mientras tomaban el té con su madre, y claro está, siempre, sin dudar, buscó la manera de hacer quedar mal a Charles frente a gente importante.

Así pues, mientras Charles se había convertido en el primogénito perfecto para su padre, Anthony se convirtió en la vergüenza y deshonra de la familia.

## Ω

Poco le importó cuando su nombre, llevando su prestigioso apellido de por medio, fue enlodado con el apodo de «el peor bribón que pudo pisar Londres». Las regañinas de su padre no detuvieron sus paseos por las tabernas y los lugares de mala muerte de la ciudad, ni evitaron que fuera expulsado de Eton, de donde su hermano mayor se había graduado con honores, ni de cuanta escuela a la que su padre lo inscribió. Ningún tutor soportó llevarle el paso o aguantar sus insultos y desplantes, y cuando al apelativo de bribón le fue añadido el de «el peor canalla y mujeriego del lugar», su padre tomó la terminante decisión de mandarlo a vivir a la India.

Al lado de Frank, a quien llamaba tío por cariño, pues sólo era el mejor amigo de toda la vida de su padre y socio en las empresas y negociaciones que mantenía con la India, Anthony aprendió lo que era el trabajo duro, tener que ganarse el pan, y claro, dirigir una corporación con miles de empleados a su cargo, pues tal como Franklin Stowner logró enseñarle en su amplia sabiduría, una empresa no estaba al servicio de sus sueños, sino de sus empleadores, y una mala cabeza no sólo llevaría a la quiebra a un noble adinerado, sino a miles de familias sin cuyos trabajos, probablemente terminarían en la calle.

Fue la primera vez que Anthony tuvo en cuenta la situación de otro que no fuera él. Y fue gracias a eso que Frank vio en él no al «joven corazón de carbón», como solía llamarlo William, sino a un diamante en bruto con un gran corazón que, con la guía correcta, podría llegar a convertirse en el pilar más fuerte y brillante de su familia.

En la India, Anthony no sólo aprendió a trabajar duro y cada oficio de sus empresas, desde el trabajo del más sencillo empleado, encargado de recoger las pelusas del piso, hasta el de cabeza y dirigente del «barco», como su tío solía llamar a las compañías.

Anthony aprendió también a valerse por sí mismo, saber que era valioso por ser él, y no sólo por ser el hijo segundón sin herencia de títulos de una familia de condes. Aprendió que sus acciones podían afectar a otros de muchas maneras, aprendió el valor del trabajo y del dinero, de la lealtad y de la traición, y a identificar y diferenciar a los parásitos de los organismos simbióticos que buscan ayudarte para sacar su propio beneficio. «Unos te hundan», le dijo su tío, «los segundos te ayudarán a despegar.»

Anthony no asistió a la universidad, claro está. William decidió que no estaría de ánimo para esperar recibir pacientemente la carta de expulsión de su hijo en cualquier momento, como había sucedido con los colegios donde internó a su hijo.

Sin embargo, con el paso del tiempo, los avances de Anthony alcanzaron a llegar a los oídos de su padre. Frank no cesaba de alabar y enorgullecerse del progreso del muchacho, quien estaba

resultando poseer un talento innato para los negocios.

Por primera vez en su vida, William se enorgulleció de su segundo hijo. Lo mandó traer inmediatamente a su lado y lo puso a cargo de un puesto importante en una de sus compañías. Eso sí, bajo el mando de Charles, claro está. No obstante, si bien Anthony pudo obtener algún beneficio del recién obtenido orgullo de su padre hacia él, lo único que hizo fue derrumbarlo en cuanto lo hubo forjado.

En Londres no hizo otra cosa que volver a su vida de vagancia y de juego, reviviendo la fama obtenida años atrás. Su padre, harto de él y su comportamiento, llegó a los golpes y lo echó de la casa. Lo hubiera desheredado de no ser por la oportuna intervención de Eleonor, su madre, a cuyos ojos las travesuras de Anthony nunca fueron tan graves como para los de su padre.

No obstante, a partir de ese día, Anthony se marchó con la firme decisión de no volver. Incluso él podía reconocer que tenía una obsesión enfermiza hacia su padre que sólo terminaría dañándolo, o en el mejor de los casos, pensó irónicamente, matándome.

Se instaló en la India, por supuesto. Trabajó un tiempo como empleado en las empresas de Frank hasta reunir lo suficiente para comprar su primera compañía. Con el paso del tiempo se fue haciendo de un buen nombre entre los empresarios, amasó una fortuna considerable e invirtió en otros negocios.

Era un hombre brillante, con un brillante futuro, indiscutiblemente.

A esas alturas ya poseía una fortuna propia, quizá no equiparable a la de su padre que heredaría a su hermano Charles, pero sí con un buen pronóstico de igualarla, o hasta superarla en un futuro.

En cuanto al matrimonio, jamás le había interesado.

¿Por qué comprar la vaca cuando tienes la leche gratis? Además, el matrimonio era para tener hijos. Y él no iba a tener hijos.

Por todos los cielos, no iba a crucificarse trayendo al mundo vástagos iguales a él. Si bien sabía lo mucho que había hecho sufrir a sus padres, no era tonto para cargarse la misma soga al cuello.

El único con la obligación de tener hijos era Charles. El era el hijo mayor, era él quien heredaría el título de su padre, era él quien tenía la obligación, y el supuesto honor, de mantener el linaje de la familia. Si había algo que Anthony agradecía al cielo, era haberse librado de esa responsabilidad.

Charles estaba atado a una cadena que le fue colocada desde su mismo nacimiento, mientras él era libre para hacer de su vida lo que quisiera.

Y si hubo algo que aprendió a lo largo de los años, era a vivir el momento y el presente al máximo. El futuro, como bien decía Frank, no estaba escrito. «Has de saber que cuando tomas una determinación en el destino que tendrá tu vida, lo último que puedes esperar es que se cumpla.» Era su frase favorita.

Y si sabía algo de Frank, es que siempre tenía razón. ¡Y vaya que tenía razón!

Así pues, lo único que le quedaba a Anthony por hacer, era disfrutar. Y hacerlo al máximo.

Ω

Aunque esa noche de fiesta en particular no podía asegurar que llegaría a divertirse.

Sí, reconocía que extrañaba a su familia, pero la única razón para asistir esa noche era porque su madre se lo había pedido, y decir «pedido» se refería más bien a «ordenado».

Si había una sola persona en el mundo a la que Anthony seguía obedeciendo, tal vez la única en el mundo a la que había obedecido, además de Frank, era a su madre.

Eleonor era la única persona que lo había querido siempre por ser quien era, que había pasado por alto sus errores y visto en él la grandeza a pesar de sus muchos intentos por «autosabotearse», como ella solía llamar a sus burdos intentos por llamar la atención de su padre, aunque fuera con cosas malas, como solían ser.

Anthony y William Woodruff no se habían hablado desde esa última vez, cuando su padre lo echó de su casa a golpes. Esta sería la primera vez que se encararían. Y Anthony sabía que, a pesar del paso de los años, los destellos de su guerra personal aún estaban en el aire.

E iba preparado para atacar.

Las gotas de lluvia golpeaban contra el cristal del carruaje, distorsionando el paisaje conformado por verdes y extensas praderas que se extendía a ambos costados del camino que conducía a la propiedad de los Woodruff, a las afueras de Londres.

—¿Estás seguro que vestir así hará que las cosas con tu padre vayan mejor? —Le preguntó Frank, pasando los ojos por las finas ropas hindús que Anthony llevaba puestas.

—Vivo en la India. Es natural que me vista de etiqueta a la usanza de la que ahora es mi tierra.

—No eres un rajá, Anthony. Tu padre no te pasará por alto que vistas de esta manera en una ocasión tan importante para la familia.

—Sólo es una fiesta de compromiso. Si te hace sentir mejor, prometo vestir con la etiqueta clásica para la boda.

—No soy tu padre, Anthony. A mí no vas a sacarme de quicio con tus jugarretas de niño. Te conozco muy bien, sé lo que intentas. Como también conozco a William, y sé que tu padre no permitirá que intentes jugar con él —desvió la vista hacia la ventana y la dejó fija en el paisaje iluminado por los últimos rayos de sol—. Pero allá tú. Eres un hombre exitoso intentando comportarse como niño malcriado a los ojos de su padre. Eso no habla más que de lo mucho que él te interesa.

Anthony se repantigó en su asiento y cerró los ojos, inspirando una honda bocanada de aire. Le irritaba que Frank siempre tuviera razón..., y tenía razón.

Le importaba mucho lo que fuera a decir su padre. Con los años se había aprendido a ganar de su parte sólo palabras de enojo, y quizá, de cierta forma, ya no supiera buscar nada más de él, y esa sólo fuera una estúpida forma de atraer su atención sobre sí mismo.

Sólo quizá...

Las luces de la mansión iluminaron el interior del carruaje.

No veía a su familia hacía más de dos años. Tuvo que sortear con una excusa u otra el tener que encontrarse una vez más con ellos. Su madre había intentado volver a unir a su familia de manera incansable, pero tanto él como su padre siempre buscaron la manera de rehuir el forzado reencuentro.

Hasta entonces.

«Un compromiso era un evento familiar irrepetible», le había dicho su madre. «No puedes faltar, Anthony, o te juro que me romperás el corazón.»

Y ahora iba camino a encontrarse con los suyos una vez más. Anthony no pudo negarse a esa petición escrita por parte de Eleonor.

La enorme casona de los Woodruff quedó a la vista ante él, y Anthony sintió que se le secaba la garganta.

Acudo por mi madre, sólo por el compromiso hecho a mi madre, se repitió. Después volvería a su vida. Se lo había repetido todo el camino, pero por alguna razón, las palabras no parecían encontrar sentido en esta ocasión. Quizá fuera que las había repetido demasiadas veces en su cabeza...

La imagen de su padre inundó su mente, ocupando todo espacio sin dejar espacio para ninguna otra idea. William Woodruff había sido siempre un hombre de temer para Anthony.

—Ánimo, muchacho —Frank posó una mano sobre su hombro—. Ya estamos aquí. A darle cara al asunto.

Anthony asintió y salió tras él del carruaje.

La casa lucía espléndida, sin ninguna duda. La habían decorado por dentro y por fuera con antorchas iluminadas y ramilletes de flores blancas.

Pudo distinguir la figura de Eleonor a la distancia. Sería imposible no distinguir la forma de la única mujer que le había dado amor en el mundo. Por muy dramático que sonara. Subió los escalones de dos en dos y la abrazó por detrás.

Como había supuesto, Eleonor dio un respingo, pero cuando escuchó la cálida y conocida voz de su hijo al oído llamándola «madre», lo reconoció al instante. Con una amplia sonrisa en los labios se giró y lo abrazó, hundiendo su hermoso rostro en el pecho de su hijo.

—Sabía que vendrías, hijo mío —le dijo ella—. Sabía que lo harías.

—A ti no podría decepcionarte, madre.

—Lady Woodruff—saludó Frank, acercándose tímidamente.

—Oh, Frank, qué alegría verte de nuevo —le dijo después de que él hubo tomado su mano para besarla en los nudillos—. Te ves estupendamente. Creo que la India hace maravillas en la piel, tal vez piense en pasar una temporada con ustedes dos, y estar más cerca de mi muchacho.

—Sería un honor recibirla, Lady Woodruff.

—Por favor, Frank, eres parte de la familia, llámame Eleonor. Dime, ¿has visto ya a mi esposo?, esperaba con ansia tu llegada.

—En ese caso, será mejor que parta en seguida a saludarlo —hizo una leve inclinación de cabeza y se marchó en dirección a la entrada, donde la imponente figura de William Woodruff se erguía.

—¿Por qué motivo mi padre desea hablar con Frank? —Le preguntó Anthony a su madre, una vez que se quedaron a solas, sin lograr evitar sentir un estremecimiento al encontrarse a tan corta distancia del hombre al que detestaba.

—Nada importante; negocios, ya lo sabes —Eleonor hizo un ademán con la mano para quitarle importancia al asunto—. No toquemos esos temas, has venido a verme y lo último que deseo es hablar de negocios. Déjame verte —Eleonor se alejó unos pasos para verlo de cuerpo completo, y por la estatura de su hijo, debieron ser varios—. Pero qué guapo estás, y creo que has crecido.

—Madre, hace años que dejé de crecer. Soy un hombre, no un niño.

—De todas maneras te veo más alto. Más alto que tu hermano sí estás.

—Siempre he sido más alto que Charles; por cierto, ¿dónde está?

—Adentro. Los padres de Kate acaban de llegar y los llevó a dar una vuelta por el salón para

presentarles a tus abuelos. Ay, hijo mío, estás tan apuesto. Todas las jovencitas se van a desmayar con sólo verte...

—Madre —la interrumpió antes de que comenzara a intentar hacerla de casamentera con él, como cada vez que lo veía—. He venido aquí por ti, y únicamente por ti. No me interesa nada más.

—Bien, bien, como digas —frunció el ceño, aunque no dejó de sonreír al tiempo que volvía a abrazarlo—. Me haces tan feliz por haber venido. Tú jamás me decepcionas...

—Anthony—escucharon una voz que ambos reconocieron al instante. Sus cuerpos se tensaron de manera inconsciente, y mientras en el rostro de su madre se grababa una sonrisa, en el de Anthony se esfumaba por completo la alegría.

—Padre —dijo en tono seco a manera de único saludo.

—Anthony—respondió él de igual manera—. Viniste.

Los ojos de Anthony se volvieron dos rendijas.

—Oh, William, no trates al niño de esa manera tan burda.

—No es un niño —replicó William al mismo tiempo que Anthony decía «no soy un niño».

—Los dos se parecen demasiado, ese es el motivo por el que pelean todo el tiempo —declaró Eleanor.

—Querida, vienen más invitados a los que debemos recibir Anthony, será mejor que entres en la casa y te integres a la fiesta.

—Por supuesto, padre —contestó Anthony sin el menor ánimo en el tono de voz.

Al pasar junto a William, su padre lo sujetó del brazo discretamente y le dijo al oído, de manera que Eleanor, entretenida con los nuevos invitados que acababan de llegar, no lo escuchara:

—La próxima vez que asistas a un evento formal, usa la ropa adecuada. Ya eres un hombre, Anthony, ¿hasta cuándo vas a dejar de hacer tonterías con el único propósito de lograr enfurecerme?

—Te equivocas, padre. No es el enfurecerte lo que traigo en mente, es sencillamente que no te traigo en mente —soltó de su brazo de un tirón—. Lo que tú pienses de mí, no me viene ni me va en absoluto.

—¿Cómo osas hablarme de esa manera? Eres un irrespetuoso...

—Sólo digo la verdad. Si he venido aquí es por mi madre. Ella se ha alegrado de verme, ni siquiera ha mencionado mi vestimenta. En cambio tú, no has hecho más que criticarme desde el primer momento y dime entonces, padre, ¿por qué debería mostrar ninguna cortesía hacia ti?

William se quedó callado. Anthony notó la vena en la frente de su padre palpitar con fuerza, la misma vena que había visto tantas veces encenderse en su padre cuando lo hacía enfurecer.

Sintió un poder que tenía por desconocido hasta entonces. Su padre. El imponente y poderoso William Woodruff, era vulnerable.

Y la gloria se reflejó en el rostro del joven con una sonrisa, que más que alegre, resultó mordaz.

—Querido, ven aquí, por favor —Eleanor llamó a su marido.

William miró por un par de segundos a su hijo antes de dirigirse al sitio donde lo llamaba su esposa, sin dedicarle una palabra más a Anthony, quien, por primera vez en muchos años, entraba con una sonrisa a su propio hogar, a pesar de la mirada acusadora que le dedicó Frank, aguardando por él en la entrada.

—¡Tía no me apriete tanto el corsé, no puedo respirar! —Se quejó Estefanía, sujetándose con todas sus fuerzas a la columna del dosel de la cama.

—No me hables así, jovencita, si lo hago es por tu bien.

—¡Por favor, me sofoco!

—Sofócate entonces, y si quieres desmáyate, no me importa, pero irás presentable al festejo del compromiso del futuro conde.

—¿No se supone que estas cosas son para mujeres mayores? —Chilló la joven refiriéndose al corsé, aferrándose a la columna de su cama para no caer de espaldas con los tirones de su tía.

—¿Qué no te has visto en un espejo? Podrás tener catorce años, pero tienes las curvas de una mujer. No me culpes si te has desarrollado antes de lo debido, es culpa tuya. Pero eso sí, no permitiré que sigas andando por ahí con vestidos cortos de niña y sin un corsé.

—Me gustan los vestidos cortos de niña.

—Pues que te dejen de gustar, porque ya eres una mujer y tienes que vestirme como tal.

—¿Por qué tiene que ir ella? —Preguntó Bárbara, su prima tres años mayor, sentada holgadamente en un diván, comiendo chocolates de una cajita cercana—. Esa fiesta es para adultos, no para niñas. A mí no se me permitió debutar en sociedad hasta los dieciséis años, y Estefanía ni siquiera ha cumplido catorce.

—Puede que tengas razón —convino Jacinta—. Pero tu tío Esteban ha solicitado que su hija lo acompañe al baile. Supongo que la quiere ver debutar en sociedad antes de morir, y no lo culpo. ¡Y tú deja de comer o te pondrás como una vaca! No es decente que una jovencita luzca una cintura por encima de las veinte pulgadas.

—¡Mi padre no va a morir! —Gruñó Estefanía, alejándose de una vez por todas de las manos de su tía, que más bien parecían garras.

—Por favor, hija, negarlo sería como pedirle al infierno que se apagara.

—¡No diga eso! —Chilló Estefanía, encarándola directamente. Cosa bastante sencilla, considerando que a sus casi catorce años era más alta que ella—. ¡Mi padre se curará, ya lo verá! ¡Y no me llame hija, que no lo soy!

—¡Atrevida! No te atrevas a contestarme escuincla del demonio... —Levantó una mano para abofetearla cuando en ese momento entró Bertha, el ama de llaves de la casa.

Estefanía sonrió triunfalmente. Bertha no sólo era el ama de llaves: era su nana, la mujer que su padre y su madre habían traído desde México para cuidarla, la mujer a la que su madre la dejó a cargo antes de morir después de darla a luz, la mujer con sangre azteca en las venas que nunca permitía que nadie le pusiera un dedo encima a Estefanía. Y eso incluía a Jacinta, aunque fuera la hermana mayor del padre de Estefanía.

—Más le vale que no esté pensando hacer lo que creo —bramo la mujer, fulminando a Jacinta con la mirada.

Estefanía soltó una risita, más por saber que alterarían a su tía que por mero placer.

Jacinta se volvió hacia ella como si deseara asesinarla en ese mismo instante, pero Estefanía no mudó la expresión, al contrario, sonrió de manera retadora. Bertha era una mujer fuerte, mexicana de

nacimiento y de sangre azteca, como solía decirle con orgullo, tan guerrera como su mismo espíritu. Jamás permitía que su tía le pusiera una mano encima, y eso Jacinta lo sabía bien.

Furiosa, su tía volvió a bajar la mano y se plisó el vestido.

—Don Esteban está esperando. Pregunta si tardarán demasiado en bajar —le hizo saber Bertha, sin molestarse en moderar el tono de voz.

—No, Bertha, ya vamos—contestó Jacinta, haciéndole una señal a su hija para que se pusiera de pie y marchara con ella.

Cerraron con un sonoro portazo tras ellas, aunque eso no impidió que sus reclamos se escucharan a través de la madera.

—Esa escuincla no deja de dar problemas, es por eso que los niños no deben ir a fiestas —oyeron gruñir a Jacinta.

—Esa mujer... —musitó Bertha, acercándose a la silla donde yacía el vestido nuevo de Estefanía, un precioso modelo traído directamente desde París por encargo de su padre.

—Primero me dice que soy una mujer, y luego se queja de que soy una niña —bufó Estefanía—. Te digo, nana, nunca entenderé a esa mujer.

—Pues esa mujer es tu tía, y por mucho que no nos guste, tendremos que habituarnos a vivir con ella.

—Maldigo el día que a papá se le ocurrió traerla a vivir aquí, la hubiera dejado en México, al igual que a toda su odiosa familia.

—¡Estefanía! —Vociferó Bertha—. Eres una damita, no lo olvides, y las damas no maldicen. Si algo le prometí a tu madre antes de morir, fue que te educaría como a una dama. Ya es bastante que te guste montar a horcajadas como si fueras un hombre y que te la pases todo el día vagando por el campo, como para que encima hables también como un muchacho. Tu padre ha tenido demasiada influencia en tu educación.

—Por supuesto que sí, es mi padre —contestó con orgullo Estefanía—. Aunque a mi tía no le guste. Esa mujer lo mataría con veneno de no estar yo cerca cuidándolo, es una víbora interesada que sólo busca quedarse con su fortuna. Pero antes muerta que permitir que esa... señora —cuidó sus palabras—, triunfe en sus planes.

Bertha rió entre dientes. A pesar de que pensaba de manera idéntica que la niña, sabía que no podía manifestar abiertamente sus sentimientos. Jacinta, buena o mala, era la hermana del patrón.

Jacinta había enviudado un año antes, razón por la cual Esteban se sintió obligado a protegerla y traído a vivir a Londres con sus tres hijos. A pesar de que le ofreció rentarle su propia casa, su hermana insistió a quedarse a vivir en la suya. Y cómo no hacerlo: Esteban vivía en una hermosa casa palaciega a las afueras de Londres con todos los lujos y comodidades que pudiera imaginar. Estando cerca de él, podía vivir como reina, y sobre todo, ordenar y manipular a su hermano como se le diera la gana.

Y ahora que Esteban estaba enfermo, su único obstáculo para quedarse con todo era Estefanía

Pero Bertha antes se moriría que permitir que esa mujer salida del infierno le hiciera daño a «su niña», como llamaba a Estefanía. Y si la mataba, regresaría de la tumba con la única intención de llevarse a ese monstruo consigo.

Lo cierto era que la odiaba, al igual que sus dos vástagos mayores, Efraín y Bárbara, dos criaturas egoístas, llenas de maldad y envidia. Martha, la tercera hija, dos años menor que Estefanía,

era otro asunto. Una dulzura de chiquilla, tierna y tan tímida como una marmota en el invierno, pero de un corazón tan puro como la nieve que cae del cielo. Si hubiera sido ella, y sólo ella, la pariente que su patrón se empeñó a traer de México, se habría sentido contenta. Pero las cosas en la vida nunca eran tan buenas.

Esteban había llevado a su hermana buscando darle a su hija el calor de una familia, de su familia, sin darse cuenta de quién era Jacinta en realidad. Ahora, tenía en casa a una mujer que más bien parecía una perra rabiosa, sedienta de poder y dinero. Y su pobre y preciosa Estefanía era su presa.

Lo sabía desde el primer momento en que esa mujer puso un pie en esa casa.

Lástima que Esteban parecía tener los ojos vendados ante las verdaderas intenciones de esa mujer, que sí, seguramente rezaba por la cada vez más decaída salud de su hermano, pero para que terminara de sucumbir de una buena vez y le dejara en sus manos toda la fortuna que poseía. Además de la herencia de Vivían Campbell, la difunta madre de Estefanía.

—¿Cómo me veo? —Le preguntó Estefanía cuando Bertha hubo terminado de abotonar el vestido, tan perdida en sus cavilaciones que ni siquiera lo había notado.

Era un ángel.

No había otras palabras para describirla. Si no supiera que sólo tenía trece años, habría jurado que era la jovencita de dieciséis más hermosa que se presentaría ese día en sociedad.

## Ω

Bertha debió sacar un pañuelo para secar las lágrimas que habían emergido de sus ojos para poder continuar mirándola. Estefanía era preciosa, siempre lo había sabido, pero sin duda era ésa la primera vez que apreciaba la belleza de una mujer en su pequeña niña. De grandes ojos de un azul oscuro, labios de corazón de un color rojo natural, el cabello negro y rizado, el rostro ovalado, de finas y suaves facciones, la piel blanca como porcelana, ligeramente sonrosada en las mejillas, Estefanía era la encarnación de la belleza.

—Eres la viva imagen de tu madre —le dijo de todo corazón, aproximándose a ella para estrecharla entre tus brazos—. Ella estaría tan orgullosa de ti, mi niña. Lo está, porque ella te ve, siempre te ve.

Estefanía sonrió encantada y se giró por primera vez para verse en el espejo.

—Creo que me gusta este vestido —opinó, pasando las manos enguantadas por la fina seda de color azul claro.

—Y debería. Son muchos como ése los que vas a utilizar de hoy en adelante, cuando vayas a fiestas o reuniones sociales.

La sonrisa se desvaneció del rostro de la joven.

—¿Debo hacerlo?

—Sabes que sí, mi niña. La razón por la que tu padre te trajo a vivir a Inglaterra fue precisamente para que pudieras desenvolverte en la misma sociedad donde tu madre lo hizo a tu edad. Sabes que su mayor aspiración es que un día te conviertas en una mujer tan hermosa, inteligente y elegante como ella, y encuentres un buen marido.

—Mamá no conoció a papá en una fiesta. Lo hizo en un barco, ¿no recuerdas? Los dos iban

vijando...

—Lo sé, cariño, pero el caso de tus padres es extraordinario. La mayoría de las parejas se conocen en los bailes y reuniones de sociedad. Debes estar preparada.

—¿Para conseguir marido? —Estefanía palideció.

—Bueno, no olvides que tu madre tenía sólo diecisiete años cuando conoció a tu padre.

—Pero yo tengo trece.

—Pronto cumplirás catorce —replicó la mujer, dándole los últimos toques al cabello de la chica

—. Bien, creo que estás lista. ¡Luces preciosa, mi niña!

—Gracias, nana —la besó en la mejilla—. ¿Nos vamos ya?

—Por supuesto —la tomó cariñosamente de la mano—, claro, si es que tu tía está lista. Sabes que esa mujer tarda medio día en arreglarse y otro medio día en volver a arreglarse.

—Es que la pobre es muy fea —bromeó Estefanía—. Pero no te preocupes, si se demora, nos vamos sin ella.

—Ruego por ello —rió Bertha, al igual que la doncella que recogía en ese momento las prendas tiradas.

—Ya sabes, muchacha, ni una palabra —le dijo Bertha a la doncella.

—Por supuesto que no, señora Bertha —contestó la joven, sin dejar de reír.

## Ω

Abajo las esperaba Esteban. Con sólo ver aparecer a su hija engalanada en su primer vestido de fiesta, las lágrimas asomaron por sus ojos.

—Recé día y noche por ver llegar este momento —le dijo su padre, extendiendo los brazos para recibirla—. Doy gracias a Dios de que me conceda la felicidad de verte así esta noche. Eres toda una mujer, hija mía.

Esta vez Estefanía no replicó, y se fundió en los brazos de su padre. Lo adoraba con todo el corazón, y el temor de perderlo en cualquier momento era un tormento que no le permitía dormir por las noches.

Al menos ahora sabía que le había dado un momento de felicidad con el sacrificio tan grande que estaba haciendo al asistir a una de esas reuniones sociales que siempre había detestado al escuchar las conversaciones de su prima Bárbara.

—¿Nos vamos ya? —Jacinta apareció por la escalera, acompañada por Bárbara y Efraín, cada uno engalanado en un traje de fiesta.

Una figurita menuda de grandes ojos negros y aspecto tímido se asomó tras ellos. Martha.

—Te ves muy bonita, Estefy —le dijo la niña, sonriendo al ver a Estefanía.

—Gracias, Martha —Estefanía sonrió también—. A la siguiente fiesta vienes tú también, ¿de acuerdo?

La niña sonrió de oreja a oreja, antes de que su hermana espetara.

—Esa mocosa no irá a un baile hasta los veinte años, y entonces lo hará como acompañante. Es tan feíta, que sólo servirá para eso.

—O para institutriz, todo el día se la pasa metida entre libros o escribiendo tonterías —añadió Efraín, en el mismo tono despectivo.

La sonrisa en el rostro de la niña se esfumó.

—Son ustedes unos cerdos —dijo Estefanía—. ¡Martha es cien veces mejor que ustedes dos juntos!

Bárbara iba a contestarle cuando su madre le apretó el brazo en un disimulado pellizco.

La joven se mordió la lengua y continuó bajando la escalera, manteniendo todo el porte que podía, aunque sabía que, al lado de su prima, a pesar de ser tres años menor, se deslucía.

—Todos se ven muy bien —los halagó Esteban.

—Bien, bien, hermano. Gracias —lo cortó Jacinta—. Ahora vámonos. Sabes que no me gusta llegar tarde.

—¿Me permite, señorita? —Esteban le ofreció el brazo a su hija, y Estefanía, dichosa al lado de su padre, partió con él con una amplia sonrisa en el rostro, seguida de cerca por Bertha, quien parecía a punto de soltarse a llorar en cualquier momento.

Había jurado a Vivian en su lecho de muerte cuidar de su pequeña hija recién nacida. Y ahora, viendo a Estefanía convertida en esa deslumbrante y segura mujer, se sentía satisfecha con el trabajo que con tanta consagración y esfuerzo había dedicado a lo largo de los años a esa pequeña.

## Ω

—Mamá, ¿vas a permitir que esa mocosa me trate así? —Le reclamó Bárbara a su madre una vez que se hubieron quedado a solas.

—Ahora no, Bárbara —le dijo en voz baja—. Ya tendrás tu momento. Ten paciencia.

Bárbara sonrió mordazmente y compartió la misma sonrisa con su hermano Efraín, tres años mayor.

—Su carruaje está listo, señora —anunció Claude, el mayordomo.

—Eres lento como una tortuga. A la próxima más te vale darte prisa si no quieres terminar en la calle —Jacinta le espetó al sirviente al pasar por su lado sin siquiera voltear a verlo.

El mayordomo hizo un gesto servil con la cabeza como única respuesta.

Martha se quedó sola al pie de la escalera. Su madre y hermanos ni siquiera se preocuparon en despedirse de ella.

Pero no era eso lo que a la dulce niña le preocupaba, sino los sentimientos del pobre mayordomo, a quien su madre había tratado de forma tan déspota.

—No le hagas caso, Claude. Sabes que ella se molesta cuando está impaciente.

El hombre le otorgó una amplia sonrisa. Tomó a la niña de la mano y la llevó con él la cocina.

—Venga, señorita Martha. La cocinera Matilde está preparando chocolate esta noche.

—¿Mexicano?

—Por supuesto.

—Qué bien, hace falta endulzar un poco las cosas por aquí.

WILLIAM WOODRUFF temblaba de rabia mientras se alejaba de Anthony para acudir al llamado de su esposa y tomar su puesto al lado de su mujer. Actuó como el educado anfitrión que era esa noche, saludando con cortesía y hasta con una sonrisa a cada recién llegado, a pesar de que lo único que podía sentir en ese momento era enojo. No entendía cómo Anthony continuaba sacándolo de sus casillas, siendo su hijo un hombre y conociendo de memoria sus artimañas.

Sin embargo, seguía cayendo en sus juegos como las moscas en una telaraña. Pasaban los años y su hijo continuaba teniendo el mismo comportamiento nocivo de siempre.

Con los años, Anthony y William se habían distanciado al punto de ni siquiera compartir correspondencia.

Le preocupaba su futuro, por supuesto, después de todo era su padre y aunque Charles bien podría proveerlo en caso de necesidad, ¿qué ocurriría con su hijo si continuaba embarcado en el mismo camino de vicio y hedonismo? Sin mencionar que su hijo era el ser más insufrible que conocía. Y es que, con el paso de los años, Anthony, además de un conocido mujeriego y vividor, se había vuelto altanero, prepotente y soberbio.

Poseía una inteligencia aguda, capaz de hacer quedar en ridículo a los demás, y que él utilizaba deliberadamente con ese propósito en cuanto se le presentaba la ocasión.

Que, a la manera de pensar de William, era la única manera en la que se podía odiar a alguien inteligente. Habría deseado tener a un imbécil como hijo antes que a un ser que se sirviera de su inteligencia superior para hacer sentir a los demás inferiores.

William podía ser muchas cosas: duro, inflexible, quizá hasta un tanto severo. Pero jamás, en toda su vida, había tratado con desprecio a una sola persona.

«A la única persona que se debe mirar con desprecio es a la que se ufana de despreciar a las demás». Era una frase que repetía constantemente.

Quizá por eso fuera que, su mayor vergüenza, y a la vez su mayor dolor, yaciera en el hecho de que su propio hijo mereciera ser mirado con desprecio, pues era una persona que, bien sabía, gozaba despreciando a los demás.

Y por desgracia, lo único que lograría quitarle ese vicio sería conocer a una persona que le pagara con su propia moneda. Y aunque le doliera en su corazón de padre ver sufrir a su hijo, rogaba a Dios, al universo y al mundo entero, porque Anthony conociera a esa persona..., si es que existía.

—Querido, te estoy hablando —lo llamó su esposa, obligándolo a salir de su ensimismamiento.

—Disculpa Eleonor... —William se llevó un par de dedos a las sienes—, me temo que estaba un tanto distraído. ¿Qué me decías, amor?

—El señor Quiroz Quesada y su hija están aquí —le hizo saber su esposa, sonriendo gentilmente a los invitados que tenían enfrente.

—¡Esteban! —Exclamó William, estrechando la mano del hombre—. Cuánto me alegra verte. Le comentaba a mi esposa que posiblemente no vendrías, tu salud ha estado un poco delicada últimamente.

Estefanía observó al conde embelesada, era un hombre increíblemente apuesto, aún para su edad; alto, de cabello r Rubio y ojos de un azul intenso. Sus modales eran impecables y su persona lograba

imponer con su sola presencia algo que poca gente conseguía y, a pesar de su corta edad, Estefanía sabía que era una cualidad digna de admirar.

Pero quizá lo que más le gustó del conde fue la manera en que observaba a su mujer, a su lado, con el cariño y la admiración reflejados en cada uno de sus gestos y miradas.

Su esposa, lady Eleonor, la mujer que los había recibido, también era bella, de cabellos castaño oscuros y ojos de un color azul violáceo. Sin duda una mujer que había gozado y que por siempre gozaría de una belleza exquisita. Sin embargo, cuando su marido posó los ojos sobre ella, la sonrisa que nació en su rostro la hizo volverse una mujer aún más hermosa, si es que eso era posible.

—No podía faltar a un evento de tal importancia, conde —comentó su padre, regresándola a la realidad—. Además, anhelaba estar presente el día que mi hija asistiese a su primera fiesta, aunque no fuese estrictamente con el fin de presentarse en sociedad —miró con orgullo a la joven a su lado, tomada de su brazo—. Es cierto que mi salud no es buena, y deseaba verla debutar antes de..., bueno, ustedes entienden.

— Tiene usted una hija preciosa —lo alabó el conde, comprendiendo a la perfección a lo que Esteban se refería—. Y estoy seguro que tendrá muchos años por delante para verla disfrutar de bailes y fiestas.

Estefanía le dedicó una sonrisa agradecida al conde, quien resultaba ser mucho más amable de lo que había supuesto para un noble de su posición.

—Eso espero, lord Woodruff. No hay cosa que me haga mayor ilusión, además de encontrarle a mi pequeña un buen marido, que cuide y vele por ella en mi ausencia. Sin duda, es ése mi mayor deseo.

—En ese caso, supongo que mi esposa puede ayudarlo, es una magnífica casamentera —William estrechó la mano de Eleonor, mirándola a los ojos con sumo cariño—. ¿No es así, amor mío?

Estefanía sonrió encantada al notar la manera en que él la veía. Era más que obvio que ellos dos se querían, una mirada de devoción como la que él le dedicaba, la ferviente sonrisa que ella le devolvía, no eran cosas que pudieran fingirse.

Y con todo el corazón, Estefanía deseó por primera vez en su vida enamorarse de esa manera y por sobre todo, ser correspondida.

—Pierda cuidado, señor Quiroz —le hizo saber la condesa, dirigiéndole ahora a él una mirada sonriente—, me aseguraré de encontrarle el mejor marido disponible a su bella hija.

Estefanía sonrió, agradecida por la cortesía de la condesa, e hizo una reverencia como despedida. Era su primera vez en una fiesta, pero sabía que habían tardado demasiado tiempo entreteniendo a los anfitriones y debían dejar lugar a los otros invitados.

Se despidieron con cortesía y su padre la condujo al interior de la inmensa morada.

Estefanía sonrió al ver el esplendor que se desplegaba ante ella, intentando aparentar una soltura que no sentía. Debía verse bien y elegante, igual como lo habría hecho su madre. Tenía que ser el orgullo de su padre.

Entraron al salón donde se llevaba a cabo la fiesta, bellamente decorado. Su nombre y el de su padre fueron pronunciados por el encargado. La gente, aglomerada en el enorme salón, se volvió ligeramente a verlos, algunos con curiosidad, otros con apatía, seguramente sin tener nada mejor que hacer.

Se mezclaron entre la gente hasta llegar al otro lado del salón. Divisaron un mullido asiento libre

donde Estefanía tomó asiento. Pronto un hombre se acercó a su padre y lo saludó. Esteban hizo las debidas presentaciones, y poco después ambos caballeros entablaron una conversación de negocios. Estefanía suspiró y miró en derredor, buscando algo más entretenido en qué fijar su atención. Si de algo estaba segura era que una conversación de negocios no le interesaba en ese momento.

Esa fue la primera vez que lo vio.

Del otro lado del salón, usando una peculiar vestimenta lo hacía resaltar por sobre los demás invitados de la fiesta, un hombre joven reía alegremente, siendo el centro de atención de varias jovencitas que lo rodeaban y le sonreían extasiadas.

Hubo algo en él que le agradó a Estefanía, aunque no podía decir con singularidad qué era. Quizá la picara sonrisa que mantenía siempre en sus labios, quizá la postura, segura algo felina, con la que se movía, tal vez el mechón de cabello rubio cobrizo que le caía sobre la frente, o tal vez fuera el brillo de esos ojos intensamente azules. No lo supo, pero no pudo negar que hubo algo en él que la cautivó de tal manera que se descubrió observándolo de manera tan fija que, cuando él por casualidad pasó la vista por el sitio donde ella se encontraba, sus ojos se toparon directamente.

Estefanía sintió un vuelco en el estómago, como si mil mariposas nacieran en ese mismo instante en su interior y revolotearan sin control por sus entrañas, al tiempo que el rubor cubría sus mejillas de rojo.

El la observó por un par de segundos antes de apartar los ojos para fijarlos en la primera dama que le habló, una del gran número que le rodeaba.

Estefanía se sintió un tanto decepcionada. No es que esperase que él la invitara a bailar a la primera oportunidad, pero también pudo ocurrir, ¿no es así? ¿No había sucedido de esa manera en los cuentos que Bertha solía leerle de niña?

Con un suspiro afligido miró el papel que le habían dado al llegar. Se suponía que era para anotar a los caballeros que le solicitaran un baile, pero continuaba tan vacío como en el momento en que llegó a la fiesta.

Había notado que ciertos caballeros se volteaban a verla y le dedicaban inclinaciones de cabeza, pero entonces sus miradas se topaban con la imponente figura de su padre, a su lado, y sus sonrisas se desvanecían al instante, así como las posibles intenciones de invitarla a bailar.

Comenzaba a pensar que sería una larga noche. Bertha se había quedado en el salón destinado para las damas de compañía; si al menos estuviera allí, podría platicar con ella. De tener a alguien con quien hablar en ese momento, estaba segura que se la estaría pasando mejor que...

Estefanía se mordió la lengua.

¿Por qué demonios el destino tenía que ser tan cruel?!

Como si su ruego hubiese sido escuchado, en ese mismo instante entraron en el salón su tía y sus primos, y Estefanía no pudo evitar morderse la lengua una vez más por haber invocado su presencia. Aunque fuese de manera indirecta.

Habían llegado demasiado pronto.

Se aproximaron al sitio donde ellos se encontraban. Bárbara, imitando un acento español que no era el suyo, se pavoneaba al abrirse camino entre la gente, saludando aquí y allá a los invitados, buscando ser el centro de atención de los jóvenes que volteaban a verla, luciendo a propósito como una exótica morena sensual que lograba atraer la mayoría de los ojos de las personas de la fiesta.

Tras ella, Jacinta sonreía para sí misma, satisfecha con los logros de su hija, y caminaba de

manera tan altiva como si Bárbara fuera a convertirse en la futura reina de Inglaterra.

Efraín se quedó al último. Nada más entrar se separó de su madre y hermana. No tardó en desaparecer tras la primera dama que se topó, y no lo volvieron a ver.

Esteban, ignorante de la llegada de su hermana, se alejó unos pasos con su amigo para saludar a otro caballero. Estefanía no perdió oportunidad, no iba a quedarse allí plantada esperando a que llegaran Bárbara y su tía a amargarle la fiesta.

Apresurada, dio un paso en dirección contraria por la que venían sus parientes, buscando alejarse de ellas lo más posible, pero al no estar acostumbrada a usar vestidos largos, tropezó con la falda de la tela y estuvo a poco de caer de bruces contra el suelo, de no ser porque se dio de frente contra algo. O mejor dicho, alguien, como ella pudo comprobar al levantar la vista.

—¿Se encuentra bien? —Le preguntó el joven que la había sostenido, librándola de su caída.

Estefanía abrió al máximo los ojos cuando reconoció al joven que había estado observando hacía un rato. Y allí, estando frente a frente a menos de un palmo de distancia, pudo percatarse de que era mucho más guapo de lo que había notado. De hecho, era mucho más apuesto de lo que imaginaba que un hombre podía llegar a ser.

El sonrió, una sonrisa ladeada que le provocó un vuelco en el corazón, y la observó con esos grandes y brillantes ojos azules, colmados de pestañas largas y oscuras, sumamente gruesas y espesas. Unas pestañas que habrían provocado la envidia de cualquier mujer.

Fue entonces cuando notó que sus ojos no eran del todo azules, sino que tenían una coloración sumamente extraña, entre un verde turquesa y un azul profundo. Un color bellissimo, si es que debía calificarlo.

—Espero que no se haya hecho daño —le dijo él, sin soltarla de la mano. Estefanía percibió el calor de sus dedos deslizarse por el guante hasta el espacio de piel desnuda que quedaba entre su brazo y la manga del vestido, y retrocedió instintivamente.

La media sonrisa de Anthony se ladeó más, si es que eso era posible.

—Me encuentro muy bien, muchas gracias —contestó ella, con toda la seguridad que pudo aparentar—. Sin ninguna duda usted me ha salvado de una grande.

—¿Una grande qué? —Estefanía arqueó una ceja—. ¿Una caída grande o una vergüenza pública grande? —continuó él, provocando que Estefanía soltara una risa natural, que a sus oídos se escuchó encantadora y melodiosa.

—Me temo que ambos —contestó ella, pasándose la mano un mechoncito de cabello que le había caído al rostro para acomodarlo tras la oreja. —Me parece no haberla visto antes, ¿es nueva en la ciudad? Le preguntó él, sin perder detalle de cada uno de sus movimientos, que por alguna razón, le resultaban naturales y encantadores.

—Oh, no, en absoluto. He vivido aquí desde los cinco años.

—Debutante, entonces. Recordaría un rostro como el suyo de haberlo visto con anterioridad —sonrió él con esa sonrisa que sabía que derretía a cualquiera, y al notar las mejillas de ella encenderse, supo que había dado resultado.

—Sólo asisto a una fiesta —Estefanía intentó contestar con la mayor franqueza y naturalidad, a pesar de que sentía que la voz le temblaba un poco y tenía la garganta seca—. He venido con mi padre. —Se giró a buscarlo con la mirada—. La última vez que lo vi...

—No necesitamos de terceros para presentaciones, ¿no es así? —La interrumpió él, cogiendo su

mano para plantarle un beso en los nudillos.

Estefanía lo miró embelesada, sintiendo temblar las piernas. Era como estar ante uno de esos maravillosos príncipes de los cuentos de los que su nana le leía de niña. Él era maravilloso.

—Mi nombre es Anthony Woodruff—se presentó él, volviendo a depositar un nuevo beso en su mano, esta vez un poco más arriba.

—¿Anthony Woodruff? —Preguntó ella, arqueando las cejas por la sorpresa—. ¿Es usted pariente del conde?

La sonrisa de Anthony se desvaneció.

—Es mi padre.

Ahora fue la sonrisa en el rostro de Estefanía la que se esfumó.

Nerviosa, retrocedió un paso y miró en derredor, buscando a su padre. ¿Dónde demonios se metía su padre sobreprotector cuando lo necesitaba? ¡Y ahora lo necesitaba!

—Lo felicito por su compromiso, señor —le dijo en una rápida sucesión de palabras, haciendo una reverencia.

Anthony frunció el ceño antes de soltar una sonora carcajada.

—¿He dicho algo divertido? —Preguntó ella, mirándolo entre avergonzada y dolida.

—Sí y no —contestó él sin dejar de reír.

Estefanía notó que la gente de los alrededores se giraba a verlos, y, molesta, fue ella la que ahora le dedicó una mirada con el ceño fruncido.

—Me temo que tendrá que explicarse mucho mejor que eso, señor.

Anthony, como única respuesta, continuó riendo.

Estefanía sintió deseos de propinarle un buen puntapié allí mismo, pero se contuvo. Se había prometido comportarse como una dama para ser el orgullo de su padre, y dudaba mucho que darle un puntapié pudiera catalogarse como el comportamiento de una dama.

Así pues, se arremangó las faldas y se alejó de él a paso rápido. Como la primera salida oportuna que encontró fue la puerta que conducía a la terraza, la tomó sin dudarle y se alejó del salón de la fiesta.

El cambio en el ambiente le cayó de maravilla. Afuera el clima era fresco, quizá un poco húmedo a causa de la reciente lluvia, pero en definitiva mucho mejor que ese abarrotado y caluroso salón donde se llevaba a cabo la fiesta.

—¿Está huyendo de mi? —Escuchó que le preguntaba una voz a sus espaldas.

Estefanía se giró irritada.

—¿Me está siguiendo?

—Yo pregunté primero.

Estefanía se limitó a fruncir los labios.

—Creo que eso significa sí.

—Por favor, déjeme sola.

—Está siendo descortés, señorita. ¿No sabe que ésta es la casa de mi familia?

—Un caballero no actuaría como usted.

—Y una dama no enseñaría las pantorrillas en público.

Estefanía se puso colorada. Lo había olvidado por completo y ahora había quedado en ridículo frente a la alta sociedad de Londres.

—Por favor, era una broma —le dijo él entre divertido y preocupado—. Está tan blanca que juraría que se va a desmayar en cualquier momento... No va a desmayarse, ¿no es así?

Estefanía le dirigió una mirada fúrica y se giró.

—Déjeme en paz, ¿quiere?

Anthony se adelantó y se colocó frente a ella, interponiéndosele al paso.

Estefanía estuvo a punto de soltar un improperio, pero la mirada que él le dirigió en ese momento era completamente diferente y, al verlo, se quedó sin habla. En un segundo el demonio había adoptado la expresión de un ángel.

—Discúlpeme si la he ofendido, señorita —le suplicó, haciendo una galante reverencia—. He sido un tonto. Pero si me permite decirlo, ha sido usted quien me ha convertido en ese tonto.

—¿Disculpe...?

—Me temo que su abrumadora belleza me ha impactado a un punto que nunca imaginé llegar, he perdido la cabeza. No sé cómo actuar para agradarle, señorita. Le aseguro que ha sido mi timidez la que me ha llevado a actuar como un idiota... Le ruego que me disculpe.

Estefanía lo miró a los ojos, sin saber qué decir. Él se giró, ocultando su rostro, profundamente dolido.

—Siento mucho haberla molestado, señorita. Si mi presencia la altera, me retiro enseguida...

—No, espere por favor —Estefanía extendió una mano, alcanzando a aferrado por el brazo antes de que él pudiera marcharse, sin notar la sonrisa triunfal que se dibujó en los labios de Anthony.

Él se volvió con lentitud hasta quedar de cara a ella.

—¿Está usted segura de que no desea que me marche?

—No, por supuesto que no...

—Porque si es así, le juro que usted me hace el hombre más feliz del mundo —Anthony se aferró a su mano, atrayéndola hacia él—. Desde el primer momento en que la vi, el salón se iluminó con su sola imagen, no existía nadie más, únicamente usted y yo. Usted, señorita, me ha robado el corazón.

—Yo... —Estefanía no supo que decir, se sentía abrumada ante él. Nunca en su vida había entendido de amores, ella era una niña después de todo, y nunca antes había tenido una declaración de amor... Si es que eso lo era.

—Por favor, no me diga que no significo nada para usted. No puede ser tan cruel —él la besó en los nudillos, pasando al mismo tiempo el brazo por su cintura para aproximarla más a él—. No puede decirme eso, porque mi vida habrá terminado en ese mismo momento.

Estefanía sintió que las mejillas se le encendían al hallarse tan cerca de él, envuelta entre sus brazos. Sabía que no era conector, pero no tenía corazón para hacerle un desplante, no quería herirlo de esa manera.

Pero tenía que ponerle un alto...

—Señor, por favor, suélteme —le rogó, alejándose de él—. Le recuerdo que es ésta su fiesta de compromiso y yo no quiero...

—No es mi fiesta —le dijo él, siguiéndola como un felino a su presa—. No soy el hijo mayor, sólo el segundo.

—Oh...

—¿La decepciona?

—No, en absoluto. Pero ahora entiendo por qué se rió hace un rato.

El arqueó una ceja.

—Cuando lo felicité —le aclaró Estefanía—. Usted se rió de mí. Ahora lo comprendo —se encogió de hombros—. Yo también me habría reído.

Él no rió, la tomó por la cintura con una agilidad sorprendente y la atrajo nuevamente hacia él. —¿Le gustaría bailar, señorita?

—Aquí no se alcanza a escuchar la música —Estefanía intentó apartarse, pero él la sostuvo con mayor fuerza, pegándola contra su cuerpo.

—No necesitamos música para la danza que realizaremos...

Estefanía no comprendió a qué se refería él, pero antes de que pudiera decir o hacer nada, él tomó su mano para besarla, y en un inesperado giro, viró el rostro y el beso fue a dar directo en los labios de Estefanía.

Estefanía no supo cómo reaccionar, nunca antes en su vida la habían besado, ¡por todos los cielos, nunca antes en su vida había supuesto que alguien pudiera intentar besarla!

—¡Anthony!

Ambos se separaron con un movimiento brusco. Estefanía sintió deseos de salir huyendo, pero él la retuvo por la cintura, un acto demasiado atrevido, hasta ella lo sabía.

Un hombre se acercó a ellos. Era alto, aunque no tan alto como Anthony, de cabello rubio claro y ojos verdes. Sumamente apuesto, y aunque su rostro denotaba bondad, se veía severamente enojado en ese momento.

—Charles —contestó Anthony cuando su hermano mayor se detuvo delante de ellos con pies de plomo—. Me alegra verte al fin. ¿Acabas de llegar?

Charles apretó los puños, como si quisiera asestarle a su hermano un buen golpe en la barbilla en ese mismo momento. Pero se contuvo, y adoptando una expresión serena que debió costarle un gran esfuerzo conseguir, se giró hacia Estefanía.

—Señorita, su padre ha estado preguntando por usted. Sería mejor que entrara a hacerle compañía.

Estefanía no tenía idea de cómo el futuro conde podía saber quién era ella, pero no quería detenerse a preguntar, y mucho menos después de que él la sorprendiera en medio de una escena tan comprometedoras. Lo único que quería era desaparecer de allí, que la tierra la tragara y no volver a ver a otra persona en la vida.

—Por supuesto —contestó la joven, haciendo una ligera venia antes de alejarse. Pero un brazo de acero le impidió moverse y al volverse, notó que Anthony todavía no la soltaba.

—No tiene que irse, señorita. Lo estábamos pasando estupendamente, no arruinemos nuestra noche.

Esta vez Charles frunció el ceño al máximo. Aferró los dedos alrededor de la muñeca de Anthony y lo obligó a soltarla.

Estefanía, sintiendo las mejillas rojas por la vergüenza, se apuró a desaparecer de ese lugar. Pero al tomar el camino para regresar al salón de baile, notó la figura de su prima aproximándose. Si la

veía allí, la pagaría lo que le quedaba de vida siendo la comidilla de los chismes de su prima. Así pues, se giró y se escondió en una banca que quedaba bien oculta tras unos arbustos.

Entonces supo la razón por la cual su prima se acercaba. Anthony y Charles siguieron el mismo camino que Estefanía había tomado, discutiendo acaloradamente.

En cuanto salió a la terraza, Bárbara se dio cuenta de que no debió haber salido pues, por los ademanes que hacían el par de hermanos, estaban por saltar el uno sobre el otro como un par de lobos hambrientos. Con tan solo asomarse por la puerta, Bárbara giró sobre sus tobillos y desapareció una vez más en el interior del salón.

Y Estefanía maldijo su mala suerte por tener que estar allí presenciando esa escena y no poder huir igual que su prima, ¡Dios quisiera que no la descubrieran o terminaría mal, muy mal!

— ¡¿Pero en qué diablos estás pensando, Anthony?! —Escuchó espetar la voz de Charles.

—Sólo me divertía, ¿es que nunca lo has hecho tú, hermano? —Anthony contestó con una voz melodiosa, medio riendo, medio enojado.

—No con una dama, Anthony.

—Dama aristócrata, sirvienta, mujercuela... Da igual. Todas son en el fondo lo mismo. Todas quieren lo mismo.

Estefanía se llevó una mano a los labios para ahogar un grito de angustia, al tiempo que los ojos se le llenaban de lágrimas. ¿Cómo podía ser posible que él dijera eso de ella? Acababa de jurarle amor, ¿cómo podía ser tan vil?

—Tienes cuatro hermanas pequeñas, Anthony —continuó hablando Charles—. Más te vale no pensar así, porque como tú trates a otras, tratarán a tus hermanas.

—Ah, no, ¡eso no! —Bramó Anthony—. Si a cualquier tipo se le ocurre intentar algo indebido con una de ellas, se las verá conmigo.

—¿Y no se te ha ocurrido pensar que deberías tener la misma delicadeza con las otras jovencitas que se encuentran en idénticas condiciones a las de tus hermanas?

—Vamos, no te pongas así por nada. Esa joven sabía muy bien a qué venía...

Las palabras se le atragantaron en la garganta cuando Charles lo tomó por el cuello y lo alzó del piso.

—Esa joven, a la que por lo que veo ni te molestaste en preguntarle su nombre, tiene catorce años, Anthony.

—¿Catorce...? —Anthony palideció por primera vez. Nunca en su vida habría abusado de una niña, ¡no podía tener catorce!—. ¡No puede tener catorce! —Repitió lo que pensaba—. ¡No se ve de catorce!

—Pues los tiene. Es la hija de uno de los socios y amigos de nuestro padre. Este es su primer baile y tú, el peor libertino que ha conocido Londres, se ha aprovechado de la inocencia de esa niña —le espetó con sumo desprecio—. ¿Cómo pudiste, Anthony? Tú no habrías perdido nada de no haberlos sorprendido, pero la imagen de ella se habría derrumbado aun antes de poder forjarse una.

—No tenía idea que era una niña, Charles, ¡te lo juro! ¿Crees que me aprovecharía de una niña de catorce años?

Charles lo observó por un par de segundos y finalmente lo soltó.

—Tienes razón. Supongo que ni siquiera tú caerías tan bajo.

—Por todos los cielos, hermano, ¿en qué concepto me tienes?

Charles lo observó de arriba abajo con desdén.

—Desgraciadamente, me temo que la misma de todo el mundo, Anthony. No me cabe en la cabeza cómo es posible que podamos ser hermanos.

La sonrisa despreocupada se borró por completo del rostro de Anthony.

—Si esa es tu manera de pensar, no entiendo para qué me hiciste venir. Me habría quedado mucho más a gusto en la India, donde no estás tú ni mi padre para criticar cada movimiento que hago.

—Lo cierto, Anthony, es que nos haces un enorme favor a todos quedándote en tu adorada India. Pero bien sabes que fue nuestra madre quien te invitó, y ninguno de nosotros fue capaz de negarse a ella. No obstante, es por ella que has venido, y lo sabes. Ella es la única de esta familia que aún tiene ganas de verte.

Anthony se quedó callado y agachó la cabeza. Charles no esperó respuesta, se dio la media vuelta y se encaminó de regreso al salón de la fiesta.

—Me iré mañana temprano —le dijo Anthony antes de que su hermano pudiera marcharse.

—No seas ridículo hermano —musitó Charles, sin volverse—. Madre te ha esperado ver con ansia desde que te marchaste. Sabes que eres su favorito.

—Por más que te irrite.

—Por más que no entienda el porqué —lo corrigió Charles—. Quédate. Es tu casa después de todo. Y no quiero que a ella también le rompas el corazón, como lo has hecho con todos nosotros —finalizó antes de marcharse definitivamente.

Anthony se quedó a solas en la terraza. Sólo entonces escuchó un murmullo ahogado y al rodear los arbustos encontró a la misma joven con la que reía unos instantes atrás.

Ella lo miró a los ojos, arrasados en lágrimas, al tiempo que intentaba controlar los espasmos del llanto. Había escuchado todo.

Intentó decir algo consolador, se sentía el peor de los imbéciles, el peor de los canallas, el peor ser humano por haberla tratado de manera tan vil.

Más ningún acto ni ninguna palabra afloró de él.

Al verlo, Estefanía se levantó de un brinco de la banca de piedra sobre la que había estado sentada, y sin darle tiempo de dar explicaciones, huyó de vuelta al salón donde se celebraba la fiesta.

Anthony la observó sin mover un músculo, emitiendo un ligero suspiro. Lo único que podía dar por asegurado, era que había arruinado a lo grande esa noche.

ESTEFANÍA se detuvo un momento junto a la entrada para secarse el rostro. Podía solicitar que llevaran a Bertha en su presencia para auxiliarla, pero Bertha era su nana, no una simple empleada y doncella de compañía; haría preguntas, querría saber qué era lo que le sucedía, y claro, si le contaba, se pondría furiosa, como cualquier madre escandalizada por ver comprometido el honor de su hija, pues ella sabía muy bien que era de ese modo como Bertha la quería.

Y no deseaba escándalos. No iba a ocasionarle ese disgusto a su padre sólo por su estúpida inexperiencia para saber reconocer a un idiota paladino de un verdadero pretendiente. Pero no le volvería a suceder, eso estaba claro. ¡Por su vida que no le volvería a suceder!

Gracias al cielo que nadie los había visto, con excepción de Charles, claro. Y dudaba mucho de que él abriera la boca, no le convenía hundir a su hermano, y por lo que pudo notar en él, era un buen hombre, no haría nada para dañarla a ella o a su hermano menor. Por más imbécil que éste fuera.

Esta vez había corrido con suerte, sabía de varias parejas que se habían visto forzadas a casarse por ser encontradas en situaciones comprometedoras. Y aunque no estaba segura de cuán comprometedor era la situación en la que ella se había encontrado, tenía muy claro que no deseaba casarse con un hombre como Anthony. Para ser más precisa: no iba a casarse con Anthony.

Además, ese hombre no parecía de los que se casarían únicamente por haber comprometido el honor de una dama. Tenía la facha de los temerarios que prefieren enfrentarse a un duelo antes de pagar por una ofensa.

Y por Dios que ella no iba a permitir que su padre se debatiera a duelo con ese demonio.

¿Cómo no pudo verlo antes? Era tan claro ahora, pero hada tan sólo unos minutos lo único que podía ver en él era a un hombre maravilloso...

¡Pero qué idiota había sido! Si de algo le había advertido Bertha durante toda su vida, es que los hombres sólo buscan una cosa —nunca le dijo qué cosa—, y lo único que tienen en mente es esa cosa, y es esa la razón por la que las madres, y en su caso, su nana, cuidan de manera tan sobreprotectora la inocencia de sus hijas.

Estefanía no tenía mucha idea de lo que pudo haber ocurrido si Charles no hubiera llegado a tiempo a detenerlo, pero tenía la vaga impresión de que ya no sería poseedora de esa inocencia. Inclusive ahora no se sentía tan inocente como en el momento en el que había entrado en esa casa.

Y se odió a sí misma por eso. Y lo odió a él, por haberle hecho perder una parte de sí misma que ni siquiera sabía que existía.

En cientos de novelas leyó una y otra vez acerca del primer encuentro entre un hombre y una mujer, una escena tremendamente romántica, llena de palabras de amor y finalizada, por lo general, con un primer beso mágico, que quedaría grabado por siempre en la mente y en los corazones de la pareja.

Y su primer beso había sido dado por ese patán que sólo le hacía sentir náuseas. ¡Qué desperdicio! ¡Pero qué tonta había sido!

Estefanía se soltó a llorar una vez más, apretando los puños y los dientes de rabia. Había sido una tonta por caer tan fácilmente en sus artimañas, pero si de algo se enorgullecía de sí misma, era de no caer en el mismo error dos veces. Y no iba a volver a darle una oportunidad a ese infeliz de

arruinar su imagen y su vida. ¡Ni a él ni a nadie!

Lo juraba por su propia vida.

-Señorita, ahí está.

Estefanía se giró al escuchar la voz de un hombre llamándola, y para su sorpresa, descubrió que se trataba de Charles, con rapidez se secó las lágrimas, pero eso no evitó que él le ofreciera su pañuelo en cuanto hubo llegado a su lado.

—No sabe cuánto lamento lo que le hizo mi hermano - le dijo él, sinceramente apenado.

Estefanía levantó la vista hacia él, todavía un tanto embarazada, pero al verlo, sólo encontró consuelo en esos grandes y hermosos ojos verdes, consuelo y aflicción. Era tan diferente a Anthony, pensó Estefanía, porque algo le hizo saber que él era sincero, y en su corazón y en sus actos jamás entraría la Idea de conducirse de manera similar a su hermano menor.

—No sabe cuánto lamento que mi hermano le haga sufrir de esta manera, su conducta ha sido completamente reprobable. Debí tener cuidado de advertir a su padre de no dejarla sola, es usted tan joven e inocente, y mi hermano... —Se contuvo de seguir hablando, seguramente a punto de lanzar un impropio—. Discúlpeme, por favor. Soy el anfitrión de esta fiesta, fui yo quien invitó a su padre y a usted, debí tener mayor cuidado.

—No es su culpa, señor. No se sienta mal por algo que ya no tiene remedio; por el contrario, debo agradecerle. De no haber usted llegado a intervenir, yo no sé qué... Me sentí tan avergonzada... —se le quebró la voz, y Charles, dejando de lado las normas, la estrechó entre sus brazos para consolarla.

—No se sienta de esa manera, no ha sido culpa suya. Mi hermano es capaz de convencer a un esquimal de comprarle hielo. —Se alejó lo suficiente como para mirarla a los ojos, sonriéndole de manera paternal—. Es usted una jovencita muy bella, estoy seguro que llegado el momento encontrará un esposo admirable, de buen corazón, que cuide de usted y la respete como se merece. No permita que esta experiencia con mi hermano empañe su vida y su corazón, ni sus deseos de llegar a encontrar el verdadero amor.

—Gracias, señor... —Estefanía sintió que la voz le temblaba, sin embargo sonrió. Sonrió porque supo que delante de ella tenía una persona que era digna de confianza, un hombre en toda la extensión de la palabra.

Y su corazón se encendió de gozo.

—¿Hay algo que pueda hacer para que se sienta mejor?

—Ya lo ha hecho —contestó Estefanía, sin dejar de sonreír.

Él sonrió también, satisfecho con su logro.

—¿Charles...? —Una voz femenina se escuchó por el pasillo.

El rostro de Charles se iluminó al escucharla y se giró encantado, levantando una mano para pedirle a una bella joven de aspecto sencillo que se aproximara.

Era bella, pero no bella en el amplio sentido de la palabra. Podía confundirse con la mayoría de las chicas de Londres; de estatura promedio, un tanto regordeta, mejillas redondas y sonrosadas, cabello castaño oscuro y ojos marrones.

Sin embargo, cualquiera habría jurado que se trataba del ser más exquisito de la tierra al notar la mirada que Charles le dirigió.

—Querida, me alegra que llegues —le dijo a la joven, estrechándola cariñosamente por el brazo

— Señorita Quiroz, le presento a la señorita Katherine Alcott, mi prometida.

Estefanía no pudo evitar sentir una tristeza enorme al escuchar esas palabras, pero se forzó por sonreír al tiempo que hacía una venia murmurando un «mucho gusto» apenas audible.

—Querida, te presento a la señorita Estefanía Quiroz Quesada, la hija de don Quiroz, el amigo de mi padre.

—Encantada de conocerla, señorita Quiroz —le dijo Kate con una sonrisa totalmente sincera y afable. Todo en ella era encantador, quizá fuera por eso que Charles se había enamorado de ella—. ¿No es usted la hija de la señora Vivian Campbell?

—Así es —contestó Estefanía, sin poder evitar mirarla con cierta extrañeza. Hacía años que nadie le recordaba el nombre de su madre.

—Es usted su viva imagen —le dijo Kate, halagadora—. Mi madre y la suya fueron muy amigas de niñas, ella siempre me habla de su madre. Estoy segura que le encantará conocerla, ¿cree que podría hacernos el honor de ir a tomar el té a nuestra casa uno de estos días?

—Por supuesto. Me sentiré honrada de acompañarla — contestó Estefanía, sonriendo agradecida con esa mujer amable que se esforzaba por hacerla sentir mejor.

Sin duda era encantadora, Charles se merecía a una mujer tan encantadora, y ella se merecía a un hombre tan encantador como él. Eran el uno para el otro.

—Oh, el honor será todo mío, se lo aseguro —le dijo ella con total sinceridad, a pesar de que era de una familia aristócrata y que ella estaba a punto de casarse con un conde. Aun así, le decía que era un honor recibirla a tomar el té con ella, la sencilla hija de un extranjero burgués acomodado.

¿Es que se había muerto y le habían tocado un par de ángeles descendidos del cielo para llevarla con ellos?

Si era así, sin duda Dios no pudo enviarle mejor par.

—¿Señorita Quiroz? —Apareció Bertha por el pasillo, llamando la atención de los tres sobre ella.

La sonrisa en el rostro de Estefanía se esfumó. Podía ser que Bertha llevara cerca de diez años viviendo en Londres con ellos, pero ni siquiera el hecho de haber aprendido a hablar el idioma a la perfección evitaban que continuara llamándola «mi niña», o al menos Estefanía.

Las palabras señorita Quiroz sólo podía significar una cosa. Problemas.

—¿Qué sucede, nana? —Le preguntó Estefanía, dejando los modales a un lado.

—Disculpen ustedes —Bertha hizo una leve inclinación de cabeza a la pareja antes de dirigirse de lleno a Estefanía—. Su padre no se siente bien, me ha pedido que viniera a avisarle que regresa a casa, pero supuse que no querría quedarse sola aquí y...

—Vamos enseguida con él —le dijo terminantemente la joven—. Por favor, discúlpenme —se dirigió a Charles y a Kate.

—Faltaba más —Charles se despidió con una cortés inclinación de cabeza, y Kate, a su lado, con una reverencia—. Por favor, dele nuestros recuerdos a su padre. Espero que se sienta mejor pronto, de lo contrario, no dude en hacérselo saber. Le enviaré a mi médico de cabecera, le aseguro que es excelente.

—Se lo agradezco mucho —Estefanía hizo una reverencia antes de alejarse a paso veloz acompañada por su nana.

—Pero qué joven tan simpático —le dijo Bertha en voz baja una vez que los hubieron perdido de

vista—. Él es el futuro conde de Woodruff, ¿no es así?

—Sí, y ella su prometida —contestó Estefanía, sin poder evitar sentir ciertos celos por ellos dos. De llegar a encontrar alguna vez un marido, estaba segura, ahora lo sabía, que deseaba que fuera como él. Si podía existir un hombre perfecto sobre la faz de la tierra, ese era Charles.

Aunque debía admitir que si existía una mujer perfecta, esa debía ser Kate. Eran el uno para el otro, no había duda. Y por encima de sus celos, se sintió felices por ambos. Porque si de una cosa estaba segura, era que un buen hombre merecía una buena mujer, y Kate lo era.

No había duda de que lo era.

—Me pareció encantador —continuó comentando Bertha mientras se acercaban a la puerta principal de la lujosa mansión—. Sin duda alguna su novia es una chica afortunada. Se ve que es un hombre sensato y bueno, que la tratará estupendamente. Los condes de Woodruff deben ser personas magníficas para haber criado un hijo tan bueno como él.

—No lo creo.

—¿Disculpa? —Bertha se giró hacia ella, notablemente sorprendida.

—No pongo en tela de juicio el comportamiento de los condes o la manera de criar a sus hijos —se apuró en aclararle Estefanía—, estoy segura que deben ser personas ejemplares y honorables, en especial con la opinión que mi padre tiene de ellos. Pero la buena sangre viene de nacimiento..., así como la mala —espetó enojada, cuando el recuerdo de Anthony le llegó a la mente.

—¿A qué te refieres con eso? —Inquirió su nana, volviéndose directamente hacia ella para escudriñarla con la mirada.

Estefanía tragó saliva, había hablado de más y ahora se encontraba siendo evaluada por el ojo crítico, y pocas veces eludible, de su nana.

Entonces el calor de las manos de él alrededor de su cuerpo y el recuerdo del sabor de Anthony mientras la besaba la invadió sin control, y no pudo evitar que las mejillas se le encendieran en un color que debía ser mucho más prendido que el carmesí, puesto que los ojos de su nana se abrieron como platos al tiempo que su ceño se fruncía y su boca tomaba la forma de una inmensa «o», llena de indignación.

—¡Estefanía Alejandra Viviana Quiroz Quesada Campbell! —Rugió la mujer, colocando los brazos en jarra—. ¿¿Ha sucedido algo esta noche que no me has contado?!

Estefanía se sintió estremecer por dentro. No había nada peor que cuando su nana la llamaba por su nombre completo, y eso, por lo general, no incluía sus otros dos nombres de pila. Esto era grave, grave sin ninguna duda...

—¡Señorita Quiroz! —Escuchó que la llamaba un joven, y Estefanía reconoció en él al mozo de su padre—. Su padre se ha desmayado.

Estefanía sintió que el alma le abandonaba el cuerpo y sin pronunciar palabra partió a la carrera en la dirección que le indicaba el muchacho, sin importarle lo inapropiado que podía ser correr con la falda levantada y que todos los presentes le observaran las pantorrillas. Ni siquiera le habría importado caerse de bruces enfrente de toda esa gente distinguida. Lo único que le importaba era llegar al lado de su padre, y hacerlo cuanto antes.

—¡Dios santísimo! —Externó Bertha, emprendiendo la carrera tras ella, sin notar que de camino rozó el hombro de un caballero, llamando la atención de él sobre el par que desaparecía en ese momento por la escalinata principal de la casa.

Anthony.

Anthony se llevó a los labios la copa de brandy que había mantenido en la mano, olfateando el espeso aroma del licor antes de probarlo.

No había podido evitar seguir con la vista a esa joven desde el primer momento en que entrara en la casa. La había visto descender por la escalera principal del brazo de su padre, y ciertamente el verla había resultado una ensoñación.

No había mentido al decir que la luz irradiaba de ella como si pudiera iluminar por sí sola el salón. Para él realmente había sido así.

Claro estaba que jamás lo admitiría, ni en público, ni a Charles, ni a ella, y por ningún motivo, a sí mismo...

Admitía que esa joven lo había intrigado desde la primera vez que la vio. Sí, era sumamente bella, pero había muchas mujeres hermosas en Londres y alrededor del mundo, y la mitad de ellas habrían dado lo que fuera por tener la mitad de la atención que él le otorgaba a esa chica. No, era algo más, algo que había en ella que lo intrigaba.

No sabía si era su manera de caminar, la sonrisa que parecía llevar grabada en el rostro sin importar qué sucediera, o la luz que reflejaban sus ojos, una luz inocente y llena de sorpresa, como si todo cuanto viera a su alrededor estuviera lleno de magia, como si entrara a un país encantado en ensueño y no a un aburrido salón de fiesta. Pero lo que fuera que vio en ella, despertó un sentimiento hasta entonces desconocido en el interior de Anthony.

Quería saber qué se sentía experimentar una sensación así. Últimamente la vida le parecía monótona y aburrida. Las emociones que vivía antes ya no lograban despertar nada en él. Los juegos, los gustos mundanos, incluso la compañía de las mujeres, habían perdido la chispa que lo había convertido en un seguidor de esos placeres.

Todo por lo que antes vivía, había desaparecido. Nada lo emocionaba. Nada lograba despertarle interés. Era como si la misma vida hubiese dejado de tener sentido para él.

Hasta que la vio a ella.

Por alguna razón, al verla tan serena y a la vez tan viva, tan llena de luz y de ese algo que tal vez nunca sabría qué era, quizá una inocencia que él nunca había poseído, supo que ella tenía que ser suya.

Pero como siempre, lo había arruinado.

Para colmo, había actuado como el peor de los canallas con una niña de catorce años.

Una cosa era ser un patán consumado, pero otra muy distinta convertirse en un desalmado sin escrúpulos y además abusador. Y eso es en lo que se habría convertido de haber llegado a seducir a esa niña.

Estaba seguro que si Charles le hacía comprometerse esa noche con esa chica, esta vez no habría encontrado palabras para negarse. Ni siquiera él podría arruinar la vida de una niña inocente. No era tan desalmado.

Anthony suspiró, llevándose una vez más la bebida a los labios. No sabía si era el alcohol haciendo efecto en su cerebro o que comenzaba a cambiar, como Frank le aseguraba que había hecho.

Pero al pensar en ella como su esposa sintió un cosquilleo singular encenderse en su interior. Como si por primera vez en su vida fuera a poseer algo puro, algo sin mancha, algo que él sin duda no se merecía... Pero no podía negar que el sólo pensar poseer a esa joven como su esposa, totalmente suya, sólo suya, le gustaba.

Escuchó pasos, y desde su lugar apartado logró verla una vez más. Caminaba al lado del hombre con el que había llegado, seguramente su padre. Éste lucía fatal, estaba tan pálido como un muerto, y apenas lograba sostenerse en pie. Entre dos criados lo sacaban en hombros, mientras ella se mantenía a su lado, observándolo con el rostro contraído por el dolor. No lloraba, cualquier otra mujer en su situación estaría llorando, pero ella no lloraba. Eso le llamó la atención.

Una mujer morena y robusta la estrechó por los hombros y la acompañó hasta el carruaje donde entre los dos mozos metieron al hombre. Sin demora se pusieron en marcha.

—Pareces preocupado —escuchó una voz cerca de él.

Anthony no necesitó girarse para reconocer la voz de su tío.

—Frank, me sorprende encontrarte aquí. Suponía que mi padre te habría encerrado en su despacho toda la noche con él, intentando sacarte información sobre mí.

Frank rió por lo bajo y se llevó la copa que tenía en la mano a los labios.

—En realidad, Anthony, no todo el tiempo hablamos sobre ti. Por muy difícil que te parezca creerlo —dio un largo trago antes de continuar—. Tu padre planea una nueva ruta mercantil, desea importar productos desde México... —señaló con la cabeza el carruaje que desaparecía por el camino—. Es una lástima que su futuro socio parece estar bastante mal de salud para concretar cualquier negocio.

Anthony se giró hacia él en automático.

—¿Qué es lo que tiene? No morirá, ¿no es así?

La mirada serena de Frank se transformó en una de sorpresa.

—¿Me estoy volviendo loco, o es que has demostrado preocupación por alguien a quien no conoces?

—Él tiene una hija, Charles me lo dijo. ¿Qué sucederá con ella si su padre muere? Es sólo una niña.

Frank lo escrutó con la mirada, pero no quiso indagar más. Conocía a Anthony quizá mejor de lo que se conocía él mismo. Sabía que si lo picaba lo único que conseguiría sería hacer que desistiera en ese nuevo camino que comenzaba a tomar.

Por Dios que no quería hacerlo desviarse de esa trayectoria. Anthony era una buena persona. La única maldad que tenía ese muchacho era haberse obstinado en creer que era malo, y sabía muy bien que cuando ese muchacho se fijaba en una idea, que el ciclo amparara al resto del mundo, porque no había manera para hacerlo cambiar de opinión.

—Sí, por lo que sé tiene una hija. No sé qué sucederá con ella —Frank se encogió de hombros—, supongo que él habrá previsto cualquier eventualidad. Tengo entendido que hizo venir a unos parientes de México para cuidar de ella, me imagino que ellos tomarán las riendas de sus negocios y se harán cargo de su hija en su ausencia.

Anthony se tranquilizó. De haberse encontrado él en esa situación, sin ninguna duda habría llamado a Charles. Una cosa era odiarlo, pero otra muy distinta reconocer que era un buen hombre, ¡y demonios, su hermano mayor era el mejor de los hombres! Seguramente si alguna vez llegaba a tener

un hijo lo enviaría a vivir con su hermano mayor, aunque él no fuera a morir. Charles sería un excelente padre para él. En cambio, a su lado sólo conseguiría criar a otro monstruo como él...

Con un suspiro miró hacia atrás, al sitio donde se encontraban Charles y su novia.

Le vino a la memoria el recuerdo del día en el que su hermano le dio la noticia a la familia de su noviazgo. Kate era una simple institutriz, la institutriz de sus hermanas menores, para colmo. Y Charles se enamoró de ella desde el primer momento en que la vio.

Kate no tenía títulos ni un linaje noble, ni siquiera poseía fortuna. Era una simple y llana institutriz.

Si bien su hermano mayor tuvo la desfachatez de dar a conocer la noticia de sus sentimientos en un día común y corriente, mientras él se encontraba en casa de visita, él tuvo la desfachatez de hacerle saber en su cara, y la de su novia, lo que pensaba de ellos dos.

Ambos terminaron agarrados a golpes.

Su padre debió intervenir para separarlos, y poco faltó para que su pobre madre terminara con un buen golpe también, pues en medio de sus gritos frenéticos no había temido intentar separar a sus hijos por ella misma.

Desde entonces la comunicación con Charles se perdió.

Debía reconocer que Kate era una buena persona. Le había agradado mientras educó a sus hermanas, siempre se mostró paciente y cariñosa con cada persona que se topaba, en especial sus alumnas, sonriente y afable en todo momento con el personal de la casa y los miembros de la familia. Pero una cosa era tenerla como institutriz de sus hermanas, y otra muy distinta que Charles pensara convertirla en su esposa.

Aunque a Charles no le importó lo que él pensaba, a Kate sí, y rompió con él.

Cosa que su hermano nunca le perdonó.

Kate hizo sus maletas y se marchó a mitad de la noche, sin decir a dónde iba. Fueron días oscuros para Charles, nunca nadie lo vio tan mal, incluso Anthony se sintió terrible por haber sido el causante de que a su hermano se le rompiera el corazón. Pero cuando intentó hablar con él y hacer aquello que jamás había hecho en su vida, disculparse, Charles no quiso cruzar una palabra con él y menos escucharlo.

Y, aunque jamás lo reconoció, dolido ante tal desplante, Anthony partió de regreso a la India.

Sin embargo, si el amor ha de triunfar, lo hará, y Charles no dejó de buscar a Kate día y noche hasta dar con ella. Su madre le describió a detalle tan magnánimo reencuentro en las cartas que le envió después del suceso. Y aunque le costó un par de años convencer a Kate, logró hacerlo. Y ahora celebraban el festejo de un compromiso que debió suceder dos años atrás.

Kate tenía un gran corazón, hasta él debía reconocerlo. Lo recibió y lo saludó con el cariño de una verdadera hermana —incluso con más cariño que sus propias hermanas—. Pero Charles... Era obvio que Charles todavía no lo perdonaba.

Dudaba mucho que algún día lo hiciera. Y después del acto de ese día, seguramente sería imposible.

—¿Ya has ido a felicitarlos? —Le preguntó repentinamente Frank, sacándolo de sus cavilaciones.

Anthony lo observó de reojo. Era obvio que lo había estado viendo todo ese rato. Y se sintió un imbécil por haber sido tan transparente, en especial con él, que parecía comprenderlo a la

perfección.

—No me interesa felicitarlo —le dijo con voz seca, un poco más dura de la que tenía intencionada—. Si Charles se quiere casar con «la Cenicienta», allá él. Es problema suyo y de mi padre el que su noble y adorado título termine sobre las cabezas de los críos de una sirvienta.

Frank movió la cabeza decepcionado. —¿Cuándo vas a dejar de actuar como un idiota y vas a decir lo que realmente sientes?

Anthony se giró hacia él con el ceño fruncido.

—No tengo idea de lo que hablas.

—Yo creo que sí.

—¿Quieres que te diga lo que siento? ¡Bien! —Bramó acercándose a él—. De estar en el lugar de mi hermano, buscaría una mujer de buen linaje con la que casarme, alguien digna de mí y de mi título, con muchos millones a los que poder echarle mano. Una princesa, una reina heredera al trono, de ser mejor, así tendría el poder para dejar bien claras las diferencias entre las clases y prohibir con pena de muerte que un noble pueda unirse a una simple sirvienta como Kate.

—Mientes —le dijo Frank con toda naturalidad después de observarlo por un par de minutos en silencio—. No es eso lo que sientes.

Anthony se desesperó y lanzó un bufido.

—No sé quién te dio el título de lector de mentes, Frank, pero creo que deberías pedir un reembolso. Te han engañado.

—Te conozco, muchacho. Sé quién eres, quizá lo sé mejor que tú mismo — Anthony soltó una risita sarcástica, pero él continuó sin hacerle caso—. Sé, por ejemplo, que envidias a tu hermano. Pero no por su título ni por su dinero, sino porque es feliz. Porque él logró encontrar en una mujer lo que tú no has podido encontrar en cientos. Porque él tiene la libertad para demostrar cómo es en realidad, cuando tú debes armar siempre una actuación para mantenerte en el papel que los demás te han infundado. Y por lo mismo sé que te preocupa demasiado lo que los demás piensen de ti, más de lo que jamás llegarás a reconocer, y que es por esa misma razón que jamás llegarás a ser feliz. Porque hasta que no llegue el día en que te decidas a ser quien eres en realidad, nunca, hijo mío, encontrarás la paz.

Anthony se quedó en silencio al observar a su tío a los ojos. Se sentía temblar de rabia. Podían insultarlo con las peores palabras del mundo sin que él se inmutara en lo más mínimo, pero tenía que venir su tío a decirle esas palabras melosas y él se sentía arder de rabia.

Y era porque tenía razón.

Sabía que tenía razón.

Aunque nunca lo fuera a reconocer...

Sus ojos se desviaron de manera inconsciente hasta la pareja formada por Charles y Kate. Sí, los envidiaba. Envidiaba la felicidad que parecían irradiar esos dos con sólo estar juntos. Envidiaba la manera en que él la miraba, la forma en que ella le regresaba esa mirada, en especial envidiaba la devoción que ella le dedicaba, pero mucho más la que él sentía por ella.

Nunca, en toda su vida, él se había sentido así por nadie.

Sabía que, por más que lo intentara, jamás podría abrirle su corazón a nadie.

Se necesitaba tener corazón para darlo.

Él no tenía corazón...

Siempre se lo habían dicho. Siempre lo había sabido...

Frank posó una mano sobre su hombro, sobresaltándolo ligeramente.

—Ánimo, muchacho —le dijo en voz baja, con un tono paternal lleno de cariño—. No es tan malo demostrar como eres realmente. Atrévete a intentarlo, un paso a la vez, cada día un poco, y verás que antes de que te des cuenta, serás un hombre diferente. El hombre que en realidad eres, Anthony.

Anthony lo miró fijamente a los ojos y negó con la cabeza, sonriendo con esa sonrisa mordaz y llena de ironía tan propia en él. Pero no engañaba a Frank, él podía leer el dolor en sus ojos como ninguna otra persona.

—Eres un buen hombre, Anthony —le aseguró con voz firme—. Mereces ser feliz.

—No pidas algo que realmente no desees, Frank. No desees conocer al demonio que se oculta tras la máscara —bajó la mirada, no soportaba continuar mirándolo a los ojos—. Ni tú ni nadie.

Ahora fue Frank quien negó con la cabeza.

—Creo que no hay ningún demonio, Anthony —él alzó la mirada, incrédulo de lo que acababa de escuchar. Frank sonrió, una sonrisa ligera, casi imperceptible, pero complacido por la tracción que había logrado en el joven—. Y creo que el único que tiene miedo de descubrir que ese demonio no existe, eres tú. Así como que todo aquello que te han dicho durante toda tu vida, es tan inexistente como el demonio que dices ser.

Y sin decir más se marchó, dejando a Anthony solo con sus reflexiones.

EL SoL BRILLABA ese día de verano y Estefanía no iba a quedarse en casa. Puede que a los catorce años ya se hubiese desarrollado lo suficiente para tener que usar vestidos largos, como su tía le ordenaba, pero eso no le impedía continuar siendo una niña feliz y libre, del mismo modo que había sido siempre.

Además, necesitaba cabalgar. Necesitaba sentirse libre, percibir el viento golpeando contra su rostro y su cabello, creer que de alguna manera él podría llevarse consigo todos sus problemas muy, muy lejos de sí, y que nada de lo que sucedía en la realidad que se cernía sobre ella era verdaderamente real.

Un infarto.

Eso fue lo que dijo el médico que revisó a su padre. Su corazón estaba fallando hacía tiempo, pero era ahora cuando daría verdaderos problemas, cuando la amenaza de pararse estaba a la puerta de la esquina.

Y Estefanía sintió que el corazón se le rompía en ese mismo instante.

El médico que lo revisó no había dado muestras de aliento a la familia. «Reposo, absoluto reposo», fueron las indicaciones del médico. No obstante, a pesar de los cuidados de la joven, que no se había separado del lado de la cama de su padre durante toda la semana que llevaba convaleciente desde esa noche fatídica en la fiesta, él no parecía mejorar de ninguna manera. Debía reconocer que estaba peor.

Lo había dejado dormido en su cama. Una hora, eso necesitaba, una hora para sí misma, para despejar la mente y recargar energía. Necesitaba alejarse de todo eso aunque fuera un momento, no quería desmoronarse delante de su padre, y sobre todo, no quería despellejar a su tía delante de sus narices para quitarle esa sonrisa triunfal que el malestar de su padre le grababa en el rostro.

No, debía estar serena, no debía perturbar a su padre con problemas sin sentido. Y para hacerlo debía volver tranquila, de esa manera bien podría cuidarlo otra semana seguida, y todas las que hicieran falta para mantenerlo con vida.

No quería perderlo. ¡Por Dios que no quería perderlo!

Él era todo cuanto tenía en la vida. Él era su vida...

—Niña Estefanía, ¿va a ir a montar otra vez? —Le preguntó Bertha, llegando a su encuentro en los establos.

—Sí, nana, no me tardo. Necesito salir un rato para despejar la cabeza, regresaré antes de que papá despierte.

—Pero niña, a su tía no le gusta que usted monte tanto a caballo, ya lo sabe.

—Ella no es mi mamá ni la dueña de esta casa, sólo está de visita, y si no le gusta lo que ve, entonces que se vaya de aquí.

—¡Niña!

—Lo siento, nana, pero estoy harta de esa mujer... —apretó los puños a los costados—. Desde su llegada no ha hecho más que martirizarme, ¡la odio! Esa arpía sólo busca la manera de succionarle lo poco que le queda de vida a mi padre... —los ojos se le llenaron de lágrimas—. Y lo peor de todo es que el pobre no se da cuenta de cuánto mal le hace esa mujer, que dice ser su hermana.

—No es bueno que usted odie, niña. A su madre no le gustaría escucharla hablar de esa manera, y tampoco a su padre. Recuerde que aunque él esté enfermo, se da cuenta de todo lo que sucede a su alrededor, y no querrá escucharla pelear con su tía.

—Sí, es cierto... —Estefanía suspiró, mirando en dirección a las caballerizas. Montar era una manera de liberarse de las ataduras que sentía la aprisionaban a esa casa que ya no podía sentir suya. Sus tíos y sus primos se habían apropiado de ella, aprovechándose de la enfermedad de su padre. Excepto Martha, ella era la única buena de ese gentío de arpías—. ¿Crees que debería dejar de ir a montar hoy, nana? —Le preguntó con cierto temor. Había pasado todo el día al lado de la cama de su padre enfermo, pero necesitaba salir por un momento de esa casa, respirar un poco, y quería aprovechar el momento en el que él finalmente se había quedado dormido.

La mujer esbozó una sonrisa, haciendo contrastar sus blancos dientes immaculados contra su piel morena.

—No, niña, yo sólo se lo digo para que no me regañen, ya ve que la Romina se pasa espiándonos, y ésa le cuenta todo a su tía —la besó en la mejilla antes de arreglarle el sombrero—. Vaya, niña, y monte mucho. Mire que cuando crezca y tenga que casarse y ser una dama distinguida, no podrá hacer todo el tiempo las cosas que le gustan ahora.

—Gracias, nana —Estefanía la abrazó, emocionada—. Eres un ángel.

—Ángel es su mamacita, que la cuida de tanta caída que se ha dado —le dijo su nana, reprendiéndola con el dedo índice levantado contra el rostro—. Pobre de que se vuelva a caer, niña, mire que después de esa vez que el caballo la tiró y le puso esa enorme zangoloteada me quedo con el Jesús en la boca cada vez que se va a montar.

—Sólo fue una vez, nana, y fue porque se me quedó el pie atorado en el estribo. Pero no te preocupes, voy a montar a la Princesa, ya sabes que ella es muy buena y mansa. Sólo si se muere de repente podría caerme de su lomo.

—Ay, niña, las cosas que dice —se rió la mujer—. Váyase de una vez y vuelva temprano a casa, le tendré preparados unos gaznates con chocolate caliente para merendar.

—Tú siempre me consientes, nana.

—Tendría que dejar de llamarme Bertha Ramírez para no hacerlo, se lo prometí a su mamacita el día de su muerte, cuidaría de usted aunque fuese lo último que hiciera, y lo cumpliré hasta el último de mis días.

—Que serán muchos, nana, muchos, muchos, muchos —la besó una vez más en la mejilla antes de salir corriendo en dirección a las caballerizas.

—Ni tantos si me sigue dando sustos, ¡así que cuídese, niña! —Le gritó la mujer antes de darse la media vuelta para entrar en la casa. Al hacerlo notó la oscura mirada de Romina espiando oculta desde una ventana, cuya cortina fingía estar arreglando—. ¡Tú vuelve al trabajo, méndiga floja! Y pobre de ti si te veo irle con el chisme a la señora, o te las vas a ver conmigo.

La mujer frunció el ceño, oscureciendo aún más su ya de por sí negra mirada, y se marchó del lugar.

pronunciada salió por una puerta contigua, y la saludó quitándose el sombrero.

—Buenos días, señorita Estefanía, ¿va a montar a la Rufina hoy también?

—De hecho, le prometí a mi nana montar a la Princesa... —se volvió a ver a la yegua, de un alazán casi blanco, comiendo apaciblemente su avena.

—La Princesa será pues...

—No, espera —lo detuvo con un gesto de la mano—. ¿Sabes? En realidad creo que me llevaré al Tornado.

—¿El Tornado? Pero ese es el caballo de su padre, y sabe que él...

—No te preocupes, sé lo que hago. Es más, lo ensillo yo misma —se apuró en caminar hasta el sitio donde se guardaban las sillas de montar.

—No, señorita, yo lo hago... —el hombre corrió para lomar la silla antes de que ella pudiera hacerlo—. ¿Está segura de esto? Al patrón no le va a hacer gracia que le pase algo a su caballo... , o a usted, claro —añadió al percatarse, por el gesto que ella le dedicó, que le preocupaba más el bienestar del caballo que el de la única hija del patrón.

—Ya te dije que yo me hago cargo de mi papá, no te preocupes —sonrió de manera traviesa, gustosa por montar un caballo igual que como hacía desde que tenía dos años y su padre la había subido por primera vez al lomo de un equino.

Se cayó, obviamente, y lloró mucho. Su padre la consoló, como era debido, y en cuanto hubo dejado de hipar, la volvió a subir a la silla. Así le quitó el miedo a los caballos, y le impregnó el deseo de salir a montar cada día, teniendo únicamente el cielo como límite.

Mientras el empelado se encargaba de colocarle la silla al caballo elegido, Estefanía se dirigió a la caballeriza donde reposaba Princesa. La yegua alazán había pertenecido a su madre, le tenía un inmenso cariño y le encantaba salir de paseo con ella, pero ya era una yegua vieja, le costaba trabajo mantenerle el paso y ese día lo único que deseaba era correr, no quería forzar a la pobrecita. En cierta forma, era uno de los pocos lazos que le quedaban con su madre... Y seguramente su nana le pasaría por alto la falta.

Escuchó el sonido de los cascos tras su espalda justo antes de que el empleado le anunciara:

—Ya está preparado, señorita.

—Muchas gracias —ella se dio la vuelta y se apuró en acudir a su encuentro. Antes de subir se ajustó los guantes de cuero negro y el sombrero. El hombre se inclinó y juntó ambas manos para hacer un escaloncito y ayudarla a subir.

Estefanía suspiró, odiaba el estilo de montar de las mujeres, pero no tenía de otra. Alguna norma debía cumplir, después de todo. Y con ese engorroso vestido largo le sería imposible montar a horcajadas como antes solía hacerlo.

Se acomodó en la silla y sujetó con firmeza las riendas. Si bien el caballo no reconoció la mano de su amo, se mostró atento y dócil a las acciones de la joven, quien no tardó en acicatearlo para salir enseguida al galope sin escuchar las reprimendas del anciano pidiéndole que tuviera cuidado.

El viento le daba en el rostro, provocando que algunos cabellos, negros como la noche, se escaparan de su peinado, pero no le importaba. Nunca le había importado la apariencia, nunca había sido alguien a quien las costumbres y el qué dirán le quitaran el sueño, su única preocupación era ser agradable a su padre, y como él la quería tal cual era, no tenía ningún impedimento en crecer libre como lo había estado haciendo hasta entonces.

Regresó a casa una hora exacta más tarde. Entró en la vivienda con una amplia sonrisa grabada en el rostro, la sonrisa que únicamente una espléndida cabalgata era capaz de darle.

No obstante, al notar la expresión de preocupación con que la recibió su nana nada más cruzar el umbral, la sonrisa se esfumó por completo.

—¿Qué ocurrió? —Preguntó de lleno, llegando en dos zancadas al encuentro de la mujer.

—Su padre, niña... —la mujer se encogió, soltándose a llorar sin remedio—. Su papacito... Estefanía palideció, sintiendo que la sangre se le iba al piso.

—¿Qué le pasó?! —Le preguntó a la mujer, zarandándola por los hombros—. ¿Qué tiene mi padre?!

—Ha muerto, niña...

—No... —Estefanía trastabilló, y de no ser porque el mayordomo se había acercado para socorrerla, habría caído al piso.

—Le dio un infarto, señorita... —la mujer no dejaba de llorar mientras hablaba—. Su corazón se detuvo sin remedio, eso dijo el médico. Lo siento tanto...

—No, ¡no!, no... ¡No puede ser! —chilló Estefanía, corriendo escaleras arriba en dirección al cuarto de su padre.

No le importó a quien pasó a llevar de camino, lo único que le importaba era verlo.

Entró a su habitación como un huracán y lo vio allí, tendido sobre su cama igual que si sólo estuviera dormido...

—Papá... —Estefanía se acercó a la cabecera—. ¡Papá, despierta...!

No hubo respuesta, no hubo movimiento, no hubo nada.

—¡Papá...! —Estefanía se arrodilló a su lado y tomó su mano. Estaba tibia, tibia como siempre... Con los ojos nublados por las lágrimas se acercó a su rostro y lo acarició. Su padre se veía tranquilo, como si durmiera plácidamente. Sin embargo, algo había en él que le hizo saber que su padre ya no estaba allí...

Y algo en el interior de Estefanía se rompió para siempre en ese preciso momento.

—¡Papá...! —Gritó con toda la fuerza de sus pulmones, aferrándose a su cuello y soltándose a llorar de manera desesperada—. ¡Por favor, no, papá...! ¡Tú no...!

—No seas tonta, muchachita, ¿qué no ves que está muerto? —Jacinta apareció tras una columna. Por la conmoción, la joven no había notado su presencia—. ¡Está muerto y no puede responderte!

—Papá... ¡Papá! —Estefanía continuó gimiendo, llorando sin control sobre el pecho de su padre, aferrándose a él como si pretendiera no volver a soltarlo jamás.

—¿Pero qué haces, niña tonta? —Su tía intentó separarla en vano, porque Estefanía no soltó a su padre ni escuchó sus reclamos—. ¡Déjalo de una vez, niña estúpida!

—¡No le hable así! —Gritó Bertha, quien también había llegado sin que Estefanía la notara—. ¿Qué no ve que la pobre criatura está sufriendo? ¡Dele un momento de paz al lado de su padre! Necesita despedirse de él.

—¡Tú no me hables así, ahora soy tu señora y me respetas si no quieres que te eche a la calle!

—Señoras, por favor —intervino un hombre mayor que se había mantenido aparte. El médico de su padre—, este no es el momento ni el lugar para estos altercados. Lo que dice la señora Ramírez es cierto, la señorita Quiroz necesita un tiempo a solas con su padre para despedirse de él. Por favor, lo menos que podemos hacer es darle un momento de privacidad.

Ante la petición del médico Jacinta no pudo hacer menos que obedecer.

—Bien —masculló, alzando de manera altiva la barbilla—. Vamos niños, salgan de aquí —llamó a Bárbara y Efraín, quienes espiaban desde la puerta—. Denle a su prima un momento a solas para despedirse.

Bertha pareció dudar si quedarse al lado de la joven, y finalmente optó por salir también. El médico la acompañó afuera, y juntos abandonaron la habitación, cuidando de cerrar la puerta tras ellos.

## Ω

Del otro lado de la puerta, la pequeña Martha lloraba a lágrima viva, afligida por la muerte de su tío, pero mucho más por el dolor de su prima.

Fue la única de los parientes Quiroz de Estefanía en demostrar aflicción. A su lado, sus dos otros primos no hacían más que sonreír, gustosos y triunfales, sabiendo lo que el futuro le deparaba con la muerte de su tío. Y junto a ellos, Jacinta, su madre, comenzó a reír a carcajadas, sin importar la mirada inquieta que le dedicaban los empleados, llorando en silencio por la muerte de su amo, ni por la mirada de extrañeza que le dirigió el médico, asumiendo que había perdido la cordura, ni la mirada acusadora que le dedicó Bertha, pues ella sabía muy bien el motivo de su euforia.

Ahora era Jacinta la dueña de todo. Si bien no de título, Esteban había firmado unos papeles en los que la dejaba como albacea y tutora de Estefanía hasta que ella se casara o cumpliera la mayoría de edad, lo que ocurriera primero, y pudiera hacerse cargo por ella misma de sus bienes.

Pero Jacinta estaba decidida a no permitir jamás que Estefanía llegara a convertirse alguna vez en la dueña de toda su fortuna...

## Ω

—Bárbara, Martha, Efraín, salgamos de aquí. Vamos a comer algo, debemos celebrar—les dijo Jacinta—. Demos unos últimos minutos a su prima.

Y esta vez todos los presentes, incluida la pequeña Martha, entendieron el doble sentido de la frase de su madre, quien ya ni siquiera mantenía la decencia para dejar en claro el que, hacía tantos meses, había sido su plan: arrebatarle a su sobrina todo cuanto poseía una vez que la frágil salud de Esteban, su hermano menor, terminara llevándoselo a la tumba.

Y la sonrisa en el rostro de Bárbara se acrecentó al saber que su prima había dejado de ser la princesa.

Ahora lo sería ella.

# SEGUNDA PARTE

Has de saber que cuando tomas una determinación en el destino que tendrá tu vida, lo último que puedes esperar es que se cumpla.

Un lugar remoto de la india, 1890

—Cincuenta por las mujeres y por el niño.

— ¿Y yo para qué quiero un niño? —Expresó un hombre corpulento, de enorme panza y cuello rollizo cubierto por una tupida y sucia barba negra—. Sólo las mujeres, y te doy treinta por las dos.

—Eso es un robo —replicó el primero que había hablado un hombre delgado y de aspecto demacrado, vestido con una raída camisa de lino blanco, tan sucia como su piel—. Cada una vale al menos treinta.

—Cuarenta por las dos y por el niño, o no hay trato.

—Dijiste que no te interesaba el niño.

—Puede servirme para limpiar los establos, y luego le encontraré una ocupación mejor para cuando crezca. Al fin y al cabo es mi problema, ¿qué dices? ¿Cerramos el trato? —Le tendió una mano gruesa y velluda.

—No soy idiota, por las mujeres me darán el doble en otro burdel.

—La pequeña aún no puede empezar a trabajar, sólo me sirve la madre. Habrá que alimentarla y vestirla hasta que sea lo suficientemente mayor. Nadie te dará más que yo, anda, decide de una maldita vez, que no tengo toda la noche!

El hombre delgado se rascó la incipiente barba, en sus minúsculos ojos se notaba que calculaba cuánto podría sacarle al par en otro sitio.

—¡Oh, vamos, te daré cuarenta y cinco, pero eso es todo! —Bramó el gordo.

Esta vez el otro sonrió y le estrechó la mano.

—Trato hecho —le dijo, extendiendo la misma mano para recibir las monedas del pago.

—Bájalas primero y te doy... —no pudo continuar hablando porque alguien lo sujetó por el cuello y lo golpeó en la cabeza, dejándolo inconsciente.

El otro hombre miró con pavor al caído y retrocedió hasta golpear con el viejo carromato donde llevaba encerradas a sus víctimas.

De la oscuridad y la bruma insondable apareció ante él la imponente figura de un hombre. Era alto, mucho más de lo que sería alguien corriente. Sus pasos eran suaves y calmos pero precisos, como los de un felino. Su cuerpo, oculto en la oscuridad, alcanzaba a percibirse bajo los tenues rayos de la luna, fuerte, corpulento, poderoso en toda su extensión.

El mercader retrocedió más, aterrorizado, pero sólo consiguió golpearse contra el carro.

—Libéralos —escuchó que él ordenaba, hablando con una voz baja y grave, colmada de fuerza.

Unas manos se movieron detrás de él y entonces comprendió que no era a él a quien le hablaba. Un par de sujetos aparecieron de la nada y lo apartaron de la puerta de un fuerte empujón, mientras un tercero rompía el candado que mantenía cerrada la puerta de los cautivos.

Tres pares de ojos aterrorizados los observaron desde el interior del carromato carente de ventanas, sin atreverse a mover un músculo.

—Pueden salir, ya están a salvo —les dijo el imponente hombre, aproximándose a la entrada con una mano extendida.

La niña, la más pequeña de los tres, lo miró con unos enormes ojos negros llenos de curiosidad y gratitud, y tomó su mano para enseguida echársele a los brazos, observándolo con tal devoción que bien pudiera haber creído que se encontraba delante de un dios. El hombre se limitó a sonreír ligeramente, apartándose de en medio para permitirle bajar a los otros.

La mujer, la madre de los dos pequeños, la siguió fuera del carro, llorando mientras estrechaba a su pequeño niño en brazos.

—Gracias... —musitó inclinándose para ponerse de rodillas ante él, pero el hombre la detuvo y volvió a enderezarla.

Ella lo observó asustada, pero en esos ojos luminosos e intensamente azules lo único que recibió fue afecto.

—No tiene que agradecerme nada, por favor —le dijo con una voz firme, pero suave, amable—. Su esposo la está esperando en casa, ansia verla a usted y a sus hijos. La llevarán a reunirse con él enseguida.

La mujer se soltó a llorar plenamente y le besó la mano con la que él todavía la sostenía por los hombros.

—Gracias, gracias... —le dijo entre sollozos.

El hombre se limitó a asentir con una sonrisa afable. Luego se volvió a la pequeña, todavía aferrada a su cuello y la besó en la frente.

—Ahora ve con tu madre, pequeña princesa. Tu padre está ansioso por verlos a los tres.

La niña lo besó en la mejilla antes de dejarse tomar por los brazos acogedores de su madre. El pequeño, un niño que no debía ni tener diez años, hizo una inclinación de cabeza al hombre y lo miró a los ojos.

—Le pagaré con mi vida, señor.

Anthony se limitó a sonreír antes de hacerle un gesto con la cabeza para que siguiera a su madre y hermana.

—Cuida de ellas, es tu único deber.

El niño salió corriendo hasta el sitio donde lo esperaba un tipo montado en un caballo. Su madre y hermana habían subido tras la montura de otro jinete, y cuando el pequeño estuvo firmemente sujeto en las ancas del potro, ambos caballos se pusieron en marcha y se fundieron en la oscuridad de la noche.

Sólo hasta ese momento Anthony se giró al sitio donde yacían los dos hombres. El obeso continuaba inconsciente en su propio charco de sangre, al otro lo mantenían sujeto por los brazos dos de sus hombres.

—¿Lo de siempre? —Le preguntó uno de ellos, Kasim, su mozo y hombre de mayor confianza.

—Tengo la impresión de que estos dos no escarmentarán con sólo enviarlos a la cárcel —Anthony habló de manera lenta y pastosa, saboreando el terror que se leía en los ojos del hombre al escuchar cada una de sus palabras—. Quizá debamos dejarles en claro lo que pensamos de aquellos que se creen con el derecho de robar personas de sus propios hogares para venderlas como si fueran

animales.

—¡No, se lo suplico! —Gimoteó el hombre, arrodillándose ante él—. ¡No me mate! ¡No me mate!

Esta vez Anthony no hizo el menor intento de evitar que la persona que tenía enfrente se arrodillara y se quedó observándolo desde su lugar, impassible.

—¿Tortura o le cortamos los huevos? —Le preguntó Kasim, pasando por alto la súplica del hombre.

De no estar a oscuras, Anthony habría jurado ver adoptar al hombre una coloración verdosa al escuchar sus palabras.

—Supongo que ambos —Anthony se rascó perezosamente la barbilla—. Y cuando hayas terminado con ellos, lanza los despojos a los cocodrilos. No vamos a mancillar ningún cementerio con la inmundicia de estos dos. No se merecen ni que sus cuerpos sean enterrados en tierra sagrada.

—¡No...! —Chilló el hombre, despertando con sus lamentos al otro—. ¡No lo volveré a hacer! ¡Se lo suplico, déjeme ir! ¡Le pagaré, le pagaré con oro...!

Anthony se acercó y lo levantó por la solapa de un solo tirón.

—¿Crees que me interesa tu sucio dinero, animal? —exclamó furioso—. ¿O que estás en la casa de tu madre para pedirle disculpas por una travesura que hiciste? ¡Por poco matas un hombre y vendes a su mujer y a sus hijos como esclavos! ¡Y todo por unas inmundas monedas de plata! ¡¿Te parece que eso merece perdón?!

—Por favor... —suplicó el otro, aterrorizado—. Haré lo que sea...

Anthony le dedicó una mirada de repugnancia y lo lanzó lejos contra el suelo. El otro hombre se incorporó a medias en un intento de huir aprovechando el alboroto, pero dos de sus hombres lo sujetaron a tiempo antes de que pudiera siquiera ponerse de pie y lo sometieron al lado de su compañero.

—Querían vender gente inocente como esclavos. Ahora ustedes dos serán esclavos —les sentenció Anthony.

—Pero...

—Harán lo que se les ordene o los mutilarán y los lanzarán como comida de cocodrilos y a los tigres.

Ambos hombres guardaron por fin silencio, aceptando su destino, que de todas maneras sonaba mejor que la muerte.

—Llévenselos.

—¿Qué...? ¡¿A dónde nos van a llevar...?! —Se atrevió a preguntar el obeso.

—A un sitio del que nunca podrás regresar. —Se limitó a contestar Anthony antes de subir a su caballo.

Los dos hombres fueron encerrados en el mismo carromato en el que un momento antes habían estado la mujer y los niños. Los cuatro hombres de Anthony se quedaron de pie en silencio, aguardando sus órdenes.

—¿África? —Preguntó Kasim, con una sonrisa mordaz en el rostro.

—África negra, muy negra —contestó Anthony, asintiendo sin el menor humor en el rostro—. Sé de un poblado donde se necesita mano de obra. Si a esos dos se les ocurre escapar, serán presas de

las fieras salvajes o de los caníbales.

Kasim sonrió e hizo una seña con el brazo para dar la orden a los hombres de ponerse en marcha. Se escuchó resonar el látigo en el silencio de la noche y los caballos se pusieron en marcha. En menos de un minuto ya estaban perdiéndose en el camino.

—Vamos a casa Kasim—le dijo Anthony, colocándose el sombrero negro a juego con sus ropas—. Hemos terminado por esta noche.

—Como usted ordene, mi señor—contestó el muchacho, montando en su caballo.

Juntos pusieron al galope sus caballos y se perdieron en la oscuridad de la noche.

## Ω

Anthony bajó del caballo de un salto y se lo entregó a Kasim. Apestaba a mil demonios, tenía el rostro quemado por el sol y sucio por el polvo del camino, así como el resto del cuerpo y sus ropas, ya de por sí bastante raídas y desgastadas.

Siempre que salía a una de sus «excursiones» las usaba. No quería que nadie se enterara de quién era él. Debía proteger su imagen, claro está: si no tenía nombre ni nadie sabía quién era en realidad, nadie podría ir tras él en busca de venganza. Además, no quería que nadie supiera que él era capaz de tales actos. Era conocido como un hombre desalmado y sin corazón, y esa imagen le gustaba. Mientras más alejada mantuviera a la gente, mejor para él. De esa manera no lo molestaban ni le estorbaban.

Con el tiempo había aprendido que no había mejor aliado para ganarse el respeto de la gente que el temor.

Adoraba ser temido.

Y por nada del mundo habría arruinado esa imagen que con tanto esfuerzo se había logrado forjar al paso de los años. Ni siquiera por tener que salvar a algunos cuantos de los aldeanos que trabajaban en sus campos y fábricas.

Eso se lo dejaba a «La sombra de la noche», como lo llamaban coloquialmente algunos de los aldeanos que habían oído escuchar de él. Se ganó la fama de ser un espíritu benévolo de la noche, protector de los inocentes, y eso le gustaba. Dicho nombre le otorgaba cierto misticismo que además de entretenido, le resultaba práctico. La gente le temía a los espíritus y causar temor era su trabajo, y su goce.

Debía admitirlo, le gustaba salvar personas. Desde que su tío le había dicho que buscara la manera de sacar su lado bueno ideó ese personaje y lo introdujo entre su gente ayudando así a incontables personas y sí, descubrió que le gustaba hacerlo.

Había comenzado con una casualidad, salvando a un muchacho cualquiera en un momento de necesidad: Kasim. A partir de entonces el muchacho entró a trabajar bajo su protección como el más leal de los empleados, ofreciéndole prácticamente la vida en su amplio modo de agradecerle el haberlo salvado una vez.

La misma casualidad lo llevó a intervenir en favor de otra persona, y luego de otra, hasta que llegó un momento en el que las casualidades no lo encontraban, él las buscaba, y siempre teniendo a Kasim a su lado, procurando ayudarlo.

Su fama se extendió como un secreto a voces entre los moradores del poblado. Kasim se hizo

cargo de la gente de confianza que participaría en sus escaramuzas, y el evento casual de una sola vez se convirtió en una acción diaria que ahora formaba parte de su vida.

Salvar inocentes le provocaba una satisfacción que nunca antes había experimentado. Pero eso no dejaba por descontado el placer que venía aunado al provocar terror a las personas que se lo merecían.

Aterrorizar a los que aterrorizaban a otros. Ese era su lema, y ahora era su vida.

Había encontrado algo por lo que vivir, y se sentía feliz.

Con el tiempo ganó seguidores, personas agradecidas por sus actos que lo buscaron con la intención de servirle de manera fiel. Nunca permitió que ellos supieran quién era en realidad, por supuesto, para eso tenía a Kasim. El muchacho poseía un sexto sentido tan agudo como el suyo para detectar a aquellos que eran falsos o sólo buscaban llegar a él para ganar gloria, o bien, destruirlo. Se habían quedado sólo con unos cuantos a su servicio, pero daba su brazo derecho por esos hombres, que aseguraba, eran de completo fiar.

Y aunque ninguno de ellos sabía quién era en realidad, lo estimaban y lo respetaban, que era todo cuanto necesitaba de ellos. Servían fielmente bajo sus órdenes y hacían cuanto se les decía. Juntos conformaban un buen equipo y habían logrado limpiar ese poblado y los alrededores, de la escoria de la sociedad, a un punto tal que ya eran pocas las noches que necesitaban salir a realizar alguna de sus escaramuzas.

Anthony comenzaba a aburrirse de nuevo.

Al menos esa noche había sido bastante productiva. Se habían deshecho de dos grandes desperdicios enviándolos muy lejos a un sitio donde ya no podrían dañar a nadie. Ahora su gente, pues así la consideraba, estaba a salvo de ese par.

El trabajo había terminado por esa noche. Y quizá para siempre. Ese remoto lugar era un poblado pequeño, los que quedaban eran buenas personas, y si no llegaba otra escoria de fuera, no tendría nada que hacer por un buen tiempo.

Tal vez debería considerar dar un paseo por Bombay, allí la población cada vez era mayor. Sí, en definitiva eso haría. O terminaría aburriéndose terriblemente con su vida cotidiana.

Ya ni las fiestas ni los placeres mundanos, ni siquiera las mujeres, le despertaban mayor satisfacción. Por el día vivía para sus negocios, por la noche vivía para aterrorizar. Era la vida perfecta.

Se dirigió sin demora al cobertizo donde, como siempre, Kasim le había preparado un sencillo baño en una tinaja de madera, y se bañó a toda prisa con el agua helada, que con el calor que hacía esa noche, le vino estupendamente. Se vistió con sus ropas de costumbre y bajó una vez más a los establos, donde Kasim lo esperaba con su montura habitual, un hermoso caballo alazán pura sangre.

Juntos salieron por la parte trasera de las caballerizas, dieron vuelta en redondo por el lago de la propiedad y volvieron a tomar el camino principal para llegar a la enorme mansión, su hogar.

Simón, el mayordomo, salió a la puerta principal a recibirlo, tomó su elegante sombrero y su capa, al tiempo que le comunicaba, como siempre, las noticias del día. Como novedad, su tío acababa de llegar de visita.

—Kasim, ve a traer una botella de mi mejor vino —le pidió al muchacho, sonriendo contento. Hacía meses que no veía a Frank y ciertamente le agradaba volver a ver a su tío.

Anthony se aproximó con paso decidido a la puerta de su despacho, donde, conforme a lo

anunciado por el mayordomo, lo esperaba Frank. En el camino fue abriendo las notas que el mismo hombre le había entregado. Nada de importancia, algunos asuntos de negocios, invitaciones a fiestas, lady Carolina interesada en saber si contaría con su compañía en la fiesta de esa noche...

Una sonrisa encantadora se dibujó en sus labios al recordar a la mujer, la misma sonrisa con la que solía encantar a toda dama de sociedad —y fuera de ella— que se le pusiera enfrente. Quizá no fuera mala idea ir a verla, hacía tiempo que no compartía el placer de su compañía. Y sin nada mejor que hacer, debido a su buen desempeño quitando del camino a criminales, terminaría aburriéndose terriblemente por las noches.

No obstante, en definitiva no podría ir a verla esa noche. Frank estaba de visita y no podría dejarlo abandonado en su propia casa, y no por falta de cortesía, realmente deseaba ver a Frank. Después de todo, era como un segundo padre para él, y si se tomaba en consideración la estima, era Frank, y no su verdadero padre, quien se llevaba el primer lugar.

Con la misma sonrisa que había mantenido en los labios al leer la nota de lady Carolina, entró en su despacho con singular alegría, pero sólo haber cruzado el umbral y atisbado la presión con la que Frank lo recibió, bastó para que cualquier júbilo se esfumara por completo.

Frank, de pie frente a la puerta, seguramente al haber escuchado sus pasos aproximándose, le dirigió una mirada mortecina, mezcla de dolor y aprehensión.

—¿Qué ocurre? —Le preguntó directamente Anthony. Conocía muy bien a su tío como para saber que algo muy malo debía de haber sucedido, y no se iba a andar con rodeos.

—Es tu familia, Anthony.

Anthony se tensó mientras un temor terrible le recorría de los pies a la cabeza. Sólo había una cosa que podía preocupar a Anthony, y esa era su familia.

— ¿Qué sucedió? ¿Es Kate? —Su ceño se frunció. Su madre le había escrito para anunciarle la alegre noticia de que su cuñada, después de seis años de intentarlo, finalmente estaba embarazada. Daría a luz a finales de abril, y le rogaba que regresara a casa para presenciar el evento, aunque sospechaba que también con la intención de pasar la temporada en Londres. Su madre no desistía en encontrarle la esposa ni porque los separaban distintos continentes.

—Me temo que sí, hijo. —Frank suspiró, mirándolo directamente a los ojos.

Anthony desvió la vista, no soportaba mirarlo a los ojos.

—No lo entiendo, le faltaban sólo dos meses... ¿Qué ocurrió?

—No es lo que piensas, Anthony —Frank se aproximó a él y lo tomó por los hombros—. Hijo, me temo que... Me temo que...

— ¡Por un demonio, dilo ya!

Frank no se molestó, conocía bien a su muchacho y sabía que si reaccionaba de esa manera era sólo porque se sentía preocupado.

—Anthony, me temo que hubo un accidente. Tu padre y tu hermano han muerto.

Anthony sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies, y de un momento a otro se encontró arrodillado en la fina alfombra de su despacho.

—No... —musitó la única palabra que logró articular.

—Salieron del club a su casa. Kate estaba de visita en casa de sus padres y ellos la recogieron de camino y se dirigieron a la mansión Woodruff. Los caballos se desbocaron en el camino y el carruaje se volcó... No hubo sobrevivientes.

—¿No hubo...? —Los ojos de Anthony se nublaron—. ¿El bebé...?

—Tampoco sobrevivió, Anthony. Lo siento.

—No... —Anthony agachó la mirada y la fijó en la nada. Las lágrimas colmaron sus ojos sin control al tiempo que sentía lo último de sus fuerzas desvanecerse por completo de su cuerpo.

Perder a su padre era algo a lo que podría haber estado preparado. Aunque no era viejo, William era un hombre que ya había vivido su vida. Varios de sus amigos habían perdido a sus padres, algunos hacía años. Si es que era una noticia dolorosa, no era tan devastadora como el saber que había perdido a su hermano... Pero el bebé. Ese ser inocente que ni siquiera había comenzado a vivir... Eso no tenía perdón.

¿Cómo el destino podía ser tan cruel? ¿Cómo podía arrebatarse la vida a una pareja joven, cuya vida recién comenzaba con la llegada de su primer hijo? Él sabía muy bien las ansias con la que esperaban a ese niño, no por un título, no por dejar un heredero, deseaban un hijo porque lo amaban antes de siquiera haberlo concebido. Y ahora, de un hachazo, todo se había terminado. La vida de su padre, su hermano, su cuñada y el bebé no nacido.

Si es que existía un Dios, éste debía ser el más cruel de todos los seres crueles que podía existir en el universo.

¿Por qué no quitarle la vida a unos desalmados, como los que hoy había aprehendido esa noche? ¿Por qué no hacerlo con un ser despreciable como él, que no tenía nada ni nadie que dejar atrás, al que el mundo nunca extrañaría? ¿Por qué, de todos los seres sobre el planeta, llevarse a un hombre y una mujer tan buenos como su hermano y su cuñada, pero en especial, por qué llevarse la vida de un ser inocente que habría dejado un sentido a la vida de sus progenitores, un calor al vacío que sus padres dejarían tras ellos al marcharse?

Porque era así como se sentía. Vacío. Frío.

La gente moría todos los días, pero sólo la muerte de esas personas en específico podía ocasionarle tal hueco al mundo y a su corazón...

—Ven, muchacho, siéntate... —Frank lo condujo hasta un sillón cercano—. ¡Simón, tráeme una botella de brandy!

—¡Estoy bien, Frank! ¡Te digo que estoy bien! —Anthony se revolvió en sus brazos y se enderezó, secándose con la manga las lágrimas que rodaban por sus mejillas, a pesar de su intento por mantenerse firme.

—Si quieres llorar, hazlo, hijo —Frank posó una mano sobre su hombro—. El golpe que has sufrido es devastador. De nada servirá que te hagas el duro. Sin mencionar...

—¿Qué cosa? —Se irguió, mirándolo en una mezcla de dolor y rabia—. Dilo de una vez, ¿iba alguien más en el carruaje? ¿Mi madre? ¿Alguna de mis hermanas? ¡Habla de una vez, Frank, lo haces más difícil!

—Calma, hijo, calma... No se trata de eso.

—¿Qué es, entonces?

—Lo obvio, hijo—Frank suspiró y lo miró a los ojos—. Sin tu padre y tu hermano, ahora eres el nuevo conde de Woodruff. Debes regresar a Londres enseguida.

Londres, 1890

Al amanecer, Estefanía entró corriendo a la casa por la puerta de servicio. Tenía las mejillas sonrosadas por la carrera y la nariz fría a causa del viento helado, pero se sentía fascinada. Adoraba salir a los campos y correr como si no existiera un mañana, correr por el sólo deseo de correr, sentir el viento contra su rostro y su cabello, la suave humedad de la hierba bajo sus pies descalzos, el aroma de las flores de los campos. Todo era maravilloso, maravilloso sin ninguna duda, un momento que habría alargado para que durara el máximo tiempo posible de haber podido.

Entró a la casa riendo de gusto y sacudiéndose la humedad de la ropa. A pesar de que era primavera, la bruma fría de la mañana le había dejado la capa empapada de rocío.

—Ahí estás, mi niña —la saludó Bertha, dejando la olla que mantenía sobre la estufa para aproximarse a ella y ayudarla a quitarse la capa—. Estás fría como un témpano, Estefanía. ¿Qué no te dije que te llevaras la bufanda y los guantes?

—Oh, nana, no me regañes, es primavera, ¡por fin primavera! —Estefanía le dio un beso en la mejilla, haciéndola sonreír a pesar de su enojo—. Los campos están verdes, colmados de flores de todas clases, y simplemente no pude resistirme a salir y sentirlo todo en su completo apogeo, ¡adoro el esplendor de la primavera!

—Puedes sentirlo igual de bien con una bufanda puesta —reclamó Bertha, volviendo a poner atención a la olla que comenzaba a humear peligrosamente—. Además, si te da una neumonía no podrás volver a salir hasta el siguiente año.

—Nana...

—No me vengas con zalamerías, niñita —le cortó la sonrisa traviesa que Estefanía comenzaba a esbozar—. Como si no te conociera ya bastante para saber cuáles son tus artimañas para salirte con la tuya. Pero le hice una promesa a tu madre y hasta el día de mi muerte he de cumplirla —la señaló con un dedo acusador—, te voy a cuidar aunque tú no quieras cuidarte.

—Oh, nana —Estefanía se acercó y la abrazó—. Sabes que te quiero, ¿no es verdad?

—No me cambies el tema.

—Bien, nana, me pondré la bufanda. ¿Ahora puedo decirte que te quiero?

La mujer le dedicó una mirada de arriba abajo, estudiando sus facciones, antes de contestar.

—Ya puedes hacerlo —le dijo con voz seria, a pesar de que una sonrisa curveaba sus labios.

—¡Te quiero, nana! —La abrazó con más fuerza, llenándole el rostro de besos.

Bertha rió, siempre terminaba riendo, y la abrazó también.

—Ahora, niña, ve a cambiarte esas ropas húmedas antes de que tu tía se despierte. No quiero que te ponga a trabajar con ese vestido mojado, o sin duda alguna agarrarás una gripe.

—De acuerdo, nana —Estefanía sonrió y se dirigió a la escalera.

Desde la muerte de su padre y la mala administración de su dinero y propiedades por parte de su tía y Efraín, su primo mayor, las cosas habían ido de mal en peor. Sus familiares habían derrochado la fortuna acumulada por su padre como si no existiera un mañana. En unos cuantos años quedaron en bancarrota y su tía, en un desesperado intento de mantener el nivel social en que vivían, vendió todas sus propiedades con excepción de la casa Campbell, la mansión donde siempre habían vivido a

orillas de Londres.

Estefanía debía reconocer, que dentro de todo lo malo, la ruina y el odio que le había tomado a su tía y a sus primos —claro, con excepción de Martha— se sentía contenta de haber conservado la casa que perteneció a su madre. Su tía lo había hecho con el propósito de mantenerse cerca de Londres y así no perder contacto con la alta sociedad londinense, ni los adinerados y buenos partidos que pudieran llegar a conseguir sus hijos. Pero para ella era el único lazo tangible que continuaba teniendo con sus padres.

Esa casa había pertenecido a su familia por generaciones; en ella vivió su madre de niña, en ella llegaron a vivir sus padres de recién casados, en esa casa ella vivió con su adorado padre antes de que falleciera y ahora, a pesar de todo, continuaba siendo suya...

Estaba unida a esa casa y así sería por siempre.

Si había soportado tantos años a su insufrible tía y sus odiosos hijos fue por una sola razón: a los veintiún años podría tomar control de la herencia de su padre.

Y en cuanto lo hiciera, echaría a patadas de su propiedad a esa arpía y a sus dos parias.

Debía tener paciencia y rezar para que las cosas no fueran a empeorar. Estaban arruinados, pero su tía era tan imbécil como para pretender que con sólo mantener las apariencias podría continuar teniendo el nivel de vida que llevaban hasta entonces.

Hasta ese momento le había funcionado de cierta manera. No obstante, no sabía cuánto tiempo más duraría su suerte... Las finanzas iban mal, habían despedido a todos los sirvientes, con excepción de Bertha, quien decidió quedarse por el cariño que sentía a Estefanía, a pesar de ya no recibir un sueldo, y Karl, un mozo que hacía a la vez de mayordomo y cochero. Por lo que, a falta de manos, su tía se había empeñado en obligarla a trabajar en su propia casa como si fuera una sirvienta. Entre Bertha, Martha y Estefanía debían dividirse las labores más fundamentales de la casa, y mantener así la apariencia de que todo continuaba siendo igual.

Bárbara no movía un dedo, claro estaba, ella debía mantenerse perfecta para encontrar un marido rico. Al igual que Efraín, quien como hombre de la casa estaba encargado de salvaguardar los negocios de la familia, que hasta entonces sólo había conseguido hundir al borde de la ruina.

Aún así, era obvio que sin la debida manutención, la hermosa mansión se venía abajo. Se había venido deteriorando con el tiempo y de no mejorar pronto las finanzas, terminarían perdiéndola para siempre...

Cosa que Estefanía no estaba dispuesta a permitir. Conservaría esa casa a como diera lugar. Y sólo rezaba porque el año que faltaba para tomar posesión de ella pasara rápido, antes de que su tía fraguara un nuevo plan contra ella y toda la lucha de esos años hubiera sido en vano.

Estefanía salió por la puerta que conducía de la cocina a la casa y tomó por el pasillo, soltándose el cabello en el camino para ahorrar tiempo, pasándose los dedos por los ligeros rizos negros, en un intento de quitarse el agua que también lo había mojado. Escuchó el sonido de la puerta del que había sido el despacho de su padre al abrirse, y todo su cuerpo se tensó, poniéndose alerta.

Efraín.

Ese desgraciado se había apoderado de todo cuanto poseía, hasta del despacho de su padre, pero últimamente también buscaba otra cosa de ella...

Y al verlo asomarse con esa sonrisa mordaz en los labios y dirigirle una mirada lujuriosa, supo

que ese día no sería diferente.

Estefanía apretó los dientes, furiosa, y apuró el paso, fingiendo no haberlo visto. Efraín salió al pasillo y le cortó el camino, apoyando una mano sobre la pared junto a su cabeza, impidiéndole cualquier huida.

—¿Qué quieres? —Le espetó Estefanía, sin inmutarse.

—Buenos días, querida prima, veo que has amanecido muy bella hoy... —sus ojos se desviaron hasta su escote—, como siempre.

Estefanía se llevó instintivamente una mano al busto y lo miró a los ojos.

—Déjame pasar, Efraín. No tengo tiempo para tus tonterías.

—¿Tontería es querer saludar a mi querida prima? — Preguntó él con fingida voz inocente, alargando una mano para acariciarle el rostro, pero Estefanía retrocedió antes de que pudiera siquiera tocarla.

—¡Te dije que me dejes en paz!

—¿Efraín? —Se escuchó la voz de Jacinta acercándose por el corredor.

Efraín se apuró en adoptar un porte natural, alejándose lo más posible de Estefanía.

—Madre, buenos días —la saludó él, acercándose a ella en cuanto quedó a la vista para recibirla con un beso en la mejilla—. Me alegra verte despierta tan temprano.

—¿Es verdad eso? —Preguntó Jacinta con una sonrisa sosa en los labios—. ¿Y se puede saber por qué, querido mío?

—Porque... puedo disfrutar por más horas del placer de tu compañía, por supuesto —dijo la primera cosa que se le ocurrió. No obstante, al notar que la mirada de su madre no cambió en lo más mínimo, sin haberse tragado tal mentira, añadió—: Y porque, claro, así podrás poner en regla a esta chiquilla impertinente y tonta —señaló a Estefanía como un niño acusador, dedicándole una mirada de desprecio—. Mira su estado, madre. Se ve que ha estado otra vez caminando por el campo en lugar de atender sus deberes.

Estefanía volteó los ojos, ¿no podía ser verdad! ¿No sólo tenía a un idiota como primo, sino que era un idiota con «I» mayúscula, necesitado de medicamentos y encierro! ¿Qué le importaba a él lo que ella hiciera con su tiempo libre? ¿Era su tiempo libre!

Sin embargo, su tía no dudó en dedicarle una mirada furiosa, dejando en claro que le creía cada cosa que decía a su adorado hijo.

Otra idiota con «I» mayúscula.

Efraín sonrió al ver estirarse los labios de su madre en un gesto molesto. Sabía que, sin importar qué, podía contar con distraer la atención de su madre para fijarla sobre su prima, y ella se olvidaría de cualquier cosa que él hubiera hecho. Jacinta odiaba a Estefanía tanto como a los cachorros y a los recién nacidos. Eran, según sus propias palabras, sólo un estorbo inútil.

—¿Es cierto eso, Estefanía? —Le preguntó Jacinta con un tono de voz seco, aunque bastante agudo, como era su voz.

—¿Qué cosa en específico? —Preguntó la joven con fastidio—. ¿Que salí a caminar o que me desentendí de mis deberes? Porque sí hice lo primero, pero lo segundo no es cierto.

—No le creas, madre, ella miente —masculló Efraín al oído de su madre, provocando que el ademán en sus labios se hiciera mayor.

—Estefanía, sabes que no me gusta que me contestes. El día de hoy tendrás que realizar el doble de tus labores diarias, como castigo —le dijo ella y la joven no supo si sintió más enojo por sus palabras o por la mirada cáustica que le dedicó Efraín.

—¡Madre!, ¡madre! ¡¿Dónde estás, madre?! —Chilló la voz de Bárbara por el corredor, desviando la atención de todos sobre ella.

Efraín hizo un reflejo automático al escuchar el sonido agudo del grito de Bárbara penetrarle hasta lo más hondo del cerebro, y Estefanía debió aguantar una risita. Al menos la voz desastrosa de esa otra arpía servía para quitarle a su hermano esa estúpida sonrisa del rostro.

—Estoy aquí, Bárbara —Jacinta llamó a su hija con un gesto del brazo, pues ella estuvo a dos pasos de pasar de largo el pasillo donde ellos se encontraban.

—¡Madre! —Chilló ella otra vez, dando un golpe con el tacón, igual que una niña—. ¿Has visto lo tarde que es? ¡La modista no me va a atender como se debe si no llegamos primero!

—¿La modista? —Estefanía entornó los ojos para dedicarle una mirada airada a su prima y luego a su tía—. ¿Es que piensan ir a Wood's?

Wood's era el nombre de un elegante local en Londres donde Estefanía y Martha trabajaban como costureras para ganar dinero para la familia —o en específico, para Jacinta, Efraín y Bárbara—. La dueña, la señora Wood, era una modista cualquiera que comenzó a ganar fama entre la alta sociedad cuando Kate, la futura condesa de Woodruff, empezó a usar sus bellos modelos en los eventos más elegantes ofrecidos para la aristocracia. La señora Wood no tardó en obtener reconocimiento por su excelente y original trabajo, y pronto estuvo tan al tope de pedidos, que debió contratar manos extra para poder entregar las prendas de vestir que le solicitaban a tiempo, como a ella siempre gustaba de hacer.

Unido al trabajo, llegó el dinero y la anciana señora Wood pudo mudarse del modesto local que mantenía en su propio hogar, a un bello sitio comercial en la zona más exclusiva de Londres.

Ese lugar era el refugio de Estefanía, un sitio donde podía sentirse libre de su propia familia. Un «santuario» que ahora sería violado con la presencia de Jacinta y Bárbara.

Pero su intrusión en su santuario personal no era lo que le molestaba. Era el hecho de que irían a gastar el dinero que no tenían. Otra vez.

—¡No pueden ir a Woods! Es demasiado caro, y no tenemos el dinero para costearlo.

—Por supuesto que sí —Bárbara le dedicó una mirada altiva—, no voy a ir al baile de bienvenida que ofrece lady Woodruff con un vestido pasado de moda.

Una sombra entristeció el rostro de Estefanía.

Se había enterado de la muerte del conde de Woodruff, y de su hijo y su nuera, como todos, y quizá fuera la única persona de Londres, sin mencionar a Bertha, a la que el accidente le provocó un sincero dolor.

Charles era un buen hombre. Nunca olvidó el breve encuentro que tuvo con él durante su fiesta de compromiso, ni sus palabras amables y consoladoras. Tampoco a Kate, y su alegría y dulzura. La muerte de ambos le había dolido en lo más profundo del alma, así como la de su hijo no nato.

Había escuchado hablar de lo mucho que la pareja ansiaba el nacimiento de su primogénito, el amor que envolvía el hogar con la esperanza del niño que llegaría a compartir sus vidas, y todo había terminado de manera tan abrupta...

Se decía que la peor en tomar la noticia fue lady Woodruff. A pesar de que ella se había retirado

de la sociedad parcialmente hacía unos años —se rumoreaba que por atender la enfermedad de su hija menor, aunque nadie podía aseverarlo ni decir con certeza cuál era— el rumor de que el corazón se le había roto a raíz del accidente, llegó hasta el último rincón de Londres, y probablemente de la India, pues su hijo Anthony no tardó en hacer acto de presencia para ayudar a su madre a superarse del abatimiento en el que había caído. La muerte de su esposo y sus hijos, pues se decía que consideraba a su nuera como a una verdadera hija, le rompió el corazón, pero como a todos, en especial la prematura muerte de su nieto no nato. Se dice que cayó en cama por meses, devastada por el dolor, única razón por la que su hijo Anthony, el heredero al título y a la fortuna de la familia, decidió regresar de la India, ya que se decía que él había tomado la determinación de instalarse allá definitivamente.

Su llegada significó todo para su familia. Su madre, sus hermanas, incluso los antiguos socios de su padre, se apoyaron en él como si se tratase del único pilar del que poder sostenerse en ese momento de tempestad.

Estefanía habría sentido lástima de él, un corazón roto teniendo que ser fuerte para otros corazones rotos, de no haber sabido que Anthony Woodruff no tenía corazón.

A pesar de todos los años transcurridos desde su encuentro, ella no podía olvidar lo que él le había hecho, y mucho menos perdonarlo. Ese hombre era un desalmado, un desgraciado, un... un... ¡un bestia sin corazón! Y de no saber que él dejó todo para acudir al llamado de su familia en momento de necesidad, habría jurado por su vida que terminaría ardiendo en el infierno como el demonio que era.

Al menos ese demonio ahora tenía un lado bueno... A ver cuánto le duraba.

Dejando a un lado la desgracia y el dolor vivido por la familia Woodruff, pronto se cumplirían seis meses del fatídico accidente, y el nuevo conde aún no había hecho acto de presencia en sociedad. Motivo por el cual lady Woodruff decidió realizar un baile en honor a su hijo, tanto para celebrar la reciente adquisición de su posición y título, como cabeza y conde de Woodruff, como para callar las habladurías de la gente, puesto que, para enojo de la mujer y su familia, se rumoreaba que el hombre que había vuelto de la India debía ser otro, y no el Anthony que todos conocían. Y es que, algo que en definitiva desconcertó a gran parte de la sociedad londinense, o al menos a la que recordaba los años de juventud de Anthony

Woodruff, fue que el nuevo conde no parecía demostrar interés alguno por los bailes de sociedad ni las fiestas. Ni siquiera se le sabía que acudiera a los antiguos lugares de mala muerte donde, antaño, prácticamente vivía por las noches.

El nuevo conde de Woodruff exhibía comportamiento modelo. Comportamiento que no había pasado por alto para los evaluadores ojos de la estricta sociedad londinense, y claro, para las madres lanzadas a la caza de conseguir un buen partido para sus hijas casaderas.

Y el baile que ofrecía lady Woodruff era el sitio perfecto para llegar a él. Razón por la cual tanto la señora Wood como sus fieles ayudantes se habían visto hasta el tope de trabajo, pues toda dama en la ciudad quería lucir como la más bella a los ojos del nuevo conde.

Estefanía comprendía las intenciones de la familia al festejar y hacer público el nombramiento de Anthony como el nuevo conde. También comprendía que su madre no iba a desaprovechar la oportunidad para presentarle unas cuantas mujeres a su hijo, con la intención de que escogiera esposa. Sabía que para los nobles el legar el título a un heredero era un asunto de extrema

importancia.

Pero lo que no podía, y jamás lograría comprender, era que todos parecían olvidar que Charles había muerto, que su esposa había muerto, que un bebé no nato había muerto, y a nadie parecía importarle. Estefanía no podía evitar sentirse furiosa con toda la sociedad por su frívola manera de actuar.

Se alegraba de haber salido de la sociedad hacía tanto tiempo, prácticamente apenas al entrar. No tener que asistir a una fiesta ridícula que parecía celebrar la muerte de unos Inocentes para que un desalmado ocupara su lugar. Y en especial, vivir alejada de una sociedad tan pragmática, que ante la obtención de un título, era capaz de olvidar la conducta y el verdadero ser del nuevo conde, que una vez fue considerado el peor libertino de Londres, ¡y para casarlo con sus hijas!

¡Maldita fuera la vida y esa sociedad colmada de ambición!

Y maldita fuera su familia por querer formar parte de ese teatrillo.

— ¿Y me pueden decir cómo demonios pretenden pagar esos vestidos? — Preguntó airada Estefanía, maldiciendo y olvidando todo decoro frente a sus parientes—. Les recuerdo que la señora Wood no va a darles más crédito. Martha y yo apenas nos damos abasto para solventar los gastos y cubrir la cuota por los últimos vestidos que encargaron. ¡Y por un demonio, que no permitiré que vendan otra cosa que perteneció a mi madre!

Bárbara abrió los ojos, sorprendida, y Efraín soltó una risita, divertido. Su tía se limitó a dedicarle una mirada airada, a la vez que espetaba:

—No esperaba menos de un ser corriente como tú —le dijo en un siseo bajo—. Y el cómo paguemos esos vestidos a ti no te interesa.

—Me interesa, porque ese dinero es mío.

—¡No es tuyo! —Chilló Bárbara.

—¡Es mío! —Replicó Estefanía, perdiendo los estribos—. Ésta era la casa de mi madre, todo cuanto hay aquí perteneció a mis padres y por lo tanto es mío.

—Estefanía, nunca imaginé que fueras tan egoísta —dijo Jacinta—. Mío, mío, mío. Es todo cuanto puedes pensar, todo cuanto puedes sentir. No eres más que un ser egoísta y vil.

Estefanía tragó saliva, no sabía cómo, pero su tía siempre encontraba la forma de revertirle las cosas.

—Pues señorita, tengo que recordarte que tu padre, mi hermano —recalcó al máximo esas dos palabras—, me dejó como encargada legal de todo cuanto tenía, incluida a ti.

—Te dejó para que velaras por mi seguridad y mi fortuna, no para que la malgastaras en tonterías.

—No sólo era tu fortuna, Estefanía. Te recuerdo que tu padre era mi hermano también, y él quería que tuviera una vida buena, así como tus primos —abrazó a Bárbara por los hombros, dedicándole una mirada de fingido dolor—. Esteban era un hombre excelente, generoso al máximo, siempre veló por su familia. Es una lástima que tú no puedas ser como él, que tengas un corazón tan egoísta... —se cubrió los ojos con un pañuelo y se soltó a llorar.

Efraín le dedicó una mirada de desprecio a su prima al tiempo que abrazaba a su madre por los hombros, consolándola.

—Mira lo que has hecho, Estefanía —le espetó Bárbara—. Eres una vergüenza.

—Tu padre nos trajo aquí porque éramos su familia. Te he querido y te he tratado como a mi

propia hija, te he dado todo cuanto tenía para dar y a cambio lo único que tú has hecho es recordarnos que somos las obras de caridad de tu padre, los seres humanos que recogió de la calle en un momento de necesidad, como si fuéramos viles perros callejeros —sollozó Jacinta, sonándose sonoramente la nariz—. ¡Tu padre se avergonzaría de ti sin ninguna duda, jovencita! Él siempre fue generoso en especial con los suyos —le dedicó una mirada llena de desprecio—. Es una lástima que su hija sea una amargada ambiciosa y sin corazón, ¡no le llegas a tu padre ni a la suela de sus zapatos!

Estefanía retrocedió un paso. El tema de su padre aún le resultaba delicado y doloroso, y su tía sabía muy bien cómo atacarla con ese puñal.

—Mi padre... mi padre... —Estefanía se atragantó con las palabras, sin lograr pronunciar una sílaba congruente.

—Tu padre fue quien nos trajo a vivir aquí —su tía continuó ensartando el puñal— ¡fue su voluntad y hasta tú tienes que acatar su deseo, Estefanía!

Estefanía agachó la mirada. Quería ser digna de su padre, ¡por Dios que quería ser digna de él!

—¿Es que quieres deshonorar su memoria? ¿Quieres que él se revuelque en su tumba al saber cómo su adorada hija trató a su propia tía y primos?

Estefanía negó con la cabeza sin lograr decir una sílaba.

—Tu padre habría querido que fuéramos felices —continuó hablando la mujer, sin darle tregua—. ¿Es que tú no quieres eso, Estefanía? ¿No quieres que tus primos sean felices? ¿No quieres que Bárbara encuentre un buen hombre para casarse?

Estefanía asintió con la cabeza sin poder poner réplica a esas palabras.

—En ese caso, será mejor que dejes de portarte como una paria cuando te necesitamos. Eres parte de esta familia, aunque no te guste, jovencita —le clavó el índice en el pecho—. Tu prima tiene que casarse con el conde, de esa forma ella nos sacará a todos de la ruina, y para lograrlo necesitamos ganar dinero así que ¡ve a trabajar! —Espetó molesta.

Estefanía apretó los puños a los costados. Su tía se la había hecho de nuevo: darle la vuelta al asunto para salirse con la suya. Era una tonta por seguirse dejando embaucar por ella...

A pesar de que aún no podía pronunciar una sílaba para replicar. El tema de su padre era así de doloroso en su corazón.

—Madre, ¿necesitas las dos copas? —Martha apareció por el otro lado del pasillo, llevando dos copas de plata con ella.

El rostro de Estefanía se encendió. Una cosa era la memoria de su padre, ¡pero ahora iban contra su madre!

—¡Esas copas eran de mi madre! —Rugió sin poder contenerse—. Han estado en la familia Campbell por nueve generaciones.

—Pues ésta será la última, supongo —bufó Bárbara, encogiendo un hombro de manera despreocupada.

—Gracias por el dato, Estefanía —añadió Efraín, cogiendo las copas de las manos de su hermana menor—. Estoy seguro que podré sacarle más con ese dato.

Estefanía apretó los puños, y le habría saltado encima de no ser porque Martha se apuró en hablar.

—Puedo ir a buscar otra cosa...

—No hay otra cosa —rugió Jacinta—. Estamos en la miseria, ¡en la miseria! —Miró a Estefanía, como si ella fuera la culpable de tal suceso—. ¡Date prisa, a trabajar! Si tanto defiendes el legado de tu familia, deberías luchar por el bienestar que tu padre habría querido darnos.

—¿Qué? —Estefanía no pudo pronunciar otra palabra, harta de intentar comprender las locuras de esa mujer.

—¡Al no estar tu padre, eres tú quien debe ocupar su lugar y velar por nuestro bienestar!

—Creía que lo habías convencido de que sería al revés —siseó Estefanía—. ¿No fue por eso que él te dejó como mi tutora? ¡¿Para que velaras por mi bienestar?! —Rugió, apretando tanto los dientes que le rechinaron.

—Ya te he dado suficiente, ahora te toca devolverme a mí y a mis hijos el favor.

Estefanía se giró, más por no seguir escuchando las palabras dementes de esa mujer que por realmente creer que le debía algo, eso sí, mascullando entre dientes:

—¡Vieillefolie! La seule chose que je vous dois est le ensartarle de tisonnier trou profond que tu as entre les fesses. (¡Vieja loca! Lo único que te debo es ensartarte el atizador en lo más profundo del orificio que tienes entre las nalgas.)

—¿¿Qué fue lo que dijiste?!—Bramó su tía.

—Nada.

—¡Le dije a tu padre que era un desperdicio hacerte tomar lecciones con esa institutriz! ¡El francés no sirve para nada!

—A mí me sirvió —Estefanía sonrió mordazmente, encogiéndose de hombros. - ¿Qué...?

—Estefanía, vamos de una vez a la ciudad. No debemos retrasarnos o nos tomará todo el día llegar —le pidió Martha, llevándola con ella antes de darle la oportunidad de desencadenar una pelea que terminaría en algo feo.

Estefanía la siguió sin replicar. Odiaba a su tía, pero no podía decirle que no a Martha. Era demasiado buena.

—Esa niña... —siseó Jacinta, temblando de rabia—. ¡Me vuelve loca!

—Podemos matarla —Bárbara le dedicó una sonrisa angelical, como si le hubiera acabado de invitar a tomar el té, y no dicho tal barbaridad.

—No. Matar a alguien no es tan sencillo como antes. Si se dan cuenta de algo, lo perderíamos todo —la mujer se cruzó de brazos, frunciendo el ceño—. Lo mejor será continuar con el plan, ¿me oíste, Efraín?

Efraín sonrió de tal manera que le habría helado las entrañas a cualquier persona.

—No te preocupes madre, estoy trabajando en eso —le dijo con voz ronca, evocando la imagen de Estefanía, que muy pronto, sería toda suya...

Una hora más tarde, Martha y Estefanía se encontraban caminando por las calles de Londres. Debieron hacer a pie el trecho hasta llegar a las orillas de la ciudad y tomar el carruaje de servicio público, acortaron camino por Hyde Park y por fin se encontraron a unas cuantas cuadras de Wood s.

Estefanía se había mantenido en silencio, observando a las personas que pasaban por la acera, pero sin ver nada en realidad.

Se sentía molesta, sumamente molesta. Su tía y sus primos habían acabado con todo sin que ella pudiera hacer nada para evitarlo, pero no faltaba mucho para que ella le pusiera fin a esa situación. Un año para ser exactos, cuando ella cumpliera los veintiuno y pudiera hacer uso legalmente de su herencia. O lo que quedara de ella...

Pero no le importaba cuánto tiempo más debiera soportar, lo haría. Y lo haría por sus padres. Ellos lo habrían deseado, no habían criado a una hija débil, una hija que se rindiera a la primera, o bien, en su caso, tras varias, cientos de dificultades que surgieran en su camino. Ella saldría adelante, y lo haría con lo que pudiera conservar, aunque se tratase sólo de la casa Campbell. Era más que suficiente para ella. Era la casa donde vivió su madre de joven, la casa que compartieron sus padres de recién casados, la casa donde vivió con su padre, y la casa donde ella viviría por siempre. Esa se había convertido en su oración personal, la frase que se repetía día y noche para darse fuerzas. Y ya estaba a tan sólo un año, sólo un año para conseguir su cometido.

—Estás pensando en las copas de tu madre, ¿no es así? —Le preguntó Martha, mirándola de soslayo.

Estefanía se giró de lleno hacia ella.

—No, en absoluto —le dijo con total franqueza, a pesar de que sabía que sus palabras no eran del todo ciertas.

—No tienes que mentirme a mí, Estefanía. Comprendo si estás enojada conmigo, pero te juro que no encontré nada más en la casa, y sabes cómo se pone mamá cuando quiere conseguir dinero... —la miró con una enorme tristeza reflejada en los ojos—. Me dio miedo que quisiera vender nuevamente la pintura de tu madre.

Estefanía la miró con una sonrisa y tomó su mano cariñosamente. El Monet que su padre le había regalado a su madre en uno de sus cumpleaños era una pieza de arte muy especial para la joven, un regalo íntimo que quería conservar en la familia, en especial porque, aunque sólo ella pudiera reconocerla en esa figura alejada caminando entre un campo de flores, era un retrato de su adorada madre.

—Te lo agradezco, Martha —le dijo con total sinceridad—. Fue muy considerado de tu parte.

La joven sonrió un poco aliviada, aunque Estefanía aún podía notar el pesar en sus ojos.

Cuando se encontraban a unos pasos de la tienda, la puerta se abrió de pronto con un campanilleo y por ella apareció Roger, el hijo de la señora Wood, un joven médico recién egresado que, además, estaba locamente enamorado de Martha.

Y por el rubor que adquirieron las mejillas de Martha con sólo verlo, resultó obvio que era totalmente correspondido.

—Señorita Quiroz —la saludó Roger, apurándose en acercarse a ella para saludarla.

Estefanía sonrió encantada. Si alguien merecía encontrar el amor en un buen hombre de gran corazón, esa era Martha.

—Señor Wood —fue todo cuanto ella dijo como respuesta, aunque, por la manera en que se miraban, Estefanía habría jurado que podían hablar mutuamente sin necesidad de palabras.

—Este... yo... —Estefanía se sintió totalmente fuera de lugar—. Quizá debería entrar.

—¡Señorita Quiroz! —Roger se giró hacia ella como si recién se percatara de su presencia—. Se le ve muy bien el día de hoy.

—Se lo agradezco, señor Wood. A usted también —sonrió cordialmente, intentando pasar por alto que él había dejado de mirarla para regresar los ojos al rostro de Martha.

Estaban tan enamorados que ni siquiera podían apartar la mirada el uno del otro.

Era nauseabundo.

Y romántico, sumamente romántico. Debía admitirlo.

—Creo que iré entrando en la tienda —dijo Estefanía al aire, más con la intención de dejarlos solos de una vez que de realmente sentir la urgencia de comenzar a trabajar.

—Oh, es cierto... —Martha suspiró largamente—. Debo ir a trabajar también.

—¿Sabes qué, Martha? —Le dijo Estefanía antes de que pudiera moverse—. Se me olvidó comprar los botones blancos para la camisa del señor Johnson. ¿Crees que podrías ir a comprarlos tú? Oh, y usted bien podría acompañarla, señor Wood. Las calles no son seguras en estos tiempos.

—No es necesario —Martha contestó sin apartar la vista de él—. La bonetería sólo queda a unas cuadras de aquí.

—Pero no me refiero a esa bonetería, sino a la que se encuentra por la calle cinco, camino a Hyde Park.

Martha por primera vez se giró hacia ella, entornando los ojos.

—¿Por qué quieres que vaya tan lejos, teniendo una bonetería a...?

—¿Qué no recuerdas la orden del señor Johnson? —La interrumpió Estefanía—. Quería los mejores botones blancos de la ciudad, los que sólo se encuentran en ese lugar.

—En ese caso, la acompañaré señorita Quiroz —le dijo el médico—. No puedo permitir que usted vaya sola tan lejos.

—Es usted muy amable, señor Wood —le dijo Martha, tomándose del brazo que él le ofrecía.

Estefanía sonrió al verlos caminar juntos por la acera y luego cruzar la calle, tan embelesados el uno en el otro que ni siquiera se percataron del carruaje que por poco los arrolla a mitad de la calle.

Estefanía hizo una mueca y cerró los ojos en automático, pero no se escuchó nada grave, sólo los improperios del conductor pidiéndoles que tuvieran más cuidado. Al volver a abrirlos, vio a la pareja retirarse con rapidez, riendo entre ellos sobre el incidente. La joven sonrió al verlos alejarse, mientras no se mataran por un descuido, estaba segura que pasarían unos excelentes momentos juntos.

—¿Los mejores botones de Londres? —Escuchó repetir una voz de mujer, en un tono irónico que le resultó familiar.

—Buenos días, señora Wood —la saludó Estefanía, volviéndose hacia la mujer que se había asomado por la ventana sin que la notara.

—Tú podrías venderle hielo a un esquimal, chiquilla —le dijo apuntándola con un dedo

acusador, a pesar que no dejaba de sonreír—. ¿Y desde cuándo tenemos un cliente Johnson?

—Fue sólo una mentirita blanca —le dijo Estefanía, encogiéndose de hombros mientras se dirigía a la puerta de entrada de la tienda—. Sabe lo mucho que esos dos desean estar juntos. Unos minutos extra les hará mucho bien.

—Minutos que tú tendrás que cubrir con tu trabajo.

—No me interesa, con tal de que Martha sea feliz —empujó la puerta, haciendo sonar la campanilla que se encontraba en el techo para anunciar a los clientes que entraran—. Ella adora a su hijo con todo el corazón.

—Y sólo por eso te perdono que lo hayas mandado a dar una vuelta cuando debería estar trabajando —le informó la mujer, sonriendo ligeramente—. Dando paseos por el parque nunca va a reunir lo suficiente para poder pedir formalmente la mano de tu prima y casarse con ella.

Estefanía suspiró y miró por la ventana sin darse cuenta, como si a través del cristal pudiera vislumbrar la figura de su prima. Era cierto, su tía Jacinta jamás convendría que Martha se casara con un hombre sin dinero, a pesar de ser bueno y tener una profesión tan destacada de médico. Ella lo vería como una alimaña, y no dudaría en separarlos, sin importar cuánto se amasen esos dos.

Cuando Roger fuera a pedir su mano, tendría que hacerlo teniendo algo en el bolsillo, cuando menos una casa donde poder llevar a vivir a Martha. Pero por ahora sólo tenía para ofrecerle un corazón lleno de amor y unas manos vacías.

—Santo cielo, niña, mira cómo tienes las manos —le dijo de repente la mujer, sacando a Estefanía de sus cavilaciones.

Antes de poder reaccionar, le estaba observando las llagas que tenía en las palmas de las manos.

—¿Es que esa mujer te ha puesto a trabajar nuevamente en medio de la nieve congelada?

—Ya no hay nieve, señora Wood —rió Estefanía.

—Sabes a lo que me refiero —gruñó la mujer, sentándose ruidosamente en la silla que ocupaba frente a su mesa de trabajo, donde yacían varios retazos de tela—. No sé cómo esa mujer pretende mantener una casa de esas dimensiones sin más empleados que ustedes dos y esa pobre mujer mexicana para mantenerla. Debería venderla de una buena vez y comprar algo más modesto.

—Ni Dios lo quiera —replicó Estefanía—. Esa fue la casa de mis padres y la habré recuperado en un año.

—Si es que antes no te hace morir limpiándola.

—Oh, no, jamás. Antes muerta que morirme —bromeó—. Menos estando tan cerca de mi objetivo. Cuando cumpla veintiuno la recuperaré y entonces echaré a la odiosa de mi tía de mi casa, y también a mis dos primos. Sólo nos quedaremos Bertha, Martha y yo, y si Roger quiere, podrá ir a vivir con nosotras, y también usted, claro.

—Gracias, hija, pero soy demasiado orgullosa como para no vivir en mi propia casa, y mi hijo es igual. Puede que no pueda comprar algo tan grande como la casa Campbell para llevar a vivir a Martha, pero te aseguro que hará feliz a tu prima, y la tratará como a una verdadera princesa.

—Lo sé —convino Estefanía, sonriendo mientras tomaba la prenda que había dejado inconclusa el día anterior.

—¿Y mientras tanto qué piensas hacer? Si sigues así, acabarás mal, niña, escucha lo que te digo —expresó la mujer, apartando apenas los ojos de la costura—. Esa mujer te hace venir a trabajar como costurera y luego te ordena trabajar en tu propia casa como sirvienta, ¿alguna vez te deja

descansar?

—No es tan malo —Estefanía se encogió de hombros, quitándole importancia—. Sería ridículo pensar que nosotras tres podríamos mantener limpias las cincuenta habitaciones de la casa, hasta una mujer demente como mi tía lo sabe. Sólo nos obliga a mantener limpio uno de los salones, el azul, en caso de recibir visita, y sus habitaciones, el resto de la casa está cerrada. Y como son cada vez más esporádicas las visitas que recibe mi tía o Bárbara, ya prácticamente ni siquiera el salón azul tenemos que mantenerlo limpio, y nos dedicamos a la cocina y las labores de fundamental importancia.

La mujer suspiró, negando lentamente con la cabeza al tiempo que mascullaba algo inteligible, que por el modo de ser de la mujer, Estefanía supuso serían una sarta de groserías.

—Querida, creo que dejé el estuche con las tijeras en la parte de atrás de la tienda, ¿serías tan buena de traérmelas?

—Por supuesto —Estefanía se puso de pie de un brinco, haciendo saltar las cosas de la mesa.

—¿Podrías hacerlo sin llevarte la mesa contigo?

—Lo siento —rió la joven ante el sarcasmo de la anciana, y se apuró a dirigirse al sitio que ella le había indicado.

La puerta se abrió unos minutos después, haciendo repicar la campanilla colgada de la parte superior del techo.

Laura Wood dejó de lado su costura y salió de la tras tienda para recibir a los clientes que hubieran llegado. Nada más fijar la mirada en el par que acababa de llegar, una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Lady Woodruff, pero qué sorpresa tan grande tenerla por aquí —sus ojos se dirigieron al caballero que la acompañaba.

—Señora Wood, me alegra encontrarla tan bien —la saludó Eleonor cuando la anciana se aproximó a ellos—. ¿Ya conoce a mi hijo Anthony, el conde de Woodruff?

—Es un honor conocerlo, milord—lo saludó la mujer.

—El placer es mío, señora Wood —Anthony le besó la mano de forma caballerosa, provocando que las mejillas de la mujer se encendieran como las de una jovencita.

—Qué galante y atento es su hijo —le dijo a lady Woodruff, sin dejar de sonreír. A Anthony le cayó bien eso: que alguien, para variar, hablara de él como un hijo, y no como si fuera un lingote de oro con el título de conde tallado en la frente.

—Es una dulzura de hombre, jamás lo he negado —sonrió Eleonor, contenta, estrechando el brazo de su hijo—. Él también necesitará un guardarropa nuevo y lo he convencido de acompañarnos hoy. El pobre lleva encerrado en casa desde que llegó, sólo sale a cumplir con sus obligaciones y regresa a casa. Ninguna diversión. Es un joven tan dedicado a su familia y sus deberes.

Anthony estaba a punto de salir huyendo de allí cuando la puerta volvió a abrirse en ese momento, y por ella entraron un par de jovencitas. Eran bastante bellas, la mayor de unos dieciocho años, de cabello castaño rojizo y grandes ojos azules; la otra, de unos catorce, de cabello rubio y ojos verdes.

—Señoritas Roxanne y Audrey Woodruff, cada vez las veo más bellas —la anciana las saludó con voz maternal—. Y más altas, eso sin duda. Han venido por unos vestidos nuevos, me imagino. El largo de los otros debe llegarles a las rodillas.

Ambas chicas rieron y negaron con la cabeza.

—Nos quedan muy bien, pero estamos cansados del negro —contestó Roxanne, sonriéndole a la mujer.

—Es hora de quitarnos el luto —comentó lady Woodruff—. O al menos a mis hijas. Las dos son jóvenes y merecen llevar colores alegres, como ellas.

—Yo voy a querer media docena cuando menos para empezar, este año me presento en sociedad y quiero ser la más bella de todo Londres —comentó Roxanne con voz soñadora—. Kate siempre... —se calló, como si temiera haber dicho algo malo y se giró hacia su madre en busca de una respuesta en su rostro.

Eleonor la miró con una sonrisa triste y se dirigió a la señora Wood.

—Usted sabe mejor que nadie cuanto adoraba Kate su trabajo. Ha sido el sueño de Roxanne que usted le haga sus vestidos para su año de debutante desde que vio por primera vez a mi nuera usando uno de sus modelos.

—Te haré unos vestidos con los que quedarás bellísima, querida —le dijo Laura, tomando su mano en un intento de animarla—. Si no te encuentras un buen partido esta temporada, me corto las manos.

—Las cosas que dice, señora Wood —rió Roxanne.

—¿Y que para mí? ¿Es que yo no puedo escoger? —Preguntó la chica menor.

—Por supuesto, Audrey. Las dos escogerán, y también Vivían —contestó Eleonor—. Señora Wood, ¿cree posible poder acudir esta tarde a casa para los preparativos convenientes?

—Me temo que tengo un par de citas concertadas para esta tarde, pero una de mis ayudantes puede ir en mi lugar. Justamente ahora acaba de llegar una de ellas y se encuentra libre.

Es una jovencita muy talentosa que trabaja para mí, y estoy segura que hará una labor estupenda. ¡Estefanía! —Gritó, volviéndose ligeramente hacia atrás, haciendo eco con las manos alrededor de la boca—. ¡Estefanía, ven aquí, por favor!

—¡Voy enseguida! —Se escuchó una voz de mujer desde el fondo de la tienda.

Roxanne y Audrey, más entretenidas en los modelos que se encontraban en los escaparates de la tienda, se alejaron con bastante alegría para observar de cerca los distintos vestidos.

—Y usted, me imagino que ha de querer curiosear también por la tienda, conde de Woodruff— dijo la mujer, dirigiendo su atención directamente sobre Anthony.

—Se imagina mal —contestó él, haciendo una ligera inclinación de cabeza como saludo.

—Mi hijo Anthony suele ser un poco tímido al conocer a nuevas personas —lo disculpó su madre, como si todavía fuera un niño—. Pero es un gran hombre, con un enorme corazón.

Anthony le dirigió una mirada fulminante a su madre, pero eso no la hizo callar.

—Sólo le confiaría a usted el confeccionarle su guardarropa nuevo. Debe lucir espléndido esta temporada, quizá así consiga atraer a una buena esposa.

Anthony habría estrangulado a su madre de haber podido.

—No lo dudo —convino la anciana, sin dejar de observar con ojo crítico a Anthony—. ¿Y qué hay de su hija Charlotte? —Cambió el tema abruptamente.

Anthony suspiró, agradecido con el tacto de la mujer, del que su madre parecía carecer por

completo.

—Bastante bien, muy feliz en Escocia con su marido. Vendrá a la fiesta que organizaremos en honor a Anthony, por su regreso de la India y claro, por el nombramiento como el nuevo conde de Woodruff...

—Creo que después de todo su imaginación era acertada, señora Wood — Anthony dijo abruptamente—. Me gustaría echar un vistazo por los alrededores.

—Adelante, milord —la anciana sonrió, permitiéndole el paso a Anthony, quien, incómodo al máximo con la situación se alejó unos pasos y comenzó a curiosear por los alrededores. No es que le importaran en gran medida los vestidos o los elegantes trajes de caballero, pero al menos el verlos parecía ser algo más interesante que quedarse a escuchar el resto de esa conversación.

Mientras se alejaba, escuchó un sonido peculiar, como de cajones abriéndose y cerrándose con fuerza y cosas siendo removidas con rapidez.

—¡Maldición! —Escuchó blasfemar una voz femenina, cosa que le resultó sumamente cómica. Eran contadas las mujeres que había escuchado blasfemar.

Como si fuera movido por la curiosidad de sus propios pies, se encontró asomándose por la trastienda. Corrió ligeramente una cortina de terciopelo rojo que separaba la entrada y entonces la vio, arriba de un taburete y buscando a toda velocidad entre lo que parecía ser un mundo entero de cajones empotrados en la pared.

No tenía idea de qué era lo que buscaba, pero en cada intento fallido, cerraba con más fuerza el siguiente cajón, lanzando una nueva exclamación furiosa antes de dirigirse al siguiente cajón. Finalmente llegó a los más altos, unos que ni siquiera con el taburete conseguía alcanzar. Se estiró de puntitas al máximo, extendiendo el brazo en toda su longitud en el intento de sujetar la manija.

Anthony supuso que no le costaba nada acercarse y echarle una mano. Después de todo él era alto, mucho más alto que ella, y quizá pudiera evitar que ella terminara derramando el contenido del cajón sobre su propia cabeza.

—Permítame ayudarle con eso.

Ella se sobresaltó y se giró bruscamente, manteniendo en alto un par de tijeras en la mano. Al verlo, sus ojos se abrieron de manera desorbitada y antes de que pudiera decir o hacer nada, trastabilló en el taburete y fue a dar de nalgas en el piso.

Anthony corrió a socorrerla, encontrándola en una posición que resultaba bastante cómica, con la espalda tendida sobre el piso y las piernas levantadas sobre el taburete. Quizá, de encontrarse de un mejor humor, hasta le hubiera parecido una escena un tanto seductora...

—¿Se encuentra bien? —Le preguntó, mordiéndose las mejillas para no reírse frente a ella. Pero al asomarse a verla a la cara, cualquier rastro de sonrisa se esfumó de su rostro en automático.

Era preciosa.

No tenía idea de qué tenía de especial, pero algo había en ella que con sólo verla le quitó el aliento.

La joven se revolvió confundida en el suelo, sin dejar de observarlo con los ojos agrandados y las mejillas encendidas. El peinado se le había deshecho y algunos rizos negros le caían sobre la frente y el rostro. Era obvio que debía haber bastante polvo en el piso, porque al pasarse una mano por la cara para apartarse el cabello de los ojos, se dejó una enorme marca de tierra en la punta de la nariz y la mejilla.

Y así, con el cabello revuelto, las mejillas acaloradas y el rostro cubierto de tierra, ella le resultó magnífica.

—Permítame ayudarla —le dijo en un tono completamente diferente, casi un tono de súplica, tendiéndole una mano para levantarla.

Ella levantó de manera automática la mano derecha, donde tenía todavía las tijeras. Anthony la miró confundido, por un segundo creyó leer en sus inmensos ojos azules que intentaba clavarle las tijeras en lugar de aceptar su ayuda. Pero como si se lo pensara mejor, ella cambió de mano y estrechó la que él le ofrecía para levantarse.

—¿Se ha hecho daño? —Le preguntó, sin quitarle los ojos de encima, y sin soltarla, aunque no era consciente de ninguna de las dos cosas.

—Estoy bien —contestó ella secamente.

—Tal vez podría ayudarla, ¿buscaba algo de ese cajón, no es así?

Ella arqueó una ceja, escrutándolo con la mirada.

—¿Cómo lo sabe?

—Eh... Bueno...

—¡Anthony! —Escuchó el llamado de su madre, y aunque se sintió como un niño pequeño al salir corriendo, era preferible a quedarse a dar explicaciones de por qué había estado observándola.

Sin que ella se diera cuenta, se giró una vez más para verla antes de salir. Su rostro le resultaba familiar... ¿pero de dónde?

—¡Anthony! —Volvió a gritar su madre.

Mascullando una maldición se dio prisa para marcharse, ¿hacía cuántos años que no tenía que atender los llamados de su madre? Se sentía una vez más como un tonto niño de cinco años. Y bramando algo inteligible, se dirigió a ella a paso rápido, teniendo una razón más para odiar la muerte de Charles.

ESTEFANÍA LO RECONOCIO NADA MÁS VERLO.

Y no pudo evitar sentir que hasta el último rincón de su alma se estremecía.

Estaba tan guapo como lo recordaba, o quizá mucho más. Continuaba manteniendo esa sonrisa picara en los labios, pero ahora en sus ojos se leía una mirada severa, una mirada que le otorgaba un aire misterioso y sumamente atractivo.

Su corazón se detuvo por una fracción de segundo, sin fii escuchar a su cerebro ordenándole continuar aparentando normalidad, que nada ocurría, que él no era nadie para ella que lo odiaba, ¡lo odiaba!

Y entonces cayó al piso.

Fue cuestión de un segundo: un momento estaba arriba y al siguiente estaba tumbada de espaldas y para colmo, con él presenciándolo todo con, ahora sí, una franca sonrisa en los labios.

¡Hubiera deseado que se la tragara la Tierra!

La seriedad de su rostro había cambiado por una de alegría y Estefanía supo que deseaba reírse de ella. El por qué se contuvo, no tenía idea. Como tampoco comprendió el por qué, al verla de cerca, volvió a mudar la expresión para adoptar una seriedad extrema... ¿Sería que la había reconocido también?

Estefanía no pudo evitar que una vaga ilusión invadiera su mente ante esa idea. Si él la recordaba, quería decir que no era tan frívolo como pensaba, que su primer beso sí había significado algo para él, que ella significaba algo para él...

Pero nada más formulada la idea, la desechó.

No existía nada más imposible. O ridículo. Anthony Woodruff jamás la recordaría. Bien pudo besar a cien mujeres después de ella, y no acordarse de ninguna, ¿por qué iba a recordarla precisamente a ella? A ella, que era una niña en aquel entonces, sin ninguna gracia ni mentalidad para dejar huella en un hombre maduro como él.

No, esas eran vagas ilusiones, lo sabía. Pero no era eso lo que le molestaba, ¡era que seguía pensando en él! Y lo peor de todo, ¡ilusionándose con él! Se suponía que debía odiarlo. Lo había hecho todos esos años. Y ahora, sólo un vistazo, y volvía a sentir que se derretía como mantequilla ante su cercanía.

Exhaló aire, molesta, y se arremangó el vestido para volver a subir al taburete a buscar los botones que necesitaba. ¿Por qué demonios no podía recordar nunca dónde los ponía?

Ω

Del otro lado de la cortina, Anthony se reunió con su madre y sus hermanas. Estaban decidiendo en qué momento una de las muchachas que trabajaban para la señora Wood podría ir a tomarles las medidas a su casa.

—Mandaré a mi mejor doncella esta misma tarde, lady Woodruff, no se preocupe.

—¿No podría ir usted misma, como siempre? —Extrañamente, la voz de Lady Woodruff sonó suplicante.

La anciana negó con la cabeza, sin dejar de mirarla a los ojos, como si intentara disculparse.

—Estoy hasta el techo de trabajo, no puedo salir del taller. Pero no se preocupe, las doncellas que trabajan para mí son de toda mi confianza, le aseguro que no me fallarán, ni a usted, por supuesto.

Eleonor se llevó un dedo a los labios, pensativa.

—Quizá podríamos esperarla...

—¡Madre! —Replicó Roxanne—. Necesito mi guardarropa nuevo con urgencia, no puedo esperar.

—Es cierto, pero...

—Madre, si la doncella ve a Vivían no pasará nada. ¡No es que sea un monstruo, por todos los cielos! —gruñó Anthony.

Se escuchó el sonido de algo metálico chocar contra el suelo. Las cabezas de las cinco personas se volvieron hacia la parte trasera de la tienda, donde Estefanía se apuraba en recoger las tijeras que había tirado al salir de la trastienda y llevarse la tremenda sorpresa de encontrar a la familia Woodruff completa allí de pie.

—Lo siento... —se disculpó, mirando con un atisbo de vacilación a los presentes. Sus ojos se posaron sobre lady Eleonor. No tenía idea de que lady Woodruff estaba allí, ¿acaso la reconocería? Estefanía sintió que el aire se le detenía en la garganta... ¿y si la mujer llegaba a reconocerla? ¿Se acordaría de ella? ¡Dios, que no la reconociera! Su padre la había presentado henchido de orgullo como su hija, y ahora no era más que una simple costurera.

—Estefanía, ven querida, acércate, no seas tímida —la llamó la señora Wood, extendiendo el brazo como un ala protectora.

Estefanía se acercó con paso trémulo y vacilante, agachando a propósito la cara, en un burdo intento porque no fueran a reconocerla. Por años había estado rehuyendo a la gente que la conoció en el pasado por la vergüenza, y ahora tenía que enfrentarse a aquellos que nunca habría deseado volver a ver, a los que presenciaron su debut en sociedad. Entonces había sido una bella muchachita de buena familia. Si la reconocían en esa costurera, sería la peor vergüenza de su vida.

—Estefanía, ellos son lord y lady Woodruff, y las señoritas Woodruff —la presentó la anciana—. Irás a su casa a tomar sus medidas.

Estefanía asintió. Por alguna razón, había olvidado cómo se pronunciaban las palabras.

Eleonor le dedicó una mirada dubitativa a la muchacha, como si aún no se decidiera a permitirle ir a su casa, por lo que Anthony debió tomar las riendas de la situación, después de todo, estaba cansado de estar en ese lugar.

—Señora Wood —se dirigió a la dama que tenía enfrente—, si usted confía plenamente en sus doncellas, también lo hacemos nosotros. Pierda cuidado con eso. Necesitamos el guardarropa de Roxanne lo antes posible, y si usted está de acuerdo, podríamos llevar con nosotros a su doncella para tomar las medidas de una vez.

Estefanía palideció y agradeció que tras ella se encontrara la pared, o habría terminado cayendo de nalgas contra el piso una vez más.

—No tiene que molestarse, lord Woodruff. Estoy seguro que mis doncellas conseguirán llegar a su casa sin mayor inconveniente.

—Insisto —Anthony la miró a los ojos, esbozando una media sonrisa que, bien sabía, podía

derretir a cualquiera. Y no fue diferente con la mujer—. No quiero hacer sufrir a mi pobre hermana haciéndola esperar más de lo necesario por conseguir su nuevo guardarropa.

—No, por supuesto que no —convino la anciana—. Será estupendo que puedan llevar a la señorita Quiroz con ustedes, así le ahorrarán el viaje de camino —se giró para preguntar la opinión de Estefanía—. Dime, hija, ¿te parece bien ir con ellos de una vez?

Estefanía habría negado con todas sus fuerzas, pero sabía que eso no era lo que su jefa esperaba de ella, y se limitó a asentir con la cabeza.

—Iré por la libreta de anotaciones y la cinta métrica, no me tardo —le dijo la anciana, dejándola a solas con los clientes.

Estefanía los observó por el rabillo del ojo, manteniendo la cabeza agachada lo más posible, sintiéndose más incómoda que nunca. Debía de verse patética, pero no podía permitir que ellos la reconocieran...

—Aquí están —la señora Wood se apresuró a volver llevando una libreta y un estuche con varias cosas en la mano, que se apuró en entregar a Estefanía—. Ten, linda, y date prisa. No hagas esperar a los condes.

—No, por supuesto que no —contestó Estefanía en un forzado tono de amabilidad, siguiendo a los condes fuera de la tienda.

Subieron a un hermoso carruaje ornamentado con el escudo de armas de los Woodruff. Estefanía se sintió extraña allí, habría deseado viajar en la parte exterior sentada junto al cochero, pero Anthony se negó antes de que ella pudiera siquiera solicitar lo que deseaba, y le indicó con un elegante gesto de la mano que entrara en el interior del carruaje junto con su madre y hermanas. Estefanía así lo hizo, percibiendo por primera vez en mucho tiempo las mejillas encendidas cuando Anthony tomó asiento a su lado.

Se pusieron en marcha sin demora. El viaje, si no era largo, a Estefanía se le hizo eterno. Clavó la vista en la ventanilla a su lado, y de allí no la movió. Lo único que deseaba era que no fueran a reconocerla, no quería otorgarle una vergüenza como esa a su padre.

En el momento en el que la enorme mansión Woodruff quedó a la vista ante ellos, a Estefanía se le encogió el corazón. La recordaba de ese primer baile al que asistió al lado de su padre. Todo en aquel entonces parecía tan maravilloso, tan sencillo, tan eterno... ¿Cómo imaginar que su mundo entero se desmoronaría en unos cuantos días?

Los ojos comenzaron a arderle con los recuerdos y, apenada, agachó la mirada. No debían verla llorar.

—¿Te encuentras bien? —Escuchó que alguien le preguntaba, y al levantar la vista notó que era Roxanne.

—Muy bien, gracias —mintió, secándose el rostro con su pañuelo—. Creo que me ha entrado polvo del camino.

—Tal vez debería cerrar la ventana para evitar el polvo —le dijo Anthony, pasando un brazo por encima de ella para mover el cristal. Estefanía se estremeció al contacto con él, lo tenía tan cerca que no pudo evitar sentir el calor de su cuerpo mezclado con su aroma, una combinación de olores a brandy, colonia y hombre, que le embriagó los sentidos.

—Pobrecita, la estás aplastando, Anthony —le reclamó Audrey, dedicándole a Estefanía una mirada compasiva con esos brillantes ojos verdes, tan parecidos a los de Charles.

—Lo siento, señorita —le dijo Anthony, a pesar que Estefanía notó una sonrisa curvar sus labios antes de que desviara la vista en dirección a la ventana contraria.

—Debes tener mayor consideración con la servidumbre, Anthony —Eleonor le dedicó a su hijo una mirada severa—. Sabes que tu padre siempre lo decía. Puede que William esté muerto, pero honraremos su vida recordando sus enseñanzas. Tú sobre todos nosotros, que eres quien toma su lugar ahora.

—Sí, madre —contestó Anthony, borrando todo rastro de alegría del rostro.

No tardaron en llegar a la entrada principal de la enorme residencia. Estefanía miró con aprehensión en derredor. Prácticamente podía sentir revivir los recuerdos por todas partes a su alrededor, como si viera a las parejas en torno suyo como fantasmas aparecidos en sus elegantes trajes de baile.

—Por aquí, jovencita —le dijo lady Woodruff con impaciencia cuando Estefanía se quedó de pie en su lugar, observando boquiabierta la fachada de la casa.

—Voy enseguida —se apuró en decir la joven, subiendo la escalinata.

La entrada de la mansión estaba tal cual Estefanía la recordaba: los cuadros, las alfombras, las luces, hasta los floreros colmados de flores blancas, teniendo a las rosas como decorado principal. Todo permanecía idéntico a su recuerdo. Nada había cambiado en el transcurso de los años.

—Ven por aquí, Estefanía... ¿No te molesta que te llame por tu nombre, no es así? —Le preguntó Roxanne, conduciéndola al interior de la casa.

—Oh, no, por supuesto que no.

—Excelente, no me gusta llamar a todos señor o señorita tal. Me parece extremadamente aburrido.

—Oh, Estefanía, tómate a mí las medidas primero, quiero verme estupenda para la fiesta de Anthony —Audrey juntó las manos al rostro, adoptando una expresión soñadora—. Éste será el primer baile al que me dejarán asistir y quiero lucir magnífica.

—El primero y el último baile, Audrey, al menos hasta que cumplas los dieciocho —replicó Roxanne—. Ya escuchaste a mamá, ésta es una ocasión especial.

—Ya lo veremos —la joven se cruzó de brazos, molesta—. Ahora que Anthony está al mando aquí, él me dejará asistir a los bailes.

—Ni por todo el oro del mundo. Con una hermana casadera ya tengo y me sobra —le dijo él, tomándola por sorpresa.

—¡Madre!

—No peleen delante de extraños —Eleonor les dedicó una mirada severa a sus dos hijas—. Y Anthony tiene razón, Audrey, y él está a cargo de las finanzas pero soy yo quien sigue mandando aquí. Roxanne esbozó una sonrisa de suficiencia y Audrey le respondió sacando la lengua.

—Dense prisa, la señora Wood debe estar esperando a su doncella de regreso en la tienda y ustedes no hacen más que discutir.

—Lo sentimos, madre —se disculparon las dos al unísono.

—Vayan inmediatamente a ponerse algo cómodo para que la señorita Quiroz pueda tomarles las medidas —las dos muchachas no esperaron a una segunda petición y partieron corriendo escaleras

arriba.

—Señorita Quiroz, Simón, el mayordomo, la conducirá a la habitación donde podrá tomarnos las medidas.

—Se lo agradezco, lady Woodruff —Estefanía hizo una venia, notando por el rabillo del ojo que Anthony no se había movido de la entrada.

—Quiroz... —Eleonor se llevó un par de dedos a la barbilla mientras se alejaba—, hace años que no escuchaba ese apellido —comentó al aire, dedicándole a Estefanía una mirada inquisitiva.

Estefanía miró en derredor, buscando alguna rendija en la cual poder esconderse, ¡ay Dios, ¿dónde estaban los terremotos cuando se les necesitaba?!

—En fin, ya lo recordaré —la mujer hizo un gesto con la mano para quitarle importancia al asunto—. Simón, conduzca a la señorita al salón rosado.

—Enseguida, milady.

Estefanía suspiró aliviada y siguió al mayordomo por la escalera de servicio. Al alejarse, echó una última mirada atrás. Anthony había desaparecido.

Simón la condujo hasta la entrada de un salón que parecía sacado del interior de una fina casa de muñecas. Los muros, bellamente decorados con telas de flores de todos los tipos en un fondo de tela rosa, combinaba a la perfección con la alfombra y la tapicería de los sillones, también de color rosado. Había multitud de objetos dispersos por todas partes, varias casas de muñecas, cada una con su propio estilo, muñecas de trapo y porcelana sentadas en los sillones frente a la chimenea encendida, como si poseyeran vida y necesitaran calentarse, además de una mecedora decorada con unos cojines con dibujos de animales bordados. Por un segundo habría jurado que el servicio de té que descansaba en la mesita de madera decorada con osos, caballos y otros animales bellamente tallados, debía ser también de juguete.

—Póngase cómoda —le dijo el mayordomo, antes de cerrar la puerta tras ella.

Estefanía iba a tomar asiento cuando vio moverse algo en el sofá ubicado frente a la chimenea. Por un segundo creyó que sólo debía de tratarse de la cabeza de una muñeca más que debió rodarse repentinamente, hasta que vio que la muñeca volvía los ojos y le dirigía una mirada tímida con unos inmensos ojos color avellana.

Por una fracción de segundo, Estefanía sintió que esa mirada la atravesaba. Pero sólo fue una fracción de segundo, porque al momento siguiente, notó que la pequeña niña no la estaba viendo a ella. En realidad no tenía idea de qué veía —se giró varias veces para comprobarlo—, no era el muro, no eran las muñecas, no veía nada en realidad...

La pequeña bajó del asiento y caminó hacia ella con paso vacilante, manteniendo la muñeca de trapo que traía en las manos bien aferrada contra su pecho. Se acercó hasta quedar plantada delante de ella, extendió una mano y palpó la falda de su vestido, como si las florecitas trazadas en la tela le resultasen de lo más interesante.

—Hola —la saludó Estefanía, arrodillándose para quedar a su altura—. ¿Cómo te llamas?

La pequeña no contestó, se limitó a mirarla por una fracción de segundo para enseguida levantar la mano y jugar con los rizos negros de su cabello. A Estefanía le resultó sumamente divertido, la niña tiraba de los rizos y los volvía a soltar como si fuesen resortes. Lo más encantador resultó ser cuando el rostro serio de la pequeña mudó para adoptar una sonrisa, sin dejar de tirarle los mechones de pelo.

—¿Anthony, qué estás haciendo allí parado? —Escuchó la voz de Audrey del otro lado de la puerta.

Estefanía se giró y fue entonces cuando lo vio.

Anthony.

Había estado allí, observándolas, sin que ella notara su presencia.

—¿Es que no puedo estar de pie en mi propia casa? —Riñó Anthony, aunque tenía una sonrisa en sus labios.

—Puedes estar donde quieras, pero no aquí. Van a tomarnos las medidas —replicó Audrey.

—Te recuerdo, hermanita, que a mí también me van a tomar las medidas. Y si me disculpan, tengo prisa —sacó el reloj de su bolsillo para echarle una ojeada—. Quedé de encontrarme con Frank en el club en una hora.

—En ese caso, será mejor que tú seas el primero, Anthony —le dijo Roxanne, quien obviamente era la más sensata de ese trío—. A Estefanía no le importará comenzar contigo, ¿no es así?

—No... No, claro que no —se apresuró a decir la joven, poniéndose de pie abruptamente. Al hacerlo, los dedos de la pequeña se quedaron prendados de su cabello y, ante el inesperado jalón, Estefanía lanzó un grito de dolor, que se apuró en sofocar con la mano.

La pequeña rió, como si aquel acto hubiese sido el más divertido del mundo y comenzó a carcajearse alegremente." Estefanía rió también, no tenía idea de por qué era tan gracioso lo que le había sucedido, pero le encantó ver reír a esa pequeña que tan sólo hacía unos minutos lucía tan triste y pensativa.

—Vivían, querida, ven conmigo —Roxanne se aproximó, tendiéndole la mano para que fuera con ella. La niña, lejos de querer ir, se aferró a las faldas de Estefanía.

—Déjala aquí —le dijo Anthony, quitándose la chaqueta para lanzarla a un sillón de tela rosa arrinconado en una esquina—. No me molesta en absoluto que se quede.

—Pero, Anthony...

—No va a estorbarnos, Roxanne, no te preocupes —le hizo una seña con la mano a sus hermanas para que se marcharan de una vez—. Además, se lleva estupendamente con la señorita Quiroz, ¿no es así?

Estefanía tardó en reaccionar para darse cuenta de que se dirigía a ella.

—¿Ah? ¡No! No, no hay problema —se apuró en contestar—. Puede quedarse, por supuesto.

—¿Lo ven? —Anthony le dedicó una mirada de complacencia a sus hermanas.

—Pero, Anthony, Vivian nunca ha visto a un hombre desnudo y bien podría...

—No voy a desnudarme —rugió Anthony—, a menos, claro está, que Estefanía quiera ver el esplendor del cuerpo desnudo de un hombre, ¿es eso lo que desea, señorita?

Estefanía enrojeció al máximo y se apuró en negar con la cabeza, pues le fue imposible pronunciar una sílaba.

—Qué malo eres, Anthony. Seguramente la pobre chica nunca ha visto a un hombre desnudo y tú estás atormentándola metiéndole ideas sucias en la cabeza con tus palabras tontas —replicó Audrey.

—¡Audrey! No está bien que hables de esa manera tan vulgar —la reprendió Roxanne.

—¿Por qué me regañas a mí? Es Anthony el que hace que la pobre Estefanía piense en su feo cuerpo desnudo. Yo no podría trabajar con esa idea en la cabeza, pobrecilla, mira lo roja que está—

señaló en dirección a Estefanía, provocando que se pusiera aún más roja.

Anthony sonrió con una media sonrisa llena de picardía que provocó que Estefanía se sintiera hervir del enojo. Aunque debía admitir que, mientras él se desabotonaba la camisa, dejando a entrever apenas un asomo de la piel de su pecho, su cuerpo podía ser cualquier cosa menos feo.

—Como quieras, Roxanne —terminó por convenir Anthony—. Llévate a Vivian. No quiero ser el culpable de mancillar la inocente y pura mente de mi hermanita menor.

—Muy bien —Roxanne sonrió, apurándose en llevar a Vivian con ella, pasando completamente por alto el brillo que se había encendido en los ojos de Anthony.

Vivian aceptó esta vez la mano de su hermana y las tres hermanas abandonaron el salón, dejándolos a solas.

—Comencemos de una vez, ¿quieres? —Le pidió Anthony, hablando con una voz ronca y baja, terminando de quitarse la camisa.

Estefanía se estremeció: sus ojos fueron a dar directamente sobre su torso desnudo. Los ojos de Estefanía viajaron por esos perfectos pectorales hasta su vientre bien definido, donde se encontraba el tatuaje de un extraño símbolo grabado de un animal parecido a una serpiente. El temor de que él fuera como el demonio se acrecentó...

Notó que las manos de él descendían hasta sus pantalones y comenzaba a desabotonar...

—¡Espere, no haga eso! —Chilló la joven, percatándose tardíamente de lo que iba a suceder. De inmediato cerró los ojos y desvió la vista—. ¡Señor, no tiene que quitarse nada! — Le dijo en una exclamación que a sus oídos se escuchó sumamente aguda—. Puedo tomarle las medidas por encima de la ropa sin ningún problema.

—¿Estás segura de eso? —Le preguntó él, hablando en un tono de voz bajo y arrogante—. Me gusta que mi ropa me quede muy a mi medida.

—Le aseguro que le quedará muy bien. Por favor, vuelva a ponerse la camisa.

—Quizá habría sido más sencillo si me hubieras advertido de ello antes de que me la quitara. A menos que... —Estefanía sintió la calidez de una mano en su cuello—, fuera eso lo que buscaras.

—¿Qué? —Estefanía se giró bruscamente y lo encontró de pie tras ella. No había escuchado sus pisadas ya que, por tener los ojos cerrados no lo había visto acercarse, y ahora lo tenía allí, justo detrás de ella, con una mano apoyada en su espalda.

—Verme desnudo —fue la respuesta de él, girándola y acercándola más a su cuerpo.

—¡Señor, basta! —Estefanía alcanzó a reaccionar a tiempo para empujarlo con las manos—. ¿Qué es lo que se está pensando? Yo he venido aquí a trabajar, así que... ¡así que aléjese de mí o grito! —Tartamudeó nerviosa, quitándole credibilidad a sus propias palabras.

Anthony la miró con una sonrisa ladeada y levantó las manos en señal de paz.

—No te enojas, sólo bromeaba —le dijo riendo suavemente—. Pensé que necesitábamos romper el hielo, después de la escena de mi hermanita. Después de todo, vas a tomar mis medidas y debes hacerlo correctamente y no pensando que debajo de la ropa se esconde un bulto de huesos. Me tomo muy en serio mi apariencia.

Estefanía lo miró a los ojos, sin saber si creerle o no.

—Vamos, vamos, no es para tanto —le dijo él, colocándose nuevamente la camisa—. ¿Así está mejor? —Estefanía permaneció en su lugar, sin mover un músculo—. Vamos, niña, la habitación de juegos de mis hermanitas es el último lugar de esta casa, el último sitio de Gran Bretaña si lo quieres

más específico, donde se me ocurriría seducir a una mujer. Siempre me han puesto un poco nervioso tanto color rosa y flores por todos los rincones.

Estefanía no pudo evitar reír por lo bajo, relajándose al fin.

—Vamos, ven aquí y terminemos con esto de una buena vez —Anthony le hizo un gesto con la cabeza para que se acercara—. Tengo una cita que atender en Londres.

La joven tomó la libreta y la cinta métrica y se aproximó a él. No pudo evitar que las manos le temblaran un poco mientras las extendía, ni dar un paso nervioso hacia atrás cuando Anthony levantó ambos brazos a los costados para permitirle tomar las medidas de su cuerpo. Estefanía tomó una inspiración y comenzó a pasar la cinta por los lugares estratégicos necesarios, memorizando las medidas del brazo al hombro, del hombro a la cintura, el ancho del pecho... agradeciendo en silencio que él se mantuviera con la mirada fija en la ventana, y no se percatara del ligero temblor en sus manos cuando debió rodearlo con los brazos. Estefanía no pudo evitar estremecerse ligeramente ante la cercanía, prácticamente lo abrazó, y el calor y el aroma de su cuerpo la embargaron por completo.

El vago recuerdo del momento a solas en la terraza volvió a su mente. Sus brazos entrelazados alrededor de su cuerpo, sus manos palpando su espalda, dejando una huella de fuego allí donde tocaban...

Estefanía se apartó bruscamente, sintiéndose una tonta por dejarse dominar por un momento que había intentado borrar de su mente hacía tantos años. Anthony la miró con una ceja arqueada, estudiándola en silencio.

Aunque sabía que él la observaba, Estefanía fingió no darse cuenta de nada y apuntó a toda velocidad las medidas en la libreta. Gracias al cielo que las repitió varias veces en la cabeza para obligarse a pensar en otra cosa que no fuera que se encontraba tan cerca de Anthony Woodruff. Tener que repetir las mediciones porque haberlas olvidado habría sido bastante vergonzoso.

—¿Hemos terminado? —Le preguntó él, volviendo a colocarse la chaqueta.

—Sí... Sí, señor, ¡es decir, lord! —Estefanía pegó un brinco al percatarse de que él había vuelto a acercarse a ella. Pero al girar la cabeza, notó que sólo espiaba sobre su hombro para ver los números que ella había anotado, seguramente confirmando que las medidas fueran las correctas.

—Muy bien —dijo tras lo que pareció una eternidad—. Debo irme o llegaré tarde. Hasta luego, señorita —se despidió sin siquiera volverse a verla y salió por la puerta, dejándola entreabierta tras él.

Estefanía estuvo a punto de sentirse decepcionada. ¿Qué había esperado que él hiciera? ¿Recordarla? ¿Reconocerla? ¿Que se le arrodillara a los pies y le jurara amor eterno?

Sólo un tonto habría pensado de esa manera. Y ella no era tonta.

A pesar de que se sentía como una total y completa tonta a la que el alma le abandonaba el cuerpo por el dolor de descubrirse como un ser fuera del interés de él.

Y cómo no. Cuando lo conoció, era una bella princesa. Ahora era una simple sirvienta.

Aunque veía en el príncipe a un demonio, le dolía que él no tuviera ni idea de quién era ella.

Pero era de comprender, habían pasado seis años, y ella había crecido y madurado, y él... Bueno, él tendría unas cien mujeres más que recordar durante esos años transcurridos.

Anthony se apresuró a abandonar la casa antes de que algún miembro de su familia le saliera al encuentro. Por Dios que los amaba, pero a veces se sentía acorralado entre tanta gente metida dentro de esas paredes. Y no es que estuviera en un simple cuarto de dos por dos, si la mansión Woodruff era famosa por algo, era por su exuberante tamaño: una casona de ochenta habitaciones no era algo que cualquiera llamaría pequeño. Pero después de haber vivido tantos años solo, le costaba acostumbrarse a estar rodeado por sus parientes las veinticuatro horas del día. Se habría mudado a su casa de soltero en el centro de Londres de haber podido, pero su deber era estar al lado de su familia, al menos hasta que su madre se recuperara completamente, o bien, mejorara su estado depresivo en el que había caído desde «el accidente», como solían llamar a la muerte de su padre y hermano, así como de Kate y el bebé.

Además, aunque jamás fuera a reconocerlo, le molestaba haber sido rechazado por esa joven. ¿Desde cuándo las mujeres le decían que no a él? ¡Nunca! ¿Es que haberse vuelto un «niño bueno» a los ojos de la gente conllevaba perder su encanto?

—Eso está por verse... —exclamó, hablando en voz alta sin darse cuenta al tiempo que bajaba a toda velocidad por la escalinata principal. La escalinata principal de la casa Woodruff...

Un peso enorme cayó sobre sus hombros.

No. No podía hacerlo.

Ya no...

Furioso, continuó bajando, dirigiéndose a la carrera rumbo a la entrada principal. No quería encontrarse con nadie en el camino, sabía que había estado al borde de cometer una estupidez y sabía que desquitaría el enojo que sentía con quien se le pusiera enfrente. No entendía qué tenía de especial esa joven para hacerlo actuar como un idiota desde el primer momento en que la vio, pero si algo sabía, era que no podía deshonrar el nombre de su familia ni el título de su padre cometiendo una estupidez con ella.

Quizá en otro tiempo la habría seducido sin detenerse a pensar las consecuencias. Una chica más a la lista no importaba. Pero estaba en la casa de su madre, y en la habitación de juegos de sus hermanas pequeñas, por todos los cielos. Si alguien entraba... No, no podía siquiera pensar en cometer un escándalo como ése. Además, ella no sería sencilla de seducir. Quizá era otro aspecto que le atraía de esa joven; no se le lanzaba a los pies como la mayoría de las mujeres de Londres, muchas de ellas de la alta sociedad y con sus propios títulos. Pero por más que le gustase, no podía rebajarse. No podía dar de qué hablar, no ahora que el nombre de su familia estaba depositado sobre sus hombros.

Sin duda la vida era más sencilla cuando no era nadie y toda la responsabilidad caía sobre Charles. Ahora que era suya, no iba a seguir actuando como un hombre sin escrúpulos ni moral. Podía ser que todo el mundo asumiese que no tenía honor, pero lo tenía, por Dios que lo tenía.

Y no iba a mancharlo con una aventura de un momento.

Anthony subió al carruaje que lo aguardaba frente a la entrada de la casa. En seguida se pusieron en marcha, y Anthony fijó la vista en la ventanilla, esperando que el paisaje le permitiera distraerse un poco del tormento que había comenzado a encenderse en su interior. Era como si la imagen de esa

chica se le hubiera grabado a fuego en la mente, sin que pudiera hacer nada para borrarla.

El coche se detuvo frente a una amplia casona en el centro de la ciudad.

Anthony frunció el ceño y sacó su reloj. Habían llegado deprisa o el tiempo había pasado más rápido de lo que pensaba. Se colocó el sombrero y tomó su bastón antes de bajar por la portezuela que el cochero acababa de abrirle.

Sin detenerse a mirar alrededor, subió la escalinata principal y entró en el club de caballeros. Se dirigió a una mesa y le pidió al camarero un brandy en lo que esperaba la llegada de Frank. Tenía la esperanza de que ocurriera pronto, pues con sólo entrar en el lugar se comenzaron a escuchar murmullos a su alrededor, al tiempo que varios pares de ojos lo escudriñaban con bastante falta de disimulo.

—Woodruff —escuchó una voz familia atravesar el salón.

Anthony se giró, dedicándole al hombre que caminaba a paso resuelto hacia él una mirada molesta.

—Smith —contestó de la misma manera. Anthony se puso tenso: si se había ausentado de las visitas al club en esos meses había sido para no encontrarse con Ernest Smith. A pesar de ser su primo, nunca lo había soportado, y tenerlo en su presencia le provocaba una repulsión total que nunca se molestó en esconder.

—¿Qué tal, primo? Hacía mucho que no te veía, quizá años. Charles me comentó que estabas erradicado en la India, supuse que no volverías, no después del tremendo disgusto que tuviste con tu hermano y tu padre. Me alegra que cambiaras de opinión y decidieras volver al mundo civilizado — él estrechó su mano con suma cordialidad y el ceño de Anthony se frunció más—. Se nota que llevas la sangre de los Woodruff en las venas, cualquier otro habría claudicado nada más comenzar. El trabajo de un conde es enorme, tu hermano siempre me lo comentaba. Yo le ayudaba en lo que podía, pero aun así la carga resultaba ser abrumadora. El pobre hombre no descansaba ni de día ni de noche, no es de extrañar que tardara tanto tiempo en embarazar a su esposa.

Anthony apretó los puños bajo la mesa, dedicándole una mirada gélida.

—Fue una lástima lo de su muerte, y de la criatura, por supuesto. Tengo entendido que nacería en unas cuantas semanas más —tomó la copa que el camarero le había llevado y la vació de un solo sorbo—. Quizá de haber llegado a tiempo al lugar del accidente, habrían podido quitársela a su madre del vientre, como he visto que han hecho con algunas yeguas.

Anthony golpeó la mesa con el puño, sobresaltando al hombre y provocando que las miradas de los hombres a su alrededor se fijaran sobre ellos.

—¿Te atreves a comparar a mi cuñada con una yegua?

—No... No me refería a eso, Anthony —el hombre se puso nervioso—. Yo quería decir... Es decir, tú entiendes.

—No, Ernest, no entiendo —Anthony prácticamente lo atravesó con la mirada, poniéndolo más incómodo a propósito.

—Eh... Yo... En fin, venía a proponerte mi ayuda. Si necesitas... Como te comenté, ayudaba a Charles. Él era muy amable, me daba algo como compensación a pesar de que yo le decía que no era necesario, pero...

El camarero se aproximó a ellos y le entregó a Anthony un mensaje. Mientras su primo continuaba luchando por encontrar las palabras adecuadas, leyó el contenido. Era de Frank. Le

avisaba que estaba en casa con un resfriado tremendo y le solicitaba que fuera a verlo.

—Me temo, Ernest, que no requeriré de tus servicios —le dijo secamente Anthony poniéndose de pie—. Tengo a otro hombre pensado para ese puesto.

—Pero... yo... —Ernest tragó saliva ruidosamente y asintió con la cabeza—. Como tú digas, primo. De cualquier modo, cuenta conmigo.

Anthony le dirigió una mirada fría. Era obvio que a ese hombre no le importaba quedar como un hipócrita mostrándose ahora afable ante él, cuando en el pasado ambos se dedicaron a dejar en claro que no podían estar en una misma habitación juntos sin lanzarse a los puños.

—Hasta luego.

—¿Te vas ya?

—Tengo asuntos que atender. Con Frank. Mi socio.

El hombre asintió. El mensaje había sido claro. Frank era su mano derecha, no él.

—Que tengas buen viaje, primo —le dijo como última palabra, fijando la vista en la copa de brandy que Anthony había dejado intacta en su lugar.

Anthony no podría haber sentido mayor repulsión por él ni aunque su primo hubiera estado cubierto de vómito. Le dedicó una última mirada despectiva antes de alejarse. La sola presencia de ese hombre le resultaba intolerable.

## Ω

El cielo ya estaba oscuro cuando Estefanía bajó del carruaje de los Woodruff y entró en la tienda de la señora Wood.

Roxanne había insistido en pedirle al cochero llevarla directamente a su casa, sintiéndose culpable de hacerla salir tan tarde después de pasarse el día entero tomándole las medidas a todos los miembros de la familia. Pero Estefanía se negó rotundamente. Lo último que quería era que los Woodruff supieran dónde vivía, en especial Anthony. Podrían reconocer la casa, unir las piezas, sacar conjeturas y terminar adivinando quién era ella.

Y no iba a permitir que el recuerdo de su padre quedara enlodado ante la familia del conde, la familia del hombre que por poco se convirtió en su socio, descubriéndose ante ellos como una vulgar costurera.

¡Por Dios que no! Todavía tenía orgullo, y no iba a permitir que el último indicio que había de él se desmoronase.

Entró a la tienda a paso veloz, haciendo repicar la campanilla con la puerta. El interior se encontraba cálido e iluminado, un ambiente mucho más agradable que afuera, donde, a pesar de la llegada de la primavera, el frío todavía era sensible.

—Buenas noches, Estefanía —la saludó la anciana, levantando apenas los ojos de su costura—. ¿Tanto has demorado en la casa de los Woodruff? Supuse que te habrías marchado ya a tu hogar, Martha se fue hace unas dos horas.

—Quería venir a dejarle esto antes de partir —se excusó la joven, entregándole la libreta y los demás implementos que la dama le había facilitado—. Supuse que los necesitaría para comenzar con los vestidos.

—Podrías habérmelo dado mañana, ¿sabes? —Le preguntó con voz inquisitiva, estudiándola con la mirada.

—Yo... Creo que mejor ya me voy —le dijo Estefanía con rapidez, sintiéndose incómoda ante la atenta mirada de la anciana—. Nos vemos mañana.

—¿No es un poco tarde para que camines a casa? ¿Por qué no te quedas a dormir aquí?

—No, no hace falta. Además, se preocuparán en casa si no llego esta noche.

La anciana le dedicó una mirada tan fría como falsas eran sus palabras; dejándole en claro que no le creía nada.

—Como quieras —se limitó en contestar, encogiéndose de hombros—. Llévate un paraguas, se ve que va a llover a cántaros en cualquier minuto.

—Sí... Gracias —Estefanía tomó uno de los paraguas dejados junto a la entrada para los clientes y abrió la puerta, provocando que la campana volviera a repicar—. Hasta mañana —se despidió cerrando sin darle tiempo a la anciana de contestar.

Comenzó a caminar a toda velocidad por la acera, quizá si se apuraba alcanzara el último carruaje de servicio público. De lo contrario, le esperaría una larga caminata de regreso a casa.

Las primeras gotas de lluvia le cayeron en la cabeza. Abrió el paraguas y se subió el cuello de la capa, el frío esa noche estaba que congelaba.

Anthony salió de la casa de Frank después de estar una hora en su compañía. Para su alivio, aunque no admitiría jamás lo muy preocupado que llegó a sentirse al enterarse de que su tío estaba enfermo, lo encontró bien. Tenía un resfriado que lo había tumbado en la cama, pero nada grave. Con un par de días de descanso estaría como nuevo.

Después de charlar sobre diversos asuntos de negocios y personales, Anthony decidió marcharse para permitirle descansar al hombre, prometiendo regresar temprano al día siguiente para ver cómo seguía, aun cuando Frank insistió en que eso no sería necesario.

Cuando Anthony bajaba por la escalera principal, notó que comenzaba a llover y apuró el paso para subir al carruaje. Los caballos se pusieron en marcha con un estallido de látigo, provocando que él, que todavía no terminaba de acomodarse en el asiento, cayera despotricado hacia atrás por la inercia.

—¡Laurens, despacio! —Le gritó al cochero, pero lejos de obedecer su orden, la velocidad del coche aumentó.

Por la ventanilla alcanzó a ver que no se dirigían en la dirección que debían tomar para ir a su casa, sino que habían torcido por una calle de sentido totalmente opuesto, adentrándose entre varias callejuelas del barrio bajo de Londres.

A Anthony se le crisparon los nervios. Era una trampa.

Intentó abrir la puertecilla, pero no cedió. Tampoco las ventanas. No era un idiota para dejarse arrastrar por quien fuera su secuestrador, a un destino que no tenía planeado. Hacía tiempo que había comenzado a luchar contra los designios del destino, y esa vez no iba a ser diferente. ¡Por Dios que lucharía, aunque tuviera que perder la vida en el intento!

Se envolvió el brazo con la chaqueta y golpeó el vidrio hasta romperlo. Antes de darle tiempo a su atacante de reaccionar, se encaramó por la ventana y comenzó a escalar hacia afuera por la superficie del carruaje. El golpe del cristal al romperse había alertado a sus secuestradores, que resultaron ser cuatro. Mientras uno se ocupaba de mantener el carruaje en movimiento, otros dos se

abalaron sobre él.

Anthony se deshizo de uno con un jalón cuando éste intentó cogerlo por el brazo. Escuchó el grito del hombre al caer contra el suelo al tiempo que el segundo, prevenido de que su adversario no era cualquier aristócrata pusilánime, se lanzaba contra él con mayor presteza, y juntos se ensartaron en una encarnizada lucha. Anthony luchaba por mantenerse aferrado al carruaje y por no terminar como una moneda estampado en la calle mientras se defendía como podía con el puño de su brazo libre, por lo que no notó al cuarto hombre que le llegó por el otro lado y le asestó un tremendo golpe en la nuca con una botella.

Anthony sintió un dolor lacerante en la cabeza, al tiempo que todo a su alrededor se volvía borroso...

El hombre que lo golpeó estiró una mano, intentando asirlo del chaleco. Anthony, en un último intento de escapar, se desembarazó de él en el preciso momento en el que el carruaje daba un descomunal brinco al entrar en el empedrado de un puente que pasaba sobre un caudaloso río, y Anthony salió despedido. Demasiado débil como para percatarse de lo que sucedía, lo único que pudo sentir fue el frío del agua al golpear contra su superficie.

Luego todo fue oscuridad.

Estefanía caminaba con prisa por la calle totalmente a oscuras a causa de una ventolera que había apagado las farolas. Había perdido el último carruaje de servicio público, y ahora debería hacer el trayecto a casa completamente a pie.

La idea no le animaba, en especial sabiendo que era de noche y que los barrios por los que atravesaría no serían tan elegantes como en el que se encontraba Woods.

No tenía opción, no era estúpida como para arriesgarse de una manera tan espantosa. Iría a casa de Roger y le pediría que la llevara. No le gustaba pedir favores, pero esta vez tendría que hacerlo. No tenía dinero para pagar un carruaje de alquiler, si es que hubiera visto alguno en esas calles desiertas. El buen médico no dudaría en ayudarla, no sólo era buen amigo suyo, sino que estaba tan enamorado de Martha que con tal de verla unos minutos la habría llevado a la luna.

La casa del médico no quedaba muy lejos, ya había recorrido la mayor parte del trayecto, lástima que se encontrara en un barrio tan malo. Pero como bien sabía Estefanía, el hombre intentaba ahorrar en lo que pudiera para casarse con su prima Martha, incluido el alquiler, razón por la cual había rentado un sencillo piso en esa zona de la ciudad donde le saldría más barata la renta.

Escuchó a lo lejos el ruido de caballos desbocados combinados con gritos e insultos. Debía de suscitarse una pelea, nada raro en ese barrio colmado de bares y prostíbulos de mala muerte. Se envolvió más en su capa y continuó su camino, pero el ruido fue acercándose más y más a ella, provocando que Estefanía comenzara a sentir miedo. Se ocultó con rapidez tras el muro de un edificio, justo en el momento en el que un coche apareció por la calle a toda velocidad.

De haber continuado su camino, la habría arrollado sin ninguna duda.

Aún con la respiración agitada, Estefanía se asomó por la calle para asegurarse de que el peligro había pasado. Vio al coche tomar rumbo por el puente, el mismo que ella debía atravesar para llegar al edificio de departamentos donde vivía Roger. Escuchó un grito y un ruido sordo, esos hombres estaban locos. Los caballos relincharon, asustados, provocando que el coche se ladeara ligeramente al pasar a toda velocidad por la banqueta. Algo salió despedido de un costado y se perdió en la oscuridad del río, Estefanía sólo supo que había caído al agua al escuchar el sonido del chapuzón, casi inaudible en medio de ese terrible estrépito.

El carruaje continuó andando, y desapareció por la oscuridad de una de las calles laterales.

Con el alma en vilo, Estefanía corrió a la orilla del río. La lluvia, fría y lacerante, la helaba hasta los huesos, acompañada por el terrible viento que azotaba esa noche. Se asomó por el puente y notó, a pesar de la oscuridad reinante, un bulto flotando en el agua. Las nubes se abrieron en ese momento, revelando la luna oculta hasta entonces. La luz iluminó de lleno la superficie del río y la figura se hizo clara. Su corazonada había resultado cierta; el bulto que cayó al agua había sido un hombre.

Sin detenerse a pensarlo, regresó sobre sus pasos y corrió a la orilla. No sabía si estaba vivo o muerto, pero no podía dejarlo allí. El río era poco caudaloso, sin embargo, era bastante ancho y con esa lluvia podía tornarse traicionero en cualquier momento. Saltó al agua y luchó contra la corriente, más poderosa de lo que había supuesto, hasta llegar al lado del hombre. Lo alzó por el cuello para permitirle respirar y lo arrastró con ella hasta la otra orilla. Fue difícil, pero Estefanía nunca había sido una chica débil, ni de carácter ni físicamente y no se iba a dejar vencer. Finalmente, no sin una

gran lucha, logró trepar por la orilla llevando al hombre con ella.

Lo tendió sobre el suelo, de manera que su rostro quedara al descubierto y pudiera respirar. Temblorosa, acercó el oído a su boca, rezando porque respirara. Él se movió, tomando una honda bocanada de aire y Estefanía rió ligeramente aliviada.

Notó que el hombre abría los ojos lentamente, parecía atontado por el golpe, como si no lograra entender qué hacía allí ni lo sucedido. Él fijó los ojos sobre el rostro de la joven. Por un par de segundos la observó fijamente antes de volver a perder el conocimiento.

Se escuchó el trote de un caballo y Estefanía temió que se tratara de los hombres que regresaban, pero sólo le bastó ver el carruaje viejo y un tanto destartado para saber de quién se trataba.

—¡Doctor Wood! —Gritó, alzando los brazos para llamar su atención en medio de esa oscuridad y la potente lluvia—. ¡Aquí, por favor, deténgase!

El hombre pareció reconocerla, porque enseguida detuvo el carruaje y bajó de un salto.

—¿Qué es lo que ocurre? ¿Estefanía...? —Cambió el tono brusco de su voz para adoptar uno más suave en cuanto la reconoció—. ¿Qué ha sucedido? ¿Está bien Martha?

—Sí, perfectamente. Es este hombre —se giró para señalar al herido, que continuaba tirado en el piso—. Me temo que lo han asaltado.

—¿Lo has sacado del río tú sola? —Le preguntó al notar sus ropas mojadas, quitándose la capa para colocarla sobre los hombros de la joven.

—Él la necesita más —le dijo Estefanía, quitándosela de encima a su vez para ir a proteger con ella al herido.

Roger ya se había adelantado y juntos llegaron al lado del hombre, que había vuelto a recuperar el conocimiento y en ese momento intentaba levantarse.

—Por favor, no se mueva —le pidió Roger, revisando sus signos vitales.

—¿Cómo está? —Preguntó Estefanía, sin moverse de su lado, cubriendo al desvalido con la capa.

—Me temo que tendré que llevarlo dentro. Aquí no puedo hacer mucho por él.

—Venga pues, yo le ayudo —Estefanía se inclinó para tomar una mano del hombre, en un intento de levantarlo.

Roger la miró con los ojos abiertos como platos, se trataba de un hombre bastante grande, a cualquiera le resultaría difícil cargarlo, en especial a una mujer, pero Estefanía estaba empeñada en llevarlo sobre el hombro.

—Vamos, no perdamos tiempo —le instó Estefanía, luchando por levantarlo.

Entre los dos lograron levantarlo a duras penas y cada quien se colgó uno de sus brazos sobre el hombro. No tenía caso llevarlo al carruaje, la casa del médico se encontraba a unos pasos y lo condujeron directamente allí.

Mientras Roger mantuvo el peso del hombre sobre sus hombros, Estefanía se apuró en correr a abrirles la puerta y entre los dos llevaron al herido hasta la cama del austero consultorio que el médico tenía instalado en la humilde casa.

—Voy a lavarme, ve quitándole la ropa húmeda —le pidió el médico una vez que el herido estuvo acostado.

Estefanía sintió una oleada de calor cubrirle las mejillas.

—¿Quiere que lo desnude?

Sólo hasta entonces Roger cayó en la cuenta de lo que pedía. Estefanía era apenas una muchacha, era obvio que le incomodara estar frente a un cuerpo desnudo.

—Sólo quítale la camisa y ve limpiando el lodo de su cuerpo, después cúbrelo con una manta — le pidió Roger antes de salir a lavarse—. Lleno de lodo no puedo verlo, y si está herido debemos actuar con rapidez.

—De acuerdo... —asintió la joven, aunque se sentía un tanto cohibida de tener que limpiar el cuerpo de un hombre desnudo.

En su vida había visto a un hombre desnudo.

Con manos temblorosas, comenzó a desabotonar la camisa. El pobre hombre debió llegar hasta el fondo del río, y el haberlo arrastrado por la orilla no mejoró su condición, estaba cubierto de arañazos y moretones, sin mencionar el lodo que tenía embarrado en el cabello, el rostro y buena parte del cuerpo. Al menos la camisa le había protegido parcialmente por lo que pudo ver tras la primera ojeada, terminando la pobre prenda tan sucia y raída que el único lugar en el que finalizaría seguramente sería la basura. Le puso la manta encima y terminó de quitarle la camisa por debajo con una destreza bastante buena para ser su primera vez. Una vez terminada la labor, se aproximó al lavabo, puso agua en una palangana y comenzó a limpiarle el rostro con un trapo húmedo.

Era un hombre muy guapo, sin ninguna duda, de facciones finas pero masculinas, mandíbula ancha y labios gruesos, nariz recta y unos ojos de un azul intenso, que seguían fijos sobre ella mientras realizaba su labor.

—Pobre hombre —se lamentó, sin dejar de verlo.

—¿Qué es lo que le habrá sucedido? —Preguntó Roger entrando en ese momento. Se había cambiado de ropa y lavado la cara y las manos hasta los codos.

Estefanía no contestó, se quedó perdida ante la parcial visión del pecho desnudo del hombre que el médico acababa de dejar al descubierto apenas lo necesario para poder escuchar su corazón. Su piel tostada y mojada lucía magnífica, aterciopelada y brillante, enmarcando cada uno de sus bien definidos músculos.

—Tuvo suerte —escuchó que el médico decía, regresándola a la realidad—. Tiene un golpe fuerte en la cabeza, pero fuera de eso está en perfecto estado. Gracias a ti —se giró y le dedicó una sonrisa—. Deberé suturar la herida, tal vez te gustaría salir. Dudo mucho que sea algo agradable de soportar para una joven como tú.

—¿Como yo? —Preguntó arqueando una ceja, molesta- ¿Me estás diciendo tonta o cobarde?

—Ninguna de las dos. Poner puntos no es algo que todos soportan ver, en una ocasión un hombre de noventa kilos con la apariencia de poder luchar él solo contra un león, se desmayó con sólo ver ensartar la aguja en la piel.

—Pues yo no... —Estefanía titubeó mirando la herida—. Pero si te sientes más cómodo si te deajo solo, me voy. De todas maneras tengo que buscar la manera de secarme un poco o agarraré una pulmonía.

—Adelante. No quiero tener que atenderte a ti como mi siguiente paciente —rió Roger, leyendo la verdad en sus ojos—. Toma una de mis camisas si lo deseas, lo del riesgo de contraer una pulmonía es muy cierto.

Estefanía le dedicó una sonrisa agradecida como única respuesta y se apuró en salir de la habitación.

Cuando regresó, Roger terminaba de vendar la cabeza del hombre y le colocó una mano en la frente.

—Santo cielo, está hirviendo. Hay que bajarle la fiebre.

—¿Qué hago? —Preguntó la joven, arremangándose las mangas de la camisa de Roger.

—Mójale la frente. Debemos mantenerle la cabeza fría y el cuerpo caliente, puede ser una reacción del cuerpo a la situación vivida, espero que no sea nada más grave, como una infección o un comienzo de neumonía.

Estefanía volvió a apoderarse de la palangana, le vertió agua limpia y se aproximó al hombre. Los ojos del herido se abrieron de repente, fijando una mirada de un azul intenso y brillante, seguramente debido a la fiebre, sobre la joven. Estefanía le sonrió, intentando transmitirle un poco de confianza. Pobre hombre, debía de estarla pasando fatal.

—¿Quién es usted? —Le preguntó él con una voz pastosa y grave, apenas moviendo los labios al hablar.

—Estefanía —contestó ella, pasando el trapo una vez más por su frente—. No tema, se pondrá bien.

—¿Dónde estoy? —Escrutó los alrededores con los ojos—. ¿Qué me sucedió?

—Sufrió un accidente, buen hombre —Roger contestó por ella—. Un ataque, me temo, posiblemente un asalto. Usted habría terminado pasando sus últimos momentos en el fondo lodoso del río de no ser por esta jovencita, aquí presente, que le salvó la vida.

Anthony ladeó la cabeza para observar mejor a la joven. Su rostro le parecía familiar, pero no recordaba de dónde... Se sentía tan mareado que bien podía ser su propia hermana y en ese momento no la habría reconocido.

—Gracias... —se escuchó decir con la misma voz baja y pastosa.

—No tiene nada que agradecerme, es lo que cualquier persona habría hecho. Ahora por favor, trate de descansar—le pidió Estefanía, pasando con sumo cuidado el trapo húmedo sobre su frente—. Debe recuperar las fuerzas.

Anthony se sintió extraño entre sus manos, a salvo, como si esa muchacha pudiera transmitirle la calidez de su propia alma en cada una de sus caricias. De un momento a otro se quedó dormido, dejándose llevar por los movimientos suaves y cariñosos de las manos que le acunaban el rostro.

—¿Se ha desmayado? —Le preguntó Estefanía al médico, hablando en un susurro para no despertar al herido.

—No, sólo está cansado. Se ha quedado dormido —contestó Roger, alejándose para lavarse las manos en el fregadero.

—¿Es mala señal?

—No lo creo, vivirá —contestó Roger, girándose hacia ella mientras se secaba las manos con la toalla—. Ha perdido bastante sangre, pero nada de gravedad. Deberá quedarse a pasar la noche, ya mañana veremos qué tal amanece.

—En ese caso, volveré mañana temprano.

—¿Pero es que has perdido la cabeza, jovencita? —Le preguntó Roger, frunciendo el ceño al tiempo que le hablaba como si fuera su hermano mayor—. No puedes marcharte a esta hora.

—No puedo quedarme —le contestó de manera escandalizada—. Si mi tía descubre...

—Estefanía, ya he guardado el caballo y el carruaje, de otra manera te llevaría a tu casa. Y aunque no lo hubiera hecho, no saldríamos a esta hora, es muy peligroso. Te quedarás aquí, es todo.

—No me ocurrirá nada, Roger. Bertha se preocupará si no regreso a casa, y se enojará contigo por no haberme permitido ir —lo señaló con un dedo acusador.

—Bertha me degollará si sabe que te permití marcharte a esta hora y por este barrio. Dime estúpido, pero prefiero una reprimenda a perder la cabeza.

—¡Roger!

—Eres mi cuñada, es decir, mi hermana legal y no te dejaré partir.

—No lo seré hasta que te cases con Martha, y serías mi primo, y eso no ocurre todavía, así que no tienes ninguna responsabilidad sobre mí.

—No.

—i Por favor, Roger...!

—Nada de por favor —le dijo en forma terminante, dirigiéndose a la puerta—. Puedes quedarte en mi habitación, yo pasaré aquí la noche cuidando al paciente.

— Roger, no estoy bromeando, me tengo que ir.

—Ni yo tampoco, Estefanía —le dirigió una mirada directa—. Mira, hagamos un trato. Te quedarás a dormir aquí y mañana te llevaré temprano a tu casa. Será una excelente oportunidad para ver a... Bertha —sus mejillas se pusieron coloradas—. Así podré estar presente para explicarle todo a tu nana.

—Y podrías aprovechar para ver a Martha —Estefanía dijo lo que él no se atrevía, riendo divertida por el rostro colorado del médico, que a pesar de su edad, continuaba actuando como un joven adolescente enamorado—. Bien, supongo que tienes razón — suspiró, juntando los brazos alrededor de las caderas—. Pero no podré dormir, no pensando en lo que me dirá Bertha mañana y la arpía de mi tía si se entera que no llegué a casa durante toda la noche. Me quedaré aquí cuidando al paciente, tú ve a dormir. Supongo que te espera un día muy atareado.

—Y a ti también, por lo que sé, mi madre tiene trabajo pendiente hasta el próximo año.

—Sí, pero si me equivoco en una puntada no pasa nada, la deshago y corrijo el error. Tú no podrás traer de la muerte a un paciente si te equivocas, así que es obvio quién es el que debe dormir.

—Estefanía, me ofende que dudes de esa manera de mi habilidad. Soy perfectamente capaz de...

—Era una broma, Roger —se apuró en decirle Estefanía, ocultando una sonrisa al notar la seriedad con la que él la miraba—. Anda, ve a dormir, lo digo en serio. Yo no podré conciliar el sueño de todas maneras, y tú debes estar agotado. Si ocurre algo te llamaré enseguida.

Roger pareció dudar, aunque era evidente el cansancio en su rostro.

—Está decidido, entonces —Estefanía finalizó la discusión—. Ahora vete a dormir, mañana debes madrugar para llevarme a mi casa.

—Si ocurre cualquier cambio...

—Te llamaré, no te preocupes. Ahora, a dormir.

—Buenas noches —le dijo Roger, sonriendo agradecido.

Un minuto después había salido del consultorio y encerrado en su habitación.

Estefanía se aproximó una vez más al hombre. Dormía aún, aunque, por la expresión contraída de su rostro, seguramente debía de estar soñando algo malo.

Estefanía levantó la manta, que se había ladeado ligeramente y lo tapó con cuidado maternal. En seguida tomó el trapo y se entregó a la labor de remojar su frente. Aún estaba caliente, pero tenía el presentimiento de que iría bien. Al contacto con sus manos, el hombre se relajó y por fin pareció lograr entregarse a un sueño plácido y tranquilo.

—Descansa, mi rufián de ojos azules, te pondrás bien para mañana —le dijo Estefanía en un susurro, sin dejar de atender su labor—, me ocuparé de que así sea.

a la mañana siguiente, Anthony despertó en una habitación que no conocía. No era la primera vez que le pasaba, pero ni la primera sin estar tremendamente borracho.

Se sentó en la cama y un instantáneo mareo lo invadió al haberlo hecho tan rápido. Automáticamente quiso llevarse una mano a la nuca, pero entonces el dolor de la herida de la cabeza le nubló a vista, y el recuerdo de lo acontecido la noche anterior llegó a su mente.

Recordaba a Frank, haber salido de su casa y luego el carruaje... Las imágenes eran confusas, pero podía acordarse bien de los rostros de sus atacantes.

Cuando diera con ellos, tendrían los días contados...

Tenía que comunicarse con Kasim. Dudaba mucho que esos cuatro hubieran intentado secuestrarlo por coincidencia, y si era así, no se darían por vencidos. Él podía cuidarse solo, pero su familia podría estar en riesgo. Ya había tratado con bastante gente desalmada en la vida como para saber que no se limitarían a dejar fuera del asunto a unas mujeres inocentes con tal de llegar a él.

Su ágil mente comenzó a pensar con velocidad. Esa noche había caído en una trampa, lo sabía. Había sido un estúpido por actuar de manera tan confiada, en la India siempre se aseguraba de que el hombre tras las riendas fuera el correcto, si no es que él mismo conducía su coche. Kasim lo acompañaba la mayoría de las veces, su mozo y amigo, era una buena ayuda si debían enfrentar dificultades. Había supuesto que en Londres las cosas serían diferentes, nunca antes había tenido que cuidarse las espaldas al estar allí, tal vez las cosas sí estaban cambiando, como su madre solía asegurarle... A menos que su enemigo se encontrase justamente allí...

Su mente vagó hasta el día anterior, repasando cada uno de sus movimientos. No iba a hacer nada extraordinario, no visitaría ninguna zona peligrosa, ni siquiera tenía planeado regresar tarde a casa, fue esa la razón por la que no vio necesidad de llevar compañía. Kasim tenía sus propios asuntos que atender y estando en esa ciudad «segura», no encontró ningún inconveniente. Y es que, además del club y de Frank... ¡Frank! Se suponía que iba a encontrarse con Frank en el club cuando apareció Ernest. Qué coincidencia que justamente él llegara a buscarlo el preciso día que había decidido ir al club, después de meses de ausencia. Y luego el ataque fuera de la casa de Frank, no había forma en que dieran con él allí, el mensaje estaba sellado con laca, él la rompió cuando llegó a sus manos, nadie podía haber sabido a dónde iba, sólo él...

Era claro. Ernest había provocado el ataque contra él. Ernest quería matarlo.

¿Pero por qué? ¿Qué ganaba matándolo a él...?

Es cierto que una vez lo había desenmascarado frente a su padre cuando descubrió que desfalcaba dinero de sus propiedades en Kent. Pero de eso hacía años y su padre lo había perdonado—cosa que claro, irritó sobre manera a Anthony—. Desde entonces él había mantenido un ojo crítico sobre él y claro, desde que tomara su puesto como conde de Woodruff se había dedicado en parte a seguir los pasos de su primo en busca de algún otro fraude que pudo haber cometido mientras estuvo al servicio de su padre y de Charles. No obstante, hasta ahora no había podido dar con nada certero, y es que si bien su primo era una alimaña difícil de cazar que había sabido cubrir perfectamente sus pasos hasta entonces, tampoco Anthony había gozado del tiempo suficiente para hacerlo. No es que convertirse en el conde de Woodruff de la noche a la mañana, y hacerse cargo de las

responsabilidades del título, las tierras, las empresas y la familia fuera un trabajo sencillo de hacer. Apenas había tenido tiempo para sí mismo. Por lo que no entendía por qué Ernest iba a dar un paso tan desesperado al intentar matarlo cuando todavía no tenía nada contra él...

A menos que lo que buscara fuera otra cosa... Y temiera que Anthony, en sus investigaciones, diera por casualidad con la verdad...

Un estremecimiento le recorrió el espinazo.

Su padre... Charles...

Ernest había trabajado antes para ellos, quizá si su padre o Charles estuvieron cerca de descubrir algo, o acababan de descubrirlo, Ernest decidió hacerlos callar eliminándolos de en medio.

¡Era un desgraciado! No podía asegurarlo, pero ya antes la idea de que el accidente donde murieron Charles y su padre no había sido realmente un accidente le había pasado por la cabeza. Y ahora, formulando todas esas conjeturas, estaba seguro. ¿Pero por qué matar a Kate y al bebé? Ella no debía saber nada, Charles no era de la idea de contar asuntos del trabajo a la familia, y menos un asunto delicado como el tema de un primo desfalcador y traicionero... A menos que...

Anthony sintió que la sangre se le helaba y se le calentaba al mismo tiempo, y debió sujetarse de la cama para no desplomarse en ese mismo instante.

El título.

Todo era por el título.

Era claro... ¡Tan claro como el agua! ¡¿Cómo diablos no lo pensó en un principio?! ¡Ernest quería el título! Él era el único pariente masculino que tenía, el que heredaría todo si el último de los Woodruff fallecía. Sin su padre ni Charles en el camino, únicamente el bebé que Kate esperaba podría interponerse en sus planes, de haber resultado ser varón.

Las entrañas se le revolvieron por la rabia. Ese desalmado había asesinado a un bebé inocente y a su madre con tal de quedarse con todo... Y la pagaría, ¡la pagaría caro!

Por supuesto, Ernest no contaba con que Anthony regresaría a hacerse cargo de sus responsabilidades. El muy procaz se lo dijo en su propia cara. Y ahora que él había tomado el título, lo quería quitar también de en medio.

Bien, si su primo quería jugar al villano, nadie mejor que él para darle una lección de maldad. No en vano se había hecho adepto de ser la peor escoria que hubiera pisado esa tierra. Y a diferencia de él, Anthony tenía mucha, mucha experiencia sometiendo a sus enemigos, porque si había algo dulce que él adoraba, era la venganza...

Y se vengaría de su primo. ¡Por un demonio que lo haría! Y lo enviaría de vuelta al infierno del que había salido... Eso sí, de una manera lenta y dolorosa: Iba a regresarle cada lágrima que se había vertido en su familia por su culpa.

Escuchó el sonido de un ligero ronquido que interrumpió el ritmo de sus pensamientos. Sus ojos se dirigieron a la figura de una joven sentada a un lado de su cama. Yacía sobre una silla, dormía profundamente a pesar de la posición incómoda que mantenía, con el cuello ladeado hacia enfrente. Tenía un trapo húmedo en la mano, como si se hubiera quedado dormida de repente a su pesar, pues una parte del líquido le había humedecido la falda del vestido.

—La joven que me salvó... —recordó.

Una sonrisa automática se dibujó en los labios de Anthony al reconocerla. Aún llevaba el cabello manchado por el lodo, y en su rostro pálido las ojeras marcadas por el desvelo. Sin embargo, no

hubo mujer más hermosa para él en ese momento que esa joven. Ella no sólo le había salvado la vida sin hacer preguntas, sino que se había quedado a su lado atendiéndolo.

La recordaba como una ensoñación, hermosa como un ángel, tierna como una madre. Una mujer como nunca antes había conocido.

Ella se movió en sueños y se frotó los brazos, temblorosa por el frío. Anthony se sintió mal por ella, se había quedado dormida cuidándolo sin ocuparse de abrigarse ella misma. Tomó la frazada de su cama y la llevó hasta ella para cubrirla. Al hacerlo, quedó a menos de un palmo de su rostro. No lograba entender la razón, pero su rostro le provocaba fascinación. No es que fuera una belleza monumental, y menos en esa posición, con el cuello arqueado y las fosas de la nariz hinchadas en un intento de tomar aire, provocando un suave ronquido gutural. Pero sin duda había algo en ella, tenía algo, que le resultaba encantador, algo que le impedía dejar de observarla, algo que lo obligaba a acercarse más y más a ella, hasta que se encontró a menos de un palmo de su rostro...

Se sintió como un idiota. Nunca se había dejado engatusar por una mujer, ¿por qué habría de comenzar con ésta...? No pudo continuar el hilo de su pensamiento cuando ella se movió en sueños, enderezó la cabeza y se mojó los labios con un suave movimiento. De no haberse encontrado ella dormida, habría jurado que lo estaba tentando. Y lo consiguió. La tentación fue más fuerte que él mismo cuando se descubrió acariciando su mejilla, palpando la suavidad etérea de su piel, como si intentara percatarse de que ella era real y no un ángel descendido directamente del cielo para rescatarlo. Ella se veía tan dulce, tan apacible, tan... tan... No pudo pensar más, nunca había sido de detenerse a pensar las cosas. Sencillamente se inclinó y rozó sus labios con los suyos, en un beso suave y pausado.

Estefanía se despertó al sentir el roce de unos dedos sobre su rostro. Sobresaltada se movió, abriendo los ojos para ver de qué se trataba.

—Lo siento, no quise despertarla... —escuchó que decía el hombre al que había estado cuidando, ahora levantado de la cama—. Intentaba cubrirla con una manta al ver que se había quedado dormida.

A Estefanía le tomó un par de segundos despabilarse para recordar dónde se encontraba y lo que estaba haciendo.

—¿Me quedé dormida? Qué tonta... —Estefanía movió la cabeza, desperezándose—. Se suponía que debía cuidarlo y ha sido usted el que... ¿Pero qué hace levantado? —Se alarmó, poniéndose de pie—. Debe descansar, por favor vuelva a recostarse.

—No tengo tiempo, debo irme cuanto antes —le dijo él, aunque permaneció en su lugar, demasiado atento a cada uno de los movimientos de la joven.

—Si es por su trabajo, no se preocupe, el médico que lo atendió podrá excusarlo. Anoche se dio un buen golpe en la cabeza y necesita descansar.

—¿Excusarme en el trabajo? —Repitió Anthony, frunciendo el ceño. ¿Es que ella no sabía quién era él?

—Me parece una barbaridad que exista gente capaz de hacer trabajar a sus empleados cuando es obvio que se encuentran en malas condiciones —continuó hablando ella, intentando empujarlo por los brazos para regresarlo a la cama.

Anthony sonrió, encantado con la idea de tenerla tan cerca conduciéndolo a la fuerza a la cama. Casi pudo imaginar otro motivo por el que ella se viera tan urgida de tenerlo sobre el colchón...

Aunque dudaba mucho que a ella se le pasara la misma idea por la cabeza.

—Vamos, no se puede ir a menos que lo revise el médico, señor... —se detuvo y levantó el rostro para mirarlo a la cara—. Disculpe, no sé su nombre.

Anthony entornó los ojos. De verdad ella no sabía quién era él. ¿Cómo podía ser eso posible? ¿No sabía todo Londres quién era él?

Escucharon ruido del otro lado de la puerta y la joven se apuró en dirigirse a la salida. Anthony aprovechó la oportunidad para echarse una mirada de reojo en el espejo que se encontraba colgado arriba del lavabo. Se veía fatal, con la piel demasiado oscura, probablemente a causa de la tierra que cubría todo su cuerpo y había vuelto su cabello rubio cobrizo de un color prácticamente negro, vuelto un amasijo de pelos más parecido a un nido de ratas sobre la cabeza, a causa del vendaje que cubría su herida. Su ropa había desaparecido, sólo llevaba puesta una camiseta y los pantalones, éstos últimos hechos jirones y tan sucios que bien pudieron pertenecer a un pordiosero. Lo único que conservaba medianamente en buen estado, eran las finas botas que Kasim se había preocupado en pulir esa mañana. Cuando las viera llegar en ese estado, pondría un grito en el cielo. Si algo odiaba su mozo era sacarle lustre a sus botas.

—¿Kasim? —Escuchó que la joven decía, girándose para verlo.

Anthony levantó la mirada con una expresión interrogante grabada en los ojos. ¿Había pensado en voz alta una vez más...?

—¿Es ése su nombre? —Preguntó la joven, son riéndole con entusiasmo—. Es un nombre extraño, ¿hindú, no es así?

Anthony asintió con la cabeza. Sí, había vuelto a pensar en voz alta, ¿hasta cuándo se le quitaría esa mala costumbre? Bueno, al menos eso le serviría para cubrir su verdadero nombre. No quería que los hombres que intentaron atacarlo anoche se enteraran todavía de que él estaba vivo, al menos no hasta que hubiera llegado con su familia para asegurarse de que estuvieran a salvo.

Anthony se tensó, ¡su familia! ¡Debía llegar con ellos cuanto antes!

—Yo soy Estefanía —se presentó la joven—. Iré a buscarle un poco de ropa para que pueda vestirse.

—Estefanía... —Anthony entornó los ojos, ese nombre le parecía familiar, así como su rostro... ¿Pero de dónde? De cualquier manera no tenía tiempo para pensarlo, debía ir con los suyos cuanto antes—. Lo siento, debo irme enseguida —le dijo de manera apurada, dirigiéndose a la puerta—. Mi familia debe estar preocupada por mí.

—¿Tiene familia? —Un dejo de desilusión atravesó la mirada de la joven—. Pero qué pregunta tan tonta, por supuesto que tiene familia. Tiene toda la razón, deben sentirse preocupados por usted —Estefanía intentó componer la frase, abriendo de una vez la puerta—. Permítame llamar al doctor Wood, él debe verlo antes de...

—Mi madre y hermanas.

—¿Cómo dice? —Estefanía se giró, todavía con el pomo de la puerta en la mano.

—Mi familia—contestó él, con toda calma—. Mi madre y mis hermanas. Ellas son mi familia.

Estefanía sonrió y asintió con la cabeza.

—Imagino que han de estar sumamente preocupadas por usted. Iré a llamar al médico para que lo revise y pueda regresar a casa —salió de la habitación como un suspiro, dejándolo a solas.

Anthony aprovechó el momento para echarse otro vistazo en el espejo. Si su madre lo veía llegar

así, le daría un ataque. Lo mejor sería detenerse en casa de Frank a recoger algo de ropa limpia. Al menos él lo había visto llegar en peores estados, un poco de lodo y una herida en la cabeza no eran nada comparado con días del pasado...

La joven no tardó en regresar acompañada de un hombre de aspecto desaliñado. Era de estatura mediana, cabello color paja muy despeinado, piel lechosa y ojos grises ocultos tras unas gafas redondas y chuecas.

Anthony frunció el ceño cuando ella se levantó de puntúas para arreglárselas. Un gesto que sólo tendría una mujer con su marido. Él le había dejado en claro que no estaba casado, pero ahora venía a caer en la cuenta de que ella no había tenido el mismo favor para con él.

La sonrisa se había esfumado completamente de su rostro cuando ella volvió a acercársele.

—Mírelo, doctor, ¿no es maravilloso? Parece completamente repuesto, ¿cree que podrá regresar a casa?

—¿Doctor? —Había escuchado de esposas que llamaban a sus maridos por su profesión, ¿sería ése el caso?

—Lo siento, no he tenido tiempo de presentarlos —Estefanía sonrió—. Él es el doctor Wood, ha sido él quien lo ha curado anoche.

—Le agradezco mucho, doctor Wood —tendió la mano para estrechar la del hombre—. Comprenderá que en este momento no tengo dinero para pagar por sus atenciones y las de su amable enfermera, me han quitado todo en el asalto de anoche. Pero no se preocupe, esta misma tarde regresaré a pagarle.

—No tiene nada que agradecer, era mi deber y ha sido esta amable enfermera — Roger miró con una sonrisa cariñosa a Estefanía—, quien se ha llevado la mayor parte del trabajo cuidándolo anoche. Es a ella a quien debe agradecerle.

Anthony bien pudo sentir que las tripas se le retorcían por dentro. ¡¿Pero qué demonios le estaba pasando?! ¿Estaba celoso? ¡¿Y de una mujer a la que ni siquiera conocía?!

—Por supuesto, le estaré eternamente agradecido, señorita —le dijo con la mejor sonrisa que consiguió esbozar, inclinando la cabeza en un gesto de gratitud.

—No me ha dicho su nombre —comentó Roger, notando la elegancia del movimiento que acababa de hacer el hombre—. Había supuesto que vivía por estos lugares, pero ahora veo que es obvio que no es así. ¿Cómo se llama usted?

Anthony mantuvo la sonrisa, pensando con rapidez. No era la primera vez que se encontraba en una situación comprometedor. Debía mantener la mentira, y hacerlo bien.

—Kasim —mintió con agilidad, recordando lo dicho anteriormente—. Mahan

Kasim.

—¿Kasim? —Repitió el médico, pasándose un dedo por la barbilla—. Usted no parece hindú, si me permite decirlo.

—Mi padre era hindú, mi madre británica. Ahora trabajo con el señor Stowner, Frank Stowner, seguramente lo conoce.

—Oh, sí, claro que sí —el gesto del médico se relajó—. Me imagino que lo conoció durante su estadía en la India.

—Así es. Tiene mucha razón —Anthony se forzó por no reír, debía mantenerse serio para parecer creíble—. Si me disculpa, tengo que ir cuanto antes al encuentro de mi patrón. Podría preocuparse

enormemente por mí si me ausento más de lo debido, me tiene mucho cariño, casi como si fuera su hijo.

—Oh, ya lo creo, he escuchado decir que es un hombre excelente —opinó Estefanía—. Roger, ¿te parece bien si lo pasamos a llevar a casa del señor Stowner de camino?

Anthony se tensó. ¿Roger? ¿Dónde quedó la formalidad de «doctor Wood»? Sólo entonces notó la camisa que ella llevaba puesta sobre la falda, era una camisa de hombre sin ninguna duda. ¿Por qué habría su enfermera personal de usar la ropa que era de él? ¿Es que ella sería su esposa, su amante...? La sola idea le provocó que se le revolvieran las entrañas formando un nudo apretado que le provocó vértigo.

—Me parece muy buena idea. Iré enganchando los caballos, Estefanía —le dijo el médico—. Tú vete cambiando de ropa, y usted señor, puede colocarse una de mis mudas de ropa, dudo mucho que quiera ir al encuentro de su patrón en esa facha.

Estefanía sonrió cuando notó que Kasim le echaba una ojeada a su vestimenta, como si no se hubiera percatado de su estado antes.

Lo que Anthony hacía en realidad era preguntarse cómo el médico suponía que sus ropas iban a quedarle: él era al menos una cabeza más alto y definitivamente más corpulento. No obstante, Estefanía regresó a los pocos minutos llevando con ella un pantalón algo viejo, pero en buen estado, de su talla y una camisa que de no ser por una mancha de tinta, se encontraba en perfectas condiciones.

—La madre de Roger, la señora Wood, es una modista muy famosa. Sus clientes suelen dejarle sus ropas viejas para que las tire, pero ella prefiere dárselas a su hijo con el fin de que las reparta entre las personas pobres que muy a menudo visitan su consultorio —le explicó Estefanía.

—Yo no soy pobre —dijo esto antes de pensarlo en un tono bastante ofendido.

—No me refería a eso, señor. Se lo expliqué porque supuse que quería saber de dónde había venido esta ropa, no tiene que regresarla tampoco, y no se preocupe, están muy limpias. Las lavé antes de traerlas aquí el otro día.

—¿Usted...? —Anthony le dedicó una mirada de soslayo, ocultando la pesadumbre que le ocasionaban sus palabras. Si ella era tan afín al médico, la única razón que podía existir es que fuera su esposa.

—Oh, sí, trabajo para la madre de Roger, la señora Wood.

—Wood... —el cerebro se le puso en marcha a toda velocidad hasta dar con el punto que había estado buscando desde que vio el rostro de esa joven la noche anterior—. ¡Wood's! ¡Usted es la doncella que trabaja para Laura! —Estefanía le dedicó una mirada contrariada, sin comprender de dónde él la conocía—. Yo... eh... —Anthony pensó a toda velocidad, no podía decirle que era a él a quien había tomado las medidas la noche anterior, lo creería un mentiroso total después de toda la sarta de engaños que ya le había dicho—. El otro día fui a recoger unas camisas para mi patrón, el señor Stowner. Usted fue quien me recibió —sonrió intentando imprimir la mayor convicción posible a sus palabras.

—Oh, sí... —Estefanía se puso nerviosa, no recordaba haberlo visto jamás, pero algo en su rostro le parecía familiar. Seguramente debía ser como él decía, pero con tantos clientes yendo y viniendo, le era imposible recordar a todos—. Bueno, lo dejo solo para que se vista. Yo iré a hacer lo mismo, por desgracia las señoras de sociedad suelen dejar sus ropas viejas a sus damas de

compañía, lo único que pude encontrar fue esta falda vieja y esta camisa de hombre. Espero que mi vestido se haya secado lo suficiente como... —se calló al darse cuenta con quién hablaba—. Nos vemos en unos minutos afuera —concluyó con rapidez, cerrando la puerta tras ella al salir.

Anthony rió para sí mismo, si estaba en lo correcto —y seguramente lo estaba, basado en el amplio conocimiento y práctica del conocimiento sobre las mujeres que poseía— ella se había puesto nerviosa con su presencia. Lo único que eso quería decir es que él le gustaba. Y si le gustaba, no tenía nada que ver con ese médico, o al menos nada tan fuerte como para que él no pudiera interponerse.

Además, recordaba muy bien que la señora Wood la presentó como «señorita», y ninguna dama casada permitiría tal apelativo. Nada antes de la boda —incluyendo un compromiso— podía mantenerlo alejado.

Decidió dejar la idea a un lado y cambiarse de ropa de una vez.

Cinco minutos más tarde ya salía por la escalera. Supuso que la joven demoraría bastante en reunirse con ellos, como la mayoría de las mujeres que tardaban una eternidad en vestirse, por eso se sorprendió de encontrarla ya afuera cuando bajó.

La saludó con una inclinación de cabeza y luego a Roger, estudiando cada uno de sus movimientos mientras él la ayudaba a subir al cabriolé. Se pusieron en marcha y Anthony no tuvo más remedio que dirigirlos a la casa de Frank, con la esperanza de encontrarlo todavía en cama y que no tuviera la oportunidad de descubrir su mentira antes de darle aviso de lo que estaba haciendo.

Por suerte para él, las cosas parecían ir bien, era tan temprano que al detener el viejo cabriolé delante de la puerta principal de la casona, no se alcanzaba a divisar ningún empleado por los alrededores.

—Me despido —les dijo Anthony después de bajar del carruaje—. Una vez más, mi más profundo agradecimiento a ambos, en especial a usted, señorita —besó la mano de Estefanía—. Sin usted no hubiera estado de pie este día. Si hay alguna manera en la que pueda agradecerle...

—Sólo cuídese, por favor —Estefanía inclinó la cabeza en una ligera venia.

—Déjenme compensarles con algo, pagarles de alguna manera.

—No tiene nada que pagar, ya lo ha hecho con su agradecimiento —le dijo Roger—. Si no nos ayudamos entre nosotros, esta humanidad estará perdida para siempre. Y me temo que ya estamos bastante mal, mi señor.

Anthony asintió, llevándose esas palabras consigo mientras subía los escalones hacia la entrada. Para cuando alcanzó la puerta, el carruaje se había vuelto a poner en marcha.

Para su sorpresa, encontró a Frank de pie en el saloncito junto al vestíbulo, vestido con una bata y en pantuflas, lo esperaba con los brazos cruzados.

—¿Se puede saber en qué lío te metiste ahora, muchacho? —Le preguntó de lleno, aguardando a que respondiera con una expresión entre preocupada y molesta, al tiempo que examinaba la extraña combinación de ropa vieja que traía puesta.

—Frank, alguien quiso matarme anoche.

Frank se puso serio, bajando lentamente los brazos a los costados.

—¿Estás bien? ¿Te hicieron daño? —Notó la herida en su cabeza—. ¡Wolf, de prisa, trae a un médico!

—Estoy bien, Frank, fue el propio médico el que me acaba de traer. Sólo necesito un baño y

ropas limpias.

—De acuerdo, en seguida... Dime, ¿sospechas de alguien? —Le preguntó con voz seca, levantando un brazo para posarlo sobre su hombro en señal de apoyo.

—Sí —contestó Anthony, con tono bajo y mortecino. Frank notó que temblaba por la rabia, algo extraño en él. Ya antes había estado amenazado de muerte y nunca le había dado la mayor importancia. ¿Qué hacía ahora la diferencia?

—¿Qué ocurre, Anthony? —Le preguntó una vez que hubo cerrado la puerta tras ellos y regresado a su lado, sin quitarle los ojos de encima, preocupado por él.

—Frank... —Anthony se tomó su tiempo para controlarse, no le gustaba cuando comenzaba a hablar estando emocionado, mucho menos cuando esas emociones podrían quebrarle la voz—. Frank, dudo mucho que el accidente de mi padre y Charles haya sido realmente un accidente. Incluso el de Kate y el bebé.

Frank palideció más de lo que ya estaba.

—¿Estás diciendo que...?

—Estoy convencido de que alguien los asesinó —los ojos de Anthony resplandecieron por la furia—. Y aquel que lo hizo, ahora viene tras de mí.

—¿Ernest? ¿tu primo Ernest? —Repitió por veinteava vez Frank.

—¡Sí, Frank: Ernest!

—¿Pero cómo es que has llegado a esa conclusión?

—Hace días que vengo pensándolo, Frank. Ernest ha venido estafando a mi padre durante años, las cuentas de sus libretas de anotaciones no cierran. Ha desfalcado a mi padre por miles de libras, y ha sabido ocultarlo bien. Fue esa la razón por la que di la orden de que lo destituyeran de su cargo. A él no le gustó, claro, ha sabido jugar bien sus cartas y no he podido encontrarle ninguna prueba de lo que ha hecho, pero con el acto de anoche, me deja claro que no me equivocaba. Ha sido el acto de un hombre desesperado, Ernest me quiere quitar del camino para que no lo atrape y quedarse con todo, incluido el título de los Woodruff.

—Pero si es algo que has venido pensando hace tanto, ¿por qué no me habías comentado nada?

—Si te contara de cada enemigo que tengo, no terminaríamos nunca...

—¿Y no te parece más viable que el autor intelectual del ataque haya podido ser alguno de esos enemigos de los que hablas? Recuerda que Ernest es tu primo, pero además él era el hombre de confianza de tu padre, sin mencionar que es tu pariente más próximo, ¿cómo es que puedes pensar que él...?

—¡Por eso mismo, Frank! —Anthony se giró hacia él, furioso—. ¿No lo ves? Con mi padre y Charles muerto, incluso con el bebé, de haber sido niño, muerto, yo soy el único que queda en su camino para impedir que se quede con el título y con toda la herencia...

Alguien tocó a la puerta en ese momento, ambos se giraron cuando el mayordomo entró y enseguida fue empujado a un lado cuando otro hombre entró en la habitación después de él.

—Señor, qué bueno que está bien, me tenía muy preocupado —Kasim entró sin esperar a que anunciaran como era debido—. Pasé toda la noche buscándolo, temí que... —se calló al notar el estado de Anthony—. Señor, ¿es que ha sido atacado?

Anthony sonrió, haciéndole un gesto con la mano al mayordomo para que los dejara solos.

—Sabía que siempre podía contar contigo, Kasim —le dijo Anthony—. Estoy bien, tranquilo. Aunque tendremos bastante trabajo por delante —le dijo cuando el mozo se acercó a ver su herida en la nuca.

—¿Quién ha sido? —Gruñó Kasim, juntando sus dos pobladas cejas negras—. Dígame quién ha sido y yo terminaré con él.

—Estoy bastante seguro de que fueron hombres enviados por mi primo Ernest —le dijo Anthony—. Aunque mi tío parece contradecir mi idea.

Kasim miró a Frank y luego a Anthony y asintió.

—El señor Stowner podría tener razón, señor, no dude de su palabra.

—No dudo de su palabra, pero sí de mi primo. Los lazos de sangre no son nada para ese desalmado, por más que a ustedes dos, par de mujeres sentimentales, les cueste creerlo —les dijo ya enojado—. Ernest ha estafado a mi padre durante años, y luego a Charles, cuando tomó su lugar como cabeza de las empresas de mi padre.

—Si ha estado estafándolos, ¿para qué quiso matarlos?

—Supongo que la ambición pudo más que los lazos de sangre —la voz de Anthony se volvió más grave a causa del enojo—, sin mencionar la importancia que ahora tienen los títulos. No basta ser rico en estos tiempos, se necesita un título para permanecer a la más alta élite. Y él lo tendría todo si se deshacía de mi padre y de mi hermano.

—Y de usted —añadió Kasim, sin perder detalle de las expresiones de su señor.

Una ligera sonrisa apareció en el rostro de Anthony.

—Ese imbécil ha de pensar que deshacerse de mí ha de ser sencillo, pero ya le demostré que no es así.

—Sé que él nunca te gustó mucho, Anthony, pero pasar de eso a pensar que él podría haber matado a todos, incluidos una mujer inocente y su bebé...

—Créeme, Frank. Ese hombre es capaz de eso y mucho más —los ojos de Anthony relampaguearon—. Siempre he considerado que tengo un don para ver el interior de las personas y ese hombre... No merece llamarse hombre —se giró hacia Frank, el rostro encendido por la furia—. Viene tras de mí, pero lo que no sabe es que yo lo estaré esperando. Y yo no seré tan fácil de quitar del camino como él cree.

—Anthony, seamos razonables...

—¿Quieres razonar? —Anthony bramó, furioso—. Bien, razonemos: Me encontré en el club, me buscó dejando claro que me había estado esperando, y cuando me llegó tu mensaje pidiéndome que me reuniera contigo aquí, el único que se enteró de eso fue él, ¿y qué sucedió? Me atacan justamente al salir de tu casa, ¿te parece coincidencia?

—Bien pudieron ser ladrones cualquiera, Anthony —suspiró al ver la furia enmarcada en la cara del conde—. Bien, hijo, no te digo que confíes en Ernest, sólo que no saques conclusiones apresuradas. No puedes acusar a alguien sin las pruebas suficientes.

—Oh, Frank, encontraré esas pruebas. ¡Por un demonio que atraparé a ese tipo en su propio juego! Y lamentará hasta el último de sus días el haberse metido conmigo y con mi familia...

Frank tembló al escucharlo hablar de esa manera. Pocas veces había visto tan furioso a Anthony por algo, pero si él estaba en lo correcto, que, conociéndolo, era lo más probable, le daba toda la razón para sentirse de ese modo.

—Hijo, comprendo perfectamente lo que piensas. Sin embargo, por ahora debes pensar en tu familia, tu madre debe estar muy angustiada por ti, ¿por qué no vas arriba y tomas un baño? Mandaré un mensajero a avisar a tu madre que estás aquí, ya tú podrás explicarle todo más tarde —posó ambas manos sobre sus hombros—. Encontraremos una solución al problema de Ernest más tarde.

—Gracias, Frank —Anthony se giró sobre los talones, pero antes de que pudiera dar un paso, Frank puso una mano sobre su hombro una vez más, impidiéndole marcharse.

—Sabes que cuentas conmigo, ¿no es así, hijo? Para lo que sea que necesites. Estoy viejo, pero aún puedo ayudarte.

Anthony asintió, mirándolo con unos ojos luminosos, llenos de gratitud.

—Lo sé —le dijo, posando una mano sobre la suya—. Y te lo agradezco sinceramente.

Al segundo siguiente ya se encontraba subiendo la escalera a toda velocidad, acompañado de su mozo, dejando a Frank con una mirada llena de preocupación. William, su querido amigo, su hermano... ¿Asesinado junto a su hijo y su nuera, y el pequeño niño no nacido? ¿Sería posible tanta maldad en el mundo?

Con tristeza agachó la mirada y se sentó en su sillón, sabiendo que la respuesta era sí. Sí que era posible tanta maldad en el mundo...

## Ω

—No debería confiarse, ese tipo podría intentar atacarlo en cualquier momento — le dijo Kasim, ayudando a su señor a colocarse las mancuernillas.

Ahora que Anthony estaba limpio, volvía a lucir como el conde al que todo Londres conocía.

—Lo sé, por eso debo averiguar qué se trae entre manos y para hacerlo necesitaré tu ayuda.

Kasim se irguió, levantando orgullosamente la barbilla.

—Cuenta conmigo para lo que necesite, señor. Usted sabe que daría mi vida por salvar la suya.

Anthony sonrió, esta vez de manera afable, y posó una mano sobre su hombro.

—Necesito que te hagas invisible una vez más, igual que como te enseñé en la India, y recurras los muelles. Habla con la gente, sigue cualquier pista que te den.

—Muy bien, señor.

—Yo tengo una pista que seguir por mi parte.

—¿Quiere decir que... necesitará su disfraz?

—Por supuesto.

—Señor, está bien que lo haya hecho antes, pero ahora es usted un conde...

—No por llevar un título me he vuelto un inútil, Kasim. Puedo dirigirme a la gente tan bien como antes.

—Sí, señor, pero si lo matan... Le dará justo a su primo lo que busca.

Anthony sonrió.

—No, no lo hará. —Kasim lo miró con extrañeza—. Antes me caso, Kasim. Me echaré la soga al cuello antes de permitirle a ese bastardo quedarse con el título de mi padre. Tendré un heredero y el título de los Woodruff pasará a mi hijo. Y mi primo tendrá que quedarse llorando en la tumba que cabaré para él.

—Señor, es una buena idea, pero... —lo miró con incertidumbre de si continuar hablando o no—. No sé qué tanto sepa de cómo vienen los niños al mundo, pero tardan un poco en llegar...

Anthony soltó una carcajada.

—Lo sé perfectamente, Kasim. Y ya tengo contemplado ese problema, pero no puedo quedarme de brazos cruzados y permitirle a ese desgraciado seguir robándome y tramando contra mí y mi familia. Lo voy a atrapar y tú me vas a ayudar.

—Téngalo por seguro, mi señor. Cuenta usted con mi vida.

—Bien, necesito que te vayas ahora a hacer lo que te pedí. Yo concertaré una cita con la policía, tengo que dar parte de lo que me sucedió. Y aprovecharé para contratar gente que proteja a mi familia. Te encontraré esta tarde en el mismo lugar de siembre, en Hyde Park.

—Como usted ordene, señor.

—Y Kasim... —le dijo antes de que pudiera marcharse—. Gracias.

—Es un honor servirlo, mi señor —hizo una reverencia y salió de una vez, dejando a Anthony solo en la habitación.

Anthony decidió esperar en casa de Frank para reunirse con Kasim. Dio la orden de que ni su madre ni sus hermanas salieran de casa, eso le daría tiempo de fraguar un plan con su fiel amigo sin tener que moverse de Londres. No tenía tiempo que perder. Habían intentado matarlo y aunque sabía que su primo no era consciente de su propia habilidad —por algo se había adquirido el apodo de «La sombra de la noche»—, Ernest no era un mozalbeta escuálido y estúpido del que poder fiarse. Nunca se fiaba de nada ni de nadie, eso sólo lo haría un tonto y él sería un completo idiota de fiarse de un tipo venenoso como su primo, una serpiente escondida dentro de piel de conejo. Pudo engañar a su padre, pero no a él, ¡no a él!

—¿Vas a salir? —Le preguntó Frank al ver que se ponía el sombrero y tomaba su bastón de las manos del mayordomo.

—Sí, quedé de reunirme con Kasim en Hyde Park.

—¿Deseas que te acompañe?

Anthony estuvo a punto de soltar una carcajada, el pobre hombre aún seguía tan enfermo que se la había pasado vomitando la mayor parte del día, y ahora lucía en el rostro una coloración mezcla de verde y rojo que le hacía parecer más un payaso que un hombre preparado para fraguar una guerra. Pero al notar la preocupación en la mirada paternal que le dirigió, no pudo menos que negarse de la manera más amable que consiguió.

Subió al coche, esta vez asegurándose de que el que estuviera sentado tras las riendas fuera su cochero, y se pusieron rumbo a Hyde Park.

El pobre empleado había aparecido esa misma mañana, amordazado y atado de manos y piernas, después de pasar toda la noche oculto entre los botes de basura en el callejón trasero de la casa de Frank. De no haber sido porque una sirvienta de la casa salió a tirar la basura y lo vio, quién sabe qué sería para aquel entonces del hombre.

John, como se llamaba el cochero, insistió en quedarse en su puesto. El pobre tipo se sentía responsable por la cercana muerte del conde, ahora el único cabeza de la familia Woodruff, por lo que él, después de dar declaración ante la policía al mismo tiempo que Anthony y Frank lo hicieron, decidió quedarse sirviendo a su amo el resto del día, a pesar de que Anthony le pidió marcharse a casa, recordando las palabras de Estefanía...

Eso sí, lo compensaría como era debido ahora que sabía que tenía en él a un hombre de confianza. Quizá un poco ingenuo para dejarse engatusar por cuatro bandidos, pero buen hombre.

Y él sabía recompensar a los hombres buenos fieles a su mando.

Estefanía suspiró, tomando una amplia bocanada de aire cuando por fin sus pies pisaron el verde césped de Hyde Park.

Había sido un día largo, sin ninguna duda. Quizá fuera que prácticamente no durmió, o el tener que entrar a hurtadillas a su propia casa para explicarle a Bertha lo sucedido sin que se pusiera a gritar como una histérica y despertara a su tía con sus regaños, o el tener que volver a Londres a

trabajar después de realizar una perfecta actuación ante sus parientes, pretendiendo que no había pasado nada fuera de lo normal esa noche, o quizá un conjunto de todo, no importaba, al fin y al cabo la conclusión era la misma: estaba agotada.

Y su situación no mejoró con la visita de Jacinta y Bárbara en la tienda porque esa sí, estaba segura, había sido la peor parte de ese día.

Sus parientes no sólo habían ordenado seis vestidos cada una, sino que lo habían hecho de las telas más costosas y finas, aquellas que incluso las verdaderas damas aristócratas se pensaban dos veces en comprar.

Se sintió temblar de rabia mientras tuvo que tomarles las medidas, tanto que ni siquiera se le pasó por la cabeza mencionarles la falta de pudor que estaban cometiendo ambas mujeres por permitirse mostrarse semidesnudas en la tienda, cuando la costumbre era que las empleadas de la tienda fueran a la casa de la dama en cuestión para realizar tal labor. Una verdadera dama jamás permite que la vean sin vestir en público. Y no es que el local de Wood's fuera un sitio público, pero ninguna dama se cambiaba de ropa allí, si bien llevaban a sus doncellas para hacerlo por ellas o lo hacían ellas mismas en la privacidad de su hogar, nunca en el local. Pero claro, Estefanía no tuvo intenciones de corregir los modales de su tía y su prima, que hicieran lo que se les diera la gana, al fin y al cabo es lo que venían haciendo desde la muerte de su padre.

Pero ahora por fin se había librado de ellas y podía gozar de un tiempo libre y lleno de paz de camino de vuelta a casa. Con Martha adoraban los paseos que realizaban por la mañana y la tarde por Hyde Park, en especial por las tardes, cuando solían tomarse más tiempo para disfrutar del paisaje sin tener que ir apresuradas para llegar a tiempo al trabajo. La verdad es que ninguna de las dos se moría de ganas por llegar a su casa.

—¡Señorita Martha! —Ambas se giraron al escuchar la voz de Roger—. ¡Señorita Martha, espere un momento, por favor!

El rostro de Martha se llenó de luz con sólo verlo y corrió a su encuentro, algo que no era muy apropiado tampoco para una dama, pero qué más daba. El romance era el romance aquí y en China, y siempre podían mandarse los modales al demonio ante un encuentro romántico como ése.

Contenta, Estefanía extendió la sombrilla y se protegió del sol con ella, mientras comenzaba a caminar por el césped. De haberse encontrado a solas se habría quitado los zapatos, esa mañana no había podido salir a correr por la pradera como todos los días, algo que, ahora lo sabía, la reconfortaba en gran medida. De todos modos encontrarse allí la llenaba de felicidad, aspirar el aroma de las flores mezclado con el del césped recién cortado le fascinaba. Embargada por el hechizo de ese momento maravilloso se dejó llevar, prácticamente se habría puesto a danzar allí de haber podido...

—¡Ay! —Estefanía dio con algo duro como un poste y fue a caer de nalgas contra el césped.

Anthony se giró, extrañado por el golpe que había recibido por la espalda mientras observaba a unos hombres sospechosos que caminaban muy cerca de una pequeña niña vendedora de flores. Tan absorto había estado que no notó a la persona que se aproximó tras él hasta que ella hubo chocado contra su espalda y se reprendió mentalmente a sí mismo por su falta de concentración.

¡Siempre había que estar alerta! Era la frase que se repetía constantemente y por la cual no lo habían atrapado hasta entonces.

Sin embargo, toda muestra de enojo se borró de su rostro al reconocer a la joven que ahora lo

observaba desde abajo, tirada en el pasto: Estefanía.

Sólo que esta vez la mirada que ella le dedicaba era de enojo y claro, también de sorpresa. Quién no se habría sorprendido de verlo. Pero enojo también. Nada de la encantadora sonrisa que le dedicó esa mañana.

—¿Se encuentra usted bien? —Le preguntó Anthony, alargando una mano para tomar la de ella.

Estefanía pareció dudar pero terminó por aceptar su ayuda y se enderezó con rapidez, alisándose con las manos la falda del vestido.

—Estoy muy bien, gracias. Hasta pronto.

—¿Se va así nada más? —La detuvo por el brazo.

—¿Desea alguna otra cosa? —Le preguntó Estefanía, que obviamente se esforzaba en mostrarse amable ante él... ¿Pero por qué? Por lo general las mujeres solían ser amables con él por convicción propia.

—Quizá una disculpa —le dijo él en tono mordaz—. Después de todo, usted chocó conmigo.

—Tiene toda la razón, discúlpeme por mi torpeza, lord Woodruff—hizo una rápida venia—. Hasta luego.

Él la volvió a sujetar por el brazo antes de que pudiera marcharse.

—¿Se le ofrece alguna otra cosa, milord?—Preguntó ella, comenzando a perder la paciencia.

—No lo dijo sinceramente.

—Tal vez le gustaría que me arrodillara ante usted, ¿sería lo suficientemente convincente?

Anthony la estudió con la mirada y sonrió, una sonrisa ladeada, esa que tan bien tenía grabada en la memoria Estefanía.

—Yo no le agrado, ¿no es así? —dijo tras una pausa que pareció eterna.

—Vaya, señor, se ve que es usted un genio —Estefanía le dijo en tono irónico—. Ahora, si me disculpa, tengo que irme. Hay personas que tenemos cosas que hacer además de pasarnos el día entero vagando sin hacer nada.

—Ya veo —sus ojos se oscurecieron—. Es usted una más de esas mujeres amargadas a las que les gusta juzgar por lo que han escuchado de otros.

—Yo no necesito que nadie me cuente lo que sé en carne propia —dijo ella con furia. Anthony frunció el ceño, ¿a qué se refería ella?—. Ahora, si me disculpa, señor, debo irme —se soltó de su mano.

—¡Espere!

Estefanía se giró, furiosa. Habría seguido de largo, pero no quería que Martha se diera cuenta de lo que sucedía si él comenzaba a seguirla.

—¿Qué es lo que desea ahora, milord? —Lo enfrentó, poniendo la más dulce de sus sonrisas. Y la más falsa.

Anthony no pasó desapercibido el cambio en ella, siguió con la mirada la dirección de sus ojos y fue entonces cuando notó la presencia del médico. Todo rastro de sonrisa, por irónica que fuera, se borró de su rostro. Ella debía ser algo de ese medicucho o de otra manera no le importaría tanto la reacción que pudiera tener de verlo con él.

—¡Anthony! —Escucharon el llamado de una voz de mujer, y ante la evidente interrupción, ambos debieron dejar de echarse miradas asesinas—. ¡Anthony Woodruff, sé muy bien que me has

oído!

Anthony, tomando una honda bocanada de aire, se giró para ver de quién se trataba. Lydia Kyntire, una de las pretendientes del ejército que había reunido su madre para él.

—Anthony, pero qué sorpresa encontrarte aquí —lo saludó con familiaridad, pasando por alto a Estefanía.

La joven miró con lástima a la doncella de compañía que apenas había logrado mantenerle el paso a su señora y ahora respiraba aguadamente a una distancia prudente de ella, intentando retomar el control de sus pulmones.

—No es sorpresa, si tengo avisado a dónde voy —contestó Anthony con fastidio—. Dime la verdad, Lydia, ¿mi madre te dijo que estaría aquí?

—Oh, Anthony, pero qué poco caballeroso eres —Lydia fingió molestarse para enseguida girarse y tomarlo por el brazo. Estefanía habría supuesto que sería un acto de lo más cotidiano para Anthony, pero cuando él se vio tan sorprendido como ella, se dio cuenta de que no era así. Aunque debía admitir que la evidente expresión de molestia en su rostro ante la presencia de la mujer le provocó bastante placer.

—Veo que está tremendamente ocupado, milord. Hablaremos en otra ocasión —le dijo Estefanía en un tono lleno de burla, haciendo una reverencia más marcada de lo necesario.

—¡No, espere...! —él le dirigió una mirada de súplica que provocó mayor gozo en ella.

—Hasta luego, señor —se despidió la joven, apurándose en alejarse.

—¡Estefanía! —Gritó él, y ella se giró mirándolo sinceramente extrañada.

¿Podía ser que el conde había recordado su nombre después de todo...? ¿Es que la había reconocido? ¿Sabía quién era ella...? ¿O sería que la recordó de la tarde de toma de medidas? ¡Sí, eso tenía que ser! La señora Wood mencionó su nombre, él debía recordarlo...

—Gracias al cielo... —musitó Estefanía, sin darse cuenta que hablaba en voz alta.

Lydia pareció incómoda, o al menos esa es la descripción que Estefanía le habría dado a un sacerdote en el confesionario, porque lo que hizo fue dedicarle una mirada asesina cuando ella regresó sobre sus pasos.

—Estefanía —repitió Anthony, notando que fue eso lo que la hizo volver a él—. No se vaya, por favor. Me interesa mucho terminar la conversación que iniciamos. Señorita Kyntire, si me disculpa —girándose hacia Lydia, añadió, a la vez que se soltaba de su brazos como quien se desprende de una chaqueta sucia a la que alguien le acaba de vomitar encima—, debo atender un asunto de extrema urgencia.

La mujer le dedicó una mirada molesta, para luego dirigirle una asesina a Estefanía y se marchó sin decir una palabra. La pobre doncella de compañía la siguió de manera apresurada, resollando en el camino.

—Pobre mujer, si Lydia no le da un descanso, va a terminar desmayándose — comentó Anthony, fijando la atención en lo mismo que ella.

Estefanía lo miró entre sorprendida y contrariada, ¿desde cuándo a Anthony Woodruff le interesaba lo que sucedía con las mujeres de la servidumbre?

—¡Ay, no...! —De la nada, Anthony se dio la media vuelta y la abrazó.

—¿Qué está haciendo?!

—¡Escóndame!

-¡¿Qué?!

—¡Ahí viene la peor de todas! —Anthony la abrazó con más fuerza, hundiendo la cara en su hombro—. Me he zafado de ella toda la semana, ni siquiera mi madre la soporta, ¡¿cómo demonios me encontró aquí?!

Estefanía frunció el ceño y se giró a ver de quién se trataba, y al hacerlo, se quedó helada.

—¡Bárbara! —Chilló aterrada. Y no iba sola: Jacinta y Efraín la acompañaban y los tres caminaban en dirección a ellos.

—¡Suélteme! —Estefanía intentó zafarse de sus manos en vano, él era demasiado fuerte... ¿Desde cuándo los condes ricos y refinados tenían tanta fuerza?—. ¡Le he dicho que me suelte, señor! Al no lograrse soltar, al menos se giró, de manera que ella quedara de espaldas a su familia.

—¡Así no me esconde de ellas!

—¡Sea hombre y enfréntelas, o vaya a esconderse tras las faldas de su madre! — Fue lo único que se le ocurrió decirle, pero pareció funcionar.

Anthony le dedicó una mirada encendida por la furia, pero una furia que habría hecho reír a carcajadas a Estefanía de encontrarse en otra situación, por el semblante de niño ofendido que adoptó.

Ella no desaprovechó la oportunidad, se arremangó las faldas y salió corriendo a toda velocidad lejos de allí.

Algo en su modo de actuar despertó interés en él, había visto eso antes... ¿pero dónde?

—¡Lord Woodruff! —Llegó el llamado que tanto había temido. Anthony se retorció por dentro antes de girarse, intentando adoptar una sonrisa solemne.

Ya no podía darse el lujo de ser grosero con nadie. Ahora era el conde, ahora estaba en los zapatos de su padre. Y debía mostrarse digno de ellos.

—Lady Campbell —la saludó Anthony, aproximándose a ellas para saludar.

Estefanía, oculta tras un árbol, sintió que las entrañas se le encrespaban. ¿Cómo se atrevían esos buitres a usar el apellido de su madre?

—¡Estefanía! —Escuchó el llamado sofocado de Martha, escondida tras unos arbustos.

Estefanía le dedicó a su familia una última mirada asesina antes de salir corriendo para reunirse con su prima.

—¿Crees que me vieron? —Le preguntó Martha, angustiada al máximo. Estefanía suspiró aliviada, al menos ella no la había visto entre los brazos del conde.

—Lo dudo mucho —contestó con sinceridad, girando una vez más la cabeza hacia ellos—. No parecen tener ojos para nada más que no sea el conde. ¿Qué pasó con Roger?

—Está allá —señaló en dirección cercana a una fuente, donde el médico hacía una pésima representación de un hombre que pretendía leer el periódico. A poco estuvo de darse de frente con un poste, pero antes tropezó con una piedra—. ¿Qué hacemos ahora, Estefanía? —Le preguntó su prima, mirando angustiada a su madre y luego a su novio, a punto de ser picoteado por un pato.

—Regresemos por el sendero y tomemos el carruaje de servicio público.

—¿Y si nos ven?

Estefanía pensó en ello, al menos si su familia utilizaba el apellido Campbell la libraban de que Anthony la asociara con su padre y evitarle así esa vergüenza. Pero, si la veía, el parentesco con ellos no podría esconderse más...

De todas maneras, no tenía otra opción. Si las encontraban allí escondidas, no sólo le iría mal a ella, sino también a Martha y no podía permitir eso.

—Vamos, no pasará nada —intentó infundirle a su prima una seguridad que no sentía—. Se supone que venimos de nuestro trabajo, no pueden decirnos nada por encontrarnos aquí.

—Pero... Tienes razón—Martha pareció cambiar de idea al notar que ellos se movían—. ¡Vámonos!—Prácticamente la llevó a rastras con ella fuera de allí.

## Ω

Anthony notó el movimiento de las jóvenes por el rabillo del ojo, ¿qué diablos estaba sucediendo? ¿De dónde conocía Estefanía a la familia Campbell? Pero más importante, ¿por qué no deseaba que la vieran? Él tenía buenas razones para esconderse, detestaba a Bárbara desde el primer instante en que la conoció, ¿pero ella? ¿Le habrían hecho algo? ¿O acaso sería que...? Sus ojos se posaron sobre Efraín. Era obvio que el hombre también las había visto marchar y todavía las seguía con la mirada, sin percatarse de haber llamado la atención de Anthony al hacerlo.

El conde frunció el ceño, no le pasó desapercibido el brillo lascivo que se encendió en el rostro de ese hombre al fijar los ojos sobre Estefanía mientras corría.

No obstante lo mucho que lo enfureciera ese asunto, debió dejar sus cavilaciones a un lado cuando vio, entre unos matorrales cercano, aparecer a Kasim.

—Ha sido grandioso verlos de nuevo. Si me disculpan, debo irme —dijo Anthony de manera cortante, interrumpiendo a Bárbara en mitad de una conversación que más bien parecía un monólogo.

—Pero...

—Bárbara, no seas grosera con el conde. Lo verás en la fiesta y entonces podrás continuar hablando con él, ¿no es así lord Woodruff? —le preguntó Jacinta cuando él ya se iba.

—Sí, sí, claro —contestó el hombre de manera apresurada—. Nos vemos luego.

Anthony se apuró en llegar al lado de Kasim y juntos se pusieron en marcha a paso rápido por uno de los senderos. Lo último que deseaba el joven conde era que esas mujeres le dieran alcance y continuaran con su cháchara sin sentido. Cinco minutos con esa mujer y ya se sentía al borde de perder los estribos.

—¿Qué averiguaste? —Le gruñó prácticamente a Kasim.

El joven le dedicó una expresión de extrañeza por su rudeza, pero al mirar atrás y ver a ese par de brujas hablando como locas sin quitarle la vista de encima a su señor, supo que no debió ser nada agradable encontrarse en su compañía.

—Su primo estuvo todo el día encerrado en el club dejándose ver por la gente — contestó al fin, girándose una vez más hacia él—. Obviamente quiere cubrir sus pasos con una coartada.

—Como buen cobarde que es —musitó Anthony.

—¿Qué es lo que haremos, señor?

Anthony no contestó. Una vez más la niña de las flores que había estado observando al llegar al

parque llamó su atención. La pobre criatura iba cubierta de la cabeza a los pies con una capa, como si se encontrara a mitad del invierno, y no en un día hermoso de primavera como ése. Seguramente debía estar enferma, con fiebre. Una pequeña en ese estado no debía de tener familia para cuidarla, ninguna madre con las faldas para llamarse tal, permitiría que su hija saliese en ese estado de su casa, por más necesitados que se encontrasen.

A lo lejos pudo percibir la presencia de los otros dos hombres. A pesar de mantenerse ocultos entre la multitud que deambulaba por un sendero cercano a una fuente, no le quitaban la mirada de encima a la pobre niña que se esforzaba por levantar su débil manita para pedirle a los transeúntes que le compraran un ramito de sus flores.

—Podemos irlo a buscar esta noche, si usted quiere, señor —continuó hablando Kasim, pasando por alto la escena que había centrado toda la atención de su amo.

Anthony se giró, mirándolo con un brillo singular en los ojos. Un brillo que Kasim conocía bien.

—¿Hace cuánto que no salimos, Kasim?

—¿Señor?

—No te hagas el tonto, sabes perfectamente a lo que me refiero.

—Señor, esto es Londres, no el pueblo perdido de la India donde usted vivía. Aquí no puede andarse paseando para hacer justicia como si...

Anthony levantó la mano en una palma frente a su rostro y Kasim se vio obligado a callar ante esa orden silenciosa. Entonces el conde usó la misma mano para señalar en la dirección donde se encontraba la niña y luego a los dos hombres.

El rostro de Kasim se ensombreció al instante.

—Traficantes de mujeres —musitó con los dientes apretados por la furia—. La venderán a un burdel, seguramente.

—No si lo evitamos —le dijo Anthony, haciéndole un gesto con la cabeza para que lo acompañara.

—Señor, ¿qué sucederá con Ernest?

—Si conozco a mi primo, no hará nada en un par de días, al menos. Ese cobarde es como una rata de alcantarilla, sólo sale cuando sabe que no lo están vigilando. Vamos, Kasim, tenemos basura que eliminar de esta ciudad.

-¿ME PUEDES DECIR QUÉ SIGNIFICA ESTO? —Exclamó su madre de pie en la cima de la escalinata, donde había estado aguardando a su hijo al ver llegar al coche desde la ventana de su habitación.

Anthony, de pie en el vestíbulo, puso una mano sobre el hombro de la pequeña niña, quien no dejaba de temblar ante la imponente figura de la mujer que venía bajando la escalera como una furia.

—Su nombre es Jasmine —contestó Anthony, con voz firme—. Trabajaré aquí en adelante, una vez que se recupere de su enfermedad.

—¿Jasmine? —La mujer le dedicó una mirada de asco a la joven—. ¿Has traído a una niña de la calle a servir en esta casa? ¡¿Y todavía más grave aún: enferma?! ¿Es que te has vuelto loco, Anthony?

—¿Es ésta mi casa o no? —Bramó él, provocando que su madre titubeara por primera vez.

—Sí, claro que sí, hijo, pero...

—No hay peros. Esta niña necesita un lugar donde quedarse y un trabajo estable. Encárgate de que la señora Johnson le enseñe bien...

—La señora Johnson tiene mucho trabajo dirigiendo a los empleados como para que...

—¡Entonces que lo haga alguien más! —Ordenó Anthony, haciendo saltar a su madre y a la niña al mismo tiempo—. Esta niña se quedará aquí, madre, allá tú si prefieres tenerla sin enseñar o como una doncella perfectamente educada a tu servicio.

—Como tú digas, Anthony —dijo la mujer tras una pausa, irguiendo la barbilla de manera orgullosa, para ocultar que sus palabras le habían dolido.

—Se ve que es muy inteligente, será una buena criada, madre, ya lo verás —le dijo Anthony en un tono más suave—. Por favor, llama a la señora Johnson y que se encargue de ella. Asegúrate de que le den un baño, ropa limpia y la revise un médico. De ser posible el doctor Wood, es de mi total confianza. Sus instrucciones deben seguirse al pie de la letra.

—Soy tu madre, hijo, no una más de tus sirvientas —espetó Eleonor en un tono de voz agraviado, embargado por el dolor.

—Lo sé, madre, y es esa la razón por la que te lo pido a ti —le dijo Anthony, mirándola directo a los ojos—. Esta criatura ha crecido en las calles, desprovista de todo gesto de amor o compasión. Sólo en mi madre podría confiar su cuidado, la mujer más cariñosa y sin prejuicios que existe. Sé que en tus manos estará a salvo.

Los ojos de Eleonor se llenaron de lágrimas, pero se apuró en pestañear, para ocultarlas. No era dada a los sentimentalismos, algo que a Anthony le agradaba bastante. Odiaba a las mujeres que se ponían a llorar histéricas al hacer una escena de celos o enojo.

—Bien, hijo, como tú mandes —le dijo Eleonor en tono solemne, acercándose a la niña—. Puedes estar tranquilo, me aseguraré de que no le haga falta nada a esta criatura.

—Te lo agradezco, madre —sonrió, inclinándose para besar a la mujer en la mejilla—. Me quitas un peso de encima. Y tú puedes estar tranquila, Jasmine, lady Woodruff se encargará de ti.

La pequeña lo miró con esos grandes ojos marrones y asintió, a pesar de que temblaba como un

pajarillo.

—Ve a atender tus asuntos, hijo —Eleonor lo despidió con un gesto de la mano, tomando a la niña por los hombros para llevarla con ella en una actitud protectora similar a la que habría tenido si toda la idea de traerla a casa hubiese sido de ella desde un principio—. No olvides pasar por mis aposentos cuando termines, no importa lo tarde que sea. Quiero saber qué ocurrió anoche y por qué traes ese vendaje en la cabeza. Oh, sí, claro que lo he visto Anthony Woodruff —le dijo antes de que Anthony pudiera siquiera poner cara de sorpresa—, podrás ser inteligente, pero yo soy tu madre y te conozco mejor que tú mismo.

Anthony sonrió, negando con la cabeza lentamente.

—Madre, a veces creo que debes tener sangre gitana en las venas.

—Si me sirve para cuidar de ustedes, bien por mí —refunfuñó ella—. Lástima que no me sirvió para predecir el accidente de tu padre y de Charles... —la voz se le quebró y los ojos se le nublaron por las lágrimas.

—Madre...

—Ve, ve, hijo. Luego hablamos —lo despidió, apurándose a secarse los ojos con un pañuelo.

## Ω

Anthony se dirigió a su despacho, con Kasim siguiéndolo pegado a sus talones. Antes de cerrar la puerta tras él aún podía escuchar la voz de su madre, alegre y calmada a la vez, hablándole a la niña de lo bien que la iban a cuidar en esa casa.

—¿Por qué me ves así? —Espetó cuando tomó asiento tras su escritorio, harto de la fija mirada que Kasim había mantenido sobre él desde el momento en el que decidió llevarse a la niña con ellos una vez terminado el «otro trabajo»—. ¿Es que te vas a poner como mi madre y vas a cuestionar cada decisión que tome en mi propia casa?

—Por supuesto que no, señor —contestó el joven, en un tono un tanto divertido, notando que buena parte del nerviosismo que Anthony demostraba abriendo y cerrando los cajones del escritorio sin buscar nada, se debía a haber salido airoso de ese enfrentamiento con su madre. Anthony odiaba desafiarla—. Es sólo que...

—¿Que qué? —Dijo él, cerrando por quinta vez el cajón final de la derecha.

—Antaño hizo cientos de excursiones y nunca se llevó a nadie a casa, ¿por qué ahora sí? —se encogió de hombros, quitándole importancia—. Es sólo eso, me da curiosidad.

—Esa niña no tiene a nadie, al menos aquí le esperará un futuro mejor que terminar muerta el siguiente invierno o sirviendo en un prostíbulo. Será educada, aprenderá un oficio, podrá casarse y formar su propia familia algún día. Es sólo una niña, no le puedo quitar una oportunidad como esa si está en mi mano dársela.

Kasim lo miró a la cara, estudiándolo en silencio.

—No me mires así —bramó Anthony—. No me he vuelto menos malo ni mucho menos, bueno... —se calló al darse cuenta que estaba diciendo estupideces.

—Yo no he dicho eso —contestó Kasim con calma.

—Es sólo una niña.

—Por supuesto.

—No podía dejarla desamparada. ¡Es una niña!

—Ya lo ha dicho.

Anthony se arrellanó en su asiento, exhalando una bocanada de aire.

—No me he vuelto débil —dijo apenas en un murmullo, el miedo oculto en su voz—. Sólo cumplí con mi deber.

—Señor, no lo estoy acusando de nada —le dijo Kasim, hablando por fin tras una larga pausa—. Después de todo, ¿qué sería de este mundo si no nos ayudásemos los unos a los otros?

Anthony guardó silencio. Era la segunda vez que escuchaba una frase como ésa en poco tiempo...

—De todas maneras, señor, le tengo un consejo.

Anthony arqueó una ceja, única señal que dio de estarle escuchando. No le gustaban los reclamos, pero si había alguien de quien se confiaba, ése era Kasim. Además de Frank, claro.

—Creo que si va a comenzar a hacer incursiones en este lugar, deberá volver a traer a «La sombra de la noche». Es peligroso que salga usted solo, además, si alguien lo reconoce, podría enlodar el nombre de su familia, que tanto le importa. Siga mi consejo señor —caminó y abrió una gaveta para sacar de su interior la capa negra—, Londres necesita a «La sombra de la noche».

## Ω

Estefanía y Martha apenas tuvieron tiempo de entrar en la casa cuando escucharon el trote de los caballos acercándose a la entrada.

—Mis niñas, me tenían preocupada —Bertha salió a su encuentro—. ¿Sucedió algo? ¿Por qué tardaron tanto en llegar?

—Nos encontramos a mi tía en Hyde Park —contestó Estefanía—. Debimos regresar y rodear por otro camino para llegar.

—¿Y por qué no le pidieron que las trajera con ella? Ya es bastante con que tengan que trabajar para sacar dinero para la casa, y que ella no pueda ni siquiera traerlas a casa en el carruaje estando en el mismo lugar.

—Bueno... creo que es... Fue mi culpa —confesó Martha al tiempo que los ojos se le humedecían—. Yo estaba con Roger y temí que mamá nos viera. Si ella descubre lo nuestro... —la voz se le quebró y debió cubrirse el rostro con las manos.

—Tranquila, Martha, está bien —Estefanía la rodeó por los hombros—. No llores, si tu mamá te ve así te hará preguntas y nunca consigues mentirle. No queremos que se entere de Roger todavía, ¿no es verdad?

—Soy tan mala, Estefanía... —sollozó Martha—. Sólo me preocupo por mí, te hago caminar más de la cuenta y llegar tarde a casa, cuando tú has pasado la noche en vela cuidando a ese pobre hombre herido y has de estar muriéndote de cansancio, y si mamá nos pone a trabajar hasta tarde... —se soltó a llorar—. ¡Ha sido todo por culpa mía...!

—Ya, ya, no llores, pequeña —Estefanía la abrazó, mirando la ventana por el rabillo del ojo. Su tía ya bajaba del carruaje—. Todo está bien, no pasa nada. ¿Por qué no vas arriba a lavarte la cara? Yo ayudaré a Bertha a comenzar con la cena.

—No, no debo... —Estefanía dejó de escuchar a Martha pues Bárbara había pegado un alarido tan grande al pegarse en la cabeza con el techo del carruaje mientras intentaba bajar, que había bloqueado con su grito cualquier otro sonido. Estefanía rió divertida, para enseguida volver a ponerse seria y continuar escuchando lo que Martha le decía—... no está bien, prima. Yo lo haré, tú ve a descansar.

—No, no, nada de eso.

—¿Por qué no suben las dos de una vez? —Intervino Bertha, con menos paciencia—. Arriba podrán seguir hablando de lo que sea sin que las escuche Jacinta.

Estefanía no esperó para obedecer. Desde allí ya se alcanzaba a escuchar los gritos de Bárbara, quejándose por lo ocurrido. Tomó a Martha de la mano y la condujo escaleras arriba por la sección de servicio, la que sabía que su tía nunca utilizaría ni aunque su vida dependiera de ello.

Pronto se encontraron en su habitación. Estefanía cerró con llave tras ella y se dejó caer en una butaca, exhausta.

—Oh, mírate, lo siento tanto... —Martha iba a comenzar a llorar una vez más.

—Está bien, prima, me has librado de ver a tu madre. Estamos a mano —le dijo Estefanía, haciéndola reír—. Cuéntame, ¿te dijo algo Roger sobre los planes de boda? ¿Para qué quería verte?

Martha se sentó en una silla cercana, suspirando soñadoramente mientras se secaba con un pañuelo las últimas lágrimas.

—Me dijo que fue a ver unas casas que le gustaron mucho, quiere que vayamos a verlas este fin de semana.

—¡Eso es grandioso!

—Sí, lo es... —se encogió de hombros—. Aunque todavía no podremos comprarla, no hasta que le den el préstamo, al menos.

—Vamos, no te desanimes, es un gran paso. Verás que antes de que te des cuenta estarás casada y viviendo feliz con Roger, lejos de la bruja de tu madre.

Martha rió, una risita baja y melodiosa.

—También me contó lo de anoche, pobre hombre, me alegro tanto de que hayas podido rescatarlo.

—Hablando de eso, muero por darme un baño. Aún no he podido quitarme de encima la pestilencia del agua de ese río, siento que huelo a huevos podridos.

—Si es así, mejor date prisa, antes de que mamá te vea...

—¡Estefanía! —Escucharon el grito de Jacinta desde abajo.

Martha y Estefanía compartieron una mirada de cansancio.

—Ve, te iré llenando la tina mientras tanto —le dijo Martha con voz resignada.

—Mejor no lo hagas, conociendo a tu madre, me tendrá tan ocupada que para cuando vuelva el agua estará fría.

Al escuchar un nuevo grito, Estefanía se apuró en salir al encuentro de su tía.

La encontró plantada en el salón azul, el único abierto de la casa, gritándole algo a Bertha mientras ésta le servía una taza de té.

—¡Ahí estás, muchacha mal educada! —Bramó al ver llegar a Estefanía, dejando con demasiada fuerza la taza de vuelta en su platito de porcelana—. ¿Dónde te habías metido? ¡Te he estado

llamando por casi una hora!

Estefanía sabía que no habían ni llegado hacía quince minutos, pero no contestó. Esa noche no tenía fuerzas para discutir.

—¿Qué desea, tía?

—Bárbara y el conde de Woodruff han mantenido una excelente conversación esta tarde —le contó, mirando encantada a su hija.

Estefanía le dedicó una mirada cansina a Bárbara quien, en pose jactanciosa, se abanicaba el rostro con aire de suficiencia.

—No me extrañaría que el conde llegase aquí en cualquier momento a visitar a Bárbara y la casa debe lucir resplandeciente para él.

Estefanía voló los ojos, ¿para esa tontería le había hecho bajar? Había visto parte de la conversación entre ellos y dudaba que el conde quisiera volver a ver a su prima en lo que le quedaba de vida.

Sin embargo, la idea de que Anthony pudiera ir a su casa la tensó un poco, ¿y si realmente iba y la reconocía...?

—¡Estefanía! —Gritó su tía, obligándola a centrar una vez más la atención sobre ella—. Pero qué chiquilla tan tonta y distraída, ¡ponme atención cuando te hablo

—Estefanía apretó los puños y se tensó, fijando los ojos en su tía—. Te decía que debes mantener la casa impecable.

—Bien.

—Te quedarás toda la noche limpiando, y no te irás a dormir sino hasta que hayas terminado hasta con el último rincón.

—Pero..., mañana debo ir a trabajar.

—En ese caso, date prisa —le dijo Bárbara, sonriendo de manera mordaz.

Estefanía sintió deseos de lanzársele encima como una fiera, pero eso sólo habría empeorado las cosas para ella.

—¿Es todo? —Masculló la joven, manteniendo los dientes apretados.

—No, no es todo —continuó hablando la mujer—. Como bien sabes, asistiremos como familia al baile de bienvenida del conde de Woodruff y quiero que tú también vayas.

Estefanía palideció, ¿que quería qué cosa...?

—No te hagas ilusiones, no irás como invitada —le espetó Bárbara—. Sólo la gente importante asiste a los bailes, no las sirvientas como tú.

Estefanía entornó los ojos en dos rendijas asesinas, pero se abstuvo de contestar. Quizá otro día que tuviera fuerzas para pelear con la pared le diría algo a esa víbora, ahora estaba exhausta.

—Irás como dama de compañía de Bárbara —le informó Jacinta—. Todas las damas de sociedad llevan a las fiestas con ellas una dama de compañía y tú harás ese trabajo.

—¿Yo...? —Repitió Estefanía sintiendo que la sangre se le iba al piso. Ir a la casa de los condes, ver la mansión Woodruff en el esplendor de una fiesta una vez más, pero ir como sirvienta... ¡No! ¡No podía hacer eso! Era caer demasiado bajo—. ¡No lo haré!

—Claro que lo harás. No tienes opción —objetó Jacinta—. Bertha es demasiado vieja para ir y Martha, bien o mal, es mi hija, tendrá que acompañarnos. Pero tú... —le dedicó una mirada de

desprecio—. Tú estarás bien en ese papel.

—¡No! ¡No puedes obligarme!

—Claro que puedo —refutó la mujer, poniéndose de pie—. A menos que no quieras volver a ver el cuadro de tu madre.

—No lo harías... —Estefanía corrió al pasillo principal y buscó con la vista en la parte superior de las escaleras. El muro estaba vacío—. ¡¿Qué fue lo que hiciste con el retrato de mi madre?! — Gritó, entrando como una furia de regreso en el salón.

—¿Retrato? —Espetó Bárbara—, ese cuadro es un disparate que parece pintado por niños de tres años. No un retrato.

—¡Es el cuadro que mi padre compró para mi madre! ¡¿Dónde lo pusiste?! — Bramó Estefanía, acercándose a su tía hasta quedar cara a cara—. ¡Dámelo! ¡No puedes venderlo!

—Ponme a prueba —la mujer sonrió de una manera que le provocó náuseas—. Irás a la fiesta, sólo entonces lo pondré de vuelta en su lugar.

—¡No vale nada! Ya te lo dije, el pintor no es famoso, ¡no te darán nada por él!

—Pero te importa a ti —le palmeó la mejilla, un insulto más al mar de humillaciones al que la había sometido desde la muerte de su padre—, eso es todo cuanto necesito.

Estefanía se sintió temblar de rabia. Habría corrido el riesgo de lanzársele al cuello a la mujer de no ser porque Bertha la tomó en ese momento por los hombros, estrechándola contra ella de manera consoladora.

—Es usted una mujer sin corazón. Dios hará justicia a esta niña, ya lo verá —le dijo Bertha, sin dejar de abrazar a Estefanía.

—Hasta entonces, haré lo que yo quiera —Jacinta encogió un hombro de manera despreocupada—. ¿Qué dices entonces, Estefanía? ¿Irás o no a la fiesta como acompañante de Bárbara?

Estefanía se tomó un par de minutos, más por hacerlas esperar que por pensar la respuesta. Era el retrato de su madre de lo que estaban hablando, no tenía nada que pensar.

—Iré —dijo al fin, apretando los puños a los costados.

—Excelente, ya está arreglado entonces —la mujer bebió el último sorbo de té y dejó la taza sobre la mesa—. Buenas noches. Vamos, Bárbara.

—Y más te vale hacer un papel ejemplar en la noche de la fiesta, o te las verás conmigo—añadió Bárbara, siguiendo a su madre fuera del salón.

—Y ya te dije, Estefanía —repitió Jacinta al pasar por su lado—. Ni una mota de polvo. Y por todos los cielos, date un baño, chiquilla sucia. Apesta a mil demonios.

Estefanía apretó los puños a los costados, ¿qué era lo que ese par de arpías esperaba? ¿Que el conde fuera a visitarla a primera hora de la mañana y la despertara con un beso? Si era así, las dos eran más idiotas de lo que había estimado.

—No te enojas, mi niña, yo me quedaré contigo a ayudarte —le dijo Bertha en tono consolador, una vez que se hubieron quedado a solas.

—No es necesario, nana, tuviste un día cansado y...

—Entre las dos lo haremos más rápido.

—Querrás decir entre las tres —intervino Martha, apareciendo por la puerta en ese momento—. Démonos prisa, ya puse a hervir el agua para tu baño, prima. Cuando terminemos podrás lavarte,

como tanto querías.

Estefanía sonrió agradecida y entre las tres comenzaron con el trabajo.

Faltaba poco para que amaneciera cuando por fin pudieron irse a la cama. Estefanía se sentía fatal, no había dormido en dos noches y todo cuanto quería era pegar los ojos, pero no podía irse a la cama sin tomar un baño primero. No se soportaba a sí misma estando sucia.

Como la estufa aún estaba caliente, el agua no tardó mucho en calentarse. Subió un balde con la intención de rellenar la tina que Martha le había preparado, el agua debía estar fría para ese momento, y con un poco de agua caliente se entibiaría lo suficiente como para poder tomar un baño rápido. Cuidó de cerrar con llave la puerta de su habitación y comenzó a quitarse la ropa. Dejó el vestido sobre una silla y se metió en el agua. La sensación fue magnífica y sumamente relajante, habría corrido el riesgo de quedarse dormida de tener más tiempo. Pero tiempo era justamente lo que escaseaba en ese momento, el sol comenzaba a salir por el horizonte, dentro de poco debería partir al trabajo y si no se daba prisa llegaría tarde. Tomó la esponja y el jabón que había dejado Martha sobre una mesita cercana a la tina y empezó a tallarse.

De pronto escuchó algo, una especie de sonido amortiguado. Se mantuvo con la vista fija en las sombras, la única vela de la habitación servía de poco para escrutar los alrededores de la inmensa habitación. Transcurrieron varios minutos antes de que se decidiera a continuar con su baño. Un segundo sonido se escuchó, esta vez proveniente de otra dirección de la habitación. Estefanía no esperó más, no creía en fantasmas, y si la casa tenía la intención de ponerse a crujir de la nada esa noche no se iba a quedar esperando en esa tina a que se le viniera el techo encima. Se levantó para agarrar la toalla de una silla cercana cuando la perilla de su puerta giró bruscamente.

Estefanía pegó un salto. Entonces recordó que había cerrado con llave, la puerta no abriría.

—¡Estefanía, soy yo, mi niña! —Escuchó la voz de Bertha desde el otro lado de la puerta—. Te traigo ropa limpia.

Con un suspiro de alivio, Estefanía se envolvió bien en la toalla y corrió a abrirla a su nana.

—Niña, ¿cómo andas en esas fachas paseándote por el cuarto? —Le preguntó la mujer, escandalizada—. Vas a agarrarte una pulmonía.

—Acababa de salir de la tina, nana.

—¿No te he dicho que te cuides de Efraín? —La mujer miró hacia atrás para asegurarse de que nadie estaba cerca y cerró la puerta tras ella—. Ese hombre no es de fiar, Estefanía. Tienes que cuidarte los talones de ese desalmado.

—Perro que ladra no muerde, nana.

—¡Oh, sí, vaya que muerde y muerde fuerte! —Dijo Bertha, sujetándola por los hombros para que le prestara atención—. Escúchame bien, niña, cuando una víbora cascabelea es porque no quiere pelear, quiere asustar, pero cuando lo que busca es morder, se agazapará para lanzar la mordida en el momento en el que su víctima se encuentre desprevenida, no da tiempo para prepararte para el ataque, te matará si te toma confiada.

—Nana...

—Escucha a esta mujer, que bien dicen que el diablo es más sabio por viejo que por diablo. ¡No te fies, cuídate de Efraín! —Tomó su rostro entre sus manos en un gesto maternal—. ¿Lo prometes, mi niña?

—Sí, nana —Estefanía suspiró—. Te lo prometo.

Escucharon un ruido tras ellas, la lluvia de la mañana se colaba por las puertas de vidrio del balcón de su habitación, abiertas de par en par.

—¿Dejaste la puerta del balcón abierta? —Gruñó Bertha, más en un regaño que una pregunta de verdad.

—No, ¿por qué lo habría hecho? ¿Para congelarme? —Preguntó, irónica—. Debió abrirse sola, ya sabes que esta pobre casa está tan vieja que todo está fallando.

Bertha se giró, dedicándole una mirada encendida por el enojo.

—¿Qué ocurre? Era una broma, nana...

—Cuídate, mi niña —cerró ambas puertas que daban al balcón de un golpe y luego juntó las cortinas con un movimiento rápido y lleno de furia—. Sólo haz lo que te digo y cuídate.

—¿Por qué cierras las cortinas? El día clarea ya... Bertha caminó hasta ella y le entregó una llave. Había cerrado la puerta del balcón con cerrojo.

—Cuídate —le repitió, doblándole los dedos en torno al objeto—. Sólo cuídate.

—Mi niña, ¿segura que te sientes bien? —Le preguntó la señora Wood esa mañana, cuando por quinta vez Estefanía cabeceó, y de no ser por la rápida intervención de Camile, una de las chicas que también trabajaban en el taller, que le quitó su costura antes de caer sobre ella, se habría picado el ojo con la aguja que tenía en la mano.

—Estoy bien, bien... —bostezó largamente, cubriéndose la boca con la mano—. Debo apurarme para terminar.

—Te ves fatal —le dijo Amanda con una sonrisa burlona—. ¿Qué has estado haciendo por las noches, Estefanía?

—No seas entrometida, Amanda, lo que Estefanía haga por las noches es algo que no te incumbe —la reprendió Camile, su hermana mayor.

—Estaba limpiando, ¿satisfecha? —Martha salió en defensa de su prima—. Tienes una mente cochambrosa de lo peor, Amanda.

—No me hables en mexicano, que no te entiendo —reclamó la chica—. ¿Me estás insultando?

—Cochambrosa no es insulto, es sucia, ¡tienes una mente sucia! —le dijo Estefanía, saliendo ahora ella en defensa de su prima—. Y no vas a negarlo.

Amanda alzó la nariz, ofendida.

—Ya basta de tanta cháchara que no es para eso para lo que les pago —intervino la señora Wood, sin dejar de reír por lo bajo.

—Sí, Estefanía, no te pagan para venirte a dormir —le dijo Amanda de manera burlona.

—¡Ni para venir a criticar a las demás! —La señora Wood la fulminó con la mirada, ahora enojada en serio—. Ya basta de tonterías, si Estefanía tiene sueño sus razones tendrá, pero está aquí cumpliendo con su trabajo, cosa que tú no, jovencita. O te alineas o te buscas otro empelo.

—Sí, señora Wood —la joven bajó la cabeza y se centró en su costura.

—Estefanía, deja eso y ve a casa de los Woodruff. Debes hacer la primera prueba —le dijo la mujer tras unos minutos de silencio.

—¿Yo...? —Estefanía palideció—. ¿No preferiría enviar a otra persona? —La mujer le dedicó una mirada severa y Estefanía continuó, hablando con rapidez—. Puede que alguna otra chica le apetezca salir un rato, además, yo perdí todo un día de trabajo la vez pasada, no es justo para las demás que les cargue de trabajo nuevamente...

—Irás tú —sentenció la mujer, sin dejar de escrutarla con esos brillantes y pequeños ojos verdes ocultos tras las gafas—. Al parecer le caíste bien a las chicas Woodruff, dejaron en claro que te quieren a ti exclusivamente. Y ellos son la clase de clientes a los que debemos dar gusto, ¿queda claro?

Estefanía suspiró y asintió, dejando su costura sobre la mesa.

—Iré por mi sombrero y mi capa.

—Así me gusta. Y no vayas a olvidar las piezas, las dejé sobre el mostrador de atrás.

—No, señora Wood —contestó Estefanía con desgano, dirigiéndose a la parte trasera para tomar

los retazos de tela cortados.

—Esa mujer, suena como vaca a la que mandan al matadero —bufó Amanda, volando los ojos—. Qué daría yo por pararme en la casa de los Woodruff. Debe ser fabulosa...

—Irás a la casa de los Woodruff cuando aprendas a tener la boca cerrada. Ahora guarda silencio y trabaja —gruñó la señora Wood. Amanda asintió vivamente con la cabeza y volvió a concentrarse en su costura. Apenas notó a Estefanía cuando pasó a su lado rumbo a la salida, manteniendo una amplia sonrisa en los labios que sólo Martha alcanzó a ver y compartió con ella en una secreta diversión silenciosa entre hermanas.

Estefanía se detuvo en una esquina a esperar el carruaje público, sin notar la figura oculta en las sombras que seguía fijamente cada uno de sus movimientos. Tampoco la notó seguirla por el camino que tomaba el carruaje ni cuando bajó de él. Ni siquiera en el momento que emprendía el trecho faltante a pie. Quizá fuera el cansancio o el sigilo con el que su acechador se movía, pero de no ser porque en ese momento escuchó el trote de un caballo acercándose por el camino, no lo habría notado hasta haberlo tenido encima de ella...

—¡Buenos días, Estefanía! —La saludó Roger desde su cabriolé, jalando las riendas para detenerlo unos pasos delante de ella.

—Buenos días, doctor Wood —contestó ella, acercándose a él.

—Estefanía, te he pedido un millón de veces que me llames Roger, ya vamos a ser hermanos, por el amor de Dios. No quiero que tus hijos me conozcan como el «tío doctor Wood».

Estefanía rió, divertida.

—Doctor Wood, lo más probable es que eso nunca suceda. No pienso casarme ni tener hijos.

—Eso sería un desperdicio tremendo, tendrías unos hijos bellísimos, Estefanía, y sé que Martha estaría encantada teniendo unos sobrinitos a los que cuidar además de nuestros hijos. Es una joven adorable que ama a todos... —se calló de repente al darse cuenta que comenzaba a divagar. Carraspeó para aclararse la garganta a pesar de que Estefanía no dejaba de sonreír y cambió de tema—. ¿Qué haces por este lugar?, ¿mi madre te envió a algún encargo?

—Así es, debo ir a la casa de los Woodruff.

—Voy camino hacia allá, sube, te llevo.

—¿No lo desvíó de su camino?

—De ninguna forma, además, te llevaría de todas maneras. Estos caminos no son tan seguros como antes, no en los tiempos que vivimos.

—¿Se refiere al asesino del que todo el mundo habla?

—Por supuesto, ¿no has leído los periódicos? Nadie sabe quién puede ser el culpable, y esas pobres mujeres... —se retorció en su asiento—. Es mejor que no hablemos de eso, no es un tema que deba escuchar una dama.

Estefanía sonrió encantada. Si algo había que le gustaba de Roger es que siempre era extremadamente considerado con los modales y el respeto hacia una mujer. Se sentía sumamente feliz de que un hombre tan bueno y honorable como él fuese a convertirse en el esposo de su prima.

—Mejor hablemos de otra cosa, ¿te parece?

—Como usted ordene, doctor... ¡digo: Roger! —Se corrigió cuando Roger se giró a mirarla con la severidad de un padre.

—Tendré que hacer que prometas que me llamarás por mi nombre antes de la boda, o de lo

contrario te obligaré a casarte con mi primo Nicholas.

Estefanía dibujó en su rostro una mueca de asco. Había conocido a Nicholas en la fiesta de navidad cuando Roger los presentó: un hombre repugnante y sucio con el que no soportó ni siquiera bailar una pieza completa.

—¡Está bien, está bien, Roger! —Rió ella, aunque sabía que le costaría un poco de trabajo acostumbrarse a tutearlo, a veces lo hacía en las situaciones de mayor soltura o apremio, pero por lo general lo trataba de usted. Pero nunca le había dicho no a los retos—. Y cambiando otra vez de tema, Roger—remarcó la última palabra a propósito. Él se giró a mirarla otra vez, ahora sonriendo divertido—. ¿A dónde vas? ¿Acaso alguno de los Woodruff se enfermó?

—Ayer fui a casa de los Woodruff a ver a una chiquilla, hoy pasaré a ver cómo sigue y después iré al condado vecino a dar un vistazo a una paciente que está esperando. Sólo le faltan unos días para dar a luz y no quiero toparme con la sorpresa de que el niño nació de repente mientras servían la sopa.

Estefanía soltó una carcajada. El la miró muy serio, quitándole la sonrisa del rostro.

—No es broma, ya ha pasado antes y no quiero que a esta chiquilla le suceda. Apenas tiene quince años y dudo mucho que una matrona pueda con ella; las jovencitas de su edad suelen ser muy estrechas, su cuerpo todavía no se ha terminado de desarrollar y los huesos no están... —se quedó callado al notar el espanto en el rostro de Estefanía—. Lo siento, no es un tema para una damita.

—No, no, está bien... —Estefanía intentó sonreír, pero sólo consiguió poner una mueca—. Pero me acabas de reafirmar mi decisión de no tener hijos.

Roger rió vivamente, negando con la cabeza.

—Eso dices ahora, pero ya veremos cuando tengas un esposo amoroso a tu lado: querrás tener muchos hijos con él y serán muy felices.

Estefanía lo miró con gesto cansino, ese hombre era tan noble que a veces caía en lo inocente. Pocos hombres eran lo suficientemente buenos para considerarlos como esposos y ella estaba segura que ninguno sería para ella.

—Y dime —continuó hablando, buscando cambiar de tema—, ¿por qué sus padres permitieron que se casara siendo tan joven? ¿No habría sido mejor esperar?

—Sí, bueno... —Roger esbozó una mueca incómoda, encogiéndose de hombros.

—¿Es que acaso ella es...? —Estefanía arqueó las cejas—. ¿No se casó y el desgraciado la dejó con hijo y todo?

—No pienses mal de ella, Estefanía —se apuró en decir Roger—. A esa edad las jovencitas son ingenuas, creen en el amor y dan su corazón a quien lo quiera tomar, y por desgracia para ella lo tomó un mal hombre que se aprovechó de su cariño para despojarla de lo que buscaba y dejarla abandonada con su hijo en el vientre. Y por la fama que tiene ese hombre, es lo mismo que si hubiera sido forzada —Roger apretó los dientes, mostrándose molesto por primera vez—. Un hombre con su experiencia y posición, aprovechándose así de una jovencita inocente... ¡Eso no tiene nombre!

—¿De quién estás hablando?

—Del conde de Woodruff.

Estefanía palideció. De haber estado parada habría caído

—¿Quieres decir que él...?

—Yo no puedo asegurar nada —aclaró él, aunque su mirada continuó oscurecida por el enojo—, pero es lo que ella dice Su familia es una de las arrendatarias que viven en los terrenos de su casa solariega en Kent. No veo por qué habría de mentir él es el propietario de esos terrenos, quizá hasta la amenazó con quitarle la casa a sus padres si no cedía.

Estefanía se llevó una mano a los labios, ahogando una exclamación.

—La pobre chica está con el corazón destrozado, su vida se arruinó —Roger apretó tanto las manos alrededor de las riendas que los nudillos se tornaron blancos—, todo por un momento de diversión para un aristócrata más que cree que se merece el mundo entero para su diversión.

Estefanía agachó la cabeza, sintiendo una mezcla de furia y dolor apoderarse de su alma. Ella era tan tonta e ingenua como esa chica cuando conoció a Anthony e incluso debieron tener casi la misma edad... Si Charles no la hubiera salvado de dejarse conducir por él para cometer una estupidez de la que se arrepentiría toda su vida, probablemente habría terminado tan mal como esa joven, quizá en el mismo estado... Sintió que los ojos se le inundaban de lágrimas: Charles, el buen Charles que había salido en su ayuda ahora estaba muerto, nunca podría darle las gracias y en cambio el sucio de su hermano continuaba con vida, sembrando dolor por donde pasaba... ¡Si tan sólo el mundo fuese justo y hubiese sido él el que sufriera el accidente y no su hermano!

Pero la vida podía ser todo menos justa. Lo sabía en carne propia, o de lo contrario, habría sido su tía la que hubiese muerto y no su padre...

—Oh, Estefanía, te he hecho sentir mal con esta historia —Roger la miró preocupado—. Nunca debí contarte esto, lo siento tanto.

—No te preocupes, está bien —Estefanía se secó los ojos con su pañuelo—. Es mejor estar prevenida de hombres como él, ¿no lo crees?

—Sí, en cuanto a eso tienes mucha razón. Aunque como te dije, no puedo asegurar que realmente haya sido él.

—¿Y si no quién? —Musitó la joven, mirándolo molesta—. Tú lo dijiste, es el dueño de esas tierras, y un conde se distingue con facilidad entre la gente común y corriente. Dudo mucho que esa muchacha confundiera a su vecino campesino con el propietario.

Roger suspiró y asintió con la cabeza, jalando las riendas cuando se detuvieron frente a la entrada de servicio de la casa.

—Supongo que tienes razón —le dijo, ayudándola a bajar del cabriolé—. Dime, ¿te llevarán a casa cuando termines? No quiero verte caminando otra vez sola en medio de la noche, Estefanía.

—No te preocupes, seguramente terminaré temprano.

Él la miró asintiendo con la cabeza.

—No te vayas tras la puesta de sol, de lo contrario pide que te alojen aquí. Dudo mucho que en una casa tan grande no puedan darte cobijo, le vendría a buscar de regreso, pero el camino es largo y no volveré sino hasta mañana —se giró y tomó un ramito de flores que le entregó—. Son para Martha las compré al pasar por Hyde Park pero si espero hasta mañana para dárselas se habrán estropeado, ¿te molestaría entregárselas?

—No, claro que no.

—Excelente —sonrió él, sacando su maletín cuando una doncella ataviada con su elegante traje de sirvienta apareció para conducirlo con ella en la dirección de los aposentos de los empleados—. Que tengas buen día, Estefanía.

—Igualmente... Roger—recordó llamarlo por su nombre, caminando contenta al frente de la casa. Se llevó las flores a la nariz y disfrutó de su fragancia, sonriendo de manera soñadora al imaginar a Martha cuando las recibiera. Seguramente las pondría a secar y haría un hermoso adorno con ellas, como con todos los otros ramitos que Roger le había obsequiado.

El saber feliz a su prima la ponía extremadamente contenta. Al menos ella, en medio de todas esas dificultades, podía disfrutar de un buen amor.

Nunca imaginaría que su propia felicidad haría enfurecer de celos a un conde que la observaba en ese mismo instante desde una ventana cercana...

## Ω

Simón, el mayordomo, condujo a Estefanía una vez más hasta la habitación de color rosa colmada de flores. No tardaron en aparecer Roxanne y Audrey, impacientes por hacerse la primera prueba de sus vestidos. Lady Woodruff entró con ellas, llevando de la mano a Vivian. La pequeña pareció reconocer en el acto a Estefanía porque corrió a saludarla.

—Es extraño, generalmente no se acerca a las personas que no conoce — comentó lady Woodruff, sin quitarle la mirada de encima a la joven en todo el tiempo que tardó en probarle los vestidos a sus dos hijas mayores y luego a ella, dejando a Vivian para el final.

Y cuando llegó el turno de la pequeña niña, Estefanía notó el motivo del nerviosismo de las demás; Vivian no permitía que la tocasen. Sin embargo, Estefanía no desistió, no le molestaron los golpes ni los arañazos, buscó la manera a través de canciones y juegos hasta que la pequeña permitió poco a poco que le fuera probando las partes por separado, a veces hasta sin que ella se diera cuenta de lo que hacía, hasta terminar con su trabajo. Y para cuando lo hubo hecho, fue la misma lady Woodruff quien la invitó a tomar el té con ellas en esa diminuta mesa con figuras de animales tallados.

—Eres estupenda, Estefanía —la halagó Roxanne—, nadie había logrado hacerle una prueba de vestido completa a Vivian.

—Ni siquiera lograban comenzar —ironizó Audrey—. Antes de que pudieran acercarse, Vivi siempre lograba asestarle a la pobre costurera un buen golpe en las narices o los lentes.

—Audrey, no es apropiado que hables de esa manera los asuntos que son exclusivamente de la familia —la reprendió su madre.

—Lo siento, mamá —Audrey suspiró y miró a Estefanía con un gesto de disculpa.

Alguien tocó a la puerta y Simón, el mayordomo, se asomó en el salón.

—Señorita Quiroz. Lord Woodruff la espera en su despacho, señorita —anunció desde la puerta.

La sonrisa de Estefanía desapareció. Por un momento había llegado a olvidar que el conde del infierno vivía allí y que también debía hacerle una prueba.

—Por supuesto —contestó ella con la voz más impasible que consiguió.

—Cuando termines con él, puedes subir a terminar tu té —le dijo Audrey—. La ropa de hombre no toma mucho tiempo.

Estefanía sonrió como única respuesta. Dudaba mucho que esa chiquilla supiera lo tardado y trabajoso que podía conllevar la complicada confección de un traje masculino.

Se puso de pie, manteniendo la cabeza erguida y, después de despedirse de las damas, siguió al

mayordomo escaleras abajo. Al salir, escuchó el llanto de Vivían desde el otro lado del salón, acompañado por la voz de su madre intentando calmarla.

Llegaron al rellano de un pasillo sumamente elegante y decorado con varios retratos de los que debían ser varias generaciones de Woodruff del pasado, y torcieron por una escalera conjunta que los llevó a un ala distinta de la casa. Siguió a Simón hasta una imponente puerta doble de macizo roble, donde se detuvieron a esperar.

—Entre —ordenó Anthony después de que Simón anunciara la presencia de la joven.

Con la expresión más fría que consiguió, después de tomar una honda bocanada de aire, Estefanía se adentró en esa habitación que, sabía, era del conde. La otra vez le había dicho que nunca podría hacer nada en la habitación de juego de sus hermanas, pero ahora estaban en su territorio.

Anthony se encontraba sentado frente al enorme escritorio de caoba, de espaldas a ella, con la vista fija en el enorme ventanal que daba a los jardines traseros de la casa. El resto del mobiliario lo conformaban un par de sofás forrados en una tapicería oscura y elegante, una mesita de centro y un pequeño mueble de bar. Las paredes estaban recubiertas de madera, otorgándole al lugar una vistosa sobriedad un tanto oscura, que se rompía únicamente por algunos cuadros que otorgaban un toque de color a las paredes. Lo que más llamó la atención de la joven fue que el lugar estaba recubierto de estantes a manera de libreros, colmados de ejemplares puestos en desorden, como si alguien los hubiesen estado leyendo recientemente tan inmerso en lo que hacía como para prestar atención a devolverlos a su sitio. A su izquierda, el fuego de la chimenea prestaba una calidez poco usual a una habitación tan fría, e iluminaba de manera destacada el retrato del antiguo conde, el padre de Anthony, colgado sobre el hogar.

Estefanía sintió un extraño dolor al recordarlo. Si su padre hubiese seguido con vida, habría hecho negocios con ese hombre, se habrían vuelto socios, y para ese momento su vida sería tan diferente a lo que era ahora...

—Me alegra verla de nuevo, señorita Quiroz —la saludó Anthony, girando en su silla para quedar frente a ella—. Comenzaba a temer que nunca bajaría a verme.

Estefanía lo encaró, intentando demostrar el mayor aplomo posible. Notó que él sostenía una copa en la mano: estaba llena, como si sólo se hubiera dedicado a moverla entre los dedos. Al ponerse de pie, él la dejó sobre el escritorio antes de acercarse a ella.

Estefanía retrocedió un paso instintivamente. Se sentía como una presa acorralada, ese hombre era un tigre y en sus ojos fieros leyó que la había escogido como su siguiente presa.

—¿Sucede algo, señorita? —Le preguntó en un tono empalagoso que dejaba muy claro que estaba disfrutando la situación.

—Comencemos de una vez, señor —le dijo Estefanía con voz firme, ocultando el nerviosismo que sentía ante su proximidad—. Tengo poco tiempo.

Anthony esbozó una mueca ladeada, sin dejar de prácticamente, devorarla con los ojos.

—¿Es verdad eso? —Le preguntó en un tono bajo, parecido a un gruñido—. ¿O es que deseas salir temprano del trabajo para irte a ver con tu querido novio, el médico?

Estefanía frunció el ceño.

—¿A qué se refiere? —Le preguntó bastante molesta—. Roger no es mi novio.

—¿Roger? —Repitió él en tono de burla, acercándose más a ella—. ¿Ya no lo llama doctor Wood?

—¿Y a usted qué le importa como sea que yo lo llame?

—Me importa... —gruñó él, aunque al decirlo debiera admitir algo que jamás había dicho ante nadie: que ella le importaba—. Dígame la verdad, ¿es ese médico algo suyo?

—Claro que sí —contestó Estefanía ofendida de que él pensara que tendría un trato tan cordial con un desconocido. Ella no era una mujer fácil, como las que él buscaba—. Roger es mi primo, o lo será pronto, cuando se case con mi prima. Es un buen hombre, de gran honor, y ama a mi prima sinceramente, y no permitiré que usted enturbie su relación haciendo especulaciones que no van a lugar.

Anthony sonrió, esta vez sinceramente.

—Ni yo tampoco soy ninguna mujer como... como... ¡como lo que usted se está pensando! —Chilló, encarándolo furiosa—. Soy una mujer respetable que sólo ha venido a hacer su trabajo. Si lo que quería era probarme para ver que puede confiar en mí, lo comprendo, es su deber proteger de la gente mala a sus hermanas y a su madre. Pero si lo que se está pensando es que yo voy a... usted ya sabe —lo señaló con un dedo acusador—, ¡mejor quítese esa idea de una buena vez, porque si no...!

—Ya entendí, ya entendí —le dijo Anthony, alzando las manos en señal de paz—. Es usted una dama honorable, mis disculpas, señorita.

Estefanía inspiró hondo, mirándolo molesta todavía.

—¿Podemos comenzar de una vez, señor? —Le preguntó, esquivando su mirada, que a pesar de todo, aún la hacía temblar—. Tengo que regresar a Wood s antes del anochecer.

—No se preocupe por eso, mandaré un coche para que la lleve de regreso a su casa —enfaticó esa última palabra.

—Se lo agradezco, señor, pero no, gracias —le dedicó una sonrisa tan gélida como falsa—. Ahora gírese. Le probaré la espalda...

Anthony no se movió.

—No sé si se ha dado cuenta, pero comienza a actuar de manera grosera. Sólo intento ser amable con usted.

—Y yo no soy tonta, señor, sé muy bien lo que busca tras toda esa zalamería. No se haga el tonto.

—Soy un conde, y el señor de esta casa, usted debe llamarme milord. Y seré muchas cosas, pero no un tonto.

—Yo no debo llamarlo de ninguna manera, soy mexicana, estoy exenta de esos tratos. Y no dije que fuera tonto, dije que se hacía el tonto —espetó, perdiendo la compostura—. Pero yo no soy una más a la que usted engatusará con sus jueguitos, si vine aquí fue por trabajo, y si intenta propasarse conmigo gritaré tan fuerte que me escucharán hasta en el siguiente condado y le quitaré todas las ganas de volverme a poner una mano encima con estas tijeras —levantó en alto el par de tijeras que había llevado con ella en su estuche de costura.

Anthony retrocedió un paso. Dudaba mucho que una mujer tan menuda como ella pudiera infringirle mayor daño, pero no quería provocarla. Ella tenía razón en una cosa: no quería armar escenas en su casa.

—Baje eso —le ordenó aguantando las ganas de soltarse a reír.

—¡No me provoque, señor, o perderá toda su hombría junto con las ganas de volver a destruir la

vida de otra mujer!

Anthony se puso serio, borrando cualquier rastro de alegría o burla de su rostro.

—¿Y se puede saber de qué está hablando ahora?

—No se haga el inocente, ¡sé muy bien la clase de hombre que es usted! Dejando a pobres mujeres con el corazón destrozado y llevando a su hijo en el vientre... ¿Qué clase de hombre es usted para abandonar a su propio hijo?

Ahora Anthony sí se enojó y la tomó por la muñeca para hablarle tan cerca que Estefanía pudo ver cada detalle de sus ojos, brillantes y fijos sobre ella.

—Mire, señorita, creo que ya le he soportado bastantes insultos. Le recuerdo que está usted en mi casa y atendiendo un trabajo para mí, y por lo mismo, me debe respeto —sus ojos centelleaban al hablar—. ¿No se le ha ocurrido pensar que la gente gusta de inventar chismes para entretenerse? ¿Que osa hablar mal de otros para buscar un beneficio para ellos mismos, aunque sólo fuese llamar la atención o mancillar el nombre de otra persona? Si he estado con una o cientos de mujeres, a usted no le interesa más que a ellas. ¡Ni usted ni nadie tiene derecho a hacer especulaciones respecto a mi vida!

Estefanía tembló bajo la mano de Anthony. Para ella el conde no había sido más que un dandi, tal vez un dandi espectacular, pero un dandi al fin al cabo, pero al sentir la fuerza de su mano, la furia en sus ojos, la tensión corroyendo cada parte de su cuerpo, se dio cuenta de que estaba muy equivocada. Ese hombre poseía el control de cada parte de su cuerpo y éste era cualquier cosa menos un cuerpo enclenque y flácido de un hombre entregado a los vicios; era un cuerpo fuerte, poderoso, duro en cada músculo... y cada uno de ellos, colmado de furia...

—Suélteme —le pidió Estefanía en un tono entrecortado, sintiendo miedo por primera vez.

Su reacción pareció surtir efecto en él, porque no dudó en hacerlo. Estefanía retrocedió hasta pegar con la espalda contra la pared, sobándose la muñeca adolorida. Anthony la observó fijamente, el pecho bajando y subiendo acaloradamente, con la respiración agitada. En sus ojos se reflejó el arrepentimiento por su actuar.

—Disculpe si le he hecho daño... yo...

—No me hizo daño —contestó ella con la voz entrecortada, porque realmente le había hecho, pero de un modo perturbador que él nunca conocería—. Pero lo mejor será que me vaya.

—No antes de que aclaremos esto —sentenció él, impidiéndole el paso.

—No tenemos nada que aclarar.

—¡Por supuesto que sí! No permitiré que usted crea esas estupideces de las que se me acusa —sus ojos volvieron a brillar por la furia—, le aseguro que nunca he hecho nada en contra la voluntad de nadie.

—Sí, cómo no... —bufó Estefanía, mirándolo despectivamente—. Seducir a una niña inocente debió costarle un enorme trabajo.

El fuego en el interior de Anthony se encendió.

—Por difícil que le parezca creerlo, tengo los suficientes escrúpulos para elegir mujeres bastante mayores para ser consideradas niñas. No tengo ningún interés en niñas.

Estefanía sintió el odio arder dentro de ella, gracias al cielo para ella que no tenía un arma cerca o le habría dado un tiro.

—Es usted un mentiroso.

—¿Por qué? ¿Porque me conocen como un mujeriego y lo niego? ¿O porque ahora niego también la acusación de ser un violador de niñas? —Se acercó tanto a ella que sus narices prácticamente se tocaron—. Todas, cada una de las mujeres con las que he estado, lo han hecho con su propio consentimiento. Ése es el arte de seducir, señorita, lograr que ella acepte sin condiciones... ¿Quiere llamarme seductor? ¡Perfecto! ¡Pero no le permito que me llame ni falso ni violador!

—¿Y qué hay de la niña que dejó embarazada?! ¡La hija de sus inquilinos en Kent! ¿O es que ya se olvidó de esa pobre muchacha? ¿O de mí...? —Se llevó ambas manos a la boca, callándose antes de hablar de más, pero por la mirada que le dedicó Anthony supo que había sido demasiado tarde.

—¿Usted?

Ella no contestó. Se dio la media vuelta intentando marcharse, pero él la sujetó por el brazo, impidiéndoselo.

—Puede insultarme, si quiere, pero que me adjudique un hijo, eso jamás. No soy un inconsciente para andar dejando hijos en cada esquina, y de haber cometido la torpeza de embarazar a una mujer, me habría hecho cargo de la criatura.

—Eso no es lo que la gente dice.

—Había dicho que no se dejaba llevar por habladurías.

—No, dije que no necesitaba las habladurías para saber lo que sé en carne propia.

Anthony se acercó más a ella, fulminándola con la mirada. Estefanía levantó las tijeras, pero él se las arrancó de las manos de un solo tirón y las lanzó lejos de la habitación.

—Aléjese de mí, se lo advierto.

—No hasta que responda con la verdad —la cercó contra la pared, apoyando ambos brazos en torno a su cabeza—. ¿Por qué dice eso? ¿Es que acaso me conoce? ¿Nos hemos visto antes?

Estefanía desvió la mirada, sin contestar.

—Vamos, mujer, no actúe ahora como si el ratón le hubiera tragado la lengua. Usted me detesta por una razón, nadie odia a otra persona sólo por habladurías. Vamos, suéltelo —tomó su barbilla y la obligó a verlo a la cara—, ¿por qué me odia tanto?

Estefanía lo miró a los ojos, sintiendo tanta repulsión por ese rostro como en otro momento le pareció hermoso. Lo odiaba, era cierto, pero no podía revelarle la verdad. No si quería que su secreto se mantuviera en pie.

—Sólo déjeme en paz —espetó, hablando en un siseo bajo.

—No.

—¡Déjeme ir!

—No.

—¡Suélteme de una vez o gritaré! —lo empujó por el pecho intentando librarse de él, pero Anthony la sujetó por las muñecas, aferrándola con fuerza contra su cuerpo.

—Ya lo está haciendo, ¿ve venir a alguien? —Le sonrió de manera mordaz—. No, ¿verdad?

Estefanía respiró de manera entrecortada, sin percatarse de lo que despertaba en él con su pecho subiéndolo y bajándolo a toda velocidad al mantenerla aferrada contra su cuerpo. Anthony debió forzarse por concentrarse en lo que hacía, estaba furioso y debía mostrarse furioso... Aunque también podría...

—Yo soy el señor de esta casa —bramó, sin soltarla—, aquí se hace lo que yo ordeno, y usted no

me ha contestado todavía, y no se irá hasta que lo haga.

—No soy su esclava para someterme a sus deseos... —Estefanía se quedó sin aire cuando lo vio reír. ¡El muy desgraciado se estaba riendo de ella!

—Es un hueso realmente duro de roer, señorita —Estefanía se estremeció cuando lo vio acercarse a su rostro. Él sonrió con su sonrisa ladeada, esa picara sonrisa que tan bien recordaba. Se detuvo a unos cuantos milímetros de sus labios, mezclando su aliento con el suyo. El corazón de Estefanía dio un vuelco, recordando ese momento vivido tantos años atrás...

—Por favor, no lo haga —le pidió con voz suplicante—. Déjeme ir... ¡Por favor, suélteme, me está lastimando!

Él la miró con cierta extrañeza y se alejó soltándose de sus muñecas. Su intención no era atormentarla. Al menos, no de esa manera...

—Lo siento...

Estefanía lo miró con una ceja arqueada, ¿se estaba disculpando de verdad o sólo intentaba una nueva estrategia para aprovecharse de ella?

—Perdóneme por favor, señorita —continuó él—, me he sobrepasado en mi intento de limpiar mi nombre. Usted comprenderá que no cualquiera permitiría que lo difamasen en su propia casa, pero no debí portarme de esa manera con usted.

—No tiene que disculparse, usted tiene razón, no debí decirle esas cosas. Estamos en su casa, y yo lo insulté. No es mi deber juzgarlo ni hablare de esa manera... —agachó la mirada en busca de las tijeras que habían caído al piso. Anthony las vio antes que ella y las tomó para entregárselas.

—Gracias —musitó ella, sorprendida de que se mostrara tan amable. Cualquiera otra persona no habría dudado en echarla de patadas de su casa después de hablarle de esa manera—. Creo... creo que lo mejor será que me vaya.

—No tiene que hacerlo.

—Es lo mejor... —desvió la mirada, no soportaba mirarlo a los ojos, mientras guardaba las cosas de vuelta en su canasto—. La señora Wood enviará a otra persona para terminar con las pruebas.

—Señorita —él posó una mano sobre su hombro, dejándola quieta como una estatua con el solo contacto—, no tiene que irse. Ha sido mi culpa, no debí sobresaltarme de esa manera.

—No es que no haya tenido motivos—bromeó ella, girándose apenas para verlo por el rabillo del ojo. No se atrevía a verlo directamente a los ojos, no a esos ojos tan brillantes y fuertes, que le atravesaron el alma.

—De todas maneras, no debí propasarme de esa manera... Yo... —se pasó una mano nerviosamente por el cabello—, yo le pido que me disculpe, señorita.

Estefanía abrió los ojos como platos. Nunca esperó que él pudiera disculparse con alguien, mucho menos con ella, una simple empleada que para él no era nada más que una sirvienta más bajo su mando.

—Señor, por favor, he sido yo la que me he equivocado al actuar de ese modo tan terrible. Por favor, discúlpeme usted, milord—recordó usar esta vez ese título distintivo.

Él sonrió y asintió tendiéndole una mano. Ella alargó la suya con cierta reticencia y la estrechó con la de él, devolviéndole la sonrisa. Anthony se sintió estremecer al verla, no entendía qué tenía esa mujer para lograr hacerlo comportar siempre como un idiota; un idiota malo o uno demasiado

bueno, pero un idiota al fin y al cabo.

Al tenerla tan cerca, no pudo evitar sentirse maravillado con su rostro. Esos ojos brillantes, retadores y tímidos a la vez, yesos labios sonrosados. Ningún color artificial podría atraerlo tanto como el natural color de esos labios, iguales a pétalos de rosas, que parecían atraerlo de manera especial, llamándolo sólo a él para que los besara. Él levantó el pulgar barbilla y le acarició el labio inferior, perdiéndose en la belleza de esa piel tersa y sonrosada que aguardaba por sus caricias.

Estefanía se estremeció al sentir la humedad de su aliento soplando sobre sus labios antes de que él se apoderara de ellos con una suavidad indescriptible. Ella se estremeció con ese beso, transportándola a un paraíso celestial con su solo contacto. Al notar que ella le respondía, Anthony la aferró con fuerza entre sus brazos, pegándola a su cuerpo. La asió por la nuca, inclinándose sobre ella mientras le abría la boca con la lengua, en un beso feroz y apasionado que a ella la hizo gemir. Anthony saboreó los confines de su boca, deleitándose con su sabor, tomándose su tiempo antes de separarse de ella.

Estefanía lo miró con unos ojos sumamente brillantes, embotados por la pasión. Anthony sonrió ligeramente, pasó el revés de la mano por su mejilla, en una caricia lenta y suave que la hizo vibrar de anhelo. Él se acercó nuevamente a su rostro, con una lentitud abrumadora. Rozó sus labios con los suyos, una caricia de pluma, tan lenta y suave que provocó que Estefanía cerrara los ojos, disfrutando de ese momento como si volara entre nubes colmadas de gozo y alegría. Se sentía bella entre sus brazos, deseada como nunca antes, amada...

El comenzó a trazar curvas con la lengua sobre su mejilla hasta llegar a su oído.

—¿Te gusta, Estefanía? —Le dijo al oído, comenzando a jugar con los dientes con el lóbulo de su oreja.

Ella gimió, incapaz de decir nada, aferrando los dedos contra la tela de su camisa para no desvanecerse allí mismo entre sus brazos. Él sonrió, bajando la mano con la que la sostenía por la espalda hasta su trasero, al tiempo que le murmuraba al oído:

—¿Lo ves? Todas terminan cayendo tarde o temprano.

Lo que fuera que Anthony había despertado en ella murió en ese mismo momento. Como si una furia se apoderara de ella, Estefanía se enderezó y lo cogió por la solapa de la chaqueta para agarrar impulso en el duro rodillazo que le asestó en la entrepierna, descargando toda la rabia que llevaba seis años guardando en su interior.

Anthony no pudo evitar doblarse por el dolor y Estefanía no desaprovechó la oportunidad para salir huyendo de allí. Él se levantó y la asió de la muñeca antes de que pudiera alejarse de él y con bastante poco decoro para un conde, la lanzó al piso, a su lado.

Estefanía chilló por el golpe, pero no dejó de luchar, debatiéndose entre sus brazos para soltarse de él.

—¡Suéltame, pedazo de escoria! —Le gritó ella—. ¡Suéltame o grito!

—¿Por qué no admites que te gusto? ¡Admítelo y te dejaré ir!

—¿Es que tienes cinco años? ¡No te voy a decir una barbaridad así sólo para subirte más el ego!

Anthony, furioso, se levantó y la levantó con él sin soltarla.

—Ninguna mujer se me ha negado antes, ¡y tú no serás la excepción!

—Lamento bajarte de tu nube, condesito, pero yo te odio, ¡te odio! ¡Y eso nunca va a cambiar! —

Lo empujó, intentando alejarlo de su rostro, pero fue inútil, lo único que consiguió fue lastimarse la

muñeca—. ¡Nunca dejaré de sentir por ti otra cosa más que aborrecimiento!

Anthony pareció reaccionar profundamente ante sus palabras, escrutándola de una manera tan intensa con la mirada que la joven habría jurado que podía verla por dentro.

—¿Por qué? —le preguntó en un sieso bajo, dejándola por fin libre.

Pero Estefanía no esperó a darle respuestas. Ni siquiera se detuvo a recoger sus cosas, lo único que quería era escapar de ese lugar. ¡Y un cuerno que fueran clientes importantes, iría antes al infierno que regresar a esa casa! Y si a la señora Wood no le gustaba, se buscaría otro trabajo.

¡Odiaba a Anthony Woodruff! Y nunca, nunca en toda su vida quería volver a verlo...

—Será mejor que te cubra con un poco de polvo —le dijo su madre sacando la polvera de su bolsito—, estás tan bronceado que pareces una estatua hecha de bronce.

—Es mi propia fiesta, madre, creo que puedo lucir como yo quiera.

—Es la fiesta que yo hago en tu honor —lo corrigió ella—, y no, no puedes presentarte como te dé la gana. Eres mi hijo, el conde de Woodruff, y darás una buena imagen al legado que te dio tu padre. Ahora enderézate, que últimamente andas siempre cabizbajo. No quiero que nadie te vea abatido.

Anthony frunció el ceño, odiaba que su madre siempre tuviera que fijarse hasta en el más minúsculo detalle de su persona, incluso en si estaba de buen humor o deprimido. Y más se odiaba él por la razón de su desánimo...

Si tan sólo lograra averiguar por qué lo odiaba tanto... ¿Por qué demonios le había dicho que ella lo sabía en carne propia?! ¿Se habría acostado con ella y ya no la recordaba? ¿Sería ése el extraño motivo de su actuar cuando estaba con él? ¿Sería ésa la razón por la que se sentía de manera tan familiar al tenerla entre sus brazos? Como si fuera ése, y sólo ése el único lugar donde ella debiera estar...

—Anthony, agáchate un poco, hijo. Estás tan alto que no llego a tu cara.

—Madre, creo que ya ha sido suficiente. Si me disculpas, me gustaría dejarme ver en la fiesta, y prefiero no hacerlo luciendo como una geisha.

—Tú y tus palabras orientales —bufó su madre, retirando al fin la polvera—. De acuerdo, ve. Pero no olvides pedirle un baile a Lydia.

Anthony volteó los ojos, deseando salir huyendo de allí. La única persona a la que le hubiera gustado encontrar en esa fiesta, no estaría allí. Estefanía era una costurera y las costureras no eran invitadas a las grandes fiestas de sociedad. Quizá él podría encontrarle otro tipo de empleo, uno donde pudiera subir un poco en la escala social, tal vez como institutriz. Después de todo, Kate había sido una. Bien, él podría seguir el ejemplo de su hermano y casarse con una...

¡Pero qué demonios estaba pensando! ¡Él no iba a casarse jamás! Lo había decidido desde siempre, ninguna mujer entraría en su vida y mucho menos una de estrato social tan bajo como una institutriz, o peor, una simple costurera... Por más que la deseara, ella nunca dejaría de ser lo que era, una mujer de baja cuna y para colmo, que lo odiaba. Tal vez debería hacerle caso a su madre y sacar a Lydia a bailar, era una joven bonita, algo simpática. Sería una buena condesa, procrearía hijos sanos y... Evocó su imagen veinte años más adelante, los dos juntos como marido y mujer, y él tremendamente fastidiado de su risita tonta y sus conversaciones absurdas sobre los chismes de la sociedad. Con una mueca de fastidio, negó con la cabeza, desechando esa imagen de su mente, y antes de poder evitarlo, Estefanía ya había reemplazado a la figura de Lydia a su lado. Ella reía, peleando con él en cada palabra, haciéndolo reír junto con ella. Ni un momento de aburrición entre ellos. Tal como había sucedido desde el primer instante en que la conoció...

—Anthony, ¿me estás escuchando? —le preguntó su madre, obligándolo a salir de sus pensamientos.

—Sí, madre —contestó con pesadez. La mujer suspiró y volteó los ojos, tomándolo del brazo

para asegurarse de que esta vez él la escuchaba.

—Te estaba diciendo que lady Constance ha sido muy amable sin ninguna duda en organizar que trajeran a la mejor cantante de Francia a tu baile de bienvenida. Así que debes acercarte para agradecerle —señaló en la dirección donde una mujer reía exageradamente con el conde de Novoa, aferrando a su hija por el brazo en una actitud tal que bien parecía buscaba ofrecérsela en bandeja de plata—. Oh, y mira, qué casualidad, también está Lydia, tendrás la suerte de saludarlas a ambas.

Anthony la miró con el ceño fruncido. Eso no era ninguna casualidad ni suerte.

—Vamos, hijo, no hagamos esperar a tus invitadas.

—¿Ya lo olvidaste? No son mis invitadas, son tuyas.

—Muy gracioso, Anthony —replicó la mujer, dándole un golpecito en el brazo a su hijo con el abanico—. Vamos, y por el amor de Dios, pórtate educadamente. A veces me parece que te educó una manada de lobos.

—No creo que te convenga expresar ese comentario en voz alta, madre loba, cuando fuiste tú quien me educó.

—Sí, y me pregunto si no lo habré hecho por las noches y en luna llena, porque desconozco completamente de dónde pudiste salir tan salvaje.

—No te culpes de mis maneras de actuar, madre. Fui un caso perdido desde el principio. Padre siempre te lo dijo.

—Oh, hijo mío, ¿no habrás creído que tu padre hablaba en serio, no es así? —Se detuvo para mirarlo a los ojos—. Te aseguro que tu padre te adoraba, Anthony. Tanto como a sus otros hijos. Es sólo que a veces...

—Lo sé: a veces yo era el que actuaba como el licántropo en luna llena.

—Tienes que admitir que te gustaba mortificar a tu padre —le dijo con voz de reproche—. Aunque él debió admitir que no sabía soportar una buena broma de vez en cuando. Como la ocasión en que reñiste la peluca de tu abuela de rosa, y no cualquier rosa, el rosa más chillón que pudiste encontrar. Nunca me he reído tanto como en el momento en el que vi aparecer esa mujer en el baile de gala que ofrecía la reina con la peluca rosa sobre su cabeza. Fue la peor vergüenza de su vida que la reina en persona le dijera un comentario educado sobre el extraño tono de su peluca. Desde entonces nunca volvió a salir de su casa sin verse antes en veinte espejos —rió, haciendo sonreír a Anthony—. Se lo tenía bien merecido por ser tan déspota, ninguno de sus empleados se atrevió a advertirle. Gracias al cielo que tu padre no fue como ella.

—Aunque opinaba como ella en varios aspectos, como el colgarme del árbol más cercano y dejar que los cuervos devoraran mi cuerpo —recordó Anthony, quien aborrecía a su abuela tanto como su madre.

—Vamos, hijo, no te mortifiques por esos recuerdos. Tu padre te quería, y eso es todo cuanto debes recordar —le dio una palmadita cariñosa en la mejilla—. Ahora vamos con nuestras invitadas... Oh, pero qué suerte, ellas vienen para acá.

—Sí, qué suerte —espetó irónicamente Anthony.

Lady Kyntire y su hija Lydia llegaron en ese momento ante ellos. Anthony besó la mano de ambas y ni bien hubo terminado de saludar cuando lady Kyntire comenzó a hablar.

—Es una fiesta estupenda, lady Woodruff—la halagó la mujer—. Es lo que comentaba con Lydia, usted siempre sabe hacer las mejores fiestas. Es una lástima que haya desaparecido del mundo por

tantos años, espero que piense quedarse a residir aquí ahora que ha vuelto.

—Me temo que sólo me quedaré por la temporada, lady Kyntire.

—No puede hacernos eso, no se lo permitiré. No la dejaré en paz hasta convencerla de quedarse aquí, ¿no piensa lo mismo, Anthony?

Anthony comenzó a molestarse: si su madre se había marchado de Londres había sido por cuidar a su hermana menor, un tema que a esa mujer no le inmiscuía.

—Creo que mi madre ha dicho ya lo que piensa hacer, lady Kyntire y cuando ella toma una decisión, lo mejor, y más seguro, además, es no contrariarla.

Su madre le dedicó una sonrisa disimulada por su abanico, desplegado sobre la cara. A lady Kyntire pareció molestarle el comentario, pero entendiendo la indirecta, la mujer comenzó a atacar por otro lado.

—Tiene razón en cuanto a no contrariar a una mujer, Anthony. Somos bastante caprichosas. Justamente mi hija me estaba comentando de lo fabulosa que es la música y estaba encaprichada por aceptar un baile a ese conde de Novoa, pero yo le dije que por ningún motivo lo hiciera, porque le había prometido su primer baile a usted.

Anthony le dedicó una mirada severa, sin inmutarse y su madre le debió propinar un buen codazo en las costillas para obligarlo a responder de un modo mucho más educado.

—Por supuesto, lady Kyntire. Señorita, ¿me haría el honor? —Le tendió el brazo a la joven que sonreía casi tanto como su madre.

Los dos caminaron hasta la pista de baile y comenzaron a moverse en derredor de la pista al son de un vals sumamente hermoso que tocaba la orquesta en ese momento. La joven no dejaba de sonreír y parlotear de todo; el salón, el clima, los vestidos de las otras damas, incluso los trajes de los caballeros, a un grado que Anthony a los pocos minutos se encontraba ya completamente fastidiado.

Sin encontrar la manera de escapar, buscó con la vista a Kasim. Lo había enviado a hacer unas investigaciones sobre su primo a raíz de la información obtenida de Estefanía sobre la gente de Kent, y juntos habían planeado hacer un viaje lo antes posible a las tierras de su propiedad en esa localidad.

Fue entonces cuando la vio del otro lado del enorme salón: Estefanía.

No notó sus ropas oscuras, su cabello recogido en un sencillo moño ni la falta de alegría que la embargaba. Todo cuanto pudo ver en ella fue ese rostro maravilloso que se le había quedado grabado a fuego en el alma.

La música cesó y ambos hicieron las debidas reverencias. Pero ni siquiera el fin de la música logró callar a esa mujer, que bien parecía una hurraca canturreando sin cesar.

—Me parece muy interesante todo cuanto usted me dice —le dijo Anthony de manera cortante, haciendo otra rápida reverencia—. Si me disculpa, me tengo que ir.

—Pero... ¡lord Woodruff!

Anthony ya no escuchaba, a toda velocidad caminaba entre la gente reunida en el salón para llegar al lado de Estefanía.

Atravesar el salón sin que nadie lo detuviera en el camino le resultó imposible, debió hacer uso de toda su inteligencia y encanto para desembarazarse de cada invitado que quiso acercarse a saludarlo sin ofender a nadie. Finalmente consiguió llegar a la mesa donde se servía la limonada, el sitio donde se encontraba Estefanía. Un vago recuerdo pasó por su mente al verla tomar el vaso que

el encargado le entregaba en ese momento, pero lo desechó nada más llegar, y se acercó a ella con una galante sonrisa, que, sabía bien, era capaz de conseguirle lo que quisiera.

Estefanía lo miró de soslayo y se volvió a mirar en derredor, buscando a la persona a la que el conde debía de estarle sonriendo en ese momento. No fue sino hasta que él se hubo parado ante ella que se percató que se dirigía nada menos que a ella.

—¿Me concedería el siguiente baile, señorita?

Varias personas de los alrededores se giraron hacia ellos, atentos a lo que sucedía. Estefanía se sintió incómoda, sabiéndose el centro de atención de todos esos ojos. No obstante se mantuvo tranquila, impassible.

—Le agradezco el ofrecimiento, pero yo no bailo.

Anthony no esperaba esa respuesta.

—¿No baila?

—No.

—Si no conoce los pasos, bien puedo enseñarle.

—No bailo porque vengo como dama de compañía, no a bailar —le enseñó el vaso que tenía en la mano—. Ahora, si me disculpa, debo llevarle esto a una persona.

Estefanía quería desaparecer. Se suponía que iba a estar encerrada toda la noche en la sala de las damas de compañía, con los otros sirvientes, pero la boba de Bárbara se había atado tan apretado el corsé que había perdido el conocimiento a causa de la falta de aire —de por sí ya le faltaba bastante el oxígeno en el cerebro—, y al ser su dama de compañía, fue a la primera persona que mandaron llamar para auxiliarla.

Ahora su prima ya se encontraba mejor: Jacinta y Martha la atendían y la habían enviado a traerle un vaso con limonada. Pero antes que tener que entrar en esa fiesta, Estefanía habría preferido comprar un boleto sin vuelta al infierno. En especial, sabiendo que allí iba a estar Anthony Woodruff.

Lo miró de soslayo, buscando la manera de salir airoso de eso, ¿por qué ese desgraciado tenía que ser tan encantador al mismo tiempo? De no saber que era un completo patán, se habría sentido encantada de que un hombre como él se fijara en ella como para invitarla a bailar. Pero todo cuanto a él le interesaba, era intimidarla, humillarla hasta dejarla acorralada en medio de esa sociedad a la que detestaba.

—Si viene como dama de compañía, bien puede entretenerse como cualquier otra persona —insistió él, quitándole el vaso de la mano para dejarlo nuevamente sobre la mesa sin soltar la mano que ella había dejado extendida—. En ninguna parte está escrito que no pueda bailar una pieza conmigo.

Estefanía le dedicó una mirada fulminante.

—Por favor, la gente nos está mirando —le dijo ella entre dientes, sintiendo que las mejillas se le encendían. Mas él, en lugar de soltar su mano, la entrelazó con la suya, obligándola a acercarse a él.

—En ese caso, tal vez debería aceptar bailar conmigo, señorita, o será la comidilla de toda la gente que nos está viendo.

Estefanía contuvo el aliento en la garganta al darse cuenta de que era así. Nerviosa, se mordió el labio inferior, sin percatarse de las emociones que su simple gesto despertaba en Anthony.

Él la condujo por el brazo hasta la pista de baile, la música comenzó a sonar y él acomodó con

firmeza la mano sobre su espalda, atrayéndola contra su cuerpo.

—No empiece... —lo amenazó Estefanía, apretando los dientes por el enojo.

—Señorita, esto todavía no ha empezado —le dijo él en voz baja, esbozando una sonrisa socarrona que a ella le revolvió las entrañas.

Comenzaron a moverse al son de la música, Estefanía sentía la mirada de cada una de las personas presentes puesta sobre ella y sólo rezaba porque esa tortura terminara pronto. Debía reconocer que Anthony bailaba como un ángel, se desplazaba por la resplandeciente pista de baile como si volara, llevándola con él en ese vuelo. De no haber sido porque lo odiaba tanto, habría incluso podido disfrutar de ese momento, de sentir el calor de su cuerpo tan cercano al suyo, del embriagador aroma a colonia, madera y brandy, ese aroma de hombre tan peculiar en él, que la envolvía como una nube cautivadora capaz de embotarle todos los sentidos. Y esos ojos... Lo mejor era no verlos directamente, o de lo contrario sabía que se habría perdido completamente bajo su hechizo, y decidió desviar la vista y fijarla en el perfecto nudo de su corbata.

Quizá fue esa la razón por la que no se dio cuenta de que él la condujo al extremo de la pista sino hasta que hubieron llegado a la puerta abierta que comunicaba a la terraza. Anthony, con toda la intención de llevarla con él fuera del salón de fiesta, la rodeó por la cintura y la acercó más a él.

—¿Qué está haciendo? No intente sobrepasarse nuevamente conmigo, o le juro que...

—¿Qué hará? —él sonrió divertido—. ¿Gritará como una muchachita de pueblo asustada y se pondrá en ridículo delante de toda esta gente?

—No me importa lo que piense la gente, sólo aléjese de mí.

—¿Por qué no vamos a dar un paseo por los jardines? La veo un poco acalorada, estoy seguro que un poco de aire le vendrá bien.

—En ese caso, iré yo sola. No necesito que usted me acompañe.

—Insisto, no sería un caballero si permitiese que una dama afligida se quedara sola.

—Quizá deba tomar esto en cuenta, ¡no deseo su compañía, conde! —Se lo dijo en un tono encantador y con una sonrisa en el rostro, de manera que nadie notó que reñían.

Antes de darle tiempo de reaccionar, ella lo dejó solo allí parado y se alejó a la carrera por la terraza, agradecida de encontrar una vía de escape. Las personas a su alrededor que habían presenciado aquella escena, que fueron bastantes, se mostraron extrañadas al notar que ella se alejaba sola, y el conde, visiblemente enojado, salía del salón por el lado contrario.

Pero lo que Anthony buscaba era precisamente lo contrario: acorralarla por los jardines.

Estefanía encontró un sendero que comenzó a seguir con la esperanza de llegar pronto al frente de la casa. Lo último que se esperó fue que alguien la estuviera siguiendo.

Distraída por el claro sonido de pasos sobre la grava, apuró el ritmo, buscando alguna entrada de la casa por la que poder escapar de su persecutor. Al doblar por la esquina, vio con alegría una puerta de cristal abierta de par en par, iluminada por las luces del salón de fiestas. Con una sonrisa emprendió la carrera, siendo lo último que esperara que alguien la cogiera por la cintura en el preciso instante en el que una figura oculta entre las sombras le salía al paso.

Anthony la atrapó por la cintura, y en un ágil movimiento, la giró y atrapó sus labios con los suyos. Estefanía apenas tuvo tiempo de reaccionar al sentir la calidez de ese beso fuerte y apasionado. Golpeó a Anthony con los puños, pero esto sólo pareció incitarlo más. Él la acercó con tanta fuerza contra su rostro que Estefanía no pudo ni siquiera respirar. No podía evitarlo, él la

alteraba, sus manos calientes sobre su cuerpo la alteraban, la fiereza de sus ojos la alteraban, y Dios la perdonara, pero el deseo que sentía cuando él la veía de esa forma, la alteraba. No pudo hacer nada para evitar el momento en que él la besó, y no sabía si habría querido hacerlo... Era como recordar ese momento vivido hacía tantos años, ese momento que habría sido mágico, de no ser porque... De no ser porque él le rompió el corazón, ¡y ella se había jurado que nunca más volvería a permitir que alguien le rompiera el corazón!

—¡No! —Se separó, propinándole una bofetada que le hizo arder la mano.

Anthony se apartó de ella. Lucía confundido, como si ese beso lo hubiera perturbado tanto como a ella...

—Si vuelve a hacer eso, lo mato, ¡le juro que lo mato! —Chilló ella, apuntándolo con un dedo tembloroso.

—¿Estás amenazando a un conde? —Le preguntó él con desfachatez, volviendo a acercarse a ella.

Estefanía se estremeció cuando sus brazos la rodearon por la cintura una vez más, y el muy condenado volvía a agachar la cabeza para unirse en ella con un nuevo beso.

—¡No...!

—Sí, es cierto, vas a matarme... —le susurró al oído, bajando la cabeza hasta besarla en el cuello—. Puedes hacerlo una vez que terminemos.

—¿Que terminemos qué? —Repitió ella, comenzando a respirar agitadamente a pesar de sus esfuerzos por mantenerse serena.

—Cuando terminemos de hacer el amor —le susurró al oído.

Estefanía se alejó bruscamente, tomándolo desprevenido, y él debió correr tras ella para evitar que escapara.

—¡Suélteme! —Chilló, intentando zafarse de su brazo, fuerte como hierro alrededor de su cintura—. ¿Pero qué se cree que soy yo? ¿Su mujerzuela? ¿Soy una costurera, no una prostituta!

—Creí que esta noche eras una dama de compañía —le recordó, en tono de burla—. Vamos, no te hagas la difícil, sé que lo quieres... —le dijo socarronamente, aproximando una vez más su rostro a ella.

—¡No! ¡Aléjese de mí o no respondo, señor!

—Ya quedamos que puedes matarme una vez que hayamos terminado. Tendrás todo el derecho, si es que todavía lo quieres... —sonrió con esa sonrisa ladeada que a ella tanto le había fascinado en el pasado... y ahora odiaba.

—Yo nunca seré suya, señor, ¡nunca! —Lo empujó con las manos hacia atrás y cogió lo primero que encontró para defenderse, en este caso, una piedra. Anthony frunció el ceño, tomó su muñeca y la dobló en un movimiento ágil que le arrancó el arma de la mano y la acercó una vez más a él.

Estefanía respiró de manera agitada, viendo el arma en el suelo. ¿Desde cuándo los condes podían realizar esa clase de movimientos...?

—¿Por qué me odias tanto? ¿Qué te he hecho yo? —Le preguntó él sorprendidamente, atravesándola con esos ojos tan brillantes.

Ella lo miró, su rostro rebosante de odio, y dolor...

—Si fuera una minúscula parte de un hombre, lo sabría, señor —contestó con voz taciturna, desviando la cara. No soportaba verlo por más tiempo a los ojos—. Ahora, déjeme ir, ya le dije que

no me acostaré con usted.

Él la miró fijamente por un par de minutos y finalmente la soltó.

—Serás mía, Estefanía —le aseguró—. Tarde o temprano, serás mía...

Estefanía lo miró largamente con esos ojos tan expresivos, que dejaban ver claramente todo su odio.

—Antes prefiero la muerte.

Anthony entrecerró los ojos, esa mujer lo odiaba, y no era por chismes, ningún chisme podía provocar tanto odio en una persona. Ella lo odiaba por una razón, ¿pero cuál?

Estefanía se giró y se marchó a la carrera, dejándolo solo una vez más. O eso era lo que Anthony suponía, hasta que escuchó la voz de su tío en las cercanías.

—¿Qué te sucede, muchacho?—Le preguntó Frank, sin ocultar una sonrisa divertida en el rostro al encontrarlo tan molesto—. ¿Al fin apareció una jovencita con los suficientes pantalones para decirte que no?

Anthony le dedicó una mirada furiosa.

—Aún no nace la persona que ha de despreciarme, Frank. Y menos esa... mujer —se abstuvo de insultarla.

—Ya déjalo, muchacho, no te compliques por tonterías, no cuando tienes tanto en mente. No te olvides que aún tienes mucho que sacar adelante, y los zapatos que te dejaron tu padre y tu hermano son bastante grandes.

—Lo sé bien, Frank. Y no tengo en mente dejar a un lado mis obligaciones. Pero una distracción la puede tener cualquiera...

—Para distraerte tienes a las mujeres que quieras, no molestes a esa chica sólo porque te rechazó.

—Es precisamente porque me rechazó que ella será mía —sus ojos chispearon—. Nadie le dice no a Anthony, el conde de Woodruff.

Ω

Lo que ninguno de los dos vio fue la imagen de Jacinta pegada al cristal de la ventana.

Había observado toda la escena y por la expresión furiosa de su rostro, era claro que no le había gustado nada.

Estefanía se entrometía en sus planes una vez más.

Pero no le permitiría salirse con la suya. El conde sería para Bárbara.

Y para lograrlo, debería quitar a Estefanía de en medio...

—«Pero dónde se metió el conde? —Estefanía escuchó que alguien preguntaba mientras se dirigía a toda velocidad al pequeño cuarto donde debían esperar las damas de compañía.

—No lo sé. Han dicho que se retiró de la fiesta.

—¿Pero cómo es posible? Él es el anfitrión, pero qué descortesía —la voz de la mujer sonaba bastante alterada—. Y yo que esperaba que bailara una pieza con mi Caroline. Ese hombre no ha cambiado en absoluto, eso es seguro.

—No importa, es el conde. Ya tendremos la oportunidad de verlo en alguna otra fiesta —apuntó una mujer que ni siquiera le dirigió una mirada a Estefanía cuando pasó por su lado.

Entró en la salita con los demás empleados y se sentó a esperar. Debieron transcurrir unos veinte minutos cuando una empleada de la casa entró y se dirigió a todos.

—¿Quién de ustedes es la dama de la señorita Campbell?

Estefanía, sintiendo que el estómago se le hacía una masa informe por los nudos que se le formaron al escuchar que llamaban con el apellido de su madre a su prima, se puso de pie.

—Te han enviado una nota —le dijo la mujer, entregándole un papel doblado antes de salir.

Estefanía frunció el ceño. Bárbara no era de notas, tampoco Jacinta, pero ahí estaba: la mediocre letra de su tía pidiéndole que saliera a los jardines, tomara el sendero principal hasta llegar a un banquito en el jardín de las rosas y esperase allí.

Era el mensaje más extraño que había leído, pero no iba a desobedecerlo. Si su tía le ordenaba algo tan ridículo como hacerla esperar lejos de ese bullicio, y en especial de Anthony, no iba a decepcionarla.

Estefanía se escabulló por la primera puerta que encontró abierta, que para su suerte conducía a los jardines. Sabiendo que nadie la veía, se arremangó la tela del vestido y salió corriendo en dirección contraria a la casa. Podía ser que se tratase de una acción un tanto cobarde, pero lo último que deseaba era encontrarse con el conde.

Caminó hasta dar con un sendero y lo siguió. El jardín de la mansión era bellísimo, había rosales por todas partes, una fuente y un hermoso nogal como centro del decorado, rodeado por una banca circular de metal.

Estefanía se dirigió directamente a ella y tomó asiento, sintiéndose contenta de haberse librado al menos por un instante de ese encuentro fortuito.

—Buenas noches.

Estefanía se giró con los ojos abiertos como platos al descubrir que no se encontraba sola.

—¿Quién es...? —Una sonrisa se dibujó en sus labios al ver aparecer a Kasim—. Señor Kasim, me ha dado un susto de muerte —se llevó una mano al pecho.

—Disculpe si la he importunado, señorita Quiroz.

—¿Cómo es que sabe mi apellido?

—Me parece que el conde me mencionó su nombre —mintió con agilidad.

—Oh... —ella agachó la mirada.

—Es en serio que él no le agrada en absoluto.

—No, no es así... Bueno, tal vez sí —admitió ante la atenta mirada de él—. Pero no me tome por una persona que se deja llevar por los chismes. Tengo todo el derecho para odiarlo.

—No me diga. ¿Y se puede saber por qué?

Ella agachó la mirada, sin notar que el rubor se encendía en sus mejillas — Preferiría que no...

—Vamos, puede confiarme lo que sea. Le debo la vida, nunca haría nada para lastimarla. Al contrario, si existiese alguna manera en que pudiera ayudarla...

Estefanía suspiró y lo miró a los ojos.

—Si se lo digo, se va a reír de mí.

—Vamos, nunca podría reírme de usted.

—Yo... yo estaba enamorada de él. —Anthony sintió que el corazón se le paraba—. Fue hace muchos años, cuando su padre todavía era el conde y su hermano Charles vivía. Me parecía encantador, siempre sonriente y alegre... No lo sé, tenía algo especial, como una chispa de felicidad, que es tan rara encontrar en la gente —se encogió de hombros. Anthony no podía respirar, estaba perplejo, ¿ella lo había querido? ¿Y se había fijado en él cuando no era nadie?— En fin, no tiene caso mencionarlo, eso fue hace muchos años.

—Espere, espere... ¿Me está diciendo que lo odia porque estaba enamorada de él?

Escuchó la voz de la misma sirvienta que antes le había hablado, llamándola.

—Debo irme, fue lindo verlo de nuevo Kasim.

—Pero... —Anthony no pudo preguntar más cuando Estefanía ya corría de regreso a la casa.

—Ah, aquí estás, muchacha —la atajó la misma empleada antes de poder entrar en la casa—. Te he estado buscando por cerca de media hora. Te han dejado un mensaje tus patrones. Debes encontrarlos en tu casa.

—¿Cómo...? —A Estefanía se le heló la sangre—. ¿Quiere decir que se han marchado?

—Me temo que sí —la mujer se encogió de hombros—. A veces pasa cuando no te apuras. Debes ser más lista y rápida, o perderás tu trabajo y terminarás como sirvienta, igual que yo. En tu lugar, cuidaría mi puesto como doncella de compañía, es mucho mejor que fregar pisos.

—Ni me lo digas... —musitó ella de mala gana, tomando su capa de manos de la mujer.

## Ω

Anthony la observó alejarse manteniendo el rostro impassible, cuando escuchó los pasos de alguien que se acercaba.

—Kasim —llamó al hombre reconociendo los pasos de su mozo.

—Señor... ¿Está vestido como «La sombra de la noche»? —Le preguntó confundido, al verlo con el traje negro puesto y el cabello pintado también de negro con el nuevo tinte que Kasim le había conseguido—. Señor, debería estar en su fiesta. la gente pregunta por usted.

—Tenía un asunto que atender.

—¿Con esa señorita? —Kasim frunció el ceño—. Señor... - el hombre pareció pensar sus palabras pero habló de todos modos—. No creo que ella sea como las otras.

—Ya caerá, todas terminan haciéndolo.

—No creo que deba...

—¿Has venido a decirme qué hacer? —Exclamó Anthony, volviéndose furioso hacia él.

—No, señor.

—Bien —dijo Anthony acercándose—. ¿Te enteraste de algo?

—No. Nada certero.

Anthony lo escudriñó con la mirada.

—Suéltalo.

.—Señor, es su primo...

—¿Vamos a regresar al asunto de antes?

—No, señor, pero son sólo cosas que la gente dice, rumores.

—Sabes que en los rumores siempre hay algo de verdad. Antes no te importaba.

—Antes no tenía que ver con ningún pariente suyo —levantó la barbilla orgulloso—. Los parientes de mi señor comparten la sangre con mi amo. Les debo tanto respeto como a usted.

—Te lo agradezco, pero en cuanto a Ernest, estás autorizado a pasar esa consideración por alto. La única sangre que corre por las venas de ese hombre es la de las víboras. Anda, habla de una vez. ¿Qué fue lo que escuchaste?

—Su primo se dirige a Kent, señor.

—¿Kent? —Frunció el ceño, recordando una vez más las palabras de Estefanía—. ¿Qué quiere en Kent?

—Probablemente sacar la última tajada de lo que pueda obtener antes de que usted termine con él definitivamente. Su padre lo puso a cargo de esa propiedad para ayudarlo, pero la gente dice que ha estado robando dinero desde hace años. Incluso que ha cometido abusos.

—Y esos abusos van en nombre del conde... —musitó Anthony, recordando las palabras de Estefanía.

—No hay forma de probarlo. Como le dije antes, si su primo cometió realmente una falta, cubrió perfectamente sus huellas.

—Lo sé, mi padre no era un imbécil, se habría dado cuenta tarde o temprano si él hubiese actuado de modo más negligente. No, Ernest sabe lo que hace, debo reconocerlo. Se ha movido en silencio durante años, como una serpiente. Debe tener espías, compinches, gente trabajando para él, gente que haga lo que él ordena sin reparos, gente que se encargue de silenciar a los que se opongan a él... Como yo —le dirigió una mirada colmada de furia—. En una ocasión mi madre me comentó que Ernest discutió con mi padre sobre el manejo de las tierras. Al parecer no daba a la gente el trato amable que mi padre siempre ordenó para sus empleados. Desde entonces mi padre lo mantuvo vigilado de manera más estrecha y eso debió molestarlo lo suficiente como para buscar la manera de deshacerse de él y de paso de Charles y su descendencia. Sólo que no contaba con que yo regresaría de la India a tomar el puesto que me correspondía. Él, como todos, asumía que no tendría los pantalones para cumplir con mi deber, pero dejemos que piense eso... —esbozó una sonrisa angelical, la que bien sabía Kasim que era la más infame de todas, la que presagiaba la peor tormenta—. No hay peor enemigo que el que no te esperas.

—¿Y qué haremos entonces?

—Iremos a Kent. Hablaremos con la gente, averiguaremos lo que pasa en realidad.

—Pero usted acaba de decir...

—No iremos nosotros, irá «La sombra de la noche».

Si Kasim se sorprendió, lo ocultó bastante bien manteniendo un semblante impasible.

—Anda, prepara las alforjas. Partiremos de una vez.

—Señor, la fiesta... Su madre se enojará mucho con usted.

—Sólo haz lo que te digo, Kasim. Yo me encargo de mi madre después.

—Sí, señor.

## Ω

Estefanía lloraba en silencio mientras se alejaba por el camino. ¡Pero qué noche tan horrenda! ¡¿Cómo pretendía su tía que se marchara sola a casa a mitad de la noche?! Parecía que lo había luchado a propósito con el único objetivo de molestarla; primero mandarla a los jardines a esperar para que se le hiciera tarde sin poder darse cuenta del momento en el que ella se retiraba de la fiesta con sus hijos, y luego mandarle un mensaje con una empleada encargándole regresar a casa sola, dejándola como la culpable del asunto. ¡Pero qué mujer tan fastidiosa! ¿Qué demonio se le metió en la cabeza para que se le ocurriera de repente...? —Estefanía palideció—. ¡Anthony! Claro, debió verlos bailar, igual que todos los demás en el salón. Esa era su forma de vengarse de ella, por «subirse de su nivel», como le decía siempre...

—¡No puede ser! —Pateó una piedra, furiosa, todo era culpa de Anthony otra vez. ¡Odiaba a ese hombre y odiaba que la hiciera llorar! Pocas personas eran las que lograban sacarle lágrimas, ni siquiera su tía, con todas sus malas hazañas, había logrado verla llorar. Y sólo tenía que llegar este conde del infierno a susurrarle algo al oído y ella se volvía una María Magdalena andante.

Escuchó una rama crujir y se giró, buscando con la mirada por el campo. Pero la oscuridad de la noche sin luna era tal, que apenas alcanzaba a distinguir algo más allá del largo de su brazo. Lo mejor sería que se diera prisa. Con las lluvias recientes, la hierba y los matorrales del camino estaban crecidos, un lugar perfecto para que cualquier animal pudiera ocultarse entre ella.

Fue entonces cuando alcanzó a divisar por el vado del camino un carruaje familiar, el carruaje de su familia. El corazón se le detuvo por el enojo al percatarse de que era tirado por el que había sido el caballo de su padre, ¡sólo un idiota pondría a un pura sangre tan valioso como ése a tirar de un carro!

—Hola, prima —la saludó el idiota de Efraín.

Estefanía no contestó, se limitó a continuar por el camino.

—Es extraño encontrarte por estos lados, ¿acaso te perdiste? —Estefanía le dedicó una mirada de soslayo bastante severa, sin dejar de caminar—. Es una broma, prima, ¿es que ya no tienes sentido del humor?

—Lo perdí cuando tu familia llegó a vivir a mi casa —lo miró con una falsa sonrisa—. Y lo recuperaré en un año, cuando se larguen.

A pesar del claro insulto, Efraín no dejó de sonreír, mostrándose más amable que nunca. Bajó del asiento del cochero de un salto y comenzó a caminar a su lado.

—Venía de regreso de dejar a mamá y a mis hermanas en casa —cambió de tema a propósito—, las pobres se estaban aburriendo terriblemente en la fiesta, pero yo no, y después de dejarlas sanas y salvas, decidí volver por un poco más de diversión... —le dedicó una mirada lasciva que a ella le

provocó náuseas.

Estefanía, dirigiéndole una mirada de desprecio, apuró el paso, cuidando de cerrarse bien la capa sobre el pecho.

—¿A dónde vas?

—A Roma, a visitar el Coliseo —espetó, irónica.

—¿Necesitas que te lleve a casa? —Le preguntó su primo, pasando por alto el comentario.

—No.

—Vamos, Estefanía, no seas obstinada —la atajó por el brazo—. ¿De qué sirve que te malpases caminando hasta llegar a casa? ¿No estás ya suficientemente cansada con el trabajo y el tener que cuidar de la casa? O quizá, pasando la noche fuera, como la otra vez...

Estefanía se detuvo y lo miró de frente.

—¿Y tú cómo sabes eso?

Efraín volteó los ojos.

—¿Quién crees que fue el que te cubrió ante mi madre?

—¿Tú...? —La joven frunció el ceño, incrédula.

—Claro, ¿acaso crees que ella no te preguntó nada sobre tu ausencia debido a su bondadoso corazón? ¡No, fue porque yo te cubrí ante ella!

Estefanía lo escrutó con la mirada, reacia a creer que de la noche a la mañana su primo hubiese cambiado para portarse bien con ella.

—Vamos, sube de una vez —la jaló para llevarla con él de regreso al coche—. Te llevaré a casa. Podrás dormir durante el trayecto, así estarás descansada por si mamá desea ponerte a hacer otra cosa esta noche.

—Yo... —los ojos de Estefanía se detuvieron en la silla del cochero, ¿dónde estaba Karl? Efraín nunca salía sin él...

Un mal presentimiento puso a la joven en alerta.

—Prefiero caminar, Efraín —le dijo soltándose de su mano y alejándose de él.

—¡He dicho que subas! —Bramó él, sujetándola por el brazo con tanta fuerza que le hizo daño.

Estefanía no pudo evitar sentir una oleada de pánico atravesarle el cuerpo cuando notó el macabro semblante que su primo había adoptado. Intentó zafarse de él, pero le resultó imposible, Efraín la había sujetado con una fuerza que no parecía suya y la lanzó contra el carro.

Estefanía se golpeó la cabeza contra la rueda y cayó al suelo aturdida.

—Ahora sí, Estefanía —le dijo él con voz lasciva, acercándose a ella con paso lento, saboreando cada momento—, te ha llegado la hora...

—¡No...! —Estefanía intentó arrastrarse lejos de su alcance, pero Efraín la sujetó por el pelo y la obligó a torcerse hacia atrás, quedando su rostro frente al de él.

—Te ha llegado la hora, primita... —le dijo con una voz gutural colmada de placer. Con una mano le arrancó la capa y la lanzó lejos, a los matorrales.

—¡No me mates, Efraín! —Chilló ella, intentando defenderse con uñas y dientes.

Efraín le dio un golpe descomunal en el rostro y la joven cayó de costado contra el suelo, escupiendo sangre de la boca. No tuvo tiempo de recuperarse, Efraín se le montó encima a horcajadas y le sujetó las muñecas contra el suelo sobre su cabeza, volviendo a aproximar su rostro

al de ella. Su aliento putrefacto le dio en la cara, obligándola a salir del aturdimiento en el que se encontraba.

—Si me matas, la policía te encontrará —le dijo ella, intentando mantener el tono de amenaza a pesar del miedo que sentía.

Efraín rió, una risa baja y gutural que la hizo estremecerse de miedo. Él se acercó más a ella y olisqueó su cuello antes de pasarle la lengua a lo largo de él hasta su mejilla. Estefanía se retorció intentando soltarse de él, pero fue inútil, estaba demasiado débil y él la sujetaba con extrema fuerza.

—¿Crees que voy a matarte, primita? —Le preguntó, sujetando ambas muñecas con una sola mano, mientras que con la que le quedaba libre desenvainaba una navaja.

Las pupilas de Estefanía se dilataron por el pánico y lanzó un grito. Él le tapó la boca con la misma mano en la que tenía la navaja, acercando el filo a propósito a sus ojos, al tiempo que se sentaba de lleno sobre ella, arrancándole el aire de los pulmones.

—Grita y te rebano el cuello —la amenazó—. No es mi intención matarte, al menos no por ahora... —Volvió a levantar la mano con la navaja y de un solo tajo le abrió el talle delantero del vestido.

Estefanía chilló, revolviéndose bajo su peso al percatarse de lo que él buscaba...

—¡No! ¡Suéltame! ¡Suéltame...! —Efraín volvió a ponerle la mano sobre la boca, silenciando sus gritos.

—¿Creíste que te ibas a librar para siempre de mí, primita? ¿Que ibas a poder salir impune de todos tus desplantes y faltas de respeto? ¿Quién es el que ahora tiene el mando? —Volvió a sujetarla por ambos brazos y le abrió el corsé y las enaguas de otro tajo.

Estefanía gritó al sentir el contacto frío del metal contra la piel. Pero Efraín no se detuvo allí: con una brusquedad salvaje, pasó una mano por encima de sus pechos y los apretó cruelmente. Estefanía chilló de dolor, buscando en derredor cualquier manera de escapar. ¡Eso no podía estar pasando! ¡Eso no podía ser verdad!

—¿Te gusta, verdad zorrита? —Le preguntó él, atrapando sus labios con los suyos. Estefanía apartó la cara y Efraín regresó su rostro tomándola por la barbilla, volviendo a asaltar sus labios esta vez con mayor fuerza—. ¿Es así como te acuestas con tu amante cuando no llegas a casa? ¿Chillas con él igual que conmigo?

—¡Suéltame, bestia del infierno! —Estefanía le escupió en la cara, pero eso sólo logró hacer que él se enfureciera más y le propinó otro bofetón tan fuerte que la nuca le golpeó contra el suelo.

Estefanía se sintió aturdida, pero no cedió, no podía ceder, y en medio del dolor continuó revolviéndose bajo él.

—Eres dulce, primita. Una fruta dulce como ninguna —rió Efraín, plantando una mano sobre uno de sus pechos—, más dulce de lo que había esperado. Y ya estás madura para probarte...

—¡Suéltame! —Gritó Estefanía—. ¡Socorro! ¡Que alguien me ayude!

—Grita si quieres, lo haces más interesante —rió él, pasando la mano que tenía sobre su pecho hasta su muslo—. Veamos qué tan madura estás... —le dijo al oído, al tiempo que comenzaba a levantarle las faldas.

—¡No! —Estefanía se retorció—. ¡Suéltame! ¡He dicho que me sueltes!

—Hace tiempo que dejaste de ser una princesa como para dar órdenes, primita —rió por lo bajo, atrapando uno de sus muslos con la mano—. Ahora serás mía y estarás unida a mí para siempre.

—¡No...! —Estefanía gritó con todas sus fuerzas. De pronto, escuchó un ruido sordo y de la nada, su primo se desplomó sobre ella, ahogándola con su peso.

Estefanía no supo qué pasó. Asustada, aprovechó la oportunidad para zafarse de él, pero antes de que pudiera siquiera pensarlo, el cuerpo de su primo había desaparecido. En un momento estaba encima de ella y al siguiente ya no.

Se incorporó como pudo, sujetándose de la carreta con una mano mientras se cerraba la tela desgarrada del vestido sobre el pecho con la otra. Temblaba como gelatina, las piernas apenas la sostenían. No se escuchaba nada más que su agitada respiración, al compás con los frenéticos latidos de su corazón retumbando en sus oídos.

—Tranquila, ya estás a salvo —escuchó que alguien le decía.

Aterrada, levantó la vista. Delante de ella se encontraba un hombre vestido completamente de negro, además de una capa y un sombrero a juego. Él estiró hacia ella una mano enguantada con el mismo color ofreciéndosela.

—Ven conmigo, te llevaré a un sitio donde estarás a salvo.

—¡No me toque! —Chilló Estefanía, demasiado asustada como para aceptar cualquier ayuda.

—Estefanía... —le dijo con voz pausada—, soy yo.

—¿Conoce mi nombre? —Ella pareció calmarse un poco, entornando los ojos para escudriñar su rostro—. ¿Quién es usted?

—¿No me recuerdas? Tú me salvaste de la muerte - -Anthony se quitó el sombrero, dejando a la vista un cabello negro azabache que caía de manera desordenada sobre su rostro, oscurecido a propósito—. Soy yo, Kasim.

—¿Kasim...? —Repitió Estefanía.

—Estas bien... Ya estás a salvo —extendió la mano una vez más, que en esta ocasión ella aceptó. Con cuidado la envolvió en su propia capa y la abrazó, transmitiéndole seguridad—. Ven conmigo, te llevaré a casa.

—¡No! —Estefanía se tensó y se soltó a llorar—. ¡No me lleves allá! ¡Él vive allá!

—¿Él...? —Sus ojos se fijaron en el hombre al que había golpeado en la cabeza con la culata de su arma, todavía inconsciente en el suelo.

Las fuerzas de Estefanía se derrumbaron, el agotamiento mezclado con la tensión vivida le provocó un estado de estupor que sobresaltó a Anthony.

—¡Estefanía! —Anthony la sujetó con más fuerza al sentir el peso muerto contra su cuerpo—. ¡Estefanía!

Estefanía apenas pudo escuchar sus gritos desde el lugar distante donde se encontraba. Luego, todo fue oscuridad...

—¿KASIM?

Le preguntó su mozo cuando salió de su escondite tras el carruaje, donde había permanecido oculto para evitar que la pobre muchacha se asustara más.

—Es una larga historia —dijo Anthony, cargando a Estefanía en brazos.

—¿Qué hará con ella?

—No regresarla a su casa, eso es obvio —bramó Anthony, dirigiéndole una mirada asesina al hombre todavía tirado sobre la tierra—. Lo que no entiendo es qué relación puede tener Estefanía con ese hombre y con los Campbell... —una oleada de furia e impotencia lo recorrió. Quizá en otro momento ya habría averiguado eso, pero por estar concentrado en el problema de su primo no había tenido tiempo para hacerlo. Y tal cosa lo enfurecía... Ernest la pagaría en grande, se aseguraría personalmente de eso.

—¿Y qué hará con ella, entonces? No puede dejarla aquí.

—Eso lo sé... —Anthony miró su caballo negro, aguardando a un lado del camino—. Tendré que llevarla conmigo.

—¿Qué? ¿A Kent?

—¿Se te ocurre alguna mejor idea, Kasim? No voy a devolverla a su casa para que quede al acecho de ese desalmado. Tampoco puedo llevarla a mi casa, ella me odia, en cuanto sepa dónde se encuentra querrá marcharse. La conozco, es tan orgullosa que preferirá ponerse en peligro al acecho de ese hombre, a permanecer segura en la casa Woodruff. Tendré que llevarla conmigo.

—Señor, bien podría esperar aquí un par de días, la noche ya cayó, no es seguro para usted viajar en estas condiciones. Iré yo a ver qué sucede en Kent.

—Me parece una buena idea que te vayas adelantando, quizá puedas averiguar algo.

—¿Qué es lo que hará usted? —Le preguntó al notar que los ojos de su amo no dejaban de moverse, seguramente fraguando algún plan. Podía que ahora fuese el conde de Woodruff, pero eso no quería decir que iba a aceptar quedarse de brazos cruzados dejando que los demás hicieran el trabajo que a él le correspondía. Así era Anthony y por esa razón se había ganado todo el respeto del muchacho a su servicio.

—No tengo opción, ella no puede viajar en estas condiciones y en medio de la noche. La llevaré hacia las tierras del sur, a la cabaña del leñador que se encuentra a las afueras del bosque. Esperaré allí hasta el amanecer, entonces nos pondremos en marcha a Kent. Asegúrate de preparar una cabaña para cuando llegue con ella. El rostro de Kasim se llenó de picardía.

—Se preocupa mucho por ella, ¿no es verdad?

—Como lo haría cualquier otro hombre... ser humano —se corrigió, mirándolo con unos ojos asesinos—. No es que ella tenga nada especial... que sea especial para mí.

—Sí, por supuesto.

—¿Estás poniendo en duda mi palabra?

—Señor, yo no he dicho nada —le dijo, sin dejar de mantener esa sonrisa divertida.

—¡Ella no es nada para mí, métetelo en la cabeza! Es una más, como todas...

—Claro, señor.

—Que te quede claro que hago esto sólo por ayudarla.

—Y por eso siguió sus pasos para asegurarse de que estaba bien, a pesar de que tenía asuntos urgentes que atender en Kent.

—La ofendí, es obvio que quería... Yo... ¡Sólo date prisa, ¿quieres Kasim?!

—Creí que usted era Kasim.

—Sí, es cierto... Tendrás que encontrar otro nombre para cuando nos encontremos allá. Sería bastante extraño que dos hombres en el mismo lugar tuvieran el mismo nombre hindú.

—No en mi tierra.

—Pero no estamos en tu tierra —gruñó, comenzando a perder la paciencia—. Parte de una buena vez, ¿quieres?

—¿La piensa llevar a caballo? —Arqueó una ceja cuando Anthony se dirigió a su montura—. ¿No sería más sencillo si regresara a casa y tomara un coche, al menos un cabriolé?

—Sí, uno con todos los emblemas de los Woodruff, para que ella me reconozca al instante y prefiera lanzarse al río antes de continuar a mi lado.

—¿Por qué lo odia tanto?

—No tengo idea, no le he hecho nada. Supongo que es una mujer demasiado susceptible a los chismes de la gente, cosa que no me gusta nada en una mujer —añadió a propósito, pero sólo provocó que la sonrisa en el rostro de Kasim se agrandara.

—Eso es claro, señor. ¿Y qué hará con esa basura...? —Le dirigió una mirada al hombre tirado en la tierra.

—Déjalo ahí, si se lo comen los cuervos habremos hecho un favor al mundo. No podemos deshacernos de esa escoria tan fácilmente, ese tipo será un idiota, pero pertenece a una buena familia. Tendremos que planear mejor las cosas si buscamos desaparecerlo... Pero te aseguro que si se le ocurre volver a ponerle una mano encima a esta joven, lo degollaré con mis propias manos y no me importará si lo hago como «La sombra de la noche» o como el conde de Woodruff —gruñó con tanta rabia que hasta Kasim lo miró con respeto, quitando por fin la molesta sonrisa burlona que había estado molestando a Anthony.

Anthony subió a la joven a la silla para montar tras ella, acomodando la cabeza de Estefanía en el hueco de su hombro, acunándola contra su cuerpo con un brazo.

—Partamos de una vez, quiero llegar a Kent cuanto antes y con esta demora —miró a la joven con el ceño fruncido, aunque en sus ojos no se reflejaba ni un atisbo de enojo—, me retrasaré al menos un día en llegar.

—Disculpe si soy indiscreto, señor, ¿pero por qué la urgencia de ir usted mismo? Me ha encargado antes asuntos más delicados... —lo miró a los ojos, ocultando el dolor que sentía—, ¿es que he perdido su confianza, mi señor?

—Gozas de toda mi confianza, Kasim —le aseguró Anthony—, pero este es un asunto con el que debo lidiar personalmente.

—¿Una estafa?

—¿Es que no te has enterado? —Le preguntó en tono bufón—. ¡Voy a convertirme en padre!

—¿Qué...? —Kasim abrió los ojos casi tanto como la boca.

—¿Sorpresa? ¡Yo también! En especial, considerando que no he estado en Kent en seis años — rió, ajustándose el sombrero—. Debo tener una semilla sumamente poderosa — bromeó antes de espolear a su caballo para alejarse al galope de ese lugar.

## Ω

El sol se encontraba en lo alto cuando Estefanía comenzó a moverse sobre su regazo al tiempo que cabalgaban en medio de la noche. Anthony fijó los ojos sobre ella: era sumamente hermosa, inclusive en ese estado, con el labio sangrando y un moretón cubriéndole buena parte del rostro, continuaba siendo para él la criatura más bella sobre la que hubiera posado los ojos.

¡Pero qué tonterías pensaba! ¡Él no era un estúpido romántico empedernido! Las mujeres eran bellas, es cierto, pero no para encontrar hermosa a una a pesar de lucir como un contrincante de box derribado. ¿Qué es lo que le estaba sucediendo como para pensar como un idiota?

Enamorado. Es lo que Frank le habría dicho... ¡No! Él jamás se había enamorado, y no iba a comenzar ahora, no con una muchacha que parecía dispuesta a mandarlo al patíbulo sólo por hacer caso de las hablurías de la gente. ¿Qué se creía ella para juzgarlo de esa manera? ¡No lo conocía! O al menos, a su verdadero ser...

Estando a solas con ella en ese consultorio olvidado del mundo, ella se había portado amable y gentil con él, le había resultado fascinante su sonrisa, su manera de caminar, incluso la forma enérgica en lo que lo había intentado empujar a la cama... sonrió pícaramente. Cuando ella no sabía nada de él, cuando creía que no era más que un pobre empleado, no había dudado en ayudarlo, incluso poniendo en riesgo su propia vida, lo cuidó de manera esmerada, podría decirse que hasta con afecto... Quizá de haber sabido que estaba salvándole la vida al conde, me habría dejado ahogarme en el fondo del río: bromeó para sí mismo a pesar de que ninguna sonrisa se formó en su rostro. ¿Por qué esa joven había tratado con respeto y cariño al pobre, y odiaba y repudiaba al máximo al conde? Conocía a cientos de mujeres que bien podían odiarlo a causa de los mismos rumores que ella debía de haber escuchado, y ni una sola se había atrevido hasta entonces a agraviarlo de la manera en la que ella lo había hecho. ¿Por qué entonces le tenía tanto odio...?

Tal vez en otra situación lo habría dejado pasar. No era un hombre excesivamente paciente: si una mujer lo detestaba... bueno, no es que le hubiese sucedido antes, pero estaba seguro que la habría detestado también y hubiera seguido su vida sin darle mayor importancia. No obstante, esa joven continuaba apareciendo una y otra vez en su camino... y en sus sueños. Debía admitirlo, desde que la conoció no había dejado de soñar con ella, y en sus sueños él podía sentir el aroma afrutado de la piel cálida y tersa de su cuello mientras ella le tomaba las medidas para su nuevo traje, a pesar de que ninguno de los llevaba puesta prenda alguna... una sonrisa curveó sus labios y debió hacer acopio de toda su fuerza para pensar en otra cosa que no fuera ella recostada entre sus brazos, provocando que la presión que comenzaba a sentir entre las piernas se debiera a algo de mayor peso que el cuerpo de la joven.

Debía odiarla, lo sabía. Odiarla tanto como ella lo odiaba a él. Sin embargo, todo cuanto podía hacer era pensar en ella. En sus ojos azules y brillantes cuando sonreía, sus labios sonrosados y ligeramente curvos a los extremos, como si siempre tuviera oculta una sonrisa, esas mejillas suaves y tersas que solían sonrojarse a su pesar cuando lo veía... Si ella lo odiaba, su cuerpo demostraba

todo lo contrario cuando estaba cerca de él: cada extremo de ella se tensaba y vibraba, como si lo llamara en silencio, a él, sólo a él ... Y la verdad es que Anthony se había encontrado más de una vez fantaseando con la idea de hacer gritar a esa pequeña costurerita con algo bastante distinto a las palabras de odio que hasta entonces le había dedicado.

Claro, con excepción de esa vez que ella no sabía quién era Anthony en realidad. Entonces había sido buena con él. Incluso podía jurar que había llegado a ver cierta atracción por su parte... Entonces quedaba abierta la pregunta, ¿por qué ella prefería al hombre pobre y no al conde rico, cuando toda mujer en sus cabales habría hecho precisamente lo contrario?

Por un momento se sintió feliz ante la idea de encontrar una mujer que lo quisiera por ser él mismo. Porque, sin el título de conde, sin el apellido de su familia, sin su fortuna, tierras y demás riquezas, sin ni siquiera el apelativo del hijo segundón, sólo quedaba él, Anthony, el hombre sin nada más que su propio ser al que ella había conocido. Y a Estefanía le gustó. Le había gustado él, ¡él! Su verdadero ser, el verdadero Anthony, el hombre bajo toda esa coraza de estupideces que a la sociedad le importaba tanto. ¿Sería que por primera vez se había topado en el camino a una mujer que pudiera quererlo por ser quien era en realidad y no por su fortuna o su título?

No, la sola idea era ridícula. Ella lo había juzgado, como todos los demás, sólo que su nueva adquisición social no modificó su mala imagen ante ella. Aunque debía admitir que eso hablaba bien de Estefanía, lo juzgaba duramente, pero se mantenía firme en sus creencias y no con el juicio que otorgaba el dinero, como había hecho la mayoría de la gente que antes le había volteado la cabeza al verlo pasar y ahora eran más que amables con él.

Quizá, sólo quizá, si ella llegase a conocerlo como era en realidad, podría encontrar la manera de disipar sus prejuicios... Después de todo, encontrar a una mujer que lo quisiera por ser él, y no por ostentar el título de conde de Woodruff, o el pertenecer a una buena familia o el dinero, era un hallazgo con el que nunca se había topado hasta entonces... Y aunque se tratase de una simple costurera, no iba a dejarla ir.

Si ella lo había salvado y cuidado, quizá hasta querido por ser un simple hombre pobre sin fortuna, él bien podía darle una oportunidad, aunque fuera una simple costurera.

Además, debía admitir que en cada encuentro que tenían podía enojarse y estallar como un verdadero volcán, pero nunca, ni una sola vez, se había aburrido. Cosa que no podía decir de todas las damas de sociedad con las que había convivido.

Estefanía se movió una vez más en la montura y se apegó a él, pasándole un brazo por el cuello. Seguramente no debía de tener ni idea de lo que estaba haciendo, pero Anthony no iba a hacer nada para evitarlo. Entre sueños murmuró algo, remojándose los labios con la lengua. La tenía tan cerca, que con un sólo agachar la cabeza habría podido probarlos...

Un trueno ensordecedor se escuchó en el cielo. Los ojos de Estefanía se abrieron al mismo tiempo, su brazo se tensó, aferrándose con mayor fuerza del cuello de Anthony.

—Tranquila, aquí estoy... —le susurró al oído, pero sus palabras parecieron alterarla más, porque ella se alejó de él, asustada al extremo—. Calma, Estefanía, soy yo, Kasim, ¿recuerdas? Te salvé de ese hombre y tú te desmayaste, dijiste que no querías ir a tu casa, así que te estoy llevando a un lugar seguro.

—¿Un lugar seguro? —Preguntó ella, frunciendo el ceño.

—Te llevaré a mi casa, en Kent. Allí estarás a salvo.

Estefanía escudriñó los alrededores con los ojos, como si le costara un poco comprender lo que él decía y lo miró una vez más a la cara.

—Nunca he ido a Kent... ¿Es allí donde viven tu madre y tus hermanas?

Anthony se alarmó ligeramente, luego recordó que le había dicho él mismo que su familia eran su madre y sus hermanas. Algo cierto en medio de esa red de mentiras.

—No, mi madre y hermanas viven en Hampshire —siguió el mismo hilo de verdades a medias, después de todo era allí donde su madre había vivido los últimos seis años, desde su retiro de la sociedad para cuidar de Vivian—. Algún día te llevaré a verlas, ahora vamos a Kent, mi casa está allá. Allí estarás a salvo, no tienes nada que temer.

—Si vive en Kent, ¿qué es lo que hacía en Londres? —Sus ojos lo estudiaron de cerca—. ¿No dijo que trabajaba para el señor Stowner?

Si Anthony se puso nervioso por ser atrapado en la mentira, no se notó y continuó hablando con la habilidad de un experto embustero.

—Así es. Su socio, el conde de Woodruff, tiene una propiedad en Kent. Yo me encargo de servir de espía para mi señor, ahora voy para allá con una misión: verificar que el antiguo administrador de esas tierras no haya cometido abusos, como han reportado. Por si no lo sabe, el ahijado de mi patrón, el conde, no ha estado allí en seis años —añadió, sin quitar dedo del renglón del tema que había herido su orgullo y hombría—, y se corre el rumor de que han injuriado su nombre achacándole actos que él jamás habría podido cometer.

Los ojos de Estefanía se ensancharon llevándose una mano a los labios, y a poco habría estado de caer de la silla de no ser porque Anthony la sujetó a tiempo.

—¿Se encuentra bien? ¿Se ha sentido débil? —Le preguntó, preocupado—. ¿Desea que paremos?

—Lo que usted dice... —Estefanía lo miró a los ojos—. ¿Es eso cierto? ¿Pero cómo es posible que el conde no haya sido el que cometió esas atrocidades? Sé de muy buena fuente que la muchacha a la que dejó... usted ya sabe, lo ha señalado como el padre de la criatura.

—Créame. Lo que le digo es cierto.

Estefanía agachó la cabeza, contrariada. ¿Sería posible que Roger se hubiese equivocado? ¿Pero cómo?

—¿Por qué una niña inocente culparía al conde?

—Señorita, creo que usted es demasiado inocente. Hay mucha gente mala en este mundo, muchos que no les importaría culpar a un hombre inocente con tal de sacar dinero. Sin importar la edad.

Estefanía negó con la cabeza.

—No puedo creerlo...

—No es la primera. Es por eso que voy para allá.

—¿Tiene orden del conde de hacer callar los rumores con dinero o a la fuerza? — Lo atacó con la pregunta.

El semblante de él se puso serio, dedicándole una mirada severa.

—Voy a averiguar la verdad, señorita. Y usted será un buen testigo de que no ocuparé ni una cosa ni la otra. Puede que el conde sea muchas cosas, pero no es un desalmado, ni un hombre que dejaría abandonada a una jovencita esperando a un hijo suyo.

Estefanía se quedó callada, estudiando las facciones del hombre. Estaba oscuro, apenas

alcanzaba a divisar algo, pero podía notar que sus palabras le habían herido.

Decidió que lo mejor sería guardar silencio, sus comentarios no iban contra el hombre que la había rescatado. No sabía qué relación podía tener con el conde, seguramente una de bastante respeto, recordando las palabras que él le había dicho sobre Frank Stowner. Él había asegurado que el señor Stowner le estimaba como a un hijo. Sabía que el señor Stowner quería de la misma manera al conde, todo el mundo lo sabía. Probablemente hablar mal del conde era lo mismo que herir al señor Stowner, y por lo tanto, a Kasim.

Había sido una tonta por portarse tan suspicaz, él sólo cumplía con su obligación. Aunque, por lo que sabía muy bien de Anthony Woodruff, era Kasim, y no ella, la persona excesivamente ingenua allí.

Anthony también se quedó callado, no quería forzar al caballo corriendo de noche en un camino poco transitado, por lo que iban al paso. Aunque eso sólo parecía prolongar el camino como la tensión en el ambiente. Sabía que ella no sería fácil de convencer, pero lo haría. Nunca se había detenido ante un reto y por un demonio que haría que ella se enamorase de él.

Nadie le decía que no al conde de Woodruff. Y por mil diablos que esa joven terminaría adorándolo para el final de la semana, o dejaría de llamarse Anthony, conde de Woodruff.

Estefanía notó que el hombre hacía virar el caballo al inicio de un sendero serpenteante entre los árboles del lindero del bosque.

—¿A dónde vamos? —Preguntó, comenzando a ponerse nerviosa, al tiempo que se apretujaba en la capa. El incidente de esa noche se hizo latente en su memoria, así como el miedo que había sentido.

—Calma, pasaremos la noche en una cabaña del bosque. No voy a hacerte nada —le dijo él, notando el nerviosismo en su mirada—. Allí podrás descansar, has pasado por muchas cosas, necesitas recobrar las fuerzas. Además, debemos revisar tus heridas. Es poco probable que te hayas lastimado severamente, pero lo mejor será asegurarnos de que te encuentras en buen estado antes de continuar.

—Eh... bueno, sobre eso... —se aclaró la garganta—. No creo que sea correcto que lo acompañe a Kent. Lo he venido pensando y lo mejor será regresar a casa.

—Nada de eso —le dijo cortantemente—. No es un tema a discutir, Estefanía. Irás conmigo. Cuando termine de revisar los asuntos que tengo pendientes allá, te llevaré yo mismo a tu casa. Pero hasta entonces, te quedarás conmigo, donde pueda vigilarte y protegerte.

Estefanía lo miró con el ceño fruncido, pero no replicó. La verdad era que no sentía deseos de regresar a casa, no después de lo vivido esa noche. Y, por alguna razón, supo que él no bromeaba con esa proclamación.

—De todas maneras debería avisar que no llegaré a casa. Mi nana podría ponerse nerviosa...

—¿Nana? —La miró con una ceja arqueada. ¿Desde cuándo una joven humilde podía tener una nana?

—Es... largo de explicar —explicó Estefanía después de una pausa, poniéndose más nerviosa al ver aparecer entre varios árboles una cabaña—. ¿Es allí donde nos vamos a quedar?

—Así es, señorita —le dijo, deteniendo su montura delante de la casa. Saltó del lomo del caballo y luego se giró, extendiendo ambos brazos para ayudarla a hacer lo mismo.

Estefanía descendió con sigilo. Las manos de él alrededor de la cintura le provocaban cierto temor... y fascinación.

—Vamos, es por aquí —le dijo él, tomándola por el brazo para ayudarla a caminar. Al hacerlo, tiró de la capa y parte de ella se soltó de la mano con la que Estefanía la mantenía sujeta sobre su pecho, dejando a la vista su escote.

Una ola de deseo invadió a Anthony, quien debió hacer un esfuerzo descomunal para desviar la mirada y fijarla en el piso. ¿Habría cerca algún lago con el agua muy fría donde pudiera lanzarse de cabeza?

Estefanía, demasiado inmersa en quitarse unas telarañas del cabello, no notó nada. Al acercarse a la puerta, una rata apareció por una esquina, provocando que Estefanía soltara un alarido y terminara entre los brazos de Anthony.

—¿Se encuentra bien? —Le preguntó él, preocupado—. ¿Se siente mal? La llevaré adentro y entonces...

—No, no... Sólo era una rata —le dijo ella, señalando con el dedo al animal que en ese momento

desaparecía en la oscuridad del bosque.

Anthony frunció el ceño, ¿desde cuándo una chica pobre se preocupaba de las telarañas o las ratas? ¿Es que no estaban habituados a esa clase de cosas...? No pudo seguir pensando cuando, al volver a fijar la vista sobre la joven, sus ojos descendieron hasta su busto. La capa había desaparecido y ahora Estefanía, prácticamente con el frente del torso desnudo, se mantenía pegada a su cuerpo, provocando que una parte de él comenzara a cobrar vida propia...

Los ojos de Estefanía siguieron a los suyos hasta darse cuenta de qué era lo que veía. Con un solo salto se giró para quedar de espaldas a él, cubriéndose con ambas manos la tela rota del vestido.

—¿Por qué no entramos de una vez? —Gruñó Anthony, suponiendo que en esa situación lo último que a esa joven le pasaría por la cabeza serían las cosas que él estaba pensando hacer con ella.

Estefanía, una vez que estuvo segura de que él ya no la veía, se agachó y recuperó la capa del suelo. Esta vez la anudó con fuerza, y aunque la arrastraba al caminar, se decidió a no quitársela jamás. Entraron en la cabaña y, al echar una primera ojeada con la lámpara de mano que llevaba, Anthony bien pudo agarrar el muro para darse contra él con la cabeza. Era una cabaña de una sola habitación; el único mobiliario, una cama y una mesa con un par de sillas.

—Voy a encender el fuego —dijo Anthony, acercándose al hogar. En parte sabía que necesitarían el fuego, pero realmente lo que buscaba era alejarse de ella, mantener distancia o de lo contrario... ¡¿Dónde diablos podía estar la madera en la cabaña de un leñador?!—

Estefanía se aproximó a él en ese momento, llevando unos cuantos leños con ella.

—Pensé que podría necesitarlos —le dijo en un tono un tanto burlón, depositando los maderos en el hogar. Antes de que él pudiera inclinarse a su lado, ya se había levantado y, manteniendo el escote de la capa bien ceñido con las manos, se alejó hasta el extremo contrario de la cabaña.

Anthony pensó que era una buena idea: mientras más lejos se mantuvieran el uno del otro, mejor. Ella tenía que enamorarse del conde, no del hombre pobre que representaba ahora. Al girarse la encontró sentada en una silla con la mano levantada hacia la luz, buscando algo en uno de los dedos que no se apreciaba a simple vista.

—¿Se ha encajado una astilla? —Le preguntó él, aproximándose a ella.

Estefanía no lo había visto acercarse, automáticamente se cerró la capa sobre el pecho, dejando oculta la mano.

—Señorita, no voy a hacerle daño —le dijo él con voz suave—. Debe confiar en mí.

—¿Por qué habría de hacerlo? Discúlpeme si parezco impertinente, pero no lo conozco.

—Me conoce...

—¡No! Y si lo hiciera, de nada serviría, a mi primo lo conozco hace años y ahora... —Un gemido interrumpió sus palabras.

—Lo que vivió hoy debió ser algo sumamente difícil, pero no todos los hombres somos iguales. Hay gente que quiere ayudarla, sólo eso. Yo entre ellos... —suspiró, sabiendo que no daba con las palabras adecuadas—. Mire, yo puse mi vida en sus manos. Ahora usted bien podría devolverme el favor.

Estefanía lo miró ofendida por sus palabras, pero cuando sus ojos se toparon con los de él se dio cuenta de que reía, había dicho eso para hacerla reír. Y se descubrió riendo también.

—Debo parecer una completa patética.

—A decir verdad si un cerdo como su primo me hubiera intentado poner las manos encima, yo

también estaría asqueado —continuó bromeando él, provocando que ella riera más.

—Ahora, ¿me vas a dejar ver esa mano, Estefanía? ¿Te puedo llamar Estefanía?

—Supongo que sería algo raro llamarnos de otra forma después de habernos salvado mutuamente la vida —ella se encogió de hombros, tendiéndole la mano.

Anthony se arrodilló delante de ella, sonriendo todavía por sus palabras. La astilla no era grande ni estaba profunda. La extrajo con cuidado sin mayor problema y se deshizo de ella. Después, con suma ternura, acercó el dedo herido a los labios y le dio un suave beso.

Estefanía sonrió por el gesto, pero al moverse para retraer una vez más la mano, su sonrisa se mudó para adoptar una mueca de dolor. Anthony frunció el ceño y se acercó más a ella, llevando una mano bajo la capa.

—¿Qué estás haciendo? —Chilló ella alarmada, haciéndose hacia atrás de manera tan brusca que por poco estuvo a punto de caer de espaldas con todo y silla.

—No le haré daño, quiero ver si no tiene lastimadas las costillas.

—¿Pero qué vas a hacer?

—Voy a palparte... —carraspeó—, voy a palparle el cuerpo.

—¿¿Es que te has vuelto loco?! —Intentó ponerse de pie, hundiéndola en su asiento sujetándola por los hombros.

—Es por tu bien, Estefanía. Si tienes una costilla rota, podría perforarte los pulmones o algún otro órgano...

—¿Es que eres médico?

—No.

—¿Entonces no me pondrás una mano encima!

—¿Ves algún médico por aquí? —Exclamó él, comenzando a impacientarse—. Estefanía, no estoy bromeando. Si tienes una herida severa, debemos...

—¿Y si fuera así qué harías?

—Te vendaría, te pondría un cabestrillo, iría por un médico. Pero dejarte así, no.

—Bien, haz eso. Pero no me toques.

—Estefanía...

—En Kent está el doctor Wood, lo encontraremos allá y él me curará.

—¿Y permitirás que él sí te ponga las manos encima? —Gruñó, comenzando a sentir una vez más esa maldita oleada de fuego en su interior, que otra persona perfectamente llamaría celos.

—Es médico.

—Es un hombre.

—Es como mi hermano, y lo será más cuando se case con mi prima. Tengo plena confianza en él.

—¿En él y no en mí? Cuando fui yo y no él quien te rescató de ese desgraciado.

—No me lo tomes a mal...

—¿Crees que voy a lastimarte?

—No...

—¿Entonces por qué no me dejas ayudarte?

Estefanía suspiró y desvió la mirada. No tenía respuesta.

—Está bien... —musitó—, pero hazlo rápido... ¡Y...! —Añadió, tomando la mano de él con la

mano que no le dolía antes de que pudiera entrar bajo la capa— si tocas más allá de lo necesario...

Anthony volteó los ojos. Comenzaba a hartarse de esa situación.

—No será así —le dijo con voz severa, metiendo la mano bajo la capa de una vez.

Estefanía permaneció inmóvil, respiraba de manera entrecortada, trémula a cada una de los movimientos de su mano. Apretó los puños a los costados, tensándose cuando su mano se acercaba peligrosamente a la curva de sus pechos, pero él cumplió con lo prometido, desviándose para continuar por la línea de la costilla. Al apretar en un punto cercano a su espalda, ella chilló y él regresó la atención a ese lugar.

—No está rota —dijo al fin sin quitar la mano, repasando las demás costillas—, pero te diste un fuerte golpe. Tendrás que tener cuidado y no moverte demasiado para que el dolor pase.

—Gracias... —musitó cuando finalmente él separó la mano de su cuerpo.

Anthony asintió con la cabeza y cerró la capa sobre su pecho. No era idiota como para permanecer contemplando su busto e intentar permanecer impávido.

—¿Tienes hambre? —Le preguntó poniéndose de pie para dirigirse a la puerta—. En la alforja traigo algo de comer.

—¿Dónde pasará la noche el caballo? —Le preguntó ella, poniéndose de pie también.

—Afuera —contestó Anthony, extrañado de su pregunta—. No querrás que lo meta aquí, ¿o sí?

Estefanía miró por la ventana. En medio de tantas ramas era difícil alcanzar ver el cielo, en especial a mitad de la noche, pero por la cantidad de truenos y rayos era obvio que llovería a cántaros en cualquier minuto.

—Vamos, estarás bromeando —le dijo al suponer que ella se estaba pensando sus palabras—. No voy a meter aquí al caballo.

—No, claro que no... —se acercó a él—. Pero bien podríamos guarecerlo. Si se moja podría enfermar.

—Buscaré algo con lo que hacerle un techo.

—Yo te ayudo —se apuró en decirle la joven, saliendo tras él prácticamente pisándole los talones.

Anthony volteó los ojos. Esa mujer bien podría enloquecerlo si no se andaba con cuidado. ¿Desde cuándo a las mujeres les importaba tanto si un caballo se mojaba o no por la lluvia? Sólo faltaba que quisiera cubrirlo con su capa... Aunque él no se negaría a hacerlo si ella se lo pedía... sonrió burlonamente para sí mismo.

—¿No te gusta mi idea? —Le preguntó ella.

—¿Disculpa...?

—Te dije que podríamos atar unas cuantas ramas de modo que queden formado un techo.

—Sí, eso podría ser... —Se encogió de hombros, considerando la posibilidad de que si le caían varias arañas de las ramas que fuera a mover, ella se quitaría la capa para... — ¡Ay! —Gritó cuando se pegó de frente con un árbol.

—¿Te encuentras bien? —Estefanía se giró hacia él, preocupada.

—Sí... Espera aquí un minuto, ¿quieres? —Le dijo molesto, dirigiéndose al caballo. Con un movimiento rápido lo despojó de la silla y la alforja y regresó a su lado. Dejó la silla sobre un tronco cortado y, posando una pierna sobre el mismo lugar para usarlo como apoyo para la alforja,

buscó en el contenido. No tardó en sacar una camisa limpia de lino y se la lanzó a Estefanía.

—Toma, pónstela —le ordenó en un gruñido, encaminándose a la casa con la alforja en la mano.

Por un demonio, se odiaba por haber tenido que recurrir a eso, pero si seguía pensando en sus pechos desnudos terminaría por desnucarse en un descuido.

Sin embargo, cuando ella entró corriendo a la casa unos minutos después, supo que había cometido un grave error. La camisa la cubría completamente, es cierto, pero también dejaba a relucir todos sus encantos. Se había soltado a llover, y la tela transparente no hacía más que pegarse a las curvas de su cuerpo, dejando translucir a media luz lo que había debajo... Aquello que él no podía tener... Un cúmulo de rabia se encendió en su interior, al tiempo que la estrechez de sus pantalones se volvía más intensa.

—Rápido, se ha soltado a llover —le dijo ella como si él no se hubiera dado ya cuenta al verla —, el caballo se está mojando.

—¿Y la capa?—Le preguntó forzándose por mirarla a los ojos y no a los pechos.

—Yo... eh... —ella lo miró avergonzada—. El caballo se estaba mojando y...

—¿Se la pusiste al caballo? —Exclamó, aunque hubiera deseado reír por la ironía que eso representaba al haberlo pronosticado hacía tan sólo un momento.

—No quería que se enfriara... —intentó disculparse ella cuando Anthony pasó por su lado hecho una furia.

—Él no, pero está bien que a ti te dé una pulmonía. ¿Qué estás haciendo? —Le preguntó cuando la encontró a su lado—. Regresa a la casa ahora mismo, vas a empaparte.

—No, te ayudaré a...

—¡Estefanía, sólo vas a estorbar...! —La joven lo fulminó con la mirada antes de darse la media vuelta y rodear al caballo por el lado contrario al que él estaba. Antes de que pudiera decir o hacer nada, estaba trepando por uno de los árboles—. ¡¿Pero qué diantres estás haciendo?!

Estefanía trepó por una de las ramas hasta alcanzar la rama de un árbol cercano. Ató los extremos con una cuerda que sacó del bolsillo, y luego otra, y otra, hasta dejar un improvisado techo sobre el caballo.

—De prisa, tráeme la colcha de la cama.

-¿Qué...?

—La cama tiene una colcha. Dudo mucho que vayas a usarla, debe estar llena de arañas y moho. Por favor, tráela, la pondré como lona para evitar que el caballo se moje.

—¿No sería mejor colocarla sobre el lomo del caballo?

—No, él tiene pelo para guarecerse del frío, si lo cubres la manta absorberá el agua y se enfriará. Lo que necesita es protegerse del agua, confía en mí.

Anthony se apuró en hacer lo que ella le había pedido y a los pocos minutos regresó llevando la colcha con él. Se estiró para que ella pudiera alcanzarla y entre ambos la colocaron sobre el caballo.

Estefanía regresó entonces por el mismo camino que había tomado y Anthony la recibió entre sus brazos para ayudarla a terminar de bajar el último trecho. Al hacerlo, sus rostros se encontraron tan cerca que por un par de segundos lo único que hicieron fue compartir sus mutuas miradas. Hasta que el estrepitoso sonido de un trueno rompió el encanto.

—¡Rápido, entremos en la casa! —Le dijo Anthony, llevándola de la mano hasta el interior de la

cabaña.

Estefanía se apuró a coger la capa de camino, pero era inútil, tanto esa prenda como todo cuanto ellos traían puesto escurría como si se hubiesen metido de cuerpo entero en un pozo.

—Será mejor que... —Anthony se quedó sin palabras al verla prácticamente desnuda bajo la tela de la camisa mojada. Lucía preciosa; el rostro pálido a causa del frío y el cabello húmedo suelto en ligeros rizos sobre los hombros y la cara, provocaban un contraste magnífico, acentuando el brillo azul de sus ojos y el rosa de sus labios. Sin mencionar que el conjunto entero, ella vestida con esa ropa mojada a tal grado que se ceñía en cada parte de su cuerpo, la hacía lucir como una especie de diosa griega salvaje y magnífica.

Al diablo con los vestidos de fiestas, si todas las mujeres lucieran así en los bailes, conseguirían casar a todos los condes, marqueses y duques que existiesen, ¡por un demonio que conseguirían desposar hasta al príncipe! Desvió los ojos y apretó los dientes, no podía continuar mirándola o no sería capaz de controlarse más...

—Será mejor te acerques al fuego, Estefanía —le dijo en tono cortante—. Podrías enfermarte.

Tú también podrías enfermarte —le dijo ella.

—¿Es que tienes que contradecirme en todo?

Estefanía sonrió, pero hizo lo que él le pedía. Cogió una silla y la acercó al fuego, para después tomar asiento a su lado, en el suelo.

—¿Qué estás haciendo?

—Lo que tú me dijiste —ella lo miró con extrañeza.

—¿Y no se te ocurre que la silla es para que te sientes sobre ella?

—La silla es para ti —le dijo con sencillez, girándose una vez más hacia el fuego—. A mí me gusta sentarme en el suelo cuando estoy frente a una chimenea. Así...

—¿Así qué? —Le preguntó él, apartando la silla para sentarse a su lado.

Estefanía lo miró con una ligera sonrisa para enseguida regresar la vista a las llamas.

—Así me siento como en casa.

Anthony la observó detenidamente, como si ella, y sólo ella, existiera en el mundo para ser vista... ¿qué era lo que tenía esa joven que le resultaba tan fascinante?

—Siento lo de tu capa... —le dijo de repente, sin apartar la vista de las llamas—. Sé que no debí... Es sólo que... —suspiró, encogiéndose de hombros—, no puedo soportar que un animal sufra. Mi padre solía decir que los animales trabajan a nuestro servicio, y por lo mismo les debemos un respeto. Así era él, siempre bueno, siempre generoso, trataba a todos con sumo respeto, decía que era lo menos que una persona merecía. O un animal.

Anthony sonrió, fijando la vista en la sonrisa triste que se había dibujado en su rostro.

—Mi padre decía lo mismo.

Estefanía se giró, arqueando las cejas, sorprendida.

—Desde el sirviente más humilde, hasta el caballero más distinguido, todos merecían respeto.

—Seguramente tu padre debe ser un hombre estupendo.

—Él falleció...

—Lo siento, yo... —Estefanía suspiró, sin saber qué más decir, agachando la cabeza—. Mi padre también falleció, hace varios años...

Anthony posó una mano sobre la de ella en un gesto cálido y lleno de afecto. Estefanía sonrió, ligeramente agradecida por ese gesto de comprensión sin necesidad de palabras. Era extraño, apenas conocía a ese hombre y se sentía tan cómoda con él como si lo conociera de toda la vida.

—¿Sabes qué pienso? —Le dijo él, de repente, recostándose sobre la alfombra y cruzando ambos brazos tras la cabeza.

—¿Qué piensas? —Preguntó ella, mirándolo divertida al tiempo que levantaba la tela de la falda para que se calentara con las llamas.

—Creo que mi padre y el tuyo se habrían llevado muy bien.

Estefanía rió, asintiendo con la cabeza.

—¿Sabes qué pienso?

—¿Qué piensas? —Repitió la pregunta igual que como ella lo había hecho antes.

—Que tienes razón.

Ambos rieron ligeramente y se quedaron en silencio. El único sonido en la habitación era el crepitar de las llamas.

Estefanía, abrazándose las piernas, bostezó largamente, manteniendo oculta la cabeza entre las rodillas. Estaba exhausta y el agotamiento comenzaba a cobrarle factura.

—¿Sabes qué sería buena idea?

—¿Qué cosa? —Preguntó ella, forzando una sonrisa al mirarlo, a pesar de su cansancio.

—Creo que deberías desnudarte y acostarte a mi lado. —El sueño se esfumó como si le hubieran echado encima un balde de agua fría, a pesar de que las mejillas se le encendieron como dos tomates —. No entiendo cómo se te va a secar la ropa si no te la quitas —le aclaró él, riendo por la cara de espanto que ella le dedicó—. Pero como sé que no lo vas a hacer, te propongo que me hagas caso en la segunda parte de mi proposición.

—¿Acostarme a tu lado? —Frunció el ceño—. ¿Crees que soy estúpida?

—Sólo creo que, si no te quieres quemar con las llamas de la chimenea, ni congelarte en la noche acostándote en esa cama tú sola, claro, por excepción de las chinches y las arañas —señaló la cama arrumbada en una esquina, y por la cara de asco que ella le dedicó, supo que ni aunque le pagaran se acostaría allí—, el único lugar decente que te queda para descansar, es aquí —palmeó el suelo a su lado, donde había extendido su manta de viaje, exquisitamente seca.

—¿De dónde salió eso?

—De ahí —señaló la alforja—. ¿Qué dices entonces? —Extendió sobre él una segunda manta.

—No puedo dormir contigo ...

—¿Prefieres las chinches y las arañas? —Volvió a señalar la cama.

—No... —miró al fuego, extendiendo las manos hacia las llamas.

—Es un lugar pequeño, Estefanía, decídete de una vez.

—Dormiré aquí, gracias.

—¿Junto a la piedra de la chimenea? —Se burló—. ¿Te das cuenta que sólo tienes que recostarte para estar a mi lado? ¿O para caer dentro de las llamas? —Bajó el tono para adoptar uno más grave—. ¿Quieres despertar calcinada, o peor, no volver a despertar jamás?

—No tengo sueño...

—Por favor, se ve que te estás cayendo de sueño. En cualquier momento te quedarás dormida y

no quiero que termines como un pollo asado, así que, decide de una vez.

Estefanía miró con aprehensión el fuego de la chimenea y luego el piso al lado de él, cobijado por esa tersa manta de lana...

—¡No! —Chilló, como si pensara y hablara a la vez, demasiado cansada para cavilar en silencio—. No puedo.

—En ese caso ve a la cama.

—¿Por qué no vas tú? —Lo miró con el ceño fruncido—. Un caballero dejaría a la dama elegir.

—Quizá no sea un caballero —sonrió de manera mordaz, provocando que el ceño de Estefanía se acentuara más—. O tal vez, pretendo que no mueras de hipotermia por la noche —añadió, levantándose de su lugar—. Pero, si tan repulsivo te soy, está bien, como quieras...

—No me refería...

—No, ya entendí.

—¡Kasim!

—Descansa —le dijo tomando asiento en el borde de la cama, aunque por la expresión de su cara, se notaba que tampoco le agradaba la idea de dormir en ese lugar que debía ser el nido de quién sabe cuánta alimaña.

—¡Kasim, por favor!

—¿Me hablas a mí? —Le dedicó una mirada ofendida.

Estefanía suspiró, manteniendo ambas manos juntas sobre el regazo, como si lo que iba a decir le costara un enorme trabajo.

—Ven, por favor. Acércate al fuego... Yo... —tragó saliva—, me quedaré a tu lado.

Anthony, de espaldas a ella, sonrió triunfalmente. Sin embargo, no estaba preparado para ceder.

—No tienes que hacer algo que no desees, Estefanía. Duerme allí tranquila. Yo pasaré la noche aquí.

Se hizo una pausa larga, tan larga que Anthony debió espiar sobre su hombro para percatarse de que ella realmente no se había dormido, dejándolo a él acostado en esa inmundicia de cama.

Cuando giraba la cabeza, escuchó su voz, apenas un murmullo.

—Por favor, yo... lo deseo, lo quiero así.

Esta vez no esperó una segunda invitación. Se puso de pie y, manteniendo una expresión impasible, quizá con un dejo dramático de ofensa, regresó a su lugar en el suelo y se acostó sobre la manta.

Estefanía titubeó, pero acabó por seguirlo recostándose a su lado, aunque manteniendo una distancia bastante pertinente entre ellos.

—Te congelarás.

—Ya cedí en lo que querías, ahora cállate —espetó ella, sin volverse.

Anthony rió en silencio, cubriéndose la boca con la mano, pero aun así Estefanía lo escuchó. Se giró hacia él apoyada en un brazo y lo amenazó con un dedo, agitándolo bastante cerca de su nariz.

—Y tú... ¡más te vale mantenerte en tu lado de... de... del piso! ¡Y pobre de ti si despierto y te encuentro haciendo algo indebido!

—¿Como qué? —Fingió completa inocencia, provocando que ella se enojara más.

—¡Ah! ¡Eres imposible! —Gruñó, girándose una vez más para quedar de espaldas a él,

cubriéndose con la manta hasta la cabeza.

Anthony rió a carcajadas, volviendo a acostarse con los brazos cruzados tras la cabeza.

Podía ser que esa mujer lo volviera loco, pero de una cosa estaba seguro: nunca lo aburriría.

ESTEFANÍA DORMÍA YA. Anthony se dio cuenta al escuchar su rítmica y suave respiración. Era el momento de actuar, no tenía idea de cuánto duraría el disfraz que traía puesto, sabía por experiencia propia que el tinte que usaba era de muy buena calidad, era esa la razón por la que Kasim se lo había dado y confiaba plenamente en Kasim. Y aunque ya antes lo había probado bajo la lluvia y tras haberse sumergido en el agua, y el tinte resistía bastante bien —tanto que en varias ocasiones debió hacer uso de una peluca rubia que ocultara los restos de su cabello teñido—, solían escaparse algunas gotas negras del amasijo de cabello y quería asegurarse de que no fuera el caso. Posiblemente el polvo de carbón de la cara ya se habría esfumado con la lluvia, pero tenía la piel bronceada naturalmente a causa de su estadía en la India, y Estefanía no lo reconocería debido a los polvos que se ponía en la cara para adoptar una tez más clara —no era apropiado que el conde de Woodruff luciera una piel morena, pero tener gotas negras manchando su rostro, definitivamente podrían poner a la joven en alerta.

Se acercó al fuego y atisbo su imagen en el espejo personal que siempre llevaba consigo —cómo no hacerlo si su imagen dependía de mantener las apariencias—. Había estado en lo cierto, algunas gotas resbalaban por su mejilla, pero el color azabache de su cabello estaba intacto. Excelente.

Se puso de pie y salió sigilosamente de la cabaña hasta llegar a un pozo cercano. La cuerda aún funcionaba y no le costó sacar un poco de agua con la que pudiera limpiarse la cara. Con su color natural de piel y la barba crecida que tendría por la mañana, no habría problema. Su cabello no era negro, pero sí lo suficientemente oscuro para complementar a la perfección el disfraz. Tenía bastante experiencia para saberlo.

Más aliviado, regresó a la casa y volvió a recostarse a un lado de Estefanía. Ella dormía aún, quieta y apacible, sin darse cuenta de nada. Pobrecilla, debía de estar exhausta. Se encontró observándola con la cabeza apoyada en la mano, tan cerca de ella que de haber despertado, seguramente lo habría reprendido. Rió para sus adentros, había algo que le resultaba sumamente divertido en hacerla enojar y a la vez encantador...

¡Pero qué estaba diciendo! Actuaba como un estúpido enamorado y él no... ¡No podía! Ella era una costurera, por todos los cielos, él conde de Woodruff. Lo suyo era imposible. Y aunque no fuera una insignificante empleada, él se había jurado no casarse nunca. Había hecho enfurecer a su hermano cuando le dio su opinión acerca de escoger a una institutriz como su mujer. Ahora él cometía la misma desfachatez, enredándose con una costurera, ¡con una costurera...! Cuando se había jurado jamás hacer algo parecido, ¡que jamás se enamoraría, jamás se casaría y mucho menos con una sirvienta!

Todo eso era un juego, debía recordárselo. Ella lo había rechazado y nadie lo rechazaba a él. Ella se enamoraría de él y listo, se acabó. Nada de estupideces románticas, nada de quedarse observándola a la luz de las llamas...

Tenía que dejar de cometer estupideces. Su padre siempre se lo repitió mientras vivió sin que él lo escuchara y ahora su padre ya no estaba para reprenderlo... Y por Dios que no lo decepcionaría otra vez. Lo había deshonrado demasiadas veces en vida, como para también deshonrar su memoria.

Molesto, se dio la media vuelta quedando de espaldas a Estefanía y se alejó hasta el extremo más

alejado de ella sobre la manta. Hubiera ocupado la cama de no temer realmente que pudiera salir cualquier alimaña de ella mientras dormía. Además, debía asegurarse de que ella se mantuviera caliente...

Apretó los ojos apartando los pensamientos que esa sola palabra le traía a la mente. Cuidaría de esa joven hasta llegar a Kent, entonces la dejaría a cargo de Kasim y se olvidaría de ella. Había sido un estúpido por dejarse enredar por ella. Actuaba como un tonto adolescente que no sabía lo que quería, buscándola primero y rechazándola después; lo sabía. Pero Frank siempre decía que cuando uno se enamoraba, el uso racional del cerebro pasaba a un segundo plano. Si era así, era natural que él... ¡Pero qué demonios estaba pensando!, ¡él no estaba enamorado! Quizá ella le gustase, le atraía... ¡pero nada más!

Por un demonio que se la sacaría de la cabeza y se dejaría de tonterías. Había querido jugar con ella y ahora era él el que se había echado la soga al cuello. Y más le valía quitársela antes de que fuera demasiado tarde...

## Ω

A la mañana siguiente Anthony se despertó abrazado a Estefanía. Gracias al cielo que ella no se había dado cuenta o estaba seguro que habría puesto grito en el cielo y ni con todas las cadenas de Londres habría logrado mantenerla a su lado.

Se desperezó y salió al bosque llevando su escopeta para cazar algo para comer antes de partir. Moría de hambre... o quizá sólo fuese una excusa para mantenerse alejado de Estefanía.

Al regresar la encontró sentada frente a la chimenea, se había vuelto a colocar la capa que él había dejado secando sobre la silla cerca de la chimenea y en ese momento utilizaba una rama como atizador para avivar las llamas.

—Excelente —le dijo sin verla, dirigiéndose a la única mesa del mobiliario—, ese fuego servirá para asar este pato.

—Bien... —contestó ella en un murmullo bajo, sin dejar de avivar las llamas.

—¿Sabes desplumar un pavo?

—Sí —contestó sin moverse de su lugar, echando un leño al fuego.

—Me refiero a que si puedes hacerlo —le dijo en un tono más severo, girándose por primera vez hacia ella.

Fue entonces que notó lo rara que se encontraba: se había hecho un ovillo delante de las llamas y, con la capa subida hasta la nuca, temblaba tan fuerte que le castañeaban los dientes.

—Santo cielo, ¿pero qué es lo que tienes? —Se acercó a ella y le quitó la tela de la cabeza para tocar su frente, aunque no era necesario: el calor que despedía su cuerpo era sensible a la distancia y sus ojos, brillantes por la fiebre, disipaban cualquier duda—. Estás enferma...

—Estoy bien —dijo con voz baja, comenzando a toser.

—No, no estás bien, estás enferma —replicó él—. ¡Te dije que ibas a enfermarte si salías a la lluvia!

—Dije que estoy bien... —repitió ella poniéndose de pie, pero al hacerlo trastabilló y Anthony debió sujetarla antes de que terminara cayendo sobre las llamas de la chimenea.

—En ese estado sólo estarás bien para que te metan en un ataúd. Vamos, debes recostarte.

—No voy a meterme en esa cama —repuso ella dirigiéndole una mirada de asco al lecho del fondo.

—Te quedarás aquí —la depositó sobre la manta en el suelo—. Yo me ocuparé de la cama.

—¿Cómo podrás hacer eso? Es un montón de paja apelmazada, y quién sabe qué cosas vivan allí dentro.

—Yo me ocuparé, sólo descansa.

—En México podrías encontrar alacranes —comentó ella—, allí viví de niña, ¿sabes? Hasta los cinco años. Es poco lo que recuerdo, pero me acuerdo de los alacranes. La gente moría cuando les picaban, no todos en realidad, pero recuerdo que un niño murió. Tenía mi edad, fue cuando supe que yo también podía morir, aunque fuera una niña. —Anthony le dirigió una mirada severa, estudiándola con los ojos—. ¿Sabes qué podría ser una buena idea? Que uses las plumas del pato para la cama —rió ella, girándose con la cabeza apoyada en la mano—. No hay nada más cómodo que un colchón de plumas, ¿te has acostado en uno? Son tan suaves y mullidos... —cerró los ojos, sonriendo soñadoramente—. Me imagino que ha de ser así recostarse en una nube. Aunque las nubes están hechas de agua, así que sería mejor una cama de agua, ¿te imaginas una cama de agua? ¿Un colchón que tenga agua dentro? ¿No sería fabuloso?

Anthony se acercó a ella y la obligó a recostarse nuevamente.

—Estás delirando, lo mejor será que duermas.

—No por tener una buena idea tengo que estar delirando. Los grandes genios tienen buenas ideas y yo tengo una muy grande. Me haría millonaria —volvió a enderezarse, sin percatarse que al hacerlo quedó a menos de un palmo del rostro de Anthony—, ¡eso haré! Me haré millonaria.

—Qué genial idea, podría ocurrírseme a mí también.

—No hacerme millonaria, tontito, sino hacer colchones de agua —rió tan fuerte que quedó agotada y debió apoyar la cabeza sobre su hombro—. Cientos y cientos de colchones de agua, serán cómodos y suaves... suaves como tu hombro —bostezó, acercándose más a él—. Eres tan cómodo y tibio...

Al segundo siguiente estaba roncando. Anthony no pudo evitar sonreír. Lo habían comparado con muchas cosas en su vida, pero definitivamente no con un colchón... y menos de agua.

Con cuidado la tomó en brazos y volvió a depositarla en el lecho sobre el suelo. Ella comenzó a balbucear algo en español. Entonces recordó que había hablado de México. También en otra ocasión le había dicho que ella era mexicana y por lo tanto estaba exenta de llamarlo lord.

Sus ojos se fijaron en sus facciones, no recordaba cómo es que debía ser una mujer mexicana, sabía que Bárbara Campbell decía ser española —algo extraño para un apellido de origen escocés—, y su piel era más morena que la de la mayoría de las mujeres de Londres, pero no significativamente como para crear una distinción. Se imaginaba que una mexicana sería como una hindú, por algo habían confundido a América con la India, sin embargo ella no parecía distinta a cualquier otra mujer londinense.

Ella se movió y se quejó en sueños con un sonido gutural que lo hizo olvidarse de todo pensamiento. Decidido a ponerse a trabajar para quitarse esas ideas de la cabeza —

Frank siempre decía que no había nada mejor que el trabajo duro para quitarse de la cabeza un vicio, y esa joven se estaba convirtiendo en un vicio para él—, la cubrió bien con la otra manta y salió nuevamente en dirección al bosque, esta vez llevando su caballo con él.

Regresó al anochecer, cargando varias ramas secas y heno recogido del campo. Esas tierras eran suyas, pero debió agradecer que no se encontrara a nadie por el camino, o bien habría tenido que dar explicaciones que no deseaba dar.

Detuvo al caballo frente a la puerta y entró en la cabaña. Estefanía dormía aún. Magnífico, mientras menos contacto tuviera con ella, estaría mejor.

Siguió de largo sin detenerse a verla hasta la cama y arrancó las sábanas que cubrían el lecho. El pobre colchón se encontraba podrido, no era de paja como Estefanía había asegurado, pero tenía toda clase de alimañas que le hubieren hecho proferir un grito. Sin detenerse a escrutar más, tomó todo el amasijo de sábanas y relleno de una sola vez para llevarlo todo junto fuera de la casa.

Al aproximarse a la salida, una cucaracha escapó del amasijo que llevaba y cayó al piso. Antes de que Anthony pudiera hacer nada para evitarlo, el asqueroso bicho corrió en dirección a Estefanía, el único objeto en esa habitación vacía donde podría hallar refugio, y se perdió entre las mantas.

Anthony despidió una palabrota, dejó las cosas afuera a la carrera —no fuera a ser que otra cosa más horrenda saliera de allí y también decidiera buscar refugio en el lecho de la joven— para regresar enseguida a su lado.

Como supuso, el bicho había desaparecido entre el conjunto de telas que formaban la frazada, la capa y las faldas de Estefanía. Ahora el problema estaba en cómo haría para dar con el bicho sin despertarla.

Dudaba mucho que ella deseara despertar de su plácido sueño con las manos sobre su cuerpo, aunque, puesto en la balanza, tal vez sería mejor que despertar con una cucaracha encima.

Sintiendo una mezcla de temor y euforia, levantó la falda de Estefanía y echó una ojeada en el interior. Unas piernas perfectamente torneadas quedaron a la vista, ocultas apenas por los bombachos que se habían pegado al cuerpo de Estefanía por la humedad y el sudor. Algo se encendió en una parte de él que intentaba mantener a raya.

Rápidamente apartó la vista y dejó caer las faldas, no necesitaba darse más tentaciones. Miró dentro de la capa, que Estefanía mantenía muy sujeta contra su cuerpo, y buscó por los costados. Allí la vio, escondida justo en el hueco que se forma en la unión de la espalda y las nalgas. El bicharraco, al saberse descubierto, escapó y se coló por la manga de la camisa. Gracias al cielo que ella dormía, o seguramente se habría puesto a gritar como una histérica. Lejos de eso, Estefanía comenzó a reír, moviéndose en sueños.

—Basta, me haces cosquillas —dijo girándose para quedar recostada del lado contrario, justamente de cara a él.

Anthony sudó frío cuando vio aparecer al bicharraco justo por el cuello. Antes de que pudiera ocultarse una vez más bajando por el escote, la agarró ágilmente. Justo en el mismo momento en el que Estefanía abría los ojos, provocando que lo primero que viera fuera a la horrible cucaracha moviéndose delante de sus narices.

—¡Ah! —Profirió un grito que pudo traspasarle los tímpanos.

Anthony estuvo a punto de soltarle la cucaracha en la cara por la impresión, pero reaccionó a tiempo para saber que eso habría resultado peor y se apuró a salir de la casa, con el bicho todavía en la mano. Con rabia, todavía escuchando gritar a Estefanía en el interior de la casa, lo tiró al piso y le dio un pisotón.

—¿Qué estabas pensando? —Le riñó Estefanía alcanzándolo en la puerta—. ¿Crees que fue

gracioso?

Anthony ciertamente sentía deseos de reír, era una situación hilarante, sin ninguna duda, pero no quería hacerla enfadar.

—¿Por qué te burlas de esa manera de mí? ¡No me gustan los bichos, ¿es un pecado acaso?!

—No me estoy burlando de ti, Estefanía. Esa porquería se te había subido encima, lo único que hice fue quitártela.

—¿Se me subió...? —Estefanía palideció tanto que Anthony pensó que habría sido mejor no decirle nada. La miró preocupado por un par de segundos, pero al segundo siguiente estuvo una vez más a punto de soltar una carcajada cuando ella comenzó a patear y a sacudirse la melena, como si temiera que otro bicho anduviera incursionando por su cuerpo.

—Tranquila, dudo mucho que tengas otra cosa encima. Pero para evitar que vuelva a pasar, lo mejor será que te acuestes en una cama, he traído heno fresco para hacerte un colchón nuevo —le dijo tomándola por los hombros para ayudarla a entrar a la casa. Al hacerlo, notó que estaba sumamente caliente, la fiebre todavía no había cedido.

—¿Me has traído heno...? —Ella lo miró de una manera que lo desconcertó—. Eres tan bueno...

—No exageres, sólo es una cama.

—Es mi cama —rodeó su cuello con un brazo—. ¡Gracias, Kasim!

Anthony volteó los ojos, esa mujer estando con fiebre actuaba como una ebria, o muy enojona, o muy cariñosa... Sería mejor que mantuviera cuidado.

—Sí, es tu cama —le dijo en un tono que le habría dedicado a una niña de cinco años—. Ahora, vamos a recostarte, debes descansar.

—Tengo hambre... Debo preparar la cena.

—Lo haré yo.

—Tú no sabes. Eres hombre.

—Los hombres también sabemos cocinar.

—Bertha dice que todos los hombres son unos buenos para nada, sólo sirven para matar bichos y hacer guerras. Es decir, que para una sola cosa buena.

—Muy inteligente esa Bertha —le dijo en tono más cortante, dejándola sobre una silla mientras se ocupaba de poner el heno sobre la cama para enseguida cubrirlo con la frazada de viaje.

—Lo sé y es muy valiente también. Dice que descende de reyes aztecas y que parte de su familia son chamanes. A veces pienso que también es un poco bruja —rió para sí misma—, y seguramente Jacinta también lo cree, porque nunca se ha atrevido a echarla. Debe de temer que le eche una maldición —rió estrafalariamente, provocando que Anthony sonriera por el solo hecho de verla reír a mandíbula desencajada por una cosa sin sentido.

—Vaya que debe de ser interesante conocer a esa Bertha —le dijo ya de mejor humor, ayudándola a llegar hasta la cama.

—Oh, sí, es una mujer interesantísima. Yo creo que te va a caer muy bien... —comenzó a toser con fuerza, a causa de la risa. Anthony se preocupó, su malestar parecía empeorar en lugar de mejorar.

—Me preocupa que esto empeore, Estefanía. Creo que lo mejor será que vaya por un médico —le dijo él, poniéndose de pie.

—El doctor Wood está en Kent. Tenía que ir a ver a la muchachita que va a tener al hijo del conde —le dijo ella con la naturalidad de quien comenta el clima.

Anthony sintió una oleada de enojo arder en su interior. Así que él había sido el culpable de ese chisme, él se lo había contado a ella, ¡él, él, y por mil demonios él! Ese tipo comenzaba a colmarle la paciencia, siempre surgía para entrometerse entre él y Estefanía.

—En ese caso, iré a buscar otro médico. Hay muchos en Londres, no necesitaremos a tu querido doctor Wood.

—¡No! —Estefanía alcanzó a sujetarlo por la muñeca antes de que se alejara—. Por favor, no... Quédate conmigo.

—Pero estás mal, podrías ponerte grave.

—Estaré bien, por favor no me deje. Él podría volver. .. —¿Él...?

—Mi primo... —sus ojos se llenaron de miedo—. Me espía por los rincones... En las noches no puedo dormir, sé que él me acecha. Quiere hacerme daño, lo he visto en sus ojos.

Anthony frunció el ceño. Su primo, el hombre que la había atacado. Ella estaba hablando de él.

—Por favor, no te vayas. Él vendrá, siempre viene... ¡por favor! ¡Por favor...! — Suplicó fervientemente, sujetándose de su muñeca con tal fuerza que le dejó marcadas las huellas de los dedos en la piel.

Anthony se estremeció, pocas veces había visto a una mujer tan afligida como ella y ciertamente no había esperado verla a ella en ese estado. Siempre lucía tan segura de sí misma, fuerte e invulnerable... ¿Qué daño podría haberle hecho ese desgraciado para provocarle tal pánico a una criatura como ella? ¿Sería...? ¿Podría ser que se hubiera aprovechado de ella en ocasiones anteriores?

Al ver ese rostro afligido, no pudo menos que sentir lástima por ella. No podía marcharse y dejarla sola, no así... Se sentó a su lado en la cama y la abrazó, estrechándola con suma ternura contra él, intentando transmitirle seguridad, confortarla, hacerle saber que estaba ahí para ella.

Y debió funcionar porque a los pocos minutos escuchó una vez más el sonido rítmico de su respiración al quedarse dormida, ese sonido que comenzaba a quedar tan grabado en su corazón.

—Tranquila, pequeña. Me quedaré a tu lado y te cuidaré bien hasta que mejores —le dijo al oído, colocándola cuidadosamente sobre el lecho para enseguida cubrirla con la otra manta—. Y ahora este hombre inútil preparará una buena sopa de pato que te hará muy bien.

No tardó mucho tiempo, aunque recordaba que por alguna razón desplumar un pato le había sido más sencillo en la India, quizá fuera porque Kasim se encontraba a su lado. Puso el ave a hervir junto a algunos vegetales que encontró en los restos de un huerto junto a la casa y se acercó una vez más al lecho para inspeccionar el estado de Estefanía.

Se sobresaltó al notar que la fiebre no había bajado, sino que estaba más caliente que antes. Al pasar la mano por su cuello, notó que sus ropas todavía estaban húmedas. No es que fuera científico ni médico, pero era claro que eso no le ayudaba en absoluto.

—Lo siento, pequeña, esto te va a molestar bastante, pero te prefiero enojada que muerta —le dijo con voz suave, comenzando a desnudarla.

Estefanía no reaccionó, ni siquiera se movió, provocando que la alarma en el hombre aumentara todavía más. Comenzaba a pensar que ella podría haberse desmayado y no encontrarse en el sueño relajante que había supuesto.

Cuando hubo terminado de desprenderla la última prenda, no pudo evitar que un fuego se encendiera en su interior al contemplarla completamente desnuda. Era preciosa, perfecta en todos los aspectos, más bella de lo que siquiera pudo haber imaginado encontrar bajo todas esas capas de ropa. ¿Por qué demonios las mujeres debían cubrirse tanto? Eran tan hermosas tal como eran, así, al natural y ella... Ella era una diosa terrenal.

Sabiendo que no se ayudaba en nada observándola de esa manera, la cubrió con la capa —se había asegurado de que esta estuviera completamente seca—, y la otra manta, y comenzó con la tarea de pasarle trapos húmedos por el rostro, tal cual ella lo había hecho con él hacía unos días.

Nuevamente, la ironía de la vida.

Aunque no podía negar que esta ironía comenzaba a gustarle bastante...

Estefanía sintió el sabor de algo salado y caliente en la boca. Tosió cuando el líquido bajó por su garganta, hinchada y adolorida a causa de la tos, pero la mano que la sujetaba con fuerza por la espalda le impedía alejarse para rechazar un nuevo trago de ese brebaje.

—Anda, come un poco —escuchó una suave voz al oído—. Debes reponer fuerzas, estás muy débil.

Con un esfuerzo que le pareció enorme, abrió los ojos y los enfocó en la persona que estaba a su lado. Su silueta apareció primero borrosa y poco a poco se fue haciendo más clara hasta que pudo distinguir a Kasim. Él le sonrió, una sonrisa ligera, casi imperceptible, a pesar de que en sus ojos sólo veía preocupación.

—Anda, traga un poco más, un sorbito más...

Estefanía sintió como si le bajaran espinas por la garganta, pero obedeció. No quería parecer débil ante sus ojos. Afuera llovía copiosamente, estaba tan oscuro que no se divisaba nada más que las gotas de agua golpeando con fuerza contra la ventana.

—¿Qué hora...? —Intentó preguntar, pero la garganta le dolía tanto que no pudo decir nada más, y su voz se escuchó como un sonido gutural e inteligible.

—Eso no importa, sólo come —le dijo Anthony, volviendo a acercar el cuenco con sopa a sus labios. Gracias al cielo que había hallado utensilios de cocina en una alacena empotrada junto a la chimenea, o habría tenido que regresar a la casa Woodruff con ella, aunque al hacerlo dejara revelada toda la verdad.

Si tan sólo Kasim estuviese allí... Pero lo había enviado a Kent, y para ese momento, conociéndolo, ya debía de andar haciendo las averiguaciones pertinentes.

Esperaba que el caldo la ayudara, o de lo contrario tendría que llevarla de regreso. Su secreto importaba un comino si ponía en riesgo la vida de esa joven.

—Kent... —alcanzó a musitar Estefanía, mirándolo a los ojos, preocupada.

—No iremos hasta que te recuperes.

—Pero... —un acceso de tos le impidió continuar hablando.

Anthony la ayudó a incorporarse para que tomara aire, estaba tan caliente y sudaba a tal grado que había mojado todas las frazadas y la capa.

—Estoy bien... —le dijo ella en un susurro a causa de no poder usar su voz. Acalorada, intentó desprenderse de la capa que la cubría, pero al hacerlo su cuerpo desnudo quedó a la vista.

Azorada, lanzó un grito insonoro y volvió a cubrirse con ella, llegando de un solo salto hasta el otro extremo de la cama, haciéndose un ovillo contra la pared.

—Tuve que quitarte la ropa, estabas mojada hasta los huesos, fue por eso que te enfermaste —le explicó Anthony con la voz más tranquila que pudo.

Ella negó con la cabeza sin creerle.

—Vamos, Estefanía, sólo quería ayudarte, no te enojas conmigo. ¿Ves? —Señaló hacia el fuego donde había formado un improvisado tendedero con las sillas, donde había dejado la camisa, la falda de su vestido y demás prendas—. Las he puesto a secar.

—Estaba bien... —refutó ella con voz apenas audible, dedicándole una mirada rencorosa.

—Mujer, tenías hasta los calzones mojados, seguramente por haberte trepado a ese maldito árbol... —se calló al notar que ella abría los ojos como platos. Lo que le decía no estaba ayudando en nada—. Mira, lo siento si te molesta, pero no me arrepiento de lo que hice. De no haberte quitado esas cosas mojadas ahora estarías peor de lo que estás. Al menos la fiebre ya comienza a bajar.

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas y desvió la mirada, al tiempo que sus labios intentaban esbozar la pregunta que tanto temía hacer.

—No te toqué —le dijo, adivinando lo que ella intentaba preguntar—. Te juro que casi ni te miré. Te diría que no te miré nada, pero entonces sería mentir. La verdad que es que tuve que mirar un poco para quitarte la ropa —se encogió de hombros—, con los ojos cerrados pude haber tocado más de lo que era necesario, y supuse que eso te habría molestado más.

Estefanía soltó una risita silenciosa, negando lentamente con la cabeza.

—Oye, no está tan mal. Estamos a mano, tú me viste desnudo en el consultorio del médico.

Las mejillas de Estefanía se encendieron y se apuró en negar enérgicamente con la cabeza.

—Vamos, ¡te estoy viendo, te estás ruborizando! —Bromeó, acercándose a ella para señalar su mejilla—. Me viste, admítelo.

Ella negó con más fuerza, a pesar de que las mejillas ya las tenía al rojo vivo.

—Yo... no..., te puse... manta... —se forzó por decirle.

—Bien, bien, no te esfuerces en hablar. Te creo que no debiste verme, porque de haberlo hecho, nunca habrías podido dejar de pensar en este cuerpo —le guiñó un ojo pícaramente.

Estefanía cogió la manta enrollada en un montón de heno que Anthony había improvisado de almohada y se la lanzó a la cara. Anthony apenas tuvo tiempo de esquivarla, a riesgo de volcar la sopa que todavía traía en las manos.

—De acuerdo, de acuerdo —le dijo en el mismo tono de broma, alejándose para evitar que ella fuera lanzarle algo más—, si no quieres confesar la verdad... —ella hizo un gesto de lanzarle otra cosa, y Anthony se apuró a dejar la sopa sobre la mesa—, me temo que tendré que creer en tus mentiras. En cuyo caso, tendré que arreglar las cosas para estar a mano... —la miró pícaramente girándose hacia ella mientras comenzaba a desabotonar su camisa, dejando al descubierto un perfecto y torneado torso masculino.

Los ojos de Estefanía se ensancharon sin poder evitar echarle una buena mirada a esos perfectos pectorales antes de decidirse a desviar la vista.

Anthony rió abiertamente, volviendo a cerrarse la camisa antes de regresar a su lado.

—Vamos, era una broma, ya puedes mirar —le dijo tomando la almohada para volver a colocarla sobre la cama—. Duerme un rato, te hace falta. Dentro de unas horas tu ropa estará seca y podrás vestirme de nuevo.

—¿Tú dónde.....,?

—¿Dónde dormiré? —Se adelantó a preguntar cuando ella no pudo continuar llevándose una mano a la adolorida garganta. Estefanía asintió con la cabeza—. En mi cama, claro —señaló el piso con un gesto de la cabeza—, igual que anoche.

Estefanía esbozó una mueca: sin las mantas ese sitio sólo era el piso desnudo. Ni un perro habría querido pasar la noche allí.

Anthony se levantó para ir a ocupar su lugar en el suelo, cuando Estefanía lo sujetó súbitamente por la muñeca.

—No... —le dijo negando efusivamente con la cabeza—. Tú... aquí...

—No, Estefanía, tú te quedarás en esta cama. Soy un caballero, estás enferma y jamás permitiría que tú durmieras en el suelo —enumeró con los dedos.

Ella continuó negando con la cabeza.

—Estefanía, no voy a discutir contigo... Aunque debo admitir que esta manera me gusta más, siento que llevo todas las de ganar —bromeó, provocando que ella frunciera el ceño. Harta, ella se levantó lo suficiente como para alcanzarlo por el cuello de la camisa y llevarlo de regreso a la cama. Los ojos de Anthony se desviaron hasta su muslo, medianamente expuesto por la capa abierta y el deseo lo quemó por dentro.

—Aquí... —Expresó Estefanía en lo que parecía lenguaje indio, palmeando un costado de la cama mientras ella se apuraba a arrinconarse hasta quedar pegada a la pared.

—¿Quieres... quieres que duerma contigo? —Ahora fue él quien casi no pudo hablar.

—Dormir... Nada más —le aclaró, amenazándolo con una sola mirada—. Tú ahí... —volvió a palmear el mismo lado de la cama—. Yo aquí.

Anthony rió y se acomodó en su lado de la cama, sin tener mucho cuidado en pasarse de la zona que ella le había asignado.

Estefanía le dedicó una mirada fría, pero no replicó, o es que bien no pudiera replicar. Se dio la media vuelta, de manera que quedó de espaldas a él, dejando sin querer una nalga a la vista. Con apuro, seguramente al sentir una corriente, se apuró en volver a acomodar la capa sobre su cuerpo y se apretujó más contra la pared.

Anthony sonrió, colocando ambos brazos cruzados tras la cabeza. Definitivamente comenzaba a gustarle esa ironía de la vida.

## Ω

A la mañana siguiente, Estefanía se despertó sola en la cama. Extrañada por la ausencia de Kasim, lo buscó con la mirada, pero tampoco lo vio en derredor. Seguramente había salido de la cabaña sin avisarle. Palpó con la mano el lado de Kasim, estaba frío, debía haberse levantado hacía un buen rato. Miró por la ventana y supo el por qué: afuera por fin se alcanzaba a divisar el sol, y por las sombras que llegaban de los árboles a través de la ventana, debía de pasar de medio día.

Se apretujó en la capa para levantarse, volviendo a echar una ojeada en derredor para asegurarse de que él no estaba cerca y pudiera verla. Ya la había visto suficiente la noche anterior. Fue entonces cuando notó sus calzones colocados a los pies de la cama, perfectamente doblados junto a la camisa.

Ambos, gracias al cielo, como notó con sólo tocarlos, perfectamente secos.

Se los colocó a toda velocidad y entonces se giró para buscar su vestido, pero no pudo hallarlo en ninguna parte, tampoco a los restos de sus enaguas y corsé. ¿Dónde pudo él dejarlos?

Volvió a colocarse encima la capa y salió. La claridad del día la deslumbró por unos pocos segundos, hasta que sus ojos se adaptaron a la luz. Aún estaba un poco mareada y la garganta le dolía mucho, pero se sentía bastante mejorada. Miró en derredor, en busca de Kasim, pero no lo encontró por ninguna parte. Se dirigió al costado de la casa, donde se suponía que debía estar el caballo, pero tampoco lo halló ahí...

Un vaho frío recorrió la mente de la joven, ¿podría ser que él la hubiese abandonado allí a su

suerte y enferma...? No, él no. Seguramente sus parientes lo habrían hecho sin detenerse a pensárselo dos veces, pero él no, él no... ¿Él no? ¿Cómo podía asegurarlo? Apenas lo conocía. ¿Por qué alguien a quien acababa de conocer y que no estaba unida por lazos de sangre no iría a traicionarla, cuando los que sí lo estaban con ella lo harían sin dudar?

Estefanía sacudió la cabeza, apartando esas ideas dolorosas de su mente. Seguramente Kasim había salido a buscar comida, después de todo, entre ambos habían terminado con la mayoría de la sopa de pato. Sí, eso era lo más seguro. No tenía que mortificarse por tonterías. Y si él no volvía, bien. No se encontraba a mitad del desierto del Sahara, y aún allí buscaría la manera de salir adelante, ¿por qué no iba a poder hacerlo estando en Inglaterra y sólo a unos cuantos kilómetros de casa? Buscaría la forma de regresar.

Decidió entrar nuevamente a la cabaña y esperarlo unas horas, y si él no regresaba para el anochecer, se marcharía de allí sola. A menos que él hubiese tenido un accidente y se encontrase tirado en alguna parte recóndita del bosque, solo y necesitado de ayuda, y ella lo único que estuviera haciendo fuera pensar en sí misma de manera autocompasiva, sin detenerse a imaginar lo mucho que él debía estar sufriendo ahora...

El terror se apoderó de ella al igual que esa idea. ¡Debía de ser eso lo que pasaba y ella estaba allí muy cómoda mientras él sufría! Estefanía se levantó de la cama, donde había vuelto a sentarse, y corrió hacia afuera. De haber podido gritar, lo habría hecho intentando transmitir a Kasim que ya iba en su ayuda.

Apenas cruzar el umbral se dio de frente con algo sólido como un muro, y habría caído hacia atrás de no ser porque él la sujetó a tiempo por la cintura.

—A mí también me alegra volver a verte —le dijo él en son de mofa, apartándola a un lado para pasar. Estefanía frunció el ceño ante ese gesto brusco. Al menos podría haberle agradecido que corriera a salvarlo... Claro, si es que realmente hubiera estado en peligro.

—¿Qué haces levantada? ¿No deberías estar en la cama?

—¿Dónde estabas? —Le preguntó y milagrosamente su voz volvió a sonar como antes. Algo ronca y rasposa, pero su voz al fin.

—Ya sueñas como una esposa —refunfuñó él, dejando la alforja que llevaba colgada del hombro sobre la mesa—. Fui a comprar provisiones. Si estaremos aquí un par de días, espero que sea viviendo bien, y no sobreviviendo con nueces y hongos del bosque.

Estefanía se cruzó de brazos, ese hombre era un exagerado. Había hecho un excelente trabajo consiguiendo heno para la cama, cazando el pato y cosechando vegetales del huerto, como para decir que estaban sobreviviendo... Las palabras se quedaron apelmazadas en su cerebro cuando él sacó del interior de una de las bolsas un hermoso vestido que desplegó ante ella.

—¿Es para mí...?

—Dudo mucho que mi caballo se vea bien en él —bromeó Anthony, sonriendo gustoso cuando ella tomó el vestido con manos temblorosas y se lo ciñó al cuerpo, en una prueba superficial—. Supuse que necesitarías ropa nueva. Tu primo se encargó de dejar inservible el otro vestido.

Estefanía lo miró a los ojos, conmovida. ¿Entonces él se había marchado para buscarle ropa?

Algo que no sabía que era, se encendió en su interior cuando sus ojos volvieron a encontrarse con los de él. Y al ver esa sonrisa franca y clara en su rostro, comprendió que él había hecho toda esa actuación para impresionarla. Todas las otras quejas habían sido una treta para ocultar la sorpresa...

—Kasim, gracias... —se acercó y lo abrazó, hundiendo la cabeza en su pecho para ocultar las lágrimas.

Anthony la abrazó también, sintiéndose extrañamente bien teniéndola entre sus brazos. Apoyó el mentón sobre su cabeza, aspirando el aroma de su cabello, deleitándose con la sensación tibia de su cuerpo contra el suyo. Por fin la fiebre había remetido, ella estaba bien, estaba fuera de peligro... Y podría regresar a casa.

Y un miedo mortal asaltó a Anthony al sentir el vacío que quedaba en su interior al imaginarse ya sin ella. Apenas la conocía y se había acostumbrado a su presencia; mirar su torso subir y bajar mientras respiraba dormida; levantarse con un brazo atravesado sobre su pecho, y tener que retirarse de prisa antes de que ella lo notara; preparar una comida para dos y ya no nada más para uno; incluso cuidar de ella. El saberse necesitado por otra persona era un sentimiento que nunca antes había experimentado, ni siquiera en las personas que él ayudaba. Esa gente tenía sus propias familias, él los sacaba del apuro, de los momentos de dificultad y sí, ellos se lo agradecían para volver al lado de sus familias, y él volvía a quedar fuera de sus vidas. Incluso su madre y hermanas podían prescindir de él: necesitaban su presencia sólo para portar el título y manejar las finanzas, pero ellas tenían su vida hecha, sin él. Era un extraño en su propia casa, excluido de la vida familiar de su propia familia.

En cambio, al estar con ella se sentía apreciado, necesitado, incluso querido... Ella lo había estado buscando, lo sabía, la vio pensar en voz alta, tal como a él solía sucederle tantas veces, preocupada por él, y debió cerrarle el paso antes de tener que salir al bosque en su propia búsqueda. Nunca había experimentado una sensación así, el estar así, uno cuidando del otro, preocupado del bienestar del otro, en la enfermedad y en los momentos buenos... ¿Sería así como una pareja debía amarse? ¿Sería así el amor?

De pronto la sintió temblar entre sus brazos, un temblor que conocía bien...

—¿Estás llorando?

—No... —ella mintió, ocultando más la cabeza contra su pecho.

—Es sólo un vestido, no tienes que...

—Eres tan bueno conmigo —le dijo ella, sin atreverse a mirarlo—. Nunca... nunca había conocido a nadie como tú.

Anthony sintió esas palabras como un puño de hierro contra el corazón. Él podía ser muchas cosas, pero no bueno... ¡todo el mundo sabía que él no era bueno! Era la cualidad, o mejor dicho, la falta de cualidad, por la que había sido conocido toda su vida; la oveja negra, el malo de la familia, siempre habían sido esos sus calificativos. ¿Y ahora llegaba esta muchacha a decirle que él era bueno...?

Para empezar la estaba engañando en todo, hasta en su propio nombre, había intentado apartarla de su corazón, cerrarlo a todas luces, por juzgarla como una simple empleada, y bueno... ¡sencillamente él no era bueno!

Cuando ella se enterara... El pesar creció en su interior. Se llevaría una enorme desilusión. Lo odiaría... Y por primera vez en su vida, el temor a ser rechazado por alguien lo invadió...

—Estefanía... yo... —intentó apartarla, pero ella no se había dado cuenta del cambio de su estado de ánimo y continuó abrazándolo, sin dejar de hablar.

—Siento tanto ocasionarte todas estas molestias, yo sé que tenías que ir a Kent y en lugar de eso

te has quedado conmigo para cuidarme, me has respetado, no me has tocado y yo... Yo no tengo cómo agradecerte —se pasó una mano por los ojos para secarlos antes de levantar la vista y fijarla sobre él—. Me salvaste la vida y yo ni siquiera te lo he agradecido. Eres tan bueno, Kasim. Tan bueno...

—No digas eso, Estefanía. Es lo que cualquier persona habría hecho —le dijo algo molesto, apartándose por fin de ella.

Estefanía se quedó allí plantada, mirándolo a los ojos.

—Nunca antes nadie lo había hecho por mí... —Anthony sintió que el corazón se le encogía—. Mi nana es la única persona que me ha cuidado desde la muerte de mi padre, ella y mi prima son todo cuanto tengo. Pero ni siquiera ellas... —la voz se le quebró—. Lo siento, debo sonar como una completa y estúpida patética carente de amor.

—No, Estefanía, no digas eso —el corazón pudo más que la voluntad y volvió a acercarse a ella para estrecharla una vez más entre sus brazos—. No digas eso, que no es cierto.

—Lo es... Todos me odian, lo sé —hundió la cabeza sobre su pecho, soltándose a llorar una vez más a pesar de los obvios esfuerzos que hacía por contener las lágrimas.

A Anthony pudo caerle un rayo en ese mismo momento y no se habría sentido más sorprendido. ¿A ella la odiaban? Un raro sentimiento de empatía lo embargó, ¿es que acaso ella podía ser como él? No, eso era imposible. Ella era buena, él era la oveja negra, esa joven no podría ni matar a una mosca. Y por el grado de dolor que reflejaba, sabía que era así. A él no le importaba lo que la gente pensara de él, a ella obviamente sí...

—Mi familia me detesta, quieren deshacerse de mí, y yo... yo estoy tan cansada de luchar... —Estefanía se secó el rostro con el dorso de la mano, a pesar de que las lágrimas continuaban brotando por sus ojos—. A veces pienso que sería mejor morirme y terminar con todo de una vez.

—No digas eso, Estefanía, nadie podría odiarte, eres una joven buena y cariñosa. No tienes idea de lo que es la maldad. Ninguna mujer a la que pudieras llamar mala podría parecerse a ti.

—Pero lo soy, soy mala —reafirmó, mirándolo con cierto enojo—. Lo digo porque es la verdad. Estoy tan cansada, tan cansada de tener que aparentar todo el tiempo ser fuerte, cuando me siento tan débil, de tener que estar cuidándome las espaldas todo el tiempo de mi propia familia...

Anthony recordó lo que ella le había dicho en medio de sus delirios, del miedo que tenía de su primo, de cómo se escondía de él.

—Tranquila, yo cuidaré de ti —la abrazó con más fuerza, sintiendo una mezcla de rabia y deseos de venganza nacer en su interior..., pero sobre todo, deseos de protegerla—. No permitiré que tengas que regresar con ellos, puedes quedarte conmigo, yo me aseguraré que nadie te vuelva a hacer daño. Ninguno de ellos.

—No puedo irme, son mi familia.

—Tu familia te odia. Lo acabas de decir.

—Lo sé, pero...

—Yo te entiendo, Estefanía —tomó su rostro entre sus manos, obligándola a verlo a los ojos—. Mi familia también me odia.

Las cejas de ella se arquearon por la sorpresa.

—¿Pero cómo...? —Negó como si esa idea no pudiera ser posible—. Tú eres tan bueno, ¿por qué habrían de odiarte?

—No soy bueno, Estefanía.

—Sí lo eres. Eres bueno, sólo mírate, es imposible odiarte.

—¿Tú te consideras una persona mala? —Le preguntó él, mirándola con una sonrisa. Estefanía se tomó un par de minutos para pensar su respuesta—. No hay nada qué pensar, sólo dime, ¿eres buena o mala?

—Bueno... no... —se encogió de hombros—. No soy buena, pero tampoco mala, creo...

—No hay personas buenas o malas en este mundo, Estefanía, sólo gente. Gente común y corriente, con sus propias mentes e intereses, gente como tú y yo—acarició su rostro con sumo cariño—. Yo veo en ti a una buena persona, como tú ves en mí a un hombre bueno. Y no sé tú, pero eso es todo cuanto me importa.

Ella sonrió, y a los ojos de él, esa sonrisa pudo iluminar toda la habitación...

De pronto se encontró a menos de un palmo de su rostro, la única muestra de su cercanía era la sorpresa reflejada en los ojos de ella, sorpresa mezclada con anhelo... Pudo percibir su aliento, tibio y húmedo, sobre sus labios cuando rozó los de ella en una suave caricia. Ella se estremeció, pero no se movió, devolviéndole el beso. Anthony pudo sentir la pasión desbordándole por cada parte de su cuerpo, la asió con más fuerza entre sus brazos y la atrajo contra él, viviendo la gloria misma en ese beso.

Ella separó ligeramente la boca para tomar aliento y él aprovechó la oportunidad para saborearla, lamiendo lentamente sus labios, disfrutando de poder por fin centrarse en esas comisuras curvadas que había grabado a fuego en su memoria al grado de quitarle el sueño. Estefanía suspiró con anhelo, había deseado ese momento tanto como él. Sus labios eran como el fuego, ardientes y poderosos, devoraban los suyos con pasión, como si buscara fundirse con ella en ese solo beso. De pronto él se separó bruscamente y se alejó un par de pasos de ella, dándole la espalda.

—Lo siento —le dijo de manera apresurada—. No debí...

Estefanía, todavía con la respiración entrecortada no supo qué responder. Se sintió pequeña en esa habitación, que para ese momento le pareció inmensa, al igual que él mientras se volvía una vez más hacia ella.

—Perdóname por favor, Estefanía. Yo... No volverá a pasar —le dijo abruptamente antes de dirigirse en dos zancadas a la puerta y salir por ella cerrando con un fuerte portazo tras él.

Estefanía se quedó a solas en ese lugar. Se sentía como una estúpida, él la había besado y ella le había correspondido sin ningún decoro a ese beso, ese beso que podía únicamente ser calificado como magnífico.

Sólo una vez la habían besado así, la primera vez que la habían besado, el único hombre que la había besado —el único si no contaba el asqueroso encuentro con su primo—. Y aunque no embargó su corazón la misma desesperanza que sintió al escuchar la confesión de Anthony esa noche, definitivamente sentía la misma tristeza en su corazón...

Anthony no podía dejar de pensar en lo que acababa de hacer. Había sido un completo estúpido, ahora no podría volver atrás y aparentar frialdad sin hacer que ella se enojara con él. Es cierto que en un principio el orgullo había podido más que él, se había obsesionado con ella a un grado de decirle en su propia cara que sería suya, pero en cuanto comenzó a ver que ese juego era un arma de doble filo con la que se estaba cortando, decidió ponerle fin. Sin embargo, intentar poner distancias con ella había sido imposible, ¡y ahora la había besado, por todos los cielos! Ninguna mujer dejaba pasar un beso como si nada. Para ella significaría algo tan importante como que le hubiese pedido matrimonio, y ahora él no tendría escape... ¿Y deseaba tener escape?

¡Claro que deseaba tener escape! Se había prometido no casarse jamás, y ella no era la clase de mujer que aceptaría quedarse a su lado sin haber pasado antes por el altar y tener un anillo en el dedo. Había rechazado a condesas e hijas de duques con anterioridad, incluso una princesa hindú por la promesa que se había hecho a sí mismo de no casarse, ¿para ir a caer ahora bajo las garras de una mujer sin títulos ni dinero? ¿Una simple costurera...?

Con vivo arrepentimiento en el rostro, giró la vista hacia la casa. Ella se había cambiado de ropa y ahora lucía el vestido que él le había comprado. Lo miraba desde el umbral, la tristeza firmemente grabada en su rostro... Cuando sus miradas se encontraron, ella se apresuró a entrar nuevamente en la casa. No quería que él la viera llorar, como sabía lo había estado haciendo hasta entonces.

Con furia, dio la media vuelta y se adentró en el bosque, como si en cada una de sus pisadas lograra alejarse más de ella y de sus pensamientos, del dolor que lo carcomía por dentro... Era un miserable, un miserable en toda la extensión de la palabra. No merecía llamarse hombre ni mucho menos. Esa joven era buena, de corazón puro y se lo había entregado a él. No a Anthony el conde, al verdadero Anthony, el que no poseía títulos ni propiedades, el hombre sencillo, igual a ella.

Y él la había rechazado precisamente por eso...

Estefanía había sido la única persona con la bondad para ver dentro su corazón. Y él había actuado como un cobarde... No la merecía.

Había sido tan estúpido en suponer que ella podría enamorarse de él sin que sintiera nada. La amaba. Claro que la amaba, ese fuego en su interior no era sólo fruto de la pasión, ese fuego sólo se encendía por ella, sólo se encendía al pensar en ella, al tenerla cerca, al mantenerla bien abrazada junto a su cuerpo por las noches... La amaba. Pero ella nunca sería suya. Ella misma se lo había dicho, prefería a la muerte antes de caer en sus brazos. Podía ser que amara a Kasim, pero no amaba a Anthony, y la verdad era que Kasim era un personaje y Anthony el hombre real.

Y sabía muy bien que en esta vida no se puede vivir en una fantasía. Tarde o temprano ella descubriría la verdad, y el amor que ahora leía claramente en sus ojos se transformaría en el mismo odio que había visto nacer cada vez que se le acercaba siendo él mismo. Si no es que más, porque ahora ella tendría la certeza de que la había engañado... Lo acusaría de haber jugado con ella, de haberse burlado de ella y lo odiaría para siempre.

Con un pesar tan grande en el corazón que le impedía levantar la cabeza, Anthony regresó a la cabaña. Había anochecido sin que lo notara y al entrar en la casa encontró a Estefanía dormida sobre la cama. Sintió una punzada en el corazón al notar que le había dejado libre su lado de la cama, sabía

de esposas que les cerraban la puerta de su habitación a sus maridos cuando se enojaban, y ella todavía tenía la delicadeza de preocuparse para que no durmiera en el suelo a pesar de lo mal que se había portado con ella.

Con un suspiro apesadumbrado, se recostó en la cama de espaldas a ella y se quedó con la vista perdida en el vacío.

Tenía que tomar una decisión y hacerlo pronto.

Tendría que confesárselo todo... Si le revelaba la verdad, ella lo odiaría, pero tendría a su favor haberle descubierto la verdad por sí mismo. Si ella llegaba a enterarse de la verdad por sí sola, lo odiaría para siempre por su engaño, y la posibilidad de que llegara a perdonarlo...

Anthony suspiró, sabiendo que tal posibilidad no existía. Sintió que algo se movía a su lado y al darse vuelta se dio cuenta de que era ella. Se había vuelto a colocar la camisa de lino a manera de pijama y ahora dormía girada hacia él, inconsciente de su presencia.

Con una ligera sonrisa en los labios, Anthony se giró hacia ella también y la abrazó. Él también pudo quedarse dormido de frente hacia ella y abrazarla por una casualidad, ¿no? Y aunque no hubiese sido así, lo habría hecho igual. Quizá esa fuese la última noche en la que podría dormir a su lado y por Dios que no iba a desaprovechar ese momento por estúpidas cavilaciones. Después de todo, la amaba. Por más miedo que eso provocara a su corazón...

o

A la mañana siguiente Estefanía abrió los ojos cuando los primeros rayos del sol le iluminaron el rostro. Había dormido magníficamente, mejor de lo que recordaba haberlo hecho en años, a pesar de estar en esa cabaña sucia y abandonada, recostada sobre una vieja manta en una cama de heno y con un hombre dormido a su lado...

—¡Pero qué estás haciendo! —Gritó histérica cuando, al intentar moverse, el peso de un brazo sobre su cuerpo le impidió hacerlo, y para colmo, la mano que la sostenía coronaba con toda gracia la curva de su pecho—. ¡Suéltame inmediatamente! —Él no se movió profundamente dormido—. ¡Suéltame! —Estefanía intentó apartarlo, pero sólo consiguió que él la abrazara con más fuerza juntándola a su cuerpo, apretando la mano con la que mantenía sujeta sus pechos—. ¡Kasim, despierta...! —no pudo continuar hablando cuando de súbito él se le subió y la besó en la boca.

Estefanía no pudo gritar, ni siquiera pudo pensar... Podía ser que estuviera dormido, pero ese beso fue magia pura. Él devoró sus labios con una pasión abrumadora, jugueteó con la lengua por la comisura de su boca hasta adentrarse en ella en una embestida súbita y poderosa que la hizo estremecer. Estefanía quiso gritar, quiso apartarlo, pero sencillamente las fuerzas no le respondieron y se rindió a ese beso que parecía capaz de robarle el alma entera. El la saboreó, explorando los escondites más recónditos de su boca, invitándola a hacer lo mismo con la suya. La estrechó con fuerza contra su cuerpo, pasando indecorosamente las manos por cada curva de su cuerpo, dejando una marca de fuego ahí donde la tocaba. Cruzó una de sus piernas por encima de las suyas, impidiéndole moverse y la mantenía sujeta con una mano por la espalda mientras con la otra se abría paso entre los botones de la camisa para tener acceso libre de sus pechos...

—¡Kasim! —Chilló, recuperando el control y empujándolo a un lado con todas sus fuerzas.

El hombre, todavía medio dormido, cayó con un golpe seco contra el suelo y se despertó.

—¿Qué...? —Anthony abrió los ojos atontado, demasiado aturdido para poder pensar. Sentía una presión extrema en la entrepierna que aumentó al ver a Estefanía a su lado, con la camisa medio

abierta, el cabello revuelto, las mejillas sonrosadas y los labios hinchados y enrojecidos, observándolo en una mezcla de enojo y sorpresa.

—¿Te has hecho daño? —Le preguntó preocupada—. Lo siento, no era mi intención despertarte de esa manera, pero tú... tú...

Anthony entornó los ojos, divertido ante el evidente azoramiento de ella.

—¿Yo qué?

—¡Tú me besaste! —Chilló ella, apartando la mirada para no ver más tiempo la sonrisa divertida que enmarcaban sus labios.

—Yo diría que fue más que un beso... —murmuró al tiempo que posaba los ojos en el escote que dejaba ver su camisa entreabierta.

Estefanía se puso de pie bruscamente, furiosa, y le dio la espalda para comenzar a abotonarse rápidamente.

—¿Cómo has podido hacerlo? —Le preguntó molesta—. Te burlas de mí como si yo... como si yo no tuviera sentimientos y yo... —no dijo más. Como un torbellino se dirigió a la puerta y la abrió de un jalón tan fuerte que estuvo a punto de tirarla de sus goznes.

—Estefanía, no quería... ¡Estefanía! —Anthony se puso de pie, bramando algo inteligible para salir tras ella.

Para su sorpresa, no la encontró arreglándose junto al pozo como había supuesto, sino que caminaba resueltamente a través de la campiña—. ¡Estefanía, ven aquí! ¡Estefanía!

Lejos de obedecer, la muchacha se echó a correr con bastante agilidad, si debía admitirlo.

Anthony masculló algo, molesto, y se dirigió al caballo. No iba a andar corriendo tras una muchacha desquiciada a primera hora de la mañana y menos con esa molesta presión atormentándole todavía en la entrepierna.

Como no había quitado las bridas del caballo la noche anterior para dejarlo atado, no tardó en arrancar las riendas de la rama donde estaba sujeto y montó a pelo sobre el lomo del animal, que salió al galope al instante, reconociendo el manejo de su amo. Anthony no había tenido tiempo de ponerse las botas, pero lejos de molestarle eso le ayudó a asirse mejor al animal, el cual actuó como si fueran uno mismo, emprendiendo a toda velocidad el galope. No tardó en llegar al lado de Estefanía, y le cerró el paso con el caballo.

—¿Qué diantres estás haciendo? —Gruñó, bajando del lomo del animal de un salto para quedar de cara a ella—. ¿A dónde crees que vas?

—A casa—contestó Estefanía, resueltamente—. Lejos de ti.

—¿Pero es que te has vuelto loca? —Él la sujetó por el brazo sin permitirle marchar—. No puedes regresar sola y a pie, los bosques no son seguros, podría atacarte algún animal, o peor, un bandolero. Y lo que intentó hacer tu primo contigo no será nada con lo que esos hombres sin escrúpulos harían contigo.

Estefanía se estremeció, aunque intentó mantenerse firme.

—Tú... tú jugaste conmigo —le dijo en un gemido bajo, ocultando sus lágrimas—. Te burlas de mí y yo no voy a permitirlo.

—¡Estaba dormido!

—Pero tú, pero tú...

—Te besé, sí, lo siento, no volverá a suceder, ¿contenta? — Le dijo con fastidio—. Ahora sube al maldito caballo para que podamos... —se quedó sin palabras al notar que ella comenzaba a llorar—. Estefanía...

—Sólo déjame, ¿quieres? Déjame sola...

—No puedes regresar.

—No me iré, sólo quiero estar sola, ¡déjame sola!

—Estefanía... No quise lastimarte, te lo juro.

Ella asintió, desviando la vista para no verlo a los ojos.

—Lo sé... Estabas dormido, no sabías lo que hacías... Yo... Soy una tonta —se encogió de hombros, intentando ocultar sus lágrimas—. No significó nada, lo sé... Yo... Déjame sola, por favor. No voy a irme, sólo quiero estar sola.

Anthony lo comprendió entonces. Había herido su orgullo.

Sin detenerse a pensarlo se acercó a ella a pesar de su reticencia, y pasando una mano por su nuca, la atrajo hacia él y la besó una vez más. Esta vez completamente consciente de lo que hacía. Y ese beso fue glorioso...

Sólo con una persona había compartido un beso como ese, tantos años atrás... Transcurrieron largos años de soledad en la búsqueda de otra mujer que le hiciera borrar el recuerdo de los besos de la joven desconocida de la fiesta, grabados a fuego en su corazón, una búsqueda completamente infructuosa hasta que encontró a Estefanía. Y ahora, después de tantas pruebas repetidas sin éxito, allí estaba de nuevo, la magia pura en un simple beso...

Estefanía se tensó, intentando alejarse de él, pero el abrazo de Anthony fue más fuerte, atrayéndola firmemente por la espalda contra su cuerpo. Su beso fue tan devorador como la primera vez, si no es que más, porque ahora estaba plenamente consciente de lo que hacía.

—Kasim... no... —logró musitar Estefanía cuando él comenzó a besar su mentón y a descender por su cuello.

—Shhh —la hizo callar, volviendo a apoderarse de sus labios—, no pienses, sólo déjate llevar...

Estefanía no pudo responder, ahora él estaba plenamente consciente de lo que hacía, y también ella... ¿No es así? Porque en realidad se sentía como si no poseyera voluntad propia. Percibió la calidez de su mano en su vientre, subiendo lentamente hasta apoderarse de uno de sus pechos. Estefanía se estremeció al sentir su contacto, las piernas le parecieron de mantequilla y debió sujetarse de su cuello para no caer. Anthony no perdió oportunidad, aprovechando ese momento. La llevó hacia atrás con suavidad hasta recostarla sobre la hierba. Lucía tan hermosa, con las mejillas arreboladas y los ojos nublados por la pasión, completamente entregada a él.

—Estefanía... —le susurró al oído, mordisqueándole el lóbulo de la oreja—. Mi Estefanía...

Estefanía tembló bajo el efecto de sus caricias, él la besaba con avidez, casi sin permitirle tomar aliento, mientras sus manos jugueteaban por sus caderas, subiendo bajo la tela de su camisa hasta apoderarse una vez más de sus pechos. Se sentía bella, se sentía inmensamente bella cuando él la veía, con cada uno de sus besos, con cada una de sus caricias. Amada, amada como siempre había soñado ser, amada al fin...

Entonces el primer rayo de razón llegó a su mente, despertándola de la ensoñación en la que había caído. Él no la amaba, apenas la conocía, ¿cómo podría amarla? ¡Y ella se estaba entregando a

él como una completa idiota!

—¡Espera! —Gritó apartándolo de un empujón. Anthony rodó sobre el césped y la miró contrariado, los ojos nublados por la pasión.

—Tienes que dejar de hacer eso —le dijo Anthony en un tono mezcla de broma y enojo.

—No debemos hacer esto... —le dijo ella, bajando la camisa que él le había subido hasta dejar desnudos sus pechos.

—Pero... tú lo querías —La acusó él, sinceramente confundido.

—Yo... yo quería un beso —confesó ella, sintiendo que las mejillas se le encendían.

—Puedo besarte otra vez... —murmuró él, en un sonido más parecido a un gruñido, aproximándose nuevamente a ella.

Estefanía negó con la cabeza, pero no se apartó. Sus labios se encontraron una vez más con los de ella, en un beso suave y pausado que le supo a gloria.

—No... —musitó ella, haciendo la cabeza hacia atrás—. Por favor, no. —Anthony no retrocedió buscando con avidez sus labios—. ¡No! —plantó una mano sobre su pecho, alejándolo—. No voy a hacer esto. —Anthony escudriñó su rostro sin comprender—. Esto es importante... Yo no puedo... —Estefanía sintió que una lágrima resbaló por su mejilla y apartó la mirada, sintiéndose como una tonta—. Me hice una promesa a mí misma, ¿entiendes? No sería una mujer fácil. Yo... Yo esperaría a estar casada. Soy una dama. Seré pobre, pero soy una dama...

Anthony se apartó comprendiendo al fin. Ella era virgen. Nunca antes había estado con un hombre. Y como toda mujer soñadora, esperaba que su primera vez fuera con su esposo.

—Entiendo —dijo con un gruñido que sonó más duro de lo que esperaba—. Lo siento —se apartó de ella y se puso de pie.

—No tienes que disculparte, fue mi culpa... Yo... yo quería que me besaras — admitió, a pesar de que le costó bastante hacerlo, mirándolo con las mejillas encendidas como la grana—. Di pie a algo que no debía ser... —la voz se le quebró y ocultó el rostro entre sus manos.

Anthony frunció el ceño. Se había encontrado antes en situaciones comprometedoras, pero ni una sola vez era la dama en cuestión quien se había echado la culpa por él.

—Estefanía, no tienes que sentirte mal por nada, fui yo quien te besó.

—¡Pero yo lo quería!

—¿Y eso qué?

—No debí desearlo... Es malo... Inmoral —levantó la vista apenas, demasiado avergonzada para verlo a los ojos—. Soy una sucia, una vulgar... Tal como dice mi tía.

—Estefanía, eso no es cierto —se acercó y tomó su mano—. No digas eso, no hiciste nada malo.

—Él me marcó, Kasim... —lo miró a los ojos, nublados por las lágrimas—. Ahora ningún hombre me querrá como su esposa. Pero no fue mi culpa, lo sé, él me forzó... —comenzó a sollozar—. Pero lo que pasó ahora entre nosotros... ¡yo lo quería! Y por eso soy una mujer vulgar, tal como siempre mi tía me ha llamado. ¿Y dices que no he hecho nada malo?

Anthony la miró por unos cuantos segundos antes de echarse a reír. Ella levantó los ojos y lo miró, profundamente ofendida.

—Estefanía, no ha pasado nada entre nosotros, aún estás intacta.

Ella ensanchó los ojos por la sorpresa.

—Pero tú... tú te acostaste sobre mí y me besaste...

Él rió con más fuerza.

—Sólo falta que creas que en nueve meses tendrás un hijo.

—¿No lo tendré?

—¡Por supuesto que no! —Rió él y tomó su mano para besarla en los nudillos—. Y me queda muy claro que no tienes ni la menor idea de cómo hacer un hijo, ¿o me equivoco?

—Bueno, he visto a los perros y a los caballos... —ella frunció el ceño, ofendida—. No es que sea ignorante.

—No, por supuesto que no —le dirigió una mirada cariñosa, llena de amor—. Sólo eres ingenua —se acercó y la besó en la mejilla— y pura.

Ella lo miró de soslayo, sintiendo que las mejillas se le encendían.

—¿Quieres decir que no pasó nada...? —Le preguntó, horrando la sonrisa ligera que se había formado en sus labios—. Tampoco con...

Anthony se puso serio, sabiendo a qué se refería.

—Tampoco pasó nada con ese tipo —le aseguró, posando una mano en su mejilla para obligarla a verla a los ojos—. Puedes estar tranquila.

Estefanía se sintió segura al volver a fijar la vista sobre Anthony, contenta de tenerlo a su lado

—Qué alivio, temía que... con lo que pasó... —su semblante se oscureció.

—No, él no te marcó, Estefanía. Lo detuve antes de que pudiera hacerte daño — pasó una mano por su mejilla, en una suave caricia—. Pero me temo que esa era precisamente su intención.

Los ojos de Estefanía se llenaron de lágrimas una vez más.

—¿Cómo pudo hacerme eso...? Lo odio...

—Te comprendo y tienes razón para odiarlo. Ese cerdo no tenía ningún derecho a forzarte, gracias al cielo que pasaba por allí cuando... —se calló abruptamente, como si sus propias palabras lo alteraran, y la miró a los ojos—. Debes cuidarte de él, Estefanía. Quédate a mi lado, no puedes regresar a tu casa. Yo cuidaré de ti, sólo quédate a mi lado. Ven a vivir conmigo, nada te hará falta, te lo juro —le pidió tomando sus manos entre las suyas.

—Kasim, te lo agradezco, pero no puedo quedarme contigo. ¿Qué diría la gente si me voy a vivir contigo sin estar casados?

—¿Y eso qué importancia tiene? Estarías a salvo de él...

—Yo puedo cuidarme de él, no te preocupes —le contestó, molestándose un poco.

—Por supuesto, tal cual como te cuidaste de él la noche que te atacó.

Estefanía frunció el ceño y lo miró enojada.

—Tú dijiste que no era mi culpa.

—No, no lo es... Si trabajas para él e intentó aprovecharse de ti... —se calló cuando sus propias acciones llegaron a su mente, atormentándolo como un puñal contra el pecho, pero ella pareció no percatarse, porque le preguntó:

—¿Trabajar para él? ¿Por qué crees que trabajo para Efraín?

—¿No lo haces? —La miró confundido—. ¿Entonces qué haces en la casa Campbell con él? — Un temor lo estremeció. ¿Sería su amante? No, no podía ser, ella lo aborrecía y no había permitido que la tocara. Nuevamente, debían ser los celos los que hablaban por él.

—Él es mi primo —confesó tras un momento de duda, como si se hubiera percatado de lo que cruzaba por su mente y no se decidiera a saber si era digno de concederle una respuesta—. Lo odio... —recalcó enérgicamente—. A él y a su madre y a su hermana...

—¿La que se va a casar con el médico? —Preguntó extrañado porque antes había hablado con bastante estima de ella.

—No, Martha es buena, es un ángel, la quiero mucho. A mi otra prima, Bárbara — un estremecimiento recorrió el espinazo de Anthony, ¿su prima...? ¿Pero cómo...?—. Mi tía Jacinta y mis primos vinieron a vivir a mi casa cuando yo era niña, mi padre los trajo aquí desde México después de que ella quedó viuda. Se suponía que iba a cuidarme y a velar por mis bienes cuando mi padre muriera, pero lo único que ha hecho es malgastarlo todo y nos ha dejado en la ruina... — su rostro se ensombreció por la furia—. Es una mujer desalmada, sin corazón ni escrúpulos, me vendería al primer postor de poder hacerlo para deshacerse de mí. Lo ha intentado por años. Pero no lo haré, no me marcharé, no le daré ese gusto.

—¿Pero por qué te quedas con ella? ¿Por qué no simplemente te vas, si es una mujer tan mala?

—Por mi casa.

—¿Tu casa?

—Prairie Hall, la casa Campbell. Es mía —lo miró a los ojos colmados de lágrimas—. Y la recuperaré cuando cumpla veintiún años. Puede que mi tía se haya gastado toda mi herencia, ¡pero esa casa es mía! Es lo último que me queda y no permitiré que me arrebate el último legado que me queda de mis padres. Y cuando recupere mi casa, echaré a esos tres a patadas de mi propiedad y nunca en la vida volveré a verlos.

Anthony debió poner una mano en el suelo para sujetarse y no caer... La casa Campbell... Estefanía... ¡Era ella! La joven a la que no había podido olvidar... La joven de catorce años... ¡Por eso ella lo odiaba! ¡Es por eso que tan fervientemente lo acusaba de haber abusado de una niña! ¡Se refería a ella misma...! Un mareo le nubló la cabeza y debió desviar los ojos para no verla a la cara. ¡No podía seguir viéndola a la cara!

—¿Te sientes mal? —Le preguntó ella, notando el cambio en sus facciones.

—No... Yo... —se puso de pie, pero las piernas se le tambalearon y ella debió apurarse en levantarse para sujetarlo.

—Creo que te has enfermado...

—No, no, estoy bien —inspiró hondo y al hacerlo, el perfume de ella lo embriagó. La tenía tan cerca y... ¡Pero qué idiota había sido! ¿Cómo no se dio cuenta antes? Era tal como la recordaba. Sí, había crecido, madurado, pero era ella, ¡era indiscutiblemente ella! Y ese beso... ¡por todos los cielos, ¿cómo no la reconoció al instante que la besó?! ¿O es que lo había hecho...? Esa pasión desbordada, la magia con un solo beso únicamente lo había sentido con esa joven hacía años, la joven ahora convertida en mujer que tenía enfrente: Estefanía...

Estefanía tomó su mano entre las suyas, mirándolo preocupada.

—Si se ha enfermado anoche por mi culpa, me sentiré fatal. Por favor, vayamos adentro, cuidaré de usted.

—No hace falta —se negó él, apartándose de manera un tanto brusca—. La llevaré a casa.

—Pero creí que había dicho que tenía asuntos urgentes que atender en Kent.

—Sí, así es... Yo... Eh... —la miró de soslayo. Le hería verla de frente, ¡no podía! Había

pensado en ella todos esos años como una especie de ensoñación, una musa perfecta que se había topado en su camino para no volver, el único ángel que se apareció en su vida y él estuvo a poco de mancillarla para siempre. Y ahora la oportunidad se repetía, pero esta vez la tenía frente a él como mujer y sin ningún impedimento que pudiera detenerlo de poseerla...

—Entiendo —le dijo ella de repente, bajando los ojos—. No tiene que regresar a Londres por mí, puedo irme sola.

—No, Estefanía... No es por ti. Yo... —se dio un golpe en la cabeza, ¡se estaba portando como un completo estúpido!—. Necesito tomar un poco de agua para refrescarme... ¿Crees que podrías ir guardando la manta de vuelta en la alforja? Partiremos enseguida a Kent.

Estefanía frunció el ceño estudiándolo con la mirada. Anthony intentó permanecer impasible. Si ella llegaba a descubrir quién era, no volvería a confiar en él.

—¿Estás seguro de esto? —Totalmente.

—Está bien... —contestó después de una larga pausa, dándose la media vuelta para dirigirse a la cabaña.

## Ω

Al fin Anthony se quedó a solas para pensar. ¿Qué diablos estaba haciendo? Ella debía regresar a casa y él sólo estaba poniendo en peligro su reputación al tenerla cerca. Y lo cierto era que, a su lado, la tentación de volver a cometer un desliz estaba a flor de piel... Una vez se había jurado no volver a poner en peligro la reputación de una joven pura. Precisamente cuando estuvo a punto de poner en peligro a esa joven pura. Pero ahora la tentación la tenía tan cerca que corría un severo riesgo de quebrantar su promesa y justamente con ella...

Ahora ella había vuelto a su vida y sencillamente la idea de apartarla de su camino le parecía imposible. Sus ojos la siguieron hasta la entrada de la casa, ella acariciaba al caballo, hablándole con suavidad mientras le colocaba la silla. Lloraba, lo sabía por los temblores de sus hombros, pero no había llorado ante él. Se había tragado las lágrimas, demasiado orgullosa para soltarse a llorar delante de él y ofuscarlo más de lo que estaba.

Se sintió orgulloso de ella y a la vez un miserable por provocar su dolor. La había hecho sentir incómoda al extremo que ella había preferido marcharse a llorar con el caballo con tal de no perturbarlo.

Nunca, en toda su vida, conoció a una mujer que hiciera eso: anteponer los sentimientos de otro a los suyos propios. Incluso su madre, la perfecta mujer a sus ojos, solía manipularlo haciendo escenitas de llanto para lograr que él cediera. Pero no Estefanía, ella era demasiado orgullosa para eso. O demasiado buena... Incluso, en esa fiesta tantos años atrás, ella no había llorado ante él. No le había permitido verse humillada por lo que le había hecho. Sólo tenía catorce años, pero se fue con la barbilla en alto y sólo lloró cuando se supo a solas.

Una mujer como ella no se repetiría, lo sabía bien. Por seis años había intentado olvidarla, borrar su recuerdo de su mente, suplantarle con el de otras mujeres, en vano.

Y entonces lo supo: Estefanía era la mujer para él. La mujer que había nacido hecha para él. Y sólo para él.

Seis años había intentado borrar en vano su recuerdo de su memoria. Sólo había estado con ella

unos minutos pero no había podido olvidarla. Y a pesar de no haberla reconocido en esa joven costurera, en cierta forma su corazón lo había hecho, había anhelado a esa joven desde el primer instante en el que se topó con ella en esa tienda, y desde entonces sólo había buscado la manera de encontrarse con ella. La amaba. La amó la primera vez que la vio engalanada como una reina; la amó cuando la vio caer de espaldas de esa silla y mirarlo con esos ojos tan grandes y brillantes, azorados por enfrentarse a él desde el suelo; la amó cuando le salvó la vida; la amó al despertar y encontrarla roncando, con la ropa mojada y sucia, y el cabello lleno de lodo; y sin ninguna duda, la amaba ahora.

Ella era suya, su Estefanía, siempre lo había sido. Y sería un idiota si la dejaba ir cuando quedaba claro que era ella, y únicamente ella, la mujer de su vida.

Y él habría de convertirla en su esposa.

Estefanía se sentía como una tonta. Prácticamente se había entregado en cuerpo y alma a ese hombre por un desliz, le había revelado su pasado, cosa que no solía hacer jamás con un desconocido, y para colmo, le había dicho las cosas horribles que pensaba de su familia...

Debía odiarla... Y que él la odiara le dolía en lo más profundo del alma. No entendía por qué, apenas lo conocía, no debería importarle lo que él pensara de ella, pero le importaba. Él le importaba demasiado... Aunque había intentado mantenerlo a raya, su corazón palpitaba de manera desbocada cada vez que él se le acercaba, y cuando él la besó, sencillamente toda barrera se derrumbó, igual que si hubiesen estado hechas de arena. Su corazón era de él, ella era de él, y no había nada que pudiera hacer para evitarlo. Excepto llorar, tal vez. Porque había jurado nunca entregar su corazón, nunca ponerse en una posición vulnerable una vez más y lo había hecho. Se había enamorado de él...

Estefanía percibió la calidez de una mano conocida acariciar su mejilla, secando los vestigios de una lágrima de su rostro.

—Perdóname —escuchó que él le decía, abrazándola por detrás mientras le susurraba al oído—, he sido un idiota.

—No es así... —contestó ella, quedándose sin aire cuando él la besó en la misma mejilla, surcando con sus labios el trazo que la lágrima había dejado sobre su rostro.

—Sabes que sí.

—Tal vez sí... —murmuró, alejándose de él para mirarlo a los ojos—. Pero no te culpo. De haber escuchado hablar a otra persona como yo lo hice... Debes creer que soy un monstruo por pensar así de mis propios parientes.

—En absoluto.

—Te molestó lo que dije, lo sé. Fui demasiado dura, pero... —él puso un par de dedos sobre sus labios para silenciarla.

—Estefanía, te entiendo completamente —le dijo con una voz tierna, llena de cariño—. Comprendo que los detestes, ellos te han dado todo los motivos para hacerlo. Y la actuación de tu primo es la mayor prueba de ello —se acercó y la abrazó por la cintura sin dejar de verla a los ojos—. Me sentí abrumado... Abrumado por tener a esta joven tan fuerte a mi lado. A esta joven tan valiente y decidida que se ha ganado toda mi admiración.

Ella sonrió y agachó la cabeza, al tiempo que sus mejillas se encendían.

—Yo... yo...

—Sólo dilo, vamos.

—¿Qué quieres decir con «tener a mi lado»?

—¿Es que no es obvio? —Sonrió, besándola sobre los párpados—. Si conforme a tu idea estuvimos hace un momento a unos meses de tener a nuestro hijo, ¿no crees que antes deberíamos casarnos?

Estefanía soltó una risita que él aprovechó para apoderarse de sus labios.

—Espera... —Estefanía se alejó sólo lo suficiente para mirarlo a la cara—, ¿quieres que nos casemos?

—¿Crees que besaría a otra mujer que no fuera a ser mi esposa, como te beso a ti? —Volvió a besarla en los labios, provocando que ella no pudiera responder perdida por ese beso.

—Pero... —Estefanía se estremeció cuando él siguió con la lengua la línea de su mandíbula hasta llegar a su oído y comenzar a jugar ahí, nublándole todo pensamiento.

—No hay peros, sólo di que sí.

—Apenas nos conocemos... —casi no pudo hablar cuando la mano de él subió por su vientre y se apoderó de su pecho.

—Qué mejor, será una vida llena de sorpresas.

—¿Estás seguro de esto?

—Más que de cualquier otra cosa en la vida... —él comenzó a bajar la cabeza por su escote abriendo los botones a su paso.

—¡Espera! —Lo apartó bruscamente, mirándolo ahora con los ojos encendidos por la furia—. ¿Haces esto por mi herencia? ¡Porque no tengo nada, sólo mi casa y no vale nada! Si lo que buscas es dinero, no tengo nada, así que mejor para de una vez.

Anthony se apartó y sus ojos parecían un par de rendijas encendidas.

—¿Cómo te atreves a preguntarme eso? ¡Por supuesto que no quiero tu herencia!

—Pues sería una coincidencia bastante oportuna que llegaras ahora a decirme que me case contigo, justamente después de que te conté lo de mis parientes y mi herencia.

—No me interesa tu herencia, Estefanía. No necesito para nada tu casa ni tu dinero, y si me crees tan bajo como para venir y proponerte matrimonio sólo por lo que podría obtener de ti... —se apartó, dedicándole una mirada de desprecio—. Tal vez no estás tan equivocada del concepto que tienes de ti misma.

Ella desvió la mirada y la fijó en el suelo.

—Tú no entiendes... No sabes lo que es vivir cuidándote la espalda todos los días, tener que vivir en tu propia casa cuidándote de las sombras, temiendo de aquellos en los que se supone deberías confiar... ¿Cómo no desconfiar de un extraño cuando tu propia familia te ha traicionado?

Anthony la miró fijamente. Sabía que ella sufría por su indecisión de confiar o no en él, y no podía culparla. Él sabía muy bien a lo que se refería y si su vida era como ella decía, debía de encontrarse en un infierno...

—Puedes confiar en mí —le dijo con voz baja y grave—. Nunca te haría daño, Estefanía.

Ella levantó la cara y lo miró directamente a los ojos.

—¿Lo juras...? ¿Lo juras por tu vida?

Anthony se tensó al notar la mortificación en su mirada, ella estaba sufriendo, y mucho.

—Te lo juro.

Estefanía sintió que las lágrimas se agolpaban en su garganta y se aferró a él, abrazándolo con fuerza por la cintura.

—Perdóname, perdóname por favor... Tú me salvaste y has sido siempre bueno conmigo y yo no hago más que hacerte sufrir. He sido una tonta...

—Estefanía, no digas eso... —la abrazó también, dejándose llevar por el momento y dejando a un lado el enojo.

—Lo digo y lo repetiré mil veces si es necesario, todas las que sean necesarias... ¡Lo siento, lo

siento, lo sien...! — Anthony le sujetó la barbilla levantándosela y cubrió sus labios con los suyos impidiéndole hablar.

—Lo único que me interesa que digas, es SÍ —acarició su mejilla con una ternura como nunca antes Estefanía había sentido—. Di que sí. Di que serás mía. Di que te casarás conmigo.

Estefanía sonrió, estrechando la mano con la que él acariciaba su mejilla.

—Sí, Kasim.

La sonrisa en el rostro de Anthony se congeló. Kasim. Ella amaba a Kasim, no a Anthony. Había actuado como un estúpido: ahora ella se casaría con el hombre que creía que era y cuando supiera que en realidad se estaba casando con el conde de Woodruff, lo odiaría para siempre. Habría traicionado su confianza, tal como había jurado no hacer... Tenía que encontrar una solución para ese problema y pronto. Una solución donde él se quedase al lado de Estefanía, porque por Dios que no la dejaría ir nuevamente.

## Ω

Ya estaba oscuro cuando llegaron a las inmediaciones de su propiedad en Kent. Estefanía se había quedado dormida sobre su regazo hacía horas, permitiéndole divagar con soltura sobre el siguiente paso que debía dar. Se casaría con ella, y lo haría allí tan pronto como pudiera. Si era posible, al día siguiente.

Kasim podría arreglar todo. Sería una boda sencilla, únicamente la pareja, el párroco y Kasim como su testigo, no necesitaban de nada más.

Si Estefanía se iba a enfurecer con él cuando se enterara de que la había engañado, se enfurecería con su marido. Era bajo, pero tenía que atarla, impedirle que lo dejara. Estefanía podía ser una mujer orgullosa, pero era una mujer de honor. Nunca abandonaría a su marido, y por Dios que él no querría que ella lo abandonara a él...

Vio la silueta de un caballo y su jinete aproximándose por el camino, sus formas apenas dibujadas por la luna. Sin embargo, no necesitó ver más para reconocer en él a su querido amigo, el verdadero Kasim.

—Buenas noches, soy Mathew.

—Tranquilo, está dormida —le dijo Anthony—. ¿Cómo ha ido todo? ¿Tienes preparada la cabaña?

—Por supuesto, señor, aunque lo esperaba varios días atrás, me he asegurado de que se encuentre en excelentes condiciones para usted. Sígame por aquí, señor —lo guió por el camino.

Anthony se acomodó a su lado, notó que Kasim arqueaba una ceja al ver a Estefanía dormida para luego volver a fijar la vista en el camino.

—Anda, habla ya.

—No es nada, señor. Sólo me preguntaba la razón de su tardanza. Pero claro, eso no me incumbe —lo miró haciendo una respetuosa inclinación de cabeza—. Le aseguro que yo me he hecho cargo de todo por aquí en su ausencia.

—Te lo agradezco, amigo mío —le dijo Anthony, agradecido de que no hiciera más preguntas, porque sinceramente no tenía idea de si podría contestarlas...

Torcieron por un estrecho sendero que descendía colina abajo, dejando ante ellos la visión de

una pequeña y bonita casa de campo levantada en un prado apartado, un sitio perfecto, privado de todo el mundo, con una magnífica vista del bosquecillo más abajo y el lago. Era bastante bonita y grande, considerando las proporciones de la anterior cabaña, una construcción de dos pisos, adornada por un jardín de flores y uno de sus muros frontales cubierto por una delicada enredadera, también en flor. Tenía un simpático techo de paja, además de —gracias al Cielo—, un establo cercano.

Anthony bajó del caballo y llevó a Estefanía dentro de la morada mientras Kasim se hacía cargo de los caballos. Al cruzar el umbral se dio cuenta, para su satisfacción, que la casa era mucho más grande y confortable de lo que había esperado, y ni mencionar que su anterior morada; además de que estaba amueblada de manera sencilla, resultó ser acogedora. A su derecha se hallaba un sofá mullido que reposaba sobre una enorme alfombra de lana, frente a la enorme chimenea encendida. A su izquierda se encontraba el comedor, consistente en una sencilla mesa redonda con cuatro sillas acojinadas. En el fondo, la pequeña cocina equipada por algunos muebles, una tarja con bomba de agua y una estufa moderna. Justo en medio de la división invisible ente la sala y el comedor se hallaba la escalera, una construcción en espiral empotrada en los mismos cimientos del muro y decorada por escalones de madera que Anthony subió hasta llegar al segundo piso, consistente en una sola amplia habitación amueblada con una enorme cama, con una mesita de noche a cada costado y dos butacas que lucían bastante cómodas, colocadas frente al luego de la chimenea de la habitación, separadas únicamente por una mesita redonda entre ellas.

La imagen de Estefanía sentada en una de esas butacas leyendo un libro y tomando el té a su lado llegó a su mente, y sin saberlo, una sonrisa se dibujó en sus labios.

Anthony se aproximó a la cama y dejó allí a la joven, aún dormida. La cubrió con una manta para evitar que pasara frío y la besó en la mejilla, deleitándose una vez más con la textura suave de su piel y su aroma a flores, que parecía emerger de ella como por gracia propia.

Se sorprendió de encontrarse forzándose a bajar, nunca antes le había costado despegarse de una mujer, era como si pudiera pasarse las horas contemplándola sin ningún impedimento, por excepción, claro, del mundo exterior, que lo llamaba.

Se reunió con Kasim en el piso de abajo y con un gesto de cabeza le pidió que salieran a hablar al jardín. Si Anthony poseía una cualidad, era ser previsor, y no quería que ella fuera a despertar y escuchara parte de su conversación.

—Y bien, Mathew —le dijo a su mozo en son de burla, cuando se detuvieron bajo las frondosas ramas de un sauce—, ¿qué tienes para contarme? ¿Cómo te ha ido en mi ausencia?

—Bastante bien, señor. He hablado con algunos granjeros, al principio se han mostrado un tanto reacios a soltar nada, pero me he ganado su simpatía y conseguí que me dijeran varias cosas sobre su primo—sus ojos negros brillaron en la oscuridad de la noche cuando los fijó sobre Anthony—. Usted tenía razón, señor. Su primo ha estado robando a los arrendatarios y a su padre por años, cometiendo toda clase de abusos también.

—¿Y sobre la joven?

—Pertenece a una familia del Norte, su casa colinda con la propiedad vecina. Aún no he ido a hablar con ella.

—Lo haremos mañana a primera hora, después de que te encargues de un asunto.

—Lo que usted quiera, mi señor.

—Necesito que arregles los trámites necesarios para casarme con esta joven lo antes posible.

Kasim por poco se cae al escuchar tal declaración y Anthony debió apurarse para sujetarlo por un codo antes de que terminara de bruceos en el suelo.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué me ves de esa manera?

—¿Señor... está borracho? —Se acercó para olerle el aliento y Anthony lo apartó hacia atrás de un empujón.

—¡No estoy borracho!

—¿Lo han embrujado, entonces?

—¿Qué tiene de raro que desee casarme?

—Nada —se encogió de hombros—, con excepción de que juró solemnemente jamás hacerlo.

Anthony soltó una palabrota volteando los ojos.

—Todos tenemos derecho a cambiar de opinión. Además, te dije que necesito un heredero y ésta joven puede dármelo.

—¿Una costurera, señor?

—No es sólo una costurera... —miró hacia la ventana, recordando con dolor las palabras de Estefanía. Pero él la vengaría, nunca más permitiría que la hicieran sufrir—.

Ella pertenece a una buena familia. Y aún si no lo hiciera, de todos modos me casaría con ella —y era cierto, se había dado cuenta de que la amaba antes de que ella le revelara quién era en realidad. Kasim arqueó las cejas, en una mezcla de sorpresa y asombro—. Cuando regresemos a Londres, tendremos que ocuparnos de eso —le dijo Anthony, mirándolo con la determinación grabada en el rostro—. Ahora necesito que concretes los trámites del matrimonio. Cuanto antes, mejor.

—Pero, señor, aunque el párroco esté en sus tierras y sea su protegido, dudo mucho que acepte...

—Aceptaré —le dijo con total seguridad—. Dile que yo lo ordeno. No dudará en obedecer.

—A pesar de eso, señor... —se limpió la garganta antes de continuar—, está usted usando mi nombre y bueno... ¿Seré yo quien quede casado con esa señorita?

—¡Por supuesto que no!

—Entonces cómo...

—Kasim, eres mi hombre de confianza —le dijo posando una mano sobre su hombro—. Sé que encontrarás la manera de conseguir que en las actas esté mi nombre sin que ella se dé cuenta.

—Sí, señor —terminó diciendo el joven, a la vez que asentía con la cabeza, sabiendo muy bien que cuando Anthony tomaba una determinación como ésa, no había nada que hacer para impedirlo—. Arreglaré ese asunto lo antes posible.

—Excelente —Anthony le palmeó la espalda contento—. Ahora, si me disculpas, Mathew, debo ir a ver a mi novia. Sólo una cosa más... —se detuvo a medio camino—. ¿Por qué Mathew?

—Supuse que era lo justo —Kasim se encogió de hombros, esbozando una sonrisa divertida—. Después de todo, usted tomó mi nombre.

Anthony sonrió y continuó su camino a la casa, divertido por el ingenio de su mozo: Mathew era el segundo nombre con el que lo bautizaron sus padres. ¿Por qué siempre debía complicarse la vida? De haber dado su segundo nombre y no el de su mozo, no habría tenido ningún problema entonces, ni mucho menos ahora intentando hacer que Estefanía se casará legalmente con él.

Pero Kasim sabría arreglar las cosas. Antes de que pudiera darse cuenta, estaría casado con

Estefanía. Y ella sería suya para siempre...

A Anthony le costó un enorme trabajo lograr conciliar el sueño esa noche sin terminar enroscado una vez más en el cuerpo de Estefanía, por lo que decidió dormir en el mullido sofá de abajo, que para el caso, resultó ser tremendamente más cómodo que el montón de paja apelmazada en ese cajón de la cabaña anterior que no tenía las propiedades para llamarse cama.

Se despertó bien entrada la mañana, alguien lo había tapado con una frazada y una sonrisa se dibujó en su rostro al imaginar quién sería ese alguien. Se desperezó y se levantó, pasándose una mano por el cabello. Gracias al cielo que ese nuevo tinte que Kasim le había conseguido no se quitaba, o las manchas que hubiera dejado a su paso habrían levantado sospechas en Estefanía. Eso sí, estaba seguro que tendría que usar peluca por un buen tiempo cuando volviera a ocupar su lugar como conde. Le daba igual, mientras no se descubriera su secreto, no importaba.

—¿Estefanía? —La llamó sin conseguir respuesta, revisando con rapidez la estancia y la cocina—. ¿Estefanía?! —Repitió, comenzando a subir las escaleras.

La puerta de enfrente se abrió en ese momento y por ella entró la joven. Lucía radiante, con el cabello suelto en suaves rizos negros sobre la espalda y el rostro, enmarcando ese rostro que él había aprendido a adorar. Ella le dedicó una sonrisa encantadora antes de acercarse corriendo hacia él con el vestido de muselina que él le había comprado flotando a su alrededor, otorgándole el aspecto de una ninfa de los bosques.

—Buenos días —lo saludó colgándose a su cuello para besarlo. Anthony la estrechó contra su cuerpo, saboreando la textura de sus labios suaves y fríos, probablemente por haber estado afuera, y supo que no podía ser una ninfa, ella tenía que ser un ángel—. ¿Te desperté?

—No, en absoluto —le contestó concentrarse en lo que ella le decía sin parar de besarla, dejando un camino cálido de besos por la línea de su mandíbula.

—Kasim, este lugar es maravilloso —le dijo ella, intentando mantenerse impasible a pesar de que la respiración se le comenzaba a cortar a causa de sus besos—. Cómo me gustaría que Martha y Bertha pudieran verlo, estoy segura que les encantaría.

—Me alegra que te guste —continuó él bajando por su cuello hasta su hombro—. Quizá puedas traerlas algún día, después de la boda.

—Detente, me haces cosquillas —rió ella escapando de sus brazos, pero Anthony la sujetó por la cintura y la atrajo nuevamente hacia él para comenzar a besarle el cuello nuevamente, esta vez por detrás.

—Dame una hora y te enseñaré a no tener cosquillas —le dijo al oído, pasándole la lengua por el lóbulo de la oreja. Vio las mejillas de Estefanía encenderse, cómo le encantaba cuando eso sucedía, le encantaba ver el contraste de sus ojos azules con la piel sonrosada, era como un regalo para él, sólo para él—. ¿Sabes lo que te haré...? —Le preguntó pasando la mano por el inicio de su escote—. ¿Quieres saber qué te voy a hacer? —metió la mano bajo la tela y atrapó uno de sus senos.

—¡Kasim! —Chilló ella intentando soltarse, pero él la sujetó con más fuerza contra su cuerpo, aferrándola por la espalda.

—No pienses, sólo déjate llevar —le dijo al oído pasando el pulgar por el pezón. Estefanía se estremeció con la caricia: las manos de él eran suaves como una pluma, pero firmes como las de un

amante experto. Él ahuecó la mano en su pecho y lo apretó, buscando sus labios al mismo tiempo.

Estefanía bien pudo darse por perdida con ese beso. Él devoraba sus labios con avidez, mordiendo de manera juguetona el inferior para luego pasar la lengua por la comisura de boca y luego seguirse hasta el hoyuelo de su mejilla.

—Oh, Estefanía... —murmuró él bajando por su cuello, dejando un camino ardiente de besos—, mi Estefanía.

De un momento a otro, liberó a su pecho de la tela y antes de que pudiera hacer o decir nada, metió a su boca el pezón con el que jugueteaba. Estefanía se arqueó de placer cuando él succionó su seno, al tiempo que él la atraía fervientemente contra su cuerpo.

Alguien tocó a la puerta en ese momento. Estefanía se enderezó de golpe, recobrando la compostura. Nerviosa y azorada, miró hacia la ventana, temiendo que alguien los hubiera visto.

—Tranquila, aquí me conocen y saben que no deben molestarme —le dijo él, intentando seguir con lo que estaban haciendo.

—No, Kasim, ve a ver qué sucede.

Él sonrió y la besó en los labios subiendo una vez más la tela del vestido sobre su busto. Le echó una ojeada, cuidando que ella, de haberse visto en un espejo, se encontrase a sí misma presentable y asintió.

—Lista para ser presentada como mi novia incluso hasta a mi madre —le dijo con una sonrisa—. Espera aquí, iré a ver quién es.

Estefanía sonrió, dirigiéndose a la cocina.

—Yo iré preparando algo para desayunar. Ví que había pan y queso en la alacena antes de salir caminar esta mañana, ¿se te antojan unas tostadas con rebanadas de queso?

—Sería estupendo, gracias —ella le lanzó un beso volado y corrió a la cocina, mientras Anthony se dirigía a la puerta anotando mentalmente agradecerle a Kasim por dejar algo de comer en la despensa.

—¿Quién es? —Preguntó Anthony, antes de abrir.

—Mathew, señor.

Anthony abrió sólo lo suficiente para salir y cerró una vez más tras él.

—Qué alegría verte de nuevo, Mathew—lo saludó Anthony en tono burlesco, pero al notar que Kasim no reía se tensó—. ¿Qué ocurre?

—Su primo, señor —le hizo un gesto con la cabeza para que lo acompañara lejos de la entrada, donde Estefanía no pudiera escuchar lo que decían.

—Dime, ¿de qué te has enterado? —Le preguntó cuánto hubieron llegado a la altura del establo.

—Su primo está instalado aquí, en la casa solariega Woodruff, señor.

—¿Qué?

—El muy cretino vino a instalarse aquí, asumiendo que usted sigue ocupado en sus asuntos en Londres. Eso debe agradecerse al señor Stowner, quien le ha cubierto bien las espaldas para dar la impresión de que se encuentra recluso en su casa con gripe.

Anthony sonrió asintiendo con la cabeza. A ese desgraciado le había llegado la hora de pagar.

—Es nuestra oportunidad para atraparlo con las manos en la masa, señor.

—Ya lo creo —Anthony sintió que el volcán de la venganza volvía a hervir en su interior—.

¿Crees poder conseguirme ropa y una peluca? Este es un trabajo que tengo que hacer como el conde.

—Por supuesto, señor.

—Bien, cuanto antes, mejor. Esa rata escurridiza puede escapárenos en nuestras narices si le damos la oportunidad.

Kasim asintió y se dio la media vuelta para marcharse. Entonces, como si repentinamente recordara algo importante, regresó sobre sus pasos.

—Señor, he hablado con el rector a su servicio. Me ha costado convencerlo, pero está dispuesto a cooperar si usted va a hablar personalmente con él.

Anthony volteó los ojos: el anciano señor Mendel, el rector de su parroquia, era un hombre severo y de costumbres antiguas, pero muy apegado a las comodidades. Sabía que con una generosa suma cedería sin problema, eso claro, después de darle un largo sermón para calmar su propia conciencia. Siempre había buscado derramar sus palabras acerca de las ovejas blancas y negras sobre Anthony, remarcando la parte de las negras cuando se refería a él. No le agradaba, pero con tal de desposar a Estefanía lo antes posible lo haría. Ella valía la pena para eso y más.

—Bien, aprovecharemos el que deberé vestirme de conde para ir a verlo. Quiero dejar ese asunto zanjado de una vez —posó una mano sobre su hombro—. Te lo agradezco, mi buen amigo. Te prometo que una vez concretado esto y el problema de mi primo, te daré unas buenas vacaciones pagadas en el lugar donde tú quieras.

—Tal vez me consiga una esposa —el hindú se encogió de hombros y por primera vez Anthony notó que se ruborizaba—. Ya que usted lo ha hecho, quiere decir que no es tan malo.

Anthony rió divertido y asintió.

—Mientras sea la correcta, será la mejor decisión, amigo mío. Ahora ve, nos encontraremos en la fuente del ángel en una hora.

—Muy bien, señor.

Cuando Anthony volvió a entrar en la casa, el aroma a huevos revueltos y pan fresco le inundó las fosas nasales provocando que sus intestinos gruñeran sonoramente.

—Qué bueno que llegas, el desayuno está casi listo —le dijo Estefanía desde la cocina—. Me puse a buscar y encontré también huevos y leche fresca, supongo que alguien debió dejarlos aquí para ti, espero que no te moleste que los tomara.

—En absoluto —se acercó a ella y la abrazó por la cintura, besándola en el cuello—. De ahora en adelante lo mío es tuyo, debes saberlo —le mordisqueó el lóbulo de la oreja, provocando que ella se estremeciera.

—Kasim... —ella se dio la vuelta y le puso una rebanada de queso en los labios—. ¿Por qué no vas poniendo la mesa? Vi los cubiertos en ese cajón.

—¿No preferirías continuar con lo que dejamos?

—No, hasta la boda —lo besó fugazmente en los labios antes de dirigirse al cajón donde estaban los cubiertos—. Anda, toma y haz algo útil. Un poco de trabajo te quitará otras ideas de la cabeza —le dijo entregándole un par de tenedores y cuchillos.

—Eres cruel, ¿sabías? —le dijo con una falsa voz ofendida—. Sabes dónde darle en el orgullo a un hombre, ¿cómo que inútil? Puedo enseñarte aquí mismo lo muy útil que puedo ser.

Estefanía rió alegremente, escapando de sus brazos.

—Creo que sólo inventas excusas para no poner la mesa, pero mientras no pongas la mesa,

querido novio mío, no te daré de comer.

—Prefiero que me beses.

—Te besaré después de desayunar.

—¿Lo prometes?

—Por supuesto —sonrió dedicándole una picara mirada sobre el hombro que le dio vida propia a una parte del cuerpo de Anthony.

Él corrió a la mesa y colocó los cubiertos tan rápido como consiguió, provocando que Estefanía se carcajeara. Desayunaron con calma, manteniendo el buen humor a pesar de que ambos tenían bastante apetito y en pocos minutos devoraron todo cuanto había en los platos.

—¿Te gustó? —Le preguntó ella, sonriendo encantada cuando él pasó una rebanada de pan por el plato de una manera nada decorosa para comer hasta el último trozo de huevo.

—¡Está delicioso! —Le dijo aún con la boca llena—. ¿Dónde aprendiste a cocinar así?

—Bertha me enseñó.

—¿Tu nana?

—Sí, ella sabe cocinar muy bien. En especial la comida mexicana, ella dice que es la mejor comida del mundo. Sabe preparar platillos exquisitos y me ha enseñado a hacer la mayoría.

—Pues no sé si sean sus recetas o lo bien que cocinas, o las dos cosas, supongo, pero te ha quedado delicioso —le dijo, pasando el dedo por la salsa de tomate para luego llevárselo a la boca.

—Te lo agradezco —sonrió ella—. Suenas tan complacido que me haces pensar que tal vez pueda conseguir un puesto como cocinera. He sabido que pagan bien en las grandes mansiones.

—No vas a cocinar para nadie, te casarás conmigo.

—¿Y no te gustaría que trajera una paga a la casa? Sé que a muchos hombres no les agrada que sus esposas trabajen, pero si es una oportunidad para conseguir un mejor nivel de vida, no le encuentro nada malo.

Anthony se puso serio, por poco suelta el secreto sin darse cuenta. Ella creía que se iba a casar con un hombre pobre, no con un conde que la mantendría como a una reina.

—Bien puedo seguir trabajando en Wood's —añadió ella al notar el cambio en la expresión de su rostro—. Me gusta bastante mi trabajo y la señora Wood es muy buena, estoy segura que me permitiría trabajar en casa sin problema.

—Tranquila, puedes hacer lo que tú quieras —le dijo él posando una mano sobre la de ella—. Es tu vida, después de todo.

Estefanía sonrió encantada, estrechando la mano que él le ofrecía.

—Nuestra vida.

Anthony sonrió de manera pesarosa... ¿Iría ella a pensar de esa misma manera después de que supiera quién era él en realidad? ¿Lo amaría igual como lo amaba ahora? El reloj cucú de la pared comenzó a sonar. Debía partir ya, Kasim debía estar esperándolo.

—Debo irme —dijo de una manera cortante que no deseaba, poniéndose de pie.

—¿Debes atender los asuntos que me comentaste en el camino? —Estefanía lo acompañó a la puerta.

—Así es. Regresaré antes del anochecer —se volvió y la besó fugazmente en los labios.

—Bien, iré a pasear por los alrededores para conocer.

Anthony frunció el ceño.

—Quizá deberías recostarte un rato, no quiero que te dé un enfriamiento, podrías recaer de tu resfriado.

—Estaré bien —sonrió, acariciando su rostro con ternura al verlo tan preocupado—, tendré cuidado, lo prometo.

Anthony pareció dudar por un par de segundos pero terminó asintiendo.

—Bien, te dejaré el caballo. Será más seguro si vas...

—No.

—¿No?

—No es necesario, llévatelo tú.

—No hace falta, no lo necesitaré para lo que tengo que hacer. En cambio tú podrás recorrer el camino en...

—Kasim, yo no monto a caballo.

—¿Cómo que no montas? Te subiste conmigo.

—Lo sé, si voy con alguien o en un carruaje no pasa nada. Pero no puedo subirme yo sola —suspiró acongojada—. Simplemente no puedo.

—¿Les tienes miedo? —Se extrañó al recordar su insistencia para proteger al animal del clima la noche de la tormenta.

—Miedo no... —suspiró nuevamente y lo miró a los ojos—. Es largo de explicar y tienes asuntos que atender, ¿te parece si lo hablamos luego?

Anthony habría deseado quedarse a zanjar ese tema de una vez, pero Kasim lo esperaba y también ese delicado asunto que debía resolver...

—Bien, como tú desees, amor mío —se acercó y la besó una vez más en los labios, esta ocasión de manera prolongada. —Te estaré esperando —le dijo ella cuando se separaron. —Y yo estaré esperando regresar a tus brazos.

Anthony terminaba de colocarse la peluca en la pequeña cabaña a la que Kasim lo había llevado para vestirse, después de asaltar sigilosamente sus propios armarios en su casa solariega. Era la ropa de Charles, y aunque le quedaba un poco ajustada y no le gustaba mucho la idea de llevar la ropa de un muerto, era mejor que nada.

—Señor, tenemos un problema —Kasim entró en ese momento.

Anthony frunció el ceño y se volvió hacia él.

—¿Qué ocurre?

—Me temo que su primo ha salido.

—¿Salido? —Exclamó Anthony—. ¿No te dije que lo vigilaras?

—Es lo que estuve haciendo, señor. No me dijo que lo detuviera, se supone que él no debe saber que usted está aquí, ¿no es así?

—Sí, sí. Tienes razón, discúlpame —Kasim arqueó las cejas, sorprendido. Nunca antes Anthony se había disculpado—. ¿A dónde va?

—Al parecer a concertar un asunto en Londres, regresará en un par de días.

—Estupendo.

—Ha dejado aquí a sus hombres.

—¿A sus hombres? —Anthony frunció el ceño—. ¿Se ha atrevido a dejar aquí a sus secuaces? ¡Actuando como si ésta fuese su casa!

—Eso me temo, señor.

—Bien, deja que se sienta a sus anchas. Mientras tanto nosotros iremos actuando en su contra.

—Por supuesto, señor, ya tengo a varios hombres moviéndose para hacerse cargo de eso, he mandado un par de espías a Londres a seguirle los pasos.

—Excelente, muy bien pensado, Kasim. Te felicito, ¿y qué hay de la gente de aquí? ¿Has encontrado alguna clase de apoyo?

—Los campesinos quieren apoyarnos en lo que sea, al parecer su primo ha estado cobrando rentas mayores a las estipuladas por su padre y cometiendo toda clase de abusos.

—Muy bien, mientras más hombres tengamos en nuestro bando, mejor. Por ahora díles que sean discretos, no debemos llamar la atención. Será la única manera de conseguir que Ernest caiga en la trampa.

—Por supuesto, señor. ¡Y señor...! —Añadió, impidiendo que Anthony comenzara a quitarse la peluca—. Aprovechando que está vestido, tal vez debamos ir con su rector. Se mostró bastante ansioso de hablar con usted.

Anthony asintió, molesto.

—Es cierto. Vamos de una vez —dijo con mal genio—, al mal paso darle prisa.

contento. El hombre no se había mostrado sorprendido por la petición hecha por Kasim, quien hábilmente sólo había dado los detalles necesarios de la historia; Anthony, como el nuevo conde, asediado irremediablemente por una enorme cantidad de mujeres en busca de su título y dinero, era natural que buscara a una mujer que lo quisiera de verdad, y no que estuviera enamorada del título y el dinero que fuera a traer con él. Así pues, el párroco se mostró bastante de acuerdo en ayudarlo con su plan después de que Anthony prometiera que llegado el momento le revelaría la verdad sobre su identidad a su esposa, y claro, donara lo necesario para construir una nueva ala a la iglesia.

Cuando regresó esa noche a casa lo hizo de bastante buen humor. Había dejado a Kasim en la cabaña con su disfraz de conde para regresar a su propia cabaña a pie. Desde una colina alejada alcanzó a ver a Estefanía, quien cepillaba al caballo mientras éste pastaba en el campo, y lo hacía de manera tan contenta, que la idea de que ella no pudiera montar sobre uno le pareció ridícula.

—¿Cómo has estado hoy, mi adorada ninfa de los bosques? —Le preguntó cuando ella volvió la cabeza al escuchar pasos aproximándose por el camino.

Estefanía sonrió de oreja a oreja y corrió a recibirlo, colgándosele del cuello con tanto entusiasmo como si hubieran transcurrido años y no unas cuantas horas sin verse.

—Te extrañé tanto —le dijo ella, hundiendo la cabeza en su pecho.

—Y yo a ti, preciosa —Anthony tomó su barbilla entre los dedos y la levantó para besarla en los labios—. Te he traído algo.

—¿Qué es? —Preguntó entusiasmada al ver que él había llevado algo oculto tras la espalda sin que lo notara. Él le tendió el brazo, que había tenido escondido, frente al rostro de Estefanía, dejando al descubierto un hermoso sombrero de la hechura más fina. Lo había tomado de la casa, pero no importaba, era uno de los tantos artículos nuevos que su familia solía tener sin uso y ahora le pertenecían. Bien podría lucirlo su futura esposa para la boda. Le habría traído un ajuar entero, de no ser que hacerlo habría levantado sospechas en ella.

—Oh, Kasim, no debiste... —Estefanía abrió los ojos como platos—. Debió costarte una fortuna.

—El valor no importa, sólo si te gusta. Anda, póntelo.

Ella lo miró con una sonrisa y se lo colocó en la cabeza, hundiendo algunos de los rizos del cabello que ese día también se había dejado suelto.

—Es maravilloso. Me encanta, te lo agradezco tanto...

—Qué bueno que te guste, porque es lo que usarás este domingo.

—¿El domingo?

—En nuestra boda, claro.

Los ojos de Estefanía se agrandaron, llenos de luz.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto —rió cuando ella volvió a colgarsele del cuello.

—Oh, Kasim, soy tan feliz —le dedicó esa sonrisa que él adoraba—. No puedo creerlo, parece un sueño...

—No estás soñando, Estefanía, todo esto es muy real —le dijo con ternura acariciando su mejilla—. En cuatro días te convertirás en mi esposa y ya no habrá nada ni nadie que pueda separarnos.

Lo dijo en un tono que a Estefanía la hizo recelar por un momento, pero al levantar la vista y encontrarse con esos ojos azules llenos de amor, no pudo menos que entregarse de lleno a lo que sentía. Y se sentía feliz, por primera vez en tantos años, se sentía sumamente feliz.

La lluvia se soltó repentinamente sobre ellos, y debieron partir corriendo de vuelta a la cabaña. Anthony llevó al caballo al establo, dejándole bastante en claro a su novia que para cuando entrara en la casa la quería encontrar seca y cambiada de ropa. No iba a permitir que se enfermara de nuevo y mucho menos con la boda tan cerca.

Cuando Anthony entró en la casa, la encontró paseándose por la cocina vestida en una vaporosa enagua, provocando que todos sus sentidos se encendieran.

—¡Kasim! —Saltó ella al escuchar la puerta que se cerraba—. No te escuché llegar... Yo... —se cubrió los pechos en un abrazo, mirándolo azorada—. No tenía nada más que ponerme y supuse que tendrías hambre, por eso bajé... —Anthony dirigió una mirada a la mesa puesta con un plato caliente de comida sobre ella—. En fin, me iré a dormir...

—¡Espera!

Ella se giró con un pie sobre el primer escalón. Anthony ya había llegado hasta el sitio donde ella se encontraba y la atrajo hacia él atrapándola por la cintura para besarla apasionadamente en los labios.

—Kasim, para... —musitó ella moviéndose hacia atrás.

Anthony sonrió, encantado con esas mejillas sonrosadas que parecían tomar color sólo para él.

—Sólo faltan unos días para la boda, no hay nada de malo con que actuemos como marido y mujer —le dijo al oído besándola allí para continuar bajando por su cuello, dejando un camino ardiente de besos.

—Pero... pero... —Estefanía no podía pensar y cuando él ahuecó una mano sobre su pecho, sintió que se derretía entre sus brazos.

—¿Por qué no me cuentas sobre tu día? —Le pidió él, bajando la delicada manga de la enagua para besar su hombro blanco y suave, cremoso bajo sus labios—. ¿No es algo que hacen los esposos?

Estefanía asintió, respirando agitadamente. ¿Cómo demonios conseguía él articular una palabra? Ella se estaba deshaciendo bajo el hechizo de sus besos.

—Fui... fui a dar una vuelta —le dijo de manera entrecortada—. Me encontré... con unos vecinos.

Anthony se separó de ella bruscamente juntando las cejas.

—¿Vecinos? ¿Hablaste con la gente de aquí?

—Sí, por supuesto. ¿Por qué te sorprende? —Ella frunció el ceño también—. No tiene nada de malo.

—No, no, claro que no... —gruñó él, dejando claro que le molestaba. Sin decir nada más, se dio media vuelta y se encaminó a la mesa para tomar asiento frente a la comida servida.

—Vamos, dime qué es lo que pasa, eso hacen los esposos —le pidió Estefanía, tomando asiento a su lado.

—Es sólo que no imaginé que te interesara tanto el socializar con la gente de estos lugares. Además, ¿no dijiste que no montabas a caballo? —Le preguntó echándose un pedazo de pan a la boca.

—No lo hice, fui a pie.

—¿Hasta la cabaña de los locatarios...? ¡Eso está muy lejos, Estefanía y además cerca de la casa

principal! No quiero saber que andas cerca de esos rumbos, es peligroso. Hay gente mala allí, gente que no dudaría en hacerte daño si les das la oportunidad —le dijo, sintiendo un terror claro recorrerle el espinazo. Si los mismos tipos que habían intentado asesinarlo la atrapaban, lo que le hizo Efraín no sería nada—. ¡No te quiero ver cerca de la casa principal!

—Tranquilo, no soy tonta para hacerlo —le dijo molesta, cruzando los brazos sobre el pecho—. No pienso ir a ese lugar, sería como querer ir al infierno a visitar al demonio.

Anthony la miró con una ceja arqueada escudriñándola con los ojos.

—¿A qué te refieres?

—¿Pues a qué va a hacer? —Espetó molesta, girándose para no verlo de frente—. A tu adorado conde de Woodruff para el cual trabajas, ¡a qué más!

El gesto de Anthony se endureció.

—¿Qué se supone que hizo el conde ahora para que estés tan enojada?

—¿Hecho?—Bufó—. ¡¿Qué no ha hecho?! Ese hombre es un desalmado, no tiene corazón. Ha tratado a todos los campesinos como esclavos, les ordena darle parte de su cosecha además de las rentas que ha subido al triple de lo que pagaban originalmente. Muchos han tenido que marcharse, y a los que ha cogido en el intento, los ha mandado a azotar, incluso algunos han desaparecido... —sus cejas se fruncieron en un rictus airado—. Ya la gente tiene tanto miedo que prefiere quedarse aquí y soportar los abusos, a correr el riesgo de que los maten si intentan marcharse.

Anthony no se percató del pan que tenía en la mano cuando apretó los puños, furioso, y lo hizo añicos. ¡Ese desalmado estaba actuando como un estúpido señor feudal del siglo IX! ¿Quién se creía para andar matando a los arrendatarios de su padre? ¡Pero la pagaría, por un demonio que la pagaría!

—Y eso no es todo —continuó ella hablando—. ¿Recuerdas a la joven que se ha atrevido a acusarlo de ser el padre de su hijo? ¡Pues su padre ha desaparecido! Y dicen que la amenazó directamente: si no guardaba silencio mataría a su padre. Y luego seguiría con su madre, con ella y con la criatura.

—¡Eso no es posible! —Gritó Anthony golpeando la mesa.

—Pues lo es y todavía hay más...

—Me lo dirás, me lo dirás todo, pero no poniendo al conde bajo el título de todo eso. ¡Él no ha hecho nada de eso!

—¡Pero si ha sido él...!

—¡Te digo que él no fue! —Gritó tan fuerte que Estefanía dio un respingo—. Lo siento, lo siento... —se llevó una mano a las sienes, intentando calmarse.

Estefanía se puso de pie y se aproximó a él, para abrazarlo por los hombros.

—Sé que sufres, Kasim. El conde del... de Woodruff es como un hijo querido para el señor Stowner, el patrón al que tú estimas tanto, pero debes creerme: Anthony Woodruff no es quien tú piensas, y yo creo que lo mejor será que dejes de trabajar para él.

—Estefanía, debes creerme a mí —se puso también de pie y la tomó por los hombros—. Él no es la persona que todos dicen, no es quien tú piensas.

—Lo es, Kasim, y no lo digo por lo que la gente cuenta, lo digo porque lo sé, ¡yo lo sé!

—¿Cómo vas a saberlo si acabas de llegar aquí?

—¡Porque él es un desalmado que me...! —Su voz se quebró y apartó la mirada.

—¿Que te qué?

—Nada.

—Dime.

—No es nada... Olvida lo que dije, por favor —musitó antes de salir llorando escaleras arriba.

—¡Estefanía, espera! —Anthony la siguió y entró en la habitación.

La encontró llorando sobre la cama, ocultando el rostro sobre las almohadas

—Estefanía, dime qué pasó —se sentó a su lado y acarició su cabello—. ¿Qué sucede?

—¡Nada!

—¿Por qué no me lo dices? —La obligó a girarse y tomó su rostro entre sus manos, para que ella tuviera que verlo a la cara—. Confía en mí, puedes decirme lo que sea, soy tu esposo.

—Todavía no.

—Pero lo seré pronto, es igual. Dime.

—No, no es igual... porque si lo sabes, me odiarás... y te irás de mi lado —lo miró con unos ojos que sólo reflejaban dolor y desesperación—. Me despreciarás y nunca querrás volver a verme.

—No iré a ninguna parte, Estefanía, por favor... —la tomó por los hombros, obligándola a enderezarse— mírame a los ojos y dime qué es lo que sucede. Te juro, amor mío, te juro que no me iré a ninguna parte.

Ella lo miró, los ojos anegados en lágrimas.

—¿Sea lo que sea lo que te cuente, Kasim?

—Sea lo que sea —prometió él, ocultando la impaciencia que sentía por escuchar lo que ella tenía para decirle.

—Él... Yo fui... —Estefanía no sabía cómo comenzar, secándose nerviosamente las lágrimas con su pañuelo, manteniendo la vista fija en su regazo, sin atreverse a verlo a la cara.

—Sólo dilo —le pidió Anthony, tomando su barbilla para que ella pudiera verlo a los ojos. Estefanía suspiró y asintió.

—Lo que voy a decirte no es la clase de cosas que le cuentas a tu novio, Kasim. Prométeme que cuando termine no harás nada, no lo dañarás...

—¿Al conde? —Rió, pero cuando vio que ella hablaba en serio, adoptó una expresión grave—. ¿Por qué habría de querer causarle daño al conde?

—Porque es la clase de cosas que un novio haría por su novia, o un esposo por su esposa... —agachó la mirada.

Anthony se puso de pie, quería escucharlo todo, saber qué impresión era la que ella tenía sobre él.

—Dime. Dime lo que sea. Te prometo que no lo dañaré.

Estefanía asintió, sintiéndose demasiado emocionada como para pronunciar una palabra. Pero tenía que hacerlo, tenía que contarle la verdad. Se convertiría en su esposa y era su deber revelarle todo su pasado, aunque éste pudiera ser tan horroroso a sus ojos, que decidiera abandonarla para siempre... Pero debía hacerlo. Se lo debía a Kasim. Él siempre había sido bueno con ella, sincero y cariñoso. Lo menos que podía hacer por él era darle la oportunidad de saber quién era ella en realidad, el pasado que la envolvía, y decidir si realmente la quería como esposa.

Ella también se puso de pie, aunque levantó la barbilla, sus ojos se mantuvieron bajos, fijos en la

chimenea. Lo que tenía que decirle le resultaba sumamente difícil, casi tanto como verlo a la cara mientras le hablaba.

—Si te lo digo... Lo que te diga —se corrigió, hablando con voz pausada y suave—, ¿prometes que quedará entre nosotros?

—¿Asumes que iré a contarle a los cuatro vientos?

—No. Que irás a tomar venganza.

Las palabras sonaron atronadoras en sus oídos. ¿Venganza?

—Promételo, Kasim. No te diré nada hasta que lo prometas.

Anthony la miró a los ojos y asintió.

—Lo prometo. —Estefanía se giró una vez más, como si le costara un enorme trabajo verlo a los ojos. Anthony caminó hasta ella y la estrechó por la cintura, besándola con suma ternura en el cuello—. Estoy aquí para ti, puedes contarme lo que sea.

Ella lo miró con los ojos humedecidos por las lágrimas y se giró para abrazarlo, hundiendo la cabeza en su pecho.

—El conde ha intentado seducirme en repetidas ocasiones —confesó al fin en un atropello de palabras que le salieron tan rápido como si las hubiera expulsado todas a la vez, librándola al fin de la presión que era tenerlas dentro. Anthony frunció el ceño, estremeciéndose ante su confesión... ¿Era de sus encuentros de lo que tanto temía ella hablarle?

—Sé que suena horrible, y lo es —continuó Estefanía—. Te juro que yo no le he dado ninguna pauta para creer que podría tenerme, él... él me ha buscado... y yo... me siento tan avergonzada —confesó con una voz tan llena de dolor que Anthony, de no haber sabido que hablaba de él mismo, ciertamente se habría encendido por la furia de saber que otro hombre atormentaba así a su amada.

—¿Te tocó? ¿Abusó de ti? —Preguntó con una voz ronca que no parecía suya.

—No... no lo hizo —se secó las lágrimas—. Pero ese hombre no es de la clase de los que se detiene por una negativa. Yo no le importo, sólo quiere jugar conmigo. Lo sé, escuché una conversación que tuvo con su hermano en una fiesta, él asume que las mujeres somos objetos con los que puede jugar, manipular a su antojo y no acepta un no por respuesta. Él me amenazó, Kasim, me dijo que sería suya... —lo miró a los ojos, humedecidos por las lágrimas—. ¿Ahora entiendes por qué no puedo quedarme aquí? Si él me ve... Si él quiere cumplir su promesa... —se soltó a llorar, abrazándolo por el cuello—. Tengo miedo de lo que nos pueda hacer, Kasim, a ti y a mí; a ti por ser mi esposo, a mí por ser la siguiente a la que decidió seducir. Él no es la clase de hombre que se deja amedrentar, cumplirá su promesa sin importar a quién tenga que quitar del camino, ¡y no quiero que te dañe, no lo quiero!

Anthony la abrazó intentando consolarla. ¿Es esa la imagen que ella tenía de él? ¿Esa la impresión que le había causado? Y ahora ella lloraba y no por sí misma, lloraba por él, temía por su seguridad, por su vida, por creer que su verdadero ser, el conde de Woodruff, era una alimaña tan miserable que sería capaz de matar a un hombre inocente con tal de tener a su mujer o por interponerse en el camino de sus planes.

—Eso no es todo... —continuó hablando ella—. Cuando tenía catorce años, yo... yo fui a mi primer baile. Mi padre aún vivía y éramos una familia importante en ese entonces, no aristócrata, pero sí con la influencia suficiente como para ser invitados a la fiesta de compromiso del hijo de los condes de Woodruff. Anthony la miró fijamente, recordaba perfectamente esa noche. La noche en que

la había visto por primera vez—. Mi padre era un comerciante importante. El conde iba a ser uno de sus clientes y él se mostró muy amable en invitarme como un favor especial para mi padre, cuyo sueño más grande era verme vestida de largo en mi primera fiesta. Fue allí cuando lo vi... —sus ojos se llenaron de lágrimas y lo miró a los ojos—. Por favor, perdóname si lo que diré te hiere, pero tengo que decirlo para explicar mis acciones. —Él tomó su mano afectuosamente, incitándola a continuar—. Pensé que él era magnífico, el hombre más apuesto que había visto en mi vida, apenas era una niña y no sabía nada del amor, pero pensé que en ese mismo momento me había enamorado de él. —Anthony se estremeció... ¿ella también lo había visto? ¿A él, y no a Charles, cuando en ese tiempo era a quien todas las jóvenes veían? ¿Lo había visto cuando no era más que el hijo segundón, y no el prominente y perfecto heredero?— No me mires así, por favor —le pidió ella, asumiendo que su expresión significaba algo malo—. Eso fue hace muchos años ya, y como te dije, sólo era una niña. Me impresionaron sus maneras, sus ropas exóticas, el hecho de que siempre parecía alegre y lleno de vida... pero resultó que me equivocaba, él no era alegre ni lleno de vida, era un desalmado cruel y sin corazón. Nos encontramos y... —agachó la mirada con las mejillas encendidas por la vergüenza.

—Te sedujo —le dijo él, trayendo a la memoria ese momento que él recordaba como un tesoro, y ella como el mayor error de su vida.

—No completamente, me besó y yo... y yo no me negué -lloró con más fuerza—. De no ser porque Charles llegó a tiempo para detener eso, quién sabe dónde habría terminado... Y yo... yo lo escuché decirle a su hermano que yo no era nadie para él, sólo un juego, una diversión... Si no hubiese sido por Charles...

—¿Te gustaba Charles?

—No, no como a las otras. Era muy guapo y el futuro conde, pero eso creo que me asustaba un poco. Debo admitir que era Anthony quien siempre me atrajo, sólo lo vi en esa ocasión, y cuando lo hice creí encontrar en él algo especial, algo que me llamaba... No sé cómo explicarlo —se encogió de hombros—. Pero las apariencias engañan. Debí fijarme en Charles, como todas las demás, porque entonces comprendí que era él, a pesar del título y el dinero, el buen hombre, el hombre correcto para cualquier mujer y no Anthony... —se secó las lágrimas con el pañuelo—. Si él hubiese sido más como Charles, tan amable y gentil como él, mi opinión sobre Anthony seguiría intacta. Pero no, tenía que ser una alimaña despreciable el que se fijó en mí, el que jugó conmigo, el que me manipuló para caer en sus redes... ¡Y desde entonces lo odio! ¡Lo odio con toda mi alma y mi corazón! ¡Y nunca dejaré de odiarlo por lo que me hizo, por cómo me trató, y por cómo sigue queriendo tratarme! —Levantó la cabeza, mirando a la pared con la barbilla erguida, como si fuera su orgullo el que hablaba—. Pero nunca cederé ante él, ¡lo odio!

Anthony se sintió miserable, ella lo odiaba y tenía toda la razón para hacerlo. Nunca supo lo mucho que significó también para él ese encuentro, cuántas noches pasó en vela pensando en ella, en ese beso robado, en las caricias dadas, ¡por todos los cielos, ella era la única mujer con la que incluso habría aceptado casarse para pagar cualquier desliz! Y ella sólo veía en él al hombre que se había aprovechado de ella y de su inocencia.

—¿Te ha afectado lo que te he contado? —Le preguntó Estefanía, preocupada por la expresión vacía que él mantenía en el rostro—. Piensas mal de mí, ¿no es así? Que soy una vulgar...

—No, claro que no —la abrazó, hundiendo la cabeza en su cabello para evitar que ella viera sus ojos humedecidos—. Tú sólo eres una víctima de ese patán. Yo...

—Prometiste no hacerle daño —se separó sólo lo necesario para mirarlo a los ojos—. Lo prometiste, Kasim, no puedes faltar a tu promesa.

Anthony sonrió amargamente y asintió con la cabeza.

—Te lo prometí, ¿no es verdad? Aunque, no puedo explicarte las ganas que tengo de hacerle pagar a ese cretino lo que te hizo.

—Ahora te tengo a ti —Estefanía alzó una mano y acarició su rostro—. No importa lo que pasó antes, ahora te tengo a ti. Sé que tú me amas, que no eres como él. Tú eres bueno, me respetas y me quieres por quién soy. Y yo no necesito nada más. Ni venganzas, ni pago de deudas, nada. Sólo a ti.

Anthony estrechó la mano que ella mantenía en su mejilla y la besó en el hueco de la palma, derramando una gruesa lágrima.

—Kasim, ¿qué es lo que tienes...? —no pudo continuar hablando cuando él atrapó sus labios con los suyos, en un beso tan intenso como apasionado.

—Lo siento... —le dijo él con los ojos anegados en lágrimas—. No sabes cuánto lo siento.

—Oh, Kasim, no ha sido culpa tuya. No digas eso, por favor.

—Lo es, ha sido todo culpa mía, Estefanía. Yo... yo soy...

—No tienes que decir nada, entiendo que no me creyeras —Estefanía colocó un par de dedos en sus labios—. Y te agradezco tanto que me apoyes ahora. ¡Eres tan bueno, Kasim, te amo tanto...! —Musitó, abrazándolo y aspirando el aroma de su cuerpo para embriagarse con él y olvidar todo aquello que le resultaba tan doloroso.

—No, no lo soy.

—Kasim... —ella levantó la mirada y se encontró con esos ojos, esos ojos azules y a la vez verdes, tan brillantes y maravillosos, que le habían robado el alma—. No digas eso, por favor, mi amor...

Anthony bajó la cabeza y la besó en los labios. La besó largamente, de manera suave, profunda, llena de amor.

—Dime la verdad, dime si te lastimo —le susurró, separando apenas los labios de los de ella—, dime si mis besos te hacen daño, dímelo por favor...

Estefanía acercó el rostro y lo besó una vez más, de la misma manera en que él la había besado.

—Tú nunca podrías lastimarme. Te amo.

Él la miró a los ojos, tomando su rostro entre sus manos.

—Dilo de nuevo —le pidió en un tono de súplica que a ella le atravesó el corazón—. ¡Dime que me amas!

—Te amo, te amo con todo mi corazón, a ti, sólo a ti... — él se apoderó de sus labios en un beso tan lleno de amor como apasionado, aferrándola contra su cuerpo en un abrazo feroz, como si buscara mantenerla cerca de él para siempre, para que nada ni nadie pudiera llegar a arrebatársela.

Estefanía se sintió derretir entre sus brazos y antes de darse cuenta se elevaba en el aire, entre los brazos del que pronto se convertiría en su esposo. Él la depositó con sumo cuidado sobre la cama y se tendió encima de ella, sin dejar de besarla. Sintió sus manos impetuosas descender por su cuello hasta sus hombros y de ahí a su pecho. Él bajó la tela de la enagua hasta liberar indecentemente sus pechos, y ahuecó sus dos manos sobre ellos, masajeando y apretando en un frenesí incontrolable.

—Dime que me amas —le susurró al oído con una voz gutural, ronca, llena de pasión.

—Te... amo... —musitó ella sin lograr pensar con claridad.

Anthony comenzó a jugar con sus pezones, alejándose para ver las reacciones de su rostro. Ella lo miró a los ojos, nublados por la pasión, respirando entrecortadamente sin lograr oponer resistencia a sus manos expertas en el amor. Se estaba entregando a él. Y que Dios lo perdonara, pero esta vez no se iba a detener. La deseaba, la deseaba con pasión. La amaba. La amaba con todo lo que un hombre podía amar a una mujer. Y no podía permitirse perderla...

—Estefanía, yo...

—Shhh... —le dijo ella, poniendo un par de dedos sobre sus labios—. Sólo déjate llevar —repitió la misma frase que él le había dicho en tantas ocasiones, dedicándole una sonrisa traviesa, desbordante de pasión. Una sonrisa enmarcó los labios de Anthony. Ella lo amaba también, deseaba ese momento tanto como él...

Con la pasión que lo embargaba arremetió con un nuevo beso, jugueteando con la lengua hasta que ella abrió la boca, dándole entrada libre para saborearla a su placer. Enroscó la lengua con la suya y jugueteó con ella, catando cada recóndito lugar de su boca.

Con la respiración entrecortada se levantó lo suficiente para quitarse la chaqueta y lanzarla lejos. Ella lo recibió con los brazos abiertos, conduciéndolo directamente a sus labios. Anthony volvió a besarla con pasión, mientras sus manos inquietas la desnudaban hasta la cintura y con un rápido tirón final la desnudó por completo, dejándola sólo con los bombachos. Ella se cubrió los pechos tímidamente, provocando que el deseo de Anthony aumentara más. Antes de darle tiempo de negarse, tomó las cintas de los bombachos y las desató de un solo tirón para despojarla de la prenda. Estefanía chilló y se sentó en un intento de alcanzar su prenda íntima antes de que él la lanzara lejos, pero sólo sirvió para que Anthony la sujetara por la nuca y le levantara la barbilla para unirse en un nuevo beso con ella.

Estefanía se desvaneció en sus brazos, incapaz de decirle que no a nada. Anthony la aferró por la espalda, trazando un camino de besos por su cuello hasta el inicio de sus pechos. Delineó la curva de uno con la lengua, llegando hasta la punta del pezón, duro debido a la excitación. Se lo metió a la boca y succionó, mordisqueando y chupando hasta que Estefanía soltó un gritito de placer. Bajo su propio peso, ambos cayeron nuevamente sobre el colchón. Anthony se estremeció de placer, cuánto había anhelado sentirla completamente, piel con piel, cada centímetro de su cuerpo en contacto con el suyo.

Asumiendo que ella podría azorarse, después de todo era su primera vez con un hombre, se acercó al candelabro que descansaba en la mesita noche y lo apagó de un soplo. La habitación quedó únicamente iluminada por las llamas de la chimenea. A toda velocidad se quitó la camisa y el resto de la ropa y regresó a su lado. Con suavidad se colocó encima de ella; Estefanía temblaba a pesar de que su piel ardía, esta vez por una fiebre muy distinta, la fiebre del deseo...

Anthony sabía que debería ir lento con ella, era su primera vez y merecía un trato suave y paciente. Se acercó a sus labios y la besó una vez más. Suave al principio, aumentando la presión poco a poco. Estefanía se dejó llevar por ese beso, era como si toda ella estuviera hecha para él y sólo para él, para dejarse conducir por cada una de sus caricias al modo que él deseara llevarla. Y cuando las manos de ella lo tocaron por la espalda, bajando lentamente hasta su abdomen, supo que ella podía hacer exactamente lo mismo con él.

Estefanía palpó su piel, experimentando la primera sensación con ese cuerpo desnudo que le

resultaba fascinante desde el primer atisbo de visión que había tenido ese día en el consultorio, y que desde entonces había deseado acariciar con toda las fuerzas de su alma.

Anthony tomó uno de sus pechos, jugueteando con el pulgar en el pezón hasta que se tornó duro y erecto. Bajó la cabeza y se metió el pecho a la boca, succionándolo con tanta fuerza que Estefanía se arqueó contra él. Bajó las manos por sus caderas hasta sus muslos, encajó los dedos allí, abriéndole ligeramente las piernas mientras descendía en un camino de besos que iba depositando en su abdomen bajando por el ombligo, hasta llegar su parte más íntima. Estefanía chilló, intentando apartarle la cabeza con las manos, pero él rió, mirándola con una sonrisa lasciva al tiempo que le colocaba dos dedos sobre los labios.

—Shhh, sólo déjate llevar.

Estefanía lo miró con los ojos abiertos como platos, negando efusivamente con la cabeza sin poder pronunciar una palabra a causa de la respiración agitada. Anthony rió al verla tan azorada y volvió a besarla, obligándola a entregarse a él con ese beso. Se acomodó encima de ella, su miembro rozando su entrada. Estefanía lo miró a los ojos, nublados por el deseo, atentos a esa nueva sensación. Anthony la besó una vez más. Cómo adoraba esos labios, podría morir besándola, mientras sus manos descendían por sus pechos hasta su vientre y llegaban a sus caderas. Con decisión, le separó ligeramente las piernas e introdujo un dedo en su humedad. Ella volvió a sobresaltarse, pero él ya estaba preparado, y evitó que se levantara atacando con un beso más apasionado. Comenzó a jugar en ese lugar íntimo que sabía nadie había tocado antes, provocando que ella comenzara a respirar de manera cada vez más agitada, entregándose a sus caricias expertas. Estefanía no podía pensar, todo era tan excitante que la aturdió, tantas sensaciones exquisitas al mismo tiempo, él entregado a ella, ella entregada a él... De pronto notó que él se levantaba ligeramente, situándose en una posición estratégica para...

—¡Oh...! —Intentó gritar cuando sintió que algo grueso, húmedo y sumamente duro entraba en ella.

Anthony cubrió su grito con sus labios, robándole cualquier sonido con ese beso. Estefanía se relajó un poco, pero no lo suficiente como para que él pudiera terminar de entrar. Separó el rostro de ella, sólo lo suficiente para mirarla a los ojos, y tomando su cara entre sus manos, le susurró con fervor:

—Esto puede dolerte un poco, pero sólo será un momento. ¿Confías en mí?

Estefanía asintió.

Él volvió a besarla, un beso profundo y lleno de pasión. Ella se relajó un poco... y entonces la penetró hasta el fondo. Estefanía le encajó las uñas en la espalda, ahogando un grito de dolor. Anthony se quedó quieto, aguardando a que ella se recuperara. Separó una vez más el rostro para verla, ella lloraba en silencio, mordiéndose el labio inferior.

—Tranquila —le dijo con suavidad, besando sus lágrimas—. Lo peor ha terminado ya.

—¿Ya... ya terminó? —Le preguntó ella con voz temblorosa.

—Aún no comienza lo mejor, amada mía —sonrió lascivamente, volviendo a apoderarse de sus labios mientras comenzaba a moverse dentro de ella, primero de manera lenta, meneando las caderas en círculos para que ella se acostumbrara a tenerlo en su interior.

Estefanía comenzó a relajarse, Anthony se separó de ella, los ojos nublados por el placer, entrando y saliendo en un ritmo lento que fue aumentando poco a poco. Estefanía comenzó a moverse

también, acompañándolo con las caderas en cada embestida, hasta que juntos formaron un eco de gemidos apasionados. Estefanía enroscó las piernas alrededor de sus caderas y él entró hasta lo más profundo de ella, justo en el momento en el que ella se tensaba para derramarse al fin en su interior, profiriendo un grito gutural de placer.

Anthony se le dejó caer encima, todavía dentro de ella. Juntos permanecieron en esa posición unos cuantos segundos, respirando aguadamente sin separarse de su mutuo abrazo.

—Estefanía, mi Estefanía... —le dijo en un murmullo, acomodándose a su lado y atrayéndola contra el hueco de su hombro, en un abrazo lleno de amor—. Mía para siempre.

Pronto sería medianoche. Afuera, los truenos retumbaban con fuerza en un coro estridente mezclado con el sonido de la lluvia al caer. Estefanía, desnuda entre sus brazos, dormía profundamente con la cabeza apoyada sobre su hombro. Anthony sonrió al pensar que probablemente esa mañana no se alteraría por descubrir que él la abrazaba, enroscada como estaba en su cuerpo.

La amaba. Dios, cómo la amaba ...

Era lo que pensaba mientras le hacía el amor por tercera vez esa noche. Era lo que pensaba cuando ella se quedó quieta entre sus brazos, acariciando suavemente el vello de su pecho. Era lo que pensaba mientras la veía cerrar poco a poco los ojos, entregándose al sueño, segura y confiada entre sus brazos. La amaba como jamás había amado. La amaba a un grado que le dolía, porque si existía una verdad era que él ya no podía vivir sin ella, y el temor de que Estefanía descubriera su verdadera identidad era un terror que no le permitía dormir. No podía perderla, ¡por un demonio que no la iba a perder! Odiaba al conde de Woodruff, pero lo amaba a él... Sólo tenía que acrecentar su cariño por su yo real para que al momento de saber la verdad, su amor pesara más que su odio contra él. Después de todo eran la misma persona y ella lo amaba a él, al verdadero Anthony. Ahora lo entendía.

Como el conde de Woodruff, él solía mostrar una máscara dura y arrogante para mantener a la gente a distancia, saberse temido y respetado, un hombre que es capaz de conseguir cualquier cosa que desee sin obtener jamás un no como respuesta. Un hombre seguro de sí mismo al que ninguna mujer rechazaría.

Pero Estefanía había conocido a su verdadero ser, al verdadero Anthony, al que era sencillo y podía gastar bromas sin pensar todo el tiempo en agradar a los demás, el que podía abrir su corazón sin temor a que lo lastimaran, el que se había enamorado sincera y profundamente de ella...

Conocía a Estefanía, ella lo comprendería, lo perdonaría cuando se lo explicara todo, y se quedaría a su lado... ¿Se quedaría, no es verdad...?

La besó con suavidad en la frente, estrechándola con más fuerza contra su cuerpo, sin notar que las lágrimas habían emergido de sus ojos hasta que las sintió rodar por las mejillas.

—No te perderé —le dijo al oído—. Eres mía, Estefanía. Mía para siempre...

No supo en qué momento debió vencerlo el sueño, pero se quedó profundamente dormido, y probablemente no habría despertado hasta bien entrada la mañana de no haber escuchado que algo golpeaba contra la ventana.

Le costó bastante despabilarse, algo raro en él, generalmente alerta —algo que le había servido bastante para sobrevivir en las calles de la India actuando tanto como Anthony como «La sombra de la noche»—. Una piedrita golpeó contra el vidrio y se despertó por completo. Estefanía se movió entre sueños, y él la dejó cuidadosamente sobre las almohadas, procurando no despertarla. La arropó bien con la manta y la besó en la frente antes de tomar rápidamente su ropa y bajar la escalera. Una vez abajo se vistió a toda velocidad y abrió la puerta, sabiendo a quién encontraría del otro lado.

—Señor, ha vuelto —le dijo Kasim, parado en el umbral de la puerta mojado hasta los huesos a causa de la lluvia, sin darle tiempo de preguntar,—. Ernest regresó esta noche. Pensé en avisarle hasta mañana para no perturbarlo, pero ha sucedido algo que pensé que usted querría ver

inmediatamente.

—Dime.

—La joven sobre la que usted me pidió que averiguara, la supuesta futura madre de su hijo — Anthony asintió, instándolo a continuar—, entró hoy en labor de parto. Ha estado así todo el día...

—¿Mandaron traer al médico? —Preguntó Anthony, preocupado.

—Sí, señor. Inmediatamente. El doctor Wood, su amigo, llegó al anochecer — Anthony asintió a pesar de que hubiera deseado hacer una mueca de asco ante la alusión de ese hombre como su amigo —. Al parecer, su llegada debió servir para que los hombres de Ernest lo pusieran sobre aviso, porque él llegó unas pocas horas después.

—¿Y, qué pretende?

—Fue a quitarle al niño, señor —le contó Kasim, temblando de rabia—. Esa escoria de hombre y sus secuaces entraron en la cabaña de la pobre joven a mitad de la noche y la sacaron de la cama con la criatura. También se llevaron a la madre de la joven y al médico, que pasaba la noche en la cabaña. Ahora los tienen a todos encerrados en la mansión Woodruff, en las antiguas mazmorras. Y por lo que he oído, ellos no son los únicos prisioneros allí...

—Va a matarlos para no dejar testigos... —Anthony musitó furioso, sintiendo que la sangre en su interior se encendía. Pero haría pagar a Ernest con creces el atrevimiento de manchar el nombre de su familia para maltratar a gente inocente, ¡por su vida que le haría pagar su crueldad!

—Así es, señor. Incluso piensa matar al médico. Está actuando como un hombre desesperado. Y si no mata al niño, se lo quedará como mero entretenimiento hasta que se aburra de él, sin importarle lo que la criatura sufra al tener que crecer privado del amor de una madre —continuó diciéndole Kasim, con la voz trémula a causa de la rabia.

—No le daremos oportunidad —le aseguró Anthony, mirando con compasión a Kasim. Sabía muy bien la razón por la que estaba tan alterado: él había sido alejado del seno de su madre por su propio padre, el hombre que había abusado de ella para luego quitarle a su hijo recién nacido y criarlo como un caballo, un ejemplar que llevaba sus genes y podía serle de utilidad.

Kasim había huido de casa a los doce años para aprender a defenderse solo en las calles de Bombay, donde Anthony lo había encontrado. Estaba metido en una pelea callejera de doce contra uno viendo algo en qué ocupar el tiempo y Anthony se entrometió para ayudarlo. Al final resultó ser que sus atacantes eran la misma policía que lo acusaban de ladrón y Anthony lo defendió, pagó al quintuple lo que supuestamente había robado y lo llevó a casa con él. Desde entonces Kasim se había convertido en su más fiel y buen amigo.

—Vamos ahora mismo —le dijo Anthony, sabiendo que no debían perder tiempo—. ¿Dónde está Ernest?

—Durmiendo en sus aposentos. El muy descarado ocupa la habitación del conde como si él fuera el dueño de la casa, mientras esos pobres desgraciados se pudren en el sótano de la casa.

—Vamos entonces a hacerle una visita, seguramente a mi primo le encantará despertar teniéndonos como sus invitados —rió mordazmente—. Eso, claro, después de atender el asunto de los prisioneros.

—Señor, su disfraz de conde.

—No hay tiempo para eso, Kasim. Si Ernest ha sacado a esa gente a mitad de la noche, es porque quiere hacerlo en un momento en que nadie pueda verlo, ni siquiera los criados de la casa que ya

deben estar dormidos. Y sabes que eso no pronostica nada bueno. Lo elemental en este momento es actuar con rapidez —le dijo dirigiéndose a su caballo—. Vamos de una vez, ¿has reunido algunos hombres?

—Sólo diez, señor.

—Serán suficientes.

—Señor, usted es el conde y no puede poner su vida en riesgo. Yo cumplí en avisarle, pero ahora usted tiene una obligación con su esposa, quédese aquí. Yo me haré cargo de todo.

—Amigo mío, tú nunca me has defraudado. Y yo no lo haré ahora —posó una mano sobre su hombro—. Es nuestro deber encarar esto, deja de decir tonterías y vamos de una vez.

—Señor... —Kasim lo miró con profunda gratitud—. Su padre estaría orgulloso de usted.

Anthony frunció el ceño y asintió, ocultando lo mucho que sus palabras le habían significado. Montó sobre su caballo al tiempo que Kasim lo hacía en el suyo, y juntos salieron al galope en medio de la oscuridad de la noche y bajo la intensa lluvia, en dirección a la casa solariega Woodruff.

## Ω

—¡No, por favor, no! —El grito desgarrador de la mujer hizo eco en las frías paredes de las mazmorras de la antigua casona—. ¡Es mi bebé, no toque a mi hijo!

—¡Calla de una vez, zorra! —El hombre levantó la mano para golpearla una vez más, pero ella no le prestó atención, no sentía dolor, al menos no por los golpes que le propinaban esos desalmados, sino porque su corazón desbordaba dolor por la congoja y la aflicción de verse separada de su hijo, y gemía y suplicaba con sus ojos fijos en la pequeña criatura que acababan de arrancarle de los brazos, su única razón de vivir.

—¡Devuélvame, es mío! ¡Es mío!

—Es el hijo del patrón, no lo toques, puta —el hombre la aventó hacia atrás de una patada, para enseguida cerrar la celda que la mantenía cautiva junto a una mujer mayor de aspecto desaliñado, inconsciente a causa de los golpes recibidos, y un hombre de tez clara y cuerpo esbelto, también bastante golpeado: eran su madre y el médico que la atendió y se había quedado a pasar la noche en su casa para partir al día siguiente de regreso a Londres—. ¡Ahora quédate ahí y no molestes o te mataré de una vez!

—¡No...! —chilló ella, sacando los brazos por los barrotes en un desesperado intento por coger a la criatura, que lloraba a voz en pecho, mezclando su llanto con los lamentos de su madre.

De pronto, una mano sujetó al hombre por el pelo de la nuca y lo llevó hacia atrás, perdiéndolo de vista en la oscuridad de las sombras. Se escuchó el ruido de forcejeo y golpes, mezclado con gritos ahogados. La mujer gritó más fuerte, asumiendo que su hijo se perdía para siempre... Y entonces lo vio. Un hombre alto, corpulento, de aspecto temeroso, completamente vestido de negro.

—La muerte... —musitó ella, alejándose de los barrotes aterrada.

El médico la sujetó por los hombros, mirando también al hombre con ojos desorbitados.

—¿Kasim...? —Preguntó al reconocerlo.

—No —contestó él alzando un arma. Los ojos del médico se abrieron de forma desmesurada al verla. Actuando de manera protectora, cubrió el cuerpo de la joven con el suyo. Se escuchó un disparo y la cerradura de la reja salió volando. La puerta se tambaleó en sus goznes y Anthony le dio

una patada para abrirla de una buena vez—. Salgan de aquí —les ordenó haciendo un gesto con la cabeza.

La mujer mayor, que se había despertado con el disparo, abrazó a su hija y salió con ella de la celda. Kasim apareció en ese momento y les salió al paso. Ellas lo miraron con temor hasta que el hombre les entregó el niño que había mantenido acunado en brazos, perfectamente a salvo.

—¡Mi bebé! —Chilló la joven, llorando de alegría mientras cogía al niño para abrazarlo contra su pecho.

Anthony no pudo evitar sonreír al verla abrazar y besar a la criatura en repetidas ocasiones, sin dejar de llorar de alegría.

—Kasim... tú... tú nos has liberado —le dijo Roger, aproximándose a Anthony con los ojos abiertos como platos, el rostro reflejando pura admiración.

—Él no es Kasim, Kasim es él—dijo un hombre que se había mantenido oculto en las sombras, señalando al hombre de tez morena que acababa de regresarle la criatura a su madre—. Usted se está dirigiendo al conde de Woodruff en persona, el patrón de todos nosotros —confesó con orgullo antes de que Anthony pudiera hacer nada para detenerlo.

—¿El conde de Woodruff? —El médico repitió con lentitud, como si las palabras no le cupieran en la boca.

—No es cierto, el conde es otro, es más bajo y tiene el pelo rojo, igual que mi hijo —replicó la joven madre—. ¡Es el desgraciado que nos trajo aquí para matarnos! Usted no es él, no puede ser el conde. El conde es el mismo demonio, y usted es bueno, muy bueno... —sus palabras pesaron en el corazón de Anthony más de lo que ella imaginó nunca, a pesar de que su rostro se mantuvo impassible.

—¿Anthony Woodruff? —Continuó diciendo el médico, como si se hubiera quedado atorado en esa frase—. ¿Por qué no me lo dijo cuándo...?

—Los mismos hombres que los atacaron a ustedes quisieron matarme ese día — confesó Anthony—. Ernest, mi primo, se ha estado haciendo pasar por mí —le aclaró a la joven—. El no es el conde, soy yo. Y ahora he vuelto a poner orden en mis tierras.

Se escuchó un alarido de victoria semejante al que escuchaba en los hombres al momento de iniciar una batalla, tan idéntico al que emitían sus hombres en la India.

—¡Viva el nuevo conde! —Exclamó uno.

— ¡Viva! —repitió un mar de voces.

—No es tiempo para eso ahora —les dijo Anthony hablando con firmeza, pero agradecido por su apoyo—. Deben sacar a esta gente de aquí y ponerlos a salvo. Saquen a todos los prisioneros y despierten a los criados para que los ayuden. Doctor—miró directamente al médico—, usted conoce bien los caminos, ¿podría poner en aviso a la policía?

—Por supuesto, conde —contestó el médico, dejando en claro que el reciente descubrimiento lo seguía sorprendiendo.

—Kasim, ve con ellos. Asegúrate de que se encuentren a salvo.

—Pero señor, yo voy con usted.

—Kasim, sabes que eres mi hombre de confianza —posó una mano sobre su hombro—. Ve con ellos. Debes asegurarte que estén a salvo y nadie los siga. Yo tengo algo que hacer, de lo contrario iría con ustedes. Te encontraré después.

Kasim asintió, sabiendo qué era lo que tenía que hacer.

—Cúidese, señor.

—No te preocupes, nos veremos en unos minutos, cuando haya zanjado las cuentas con mi primo. Me aseguraré que ese desgraciado reciba lo que se merece.

## Ω

Para cuando salía de las mazmorras, ya amanecía. Anthony se dio prisa, debía llegar al encuentro de Ernest antes de que volviera a desaparecer como la rata que era.

Entró en la mansión con paso decidido. Los empleados aún no despertaban. Excelente, pensó, eso me ayudará con el factor sorpresa. Y de todas maneras, dudaba mucho que algún empleado osara alertarlo de su presencia. Ernest se había ganado el odio de todos allí actuando de la manera que lo había hecho, abusando de la confianza que su padre había depositado sobre él.

Debido a sus respectivas ocupaciones, tanto a Charles como a su padre les fue imposible hacer visitas periódicas a sus tierras en Kent para dirigirlas personalmente. Fue esa la razón por la que William Woodruff creyó dejarlas en buenas manos al otorgar el puesto de capataz a Ernest.

Anthony sintió la rabia acumulándose en su interior. Si su padre había encomendado estas tierras a Ernest había sido porque confiaba en él, y su primo sólo se había aprovechado de la situación para sacar ventaja. No culpaba a su padre, desde la enfermedad de Vivian y el cambio de residencia de su familia a Haworth, él había tenido que dividir literalmente su tiempo entre sus negocios y su familia. Charles tenía sus propios asuntos que atender, además de una esposa y no podía cargarle más responsabilidades.

Anthony sabía que su padre hubiera esperado contar con él para ayudarlo. Kent era el territorio que deseaba dejarle y él lo había decepcionado. Había sido por su culpa, por su altanería, su soberbia, su rebeldía, que su padre había tenido que recurrir a la ayuda de Ernest, cuando debió ser en él, y no otro, en quien se apoyara. El hijo pródigo que regresó demasiado tarde...

Anthony entró en el dormitorio principal, pero no encontró a nadie allí. Extrañado, comenzó a recorrer la casa, en busca de su primo. Dudaba que se hubiese enterado de su presencia allí, ¿entonces, dónde podía haberse metido? Quizá en otra habitación, ¿pero cuál? La casa tenía decenas de lugares donde pudiera haberse metido y era imposible que revisara cada una.

Así pues, pensó lógicamente. Ernest no debía saber que él estaba en Kent, por lo que probablemente sólo había una habitación donde pudiera estar: el despacho de su padre.

Decidido, se encaminó hacia allá. Al llegar, se detuvo ante la puerta del despacho de su padre al escuchar el sonido de una voz que le pareció conocida. Nunca podría olvidar la risa gutural de ese hombre... El desgraciado que había atacado a Estefanía. Efraín Campbell, su primo.

Tras pensarlo por un momento, Anthony decidió que sería conveniente escuchar la conversación de esos dos y descubrir la relación que tenían. Se dirigió hasta una habitación vecina, la sala de billar, que colindaba con el despacho de su padre. Desde ese lugar podría escuchar a la perfección lo que esos dos cerdos decían sin ser descubiertos.

—...entonces, lo que usted me está diciendo, señor Campbell, es que por fin voy a poder comprar la propiedad —escuchó preguntar la voz de su primo.

—Exactamente, milord—Anthony frunció el ceño, milord—. Usted siempre ha estado interesado en adquirir la casa Campbell y por eso he venido a decirle que es toda suya, si todavía la quiere.

—¿Por qué el repentino cambio de planes?

Se escuchó un murmullo, seguramente proveniente de Efraín pensando a toda velocidad una excusa creíble.

—Bueno... usted siempre la ha querido, y yo... Es decir, mi familia y yo hemos decidido regresar a México, y...

—Usted no me engaña, Campbell —bufó Ernest, provocando que el otro gimiera de miedo, como el cobarde que era—. Sé muy bien que la legítima heredera de la casa Campbell es su prima, no usted ni su familia. Y sé que ella está desaparecida.

Anthony sintió una furia enorme crecer en su interior: ese desgraciado y su familia iban a quitarle a Estefanía lo único que tenía, ni siquiera se habían interesado en su desaparición, lo único que buscaban eran los despojos que le quedaban.

Con sumo cuidado para no hacer ruido, abrió ligeramente la puerta para ver dentro de la habitación. Quería ver a esos dos a quienes mandaría a la tumba dentro de poco...

—Milord, no es lo que usted piensa...! —Exclamó el primo de Estefanía, recogiendo en el asiento, aterrado.

—No intente jugar conmigo, Campbell, tengo contactos y muy buenos, por cierto. Si lo que planea es estafarme para huir de Inglaterra con mi dinero, está muy equivocado.

—No, milord por supuesto que no...

—¿Qué sucederá si ella aparece y reclama su herencia? Nadie sabe de su paradero y hasta no tener un cuerpo, usted ni su familia puede hacer uso de la casa, ¿o me equivoco, Campbell? O quizá deba decir, Rodríguez... —El rostro de Efraín se desfiguró por el miedo—. Oh, sí, claro que lo sé. Sé que su apellido no es el que usted y su asquerosa familia arribista andan proclamando con tanto orgullo, como si pertenecieran a la aristocracia.

—Milord, si me deja explicarle...

—No quiero escuchar una palabra de usted. Todo cuanto viene de usted y su familia no es más que inmundicia y mentiras... —Le dirigió una mirada furiosa que hizo temblar al hombre en su silla—. ¿Cree que no me he enterado que desde hace un tiempo cuenta con documentos que lo abalarán como el heredero de la casa Campbell y la herencia de su prima cuando se case con ella?

Anthony sintió tanta furia que debió hacer uso de todas sus fuerzas para no abalanzarse sobre ese desalmado en ese mismo momento. ¡Debió matarlo cuando tuvo oportunidad! ¡Fue un idiota por no hacerlo, pero ese criminal tenía los días contados! ¡Por un demonio que lo mandaría al infierno!

—¿Qué es lo que planea, Rodríguez? ¿Estafarme al intentar venderme la casa como si le perteneciera justo en el momento en el que su prima desaparece misteriosamente? ¿Cree que la policía no sospechará, que la gente no hablará? —Lo fulminó con la mirada—. ¿Qué hizo ella para que la matara? ¿No quiso casarse con usted y por eso decidió eliminarla?

—¡Fue idea de mi madre, se lo juro! —Chilló como el cerdo que era—. Tenía que forzarla, desflorarla para que quedara mancillada y no tuviera más opción que casarse conmigo. Pero no la maté, se lo juro.

—¿Cree que es eso algo que a mí me importe? —Dijo el otro, golpeando con el puño sobre el escritorio—. ¡Me molesta que sea tan imbécil como para incriminarme! La policía no tardará en ir tras usted. La mujer mexicana y esa pequeña hermana suya han puesto una denuncia ante la policía para dar aviso de la desaparición de su prima, y la señora Wood y su hijo las apoyaron. Esa anciana

pesa mucho en la sociedad de hoy en día, los chismes no tardarán en esparcirse y la policía tendrá que escucharlos. Y todo, mi estimado imbécil, apunta hacia usted. La mujer mexicana lo acusa directamente, según los últimos informes que me llegaron. Y ahora usted ha venido aquí a venderme la casa como si fuera suya, metiéndome en la red de mentiras que ha forjado a su alrededor. ¡Debería matarlo en este mismo momento por ensuciar mi buen nombre con el lodo en el que se ha metido hasta el cuello...! —Le dijo Ernest sacando una pistola del escritorio y apuntándolo con ella.

—¡No, milord, se lo ruego! —Efraín se arrodilló ante Ernest. El suelo bajo él comenzó a humedecerse al tiempo que una mancha oscura aparecía en sus pantalones. Ernest le dedicó una mirada de asco, aproximándose a él con el desprecio que le dedicaría a un orinal lleno.

—Tiene el valor para abusar de una mujer y luego matarla, pero no los pantalones para encarar a un hombre armado — gruñó Ernest, colocándole el cañón de la pistola contra las sienes.

—¡Yo no la maté, se lo juro! Alguien llegó, alguien debió ayudarla... Me golpearon en la cabeza y no recuerdo más. Para cuando desperté estaba tirado a la orilla del camino, solo... ¡Tiene que creerme!

—Me importa una mierda lo que hayas hecho, pero una cosa te advierto: vuelves a poner un pie en esta casa o llegas a mencionar mi nombre a la policía, y te mataré.

—Pero señor, nuestros tratos...

—Date por pagado con la vida que no te quité este día, pedazo de escoria. ¡Ahora largo! —Efraín se puso de pie de un brinco y corrió a la puerta—. Y te recuerdo —le dijo Ernest antes de que pudiera salir—. Una palabra que me implique contigo y tus asquerosidades, y te encontraré donde sea que te escondas, maldita rata, y te mataré.

La puerta se abrió y se cerró tan rápido como un suspiro cuando Efraín huyó despavorido, dejando a Ernest a solas en ese despacho. O eso creyó Anthony, hasta que escuchó otra voz en el interior de la habitación, al tiempo que una figura aparecía en el campo visual que él tenía. Era un hombre alto, de casi dos metros, sumamente corpulento y de aspecto rudo. No obstante, al hablar se mostró completamente sumiso ante Ernest. Un estremecimiento frío recorrió a Anthony al reconocerlo. Era el desgraciado que lo había atacado con la botella en el carruaje, el que por poco lo mata de no haber sido por Estefanía...

—¿Lo dejará con vida? —Le preguntó a su primo, hablando con una voz mezcla de rabia y desconcierto.

—Sólo hasta que los rumores se acallen —contestó Ernest, dirigiéndose a la ventana—. Esa rata es más estúpida de lo que había supuesto. Habría pagado una buena cantidad por una casa señorial como la casa Campbell, una casa como ésa a las orillas de Londres ya no se consigue con tanta facilidad en estos días.

—Puedo obligarlo a aceptar un trato —dijo el otro tronándose los nudillos.

—No hará falta —Ernest se giró hacia él, esbozando una mueca divertida—. Ese imbécil acaba de regalárnosla, Rupert.

La confusión en el estúpido semblante del hombre se intensificó.

—Pero... ¿Cómo es eso?

—Si ese imbécil hubiera sido un poco más inteligente, habría descubierto una falla en el testamento con la que atacar y defraudar a su prima sin tener que mancharse las manos. Rodríguez sólo buscó las dos opciones para quedarse con todo: matar a su prima antes de que cumpliera la

mayoría de edad, o casarse con ella, que es la otra manera de que ella heredaría, y con el documento que había fraguado, quedarse con todo en el momento en el que ella diera el sí. Pero existía una opción mucho más viable.

—¿Cuál era, mi señor?

—La que yo tomé —sonrió mordazmente, sacando unos documentos de su escritorio—. Cuando mis amigos de la policía comenzaron a contarme lo acontecido con esa joven, supe que era el momento de apoderarme de esa casa olvidada del mundo. La casa Campbell es una herencia de una familia aristócrata de antigua estirpe. Como sabes, las herencias en nuestro país, como las casas señoriales y los títulos, pasan de hombre a hombre, y siendo la madre de la joven en cuestión quien heredó la casa, de aparecer un pariente masculino, la casa le hubiera pertenecido a él. O mejor dicho, a mí.

—¿Está diciendo que usted pertenece a la familia Campbell?

—Es una familia muy antigua, sin ninguna duda, es muy fácil que una rama de su árbol genealógico se haya perdido. Pero al investigar en el archivo nacional de Escocia sobre las raíces de mi familia, resulta que estoy emparentado lo suficientemente cerca como para heredar la propiedad. O al menos, lo estoy desde ahora —rió maliciosamente, mirando con orgullo los documentos que lo avalaban como tal—. Me costó una pequeña fortuna comprar a los notarios y conseguir este documento, pero esa mansión vale mucho más. Y ahora con la heredera muerta, el idiota de Rodríguez nos ha dejado el camino libre para quedarnos con la casa. Nadie pondrá ningún reparo cuando la reclame como mía —sonrió maliciosamente, dejando los papeles en la caja fuerte—. Será un buen lugar para vivir hasta que consiga deshacerme de mi primo de una vez por todas.

Anthony supo que había llegado la hora de actuar... Con un solo golpe abrió la puerta de un empujón y entró en la habitación.

—Aquí estoy, Ernest. Es tu oportunidad, ¿por qué no intentas matarme igual que como mataste a mi padre y a Charles? Anda, sé un hombre y enfréntame —le dedicó una mirada llena de furia—. Enfréntame para que pueda vengar a los míos.

Los ojos de Ernest se ensancharon como platos antes de lograr reaccionar.

—¡Mátalo! —Le ordenó al grandulón, al tiempo que apretaba un botón bajo el escritorio.

El hombretón corrió a su encuentro y se abalanzó contra él.

—Nos volvemos a ver la cara, condesito —le dijo el tipo en tono de burla.

Anthony le asestó un tremendo golpe en la mandíbula y luego en el estómago, tumbándolo en el suelo.

—Y no sabes cuánto había esperado por este momento —contestó él, apurándose a ir por Ernest antes de que pudiera escapar.

La puerta principal se abrió en ese momento y por ella entraron tres hombres armados hasta los dientes. Eran los otros tres que lo habían atacado en el carruaje. Antes de darles tiempo de disparar, desvió el tiro del primero que fue a dar directo sobre el último hombre, que en ese instante apuntaba la pistola contra él. El desgraciado cayó muerto en el acto y antes de que pudiera reaccionar al que Anthony le había quitado el arma, le clavó en el vientre la navaja que llevaba consigo. Sin perder tiempo, Anthony se lanzó tras el escritorio antes de que el tiro del tercero lo alcanzara, llevando todavía con él, el arma. Rodó por el piso para aparecer del otro lado y disparó contra su atacante.

Ahora sólo quedaban Ernest y él. Su primo le dedicó una mirada de terror, arrinconado contra la

ventana. Era obvio que no se había esperado que su primo dandi y entregado al vicio poseyera una condición física tan excepcional, además de la obvia habilidad de combate, que debía ser aprendida por profesionales. Nadie peleaba así naturalmente.

—Anthony..primo, hablemos de esto —le dijo él con voz cobarde, levantando las manos en señal de rendición. Anthony se aproximó a él con el sigilo de un león, disfrutando del terror que leía en los ojos de su presa acorralada.

—No tenemos nada de qué hablar, Ernest. Lo sé todo. Mataste a mi padre, a Charles, incluso a su mujer y a su hijo —lo cogió por la solapa de la camisa y lo levantó del suelo—. Y no satisfecho con eso, intentaste matarme a mí.

—Primo...

—¿Y por qué motivo? —Continuó hablando Anthony, sin hacer caso de sus quejas de súplica—. Por dinero. Todo por el sucio y asqueroso dinero. Y poder, claro. Porque dudo mucho que no te interese el título de los Woodruff, ¿no es así, maldito bastardo?

—Te lo suplico...

—¿Por qué habría de sentir lástima de ti? ¿Por qué habría de dejarte con vida? Por años has cometido abusos en el nombre de mi padre. Ahora los haces en mi nombre... —lo soltó con fuerza, de manera que Ernest fue a dar contra el piso como un saco de patatas—. Dime, ¿alguna vez tuviste piedad por las personas a las que dañaste? ¿Alguna vez le perdonaste la vida a alguien? ¿A mi padre, a Charles? ¿Te importó siquiera quitarle la vida a un niño inocente, todavía yaciendo dentro del vientre de su madre?

—Eso está en el pasado, ¡si me matas serás como yo! ¿Quieres eso? ¿Ensuciarte las manos con sangre? —Le espetó buscando cualquier salida para escapar de su destino.

Anthony rió con una risa que le provocó a su primo que la sangre se le enfriara. El conde se agachó hasta quedar cerca a su rostro y le susurró:

—¿No me digas que eres tan ingenuo como para pensar que matarte me remorderá la conciencia? —cuando su primo le dedicó una mirada aterrorizada, continuó—. No serás el primero que mate, Ernest. Y seguramente no serás el último, pero una cosa te digo —apuntó el arma contra su cabeza—, serás al que más goce privándolo de su vida.

Ernest cerró los ojos, temblando de manera magistral, aterrado. Anthony sonrió, habría sido tan fácil matarlo, tan fácil... Pero no era un asesino declarado. Hacerlo así lo habría convertido en una bestia salvaje, en algo como Ernest, aunque tuviera que admitir sus propias palabras.

—Ponte de pie, escoria —le dijo, dándole un puntapié con la bota para que reaccionara al tiempo que se guardaba el arma en el cinto.

—¡Oh, Anthony! ¡Gracias, gracias...!

—No me agradezcas nada, animal. No te estoy perdonando la vida, te estoy condenando —los ojos del hombre se ensancharon por la sorpresa, y el terror—. ¿Crees acaso que te ibas a librar tan fácil de tu castigo? ¿Una muerte rápida y sin dolor, después de todo el sufrimiento que has dejado detrás?

—Pero... ¿qué vas a hacerme?

—Imagina lo peor que pueda sucederte —le espetó Anthony, levantándolo de un jalón por el cuello—. Eso te haré, pero multiplicado diez veces.

Se escucharon pasos y no tardaron en aparecer Kasim y varios de sus hombres con él.

—Señor, está bien... —musitó Kasim visiblemente aliviado al notar que Anthony había logrado controlar la situación él solo.

—Ya puedes llevarte a este pedazo de escoria de aquí, Kasim —le dijo empujando a su primo hacia él como si se desprendiera de una inmundicia—. Y asegúrate de enviarlo a un sitio sin retorno.

—¡No, Anthony! ¡No puedes, no...!

Rupert, el grandulón tirado en el piso, se levantó de manera inesperada y se abalanzó contra él con cuchillo en mano.

Ambos lucharon, el tipo era fuerte y grande, pero Anthony era más diestro y llevaba consigo la rabia de la venganza. Cogió la mano con la que el hombre le apuntaba la navaja y la dobló contra él con una llave que lo hizo soltar el arma. Entonces le asestó un puñetazo tan fuerte que lo derribó inconsciente sobre el suelo.

Al volverse, se percató que Ernest huía en medio de la contienda, cuando sus hombres se distrajeron en un intento de ayudarlo. Pero no iba a dejarlo ir, ¡por un demonio que no lo dejaría ir!

Salió corriendo tras él con todo lo que le daban las piernas. Ernest era rápido, pero carecía de agilidad mental para situaciones como aquella, a las que Anthony estaba acostumbrado. Al doblar en una esquina, sin dejar de ver hacia atrás al correr despavorido por los jardines en dirección a los establos, no se percató de la sombra que salió de la nada y le cortó el paso.

Ernest se revolvió entre los brazos de Anthony, aferrados a su cuerpo como acero. En su desenfreno por escapar, alcanzó a coger la pistola que Anthony había guardado en el cinto y le apuntó con ella. Ni siquiera se hizo esperar, disparó inmediatamente contra él, buscando matarlo. Anthony apenas tuvo tiempo de esquivar la bala, que le rozó el costado. Lucharon por el arma, Ernest, apoderado por el pánico, se había hecho de una fuerza mayor. Pero Anthony, con la calma que lo caracterizaba terminó por ganar el arma. Ernest, en un último intento desenfrenado de ganar la contienda, no soltó el gatillo y lo jaló una vez más después de haber girado el tambor. Se escuchó un disparo...

Y Ernest cayó a sus pies, muerto.

Anthony sentía una victoria extraña al regresar a casa esa noche. Había pasado la mañana entera dando explicaciones a la policía, al personal, a sus conocidos... Todos lo alababan, cuando jamás había buscado gloria. Sólo justicia, justicia llana y pura, por extraordinario que pudiera parecerle a todos.

Se sentía exhausto, pero en especial agotado mentalmente, como si cargara en esa victoria personal una parte de derrota. Se había pasado noches enteras sin dormir pensando en el momento en el que se las vería una vez más frente a frente con Ernest, las mil maneras como le haría pagar lo que le había hecho a su padre, a Charles, a Kate, a su sobrino no nacido y a tantos otros ocultos en la multitud sin nombre. Entre ellos, la propia Estefanía...

Kasim había prometido dar a conocer sobre lo acontecido a Frank para que comenzara a investigar cuanto antes. Como abogado, entendería mucho más sobre la materia que él, y sabía que podría recuperar la casa Campbell y hacer justicia para Estefanía.

Su mozo partió esa misma tarde después de escuchar de los propios labios de Anthony lo acontecido, prometiendo formar él mismo parte de la investigación, a pesar de que Anthony le había ofrecido unas buenas vacaciones.

—Descansaré después de solucionar este asunto, señor. Su esposa es ahora de la familia. Y la familia es prioridad —le había dicho antes de partir al galope de vuelta a Londres.

La joven secuestrada por Ernest, junto con su hijo recién nacido y sus padres — ambos con vida —, regresaron a su hogar, y Anthony se aseguró de proporcionarles una cantidad generosa con la que pudieran solventar los gastos sin problema, y luego hizo lo propio con cada una de las familias que se habían visto implicadas en alguna injusticia bajo la mano de su primo, mientras estuvo a cargo de las tierras de los Woodruff, que resultaron ser tantos, que Anthony debió delegar la responsabilidad de mediar entre él y los afectados a un hombre de confianza —que por casualidad resultó ser el mismo que lo declaró como el conde ante el médico y la joven madre— y hacerse cargo de velar por el bienestar de todos ellos, en lo que él terminaba de zanjar sus demás asuntos personales.

El doctor Wood regresó con la policía para el anochecer. Ya les había explicado lo acontecido, por lo que Anthony prácticamente sólo tuvo que corroborar la historia y ver cómo se llevaban el cadáver de su primo y sus secuaces fuera de su propiedad.

Ahora, sólo faltaba encarar a Estefanía...

Aunque, por lo agotado que se sentía, ese asunto definitivamente lo arreglaría en otra ocasión. Ahora, todo cuanto deseaba, era descansar al lado de su esposa. O futura esposa, que para el caso, para él ya era su esposa. Un papel no marcaría ninguna diferencia en su corazón.

Al entrar en la casa, encontró a Estefanía dormida en el sofá con un libro abierto sobre el regazo. La cena, intacta y fría, yacía sobre la mesa. El corazón se le encogió al saber que ella lo había estado esperando.

Decidió que lo mejor sería no despertarla. Tomó la manta que descansaba sobre el respaldo del sofá y la cubrió con ella. Le dio un beso en la frente y sencillamente se dejó caer a su lado sobre la alfombra, exhausto.

Al clarear la mañana, Estefanía se despertó aún recostada sobre el sofá. Kasim, con la mano entrelazada a la suya, dormía en la alfombra a sus pies. Pobrecillo, debió haber vuelto muy tarde de sus obligaciones, seguramente estaría tan cansado que ni siquiera intentó subir a la habitación para acostarse en la cama.

Con suma ternura se inclinó para cubrirlo con la manta con la que él seguramente la había tapado anoche, cuidando de no despertarlo. Lucía extremadamente cansado, y estaba cubierto por una gruesa capa de polvo y algo extraño, negro y pegajoso... Estefanía frunció el ceño al notar que el líquido negro le corría por el rostro como si se hubiese derretido a gotas. También parecía encontrarse en su camisa, aunque por ser oscura era mucho menos visible, y sólo alcanzaba a percibirse como una mancha opaca gracias al sol matutino que entraba a raudales por la ventana. La joven posó una mano sobre la tela que estaba húmeda, pero al rozar los dedos se dio cuenta que la humedad no era negra, como en el rostro, sino que la mancha que quedó en sus dedos era roja. Era sangre.

Entonces vio el agujero, una rajada diminuta, que en ironía a su tamaño, le provocó un estremecimiento terrible.

—¡Santo cielo! —Exclamó asustada, abriendo la tela de la camisa para revisarlo. El impecable pecho de su novio quedó al descubierto, y vio un pequeño rasguño abierto en un costado—. Kasim, qué estuviste haciendo... —Sus ojos descendieron por su vientre cuando una mancha negra contrastando contra la piel llamó su atención y la sangre se le heló cuando reconoció el dibujo de una serpiente.

Un escalofrío la recorrió cuando la alarma de la verdad se vislumbró ante ella. Pasó una mano por los mechones de su cabello, justamente donde algunas raíces y mechones dorados brillaban bajo la luz del sol. Y toda la realidad se volvió tan clara como una copa de cristal fino, la verdad que había estado ante sus ojos, ciega hasta entonces para ella. Sus ojos, esos ojos grandes y de ese color turquesa tan extraño y hermoso que antaño le habían llamado la atención, ¿cómo no lo había visto antes? ¿O esa nariz perfecta, recta y varonil? ¿Cuántos hombres podían tener esa nariz? ¿Y esos labios masculinos capaces de hechizarla sin reparos? Igual como Anthony la había hechizado tantos años atrás...

—No... —de un salto se hizo hacia atrás, como si hubiera descubierto que tenía frente a ella al mismo demonio—. No puede ser... ¡Anthony Woodruff!

Anthony abrió los ojos de golpe, respondiendo al llamado de su nombre. Fue entonces cuando la vio, echa un ovillo al otro de la habitación, observándolo con ojos desorbitadamente grandes.

—No... no... no...

—Estefanía, ¿qué...?

—¡Tú eres Anthony Woodruff! —Le gritó cuando él intentó acercársele—. ¡Anthony, el conde del infierno!

Anthony abrió los ojos de manera desmesurada poniéndose de pie. Siguió los ojos de ella hasta su vientre, los ojos fijos sobre la marca del dragón, el tatuaje que le habían hecho en Japón. No necesitó palabras, recordaba muy bien el momento en el que ella lo había visto y ahora era como uno más de los momentos de estupidez que venían a cobrar factura en el presente.

Ella lo había reconocido.

—Po favor, Estefanía, permíteme explicarte...

—¡No te me acerques! —Chilló ella, apegándose más contra la pared.

—Por favor, mi amor...

—¡No me llames así! ¡Yo no soy nada tuyo! —Le espetó, dirigiéndole una mirada de profundo desprecio—. ¡Te odio, te odio con todo mi ser Anthony Woodruff! ¡¿Cómo pudiste?! ¡¿Cómo puede existir un ser tan vil sobre esta tierra?! ¡Te odio! —Gritó, soltándose a llorar a pesar del evidente esfuerzo que hacía por contener las lágrimas.

—Te lo suplico, si me dejaras explicarte que...

—¡No tienes nada que decir, si ya todo quedó perfectamente claro! ¿Tú lo prometiste, no es así? Dijiste que sería tuya, y como siempre, no te importó lo que tuvieras que hacer para conseguir lo que querías. Pues felicidades, lograste tu cometido, me acosté contigo, ¡tu plan salió tal como querías!

—No, Estefanía, ¡yo te amo!

—¡Deja de mentir! —Gritó, tomando un jarrón de una mesa cercana y lanzándolo tan cerca de la cabeza que por poco le da de lleno—. ¡¿No te has burlado ya suficiente de mí para seguir con este juego?! —

—Estefanía, escúchame, tienes que calmarte —se aproximó un paso hacia ella, manteniendo los brazos levantados—. Yo no quería engañarte, fue una casualidad...

—Sí, una casualidad con todo y nombre, ¿no es verdad, Kasim? —Le dijo en tono irónico, al tiempo que tomaba un florero cercano para arrojarlo contra sus pies, impidiendo que se acercara más—. ¡Lograste lo que buscabas, me hiciste tuya! ¡Ahora déjame en paz! ¡No quiero verte ni escucharte! ¡No quiero nada de ti! ¡No voy a darte nada más! ¡No voy a...! —Se soltó a llorar embargada por el dolor, por esa realidad horrible que no podía ser verdad—. ¿Cómo pudiste hacerme esto...? ¿Cómo pudiste engañarme así...?

—Estefanía, por favor...

—¡No! —Ella tomó el atizador de la chimenea y lo alzó contra él—. ¡No te me acerques! ¡Vete, lárgate de aquí!

—No me iré hasta hablar contigo y aclarar esto.

—¡Entonces me iré yo!

—No, Estefanía... —Se paró delante de ella, impidiéndole el paso—. No te irás. Al menos no hasta que me hayas escuchado.

—¡Ya basta de tus tonterías, Anthony Woodruff, tú no me mandas! ¡Déjame ir o... o te entierro esto!

—¿Quieres matarme? —Le preguntó directamente, con sus ojos como dos estrellas brillantes—. Bien, mátame. Mátame si eso te hace feliz, si eso aplaca tu rabia y el odio que sientes. Mátame si me odias tanto Estefanía, porque te aseguro que sin ti, la vida ya no tiene ningún sentido para mí.

Estefanía lo miró a los ojos, sintiéndose vulnerable ante sus palabras. Pero él era un mentiroso experto, lo sabía en carne propia, se había jurado no volver a caer bajo su hechizo y allí estaba, sometida a la peor de las humillaciones, engañada y manchada para siempre por él... Jamás podría ser una dama, ahora sólo era una mujerzuela, una amante más de un hombre poderoso, el juguete de un hombre sin corazón...

Pero lo amaba. A pesar de todo, lo amaba... Y no podía matarlo. Tiró el atizador lejos y se dejó caer sobre el piso, abrazándose las rodillas y hundiendo la cabeza entre las piernas, soltándose a

llorar con un dolor como nunca había sentido en su vida.

—Estefanía, mi amor, por favor tranquilízate —Anthony se arrodilló ante ella intentando abrazarla, pero ella lo apartó de un manotazo.

—¡No me toques! —Chilló, dedicándole una mirada de odio que le atravesó el corazón—. ¡Aléjate de una vez, te odio!, ¿no lo entiendes?, ¡te odio!

—Pero...

—Quiero irme a casa —le dijo, poniéndose de pie para alejarse de él—. Quiero estar en mi casa con mi familia. Al menos a ellos sé cómo enfrentarlos, son simples insulsos sin máscaras con los que puedo lidiar.

—Pero, la boda es mañana...

—¿Es que acaso piensas que todavía me voy a casar contigo? —Estefanía le dedicó una risa mordaz, una carcajada estafalaria que le dolió más a ella al notar la expresión afligida en el rostro de Anthony ante su reacción.

—Lo prometiste —le dijo él, pisoteando lo último de su orgullo.

—Se lo prometí a Kasim. Y tú no eres él, ¿o sí, Anthony Woodruff?

Anthony no soportó más, la sujetó por las muñecas y la aproximó a su rostro, hablándole en un frenesí mezcla de dolor y desesperación.

—Hiciste el amor conmigo, ¡conmigo! Anthony o Kasim, no importa, fue a mí a quien juraste amar por siempre, ¡tú eres mía, mía...!

—¡Ya basta! —Ella gritó zafándose de su mano—. No quiero volver a verte en la vida, ¿entiendes? ¡Jamás en la vida!

—No puedes hacerme esto, Estefanía... Yo... yo te amo.

Ella lo miró a los ojos, unos ojos brillantes por las lágrimas, colmados de dolor y de odio.

—No, Anthony. Tú no sabes lo que es amar. Tú sólo te amas a ti mismo —Anthony sintió sus palabras como puñaladas contra su corazón, pero se mantuvo impassible—. Y en tu camino egocentrista para autoproclamarte como el más grande demonio que ha pisado esta tierra, me arruinaste la vida, Anthony Woodruff.

—¿A dónde vas? —Fue todo lo que pudo decir al verla dirigirse directamente hacia la puerta.

—A casa.

—Ésta es tu casa.

—El juego se terminó ya, Anthony. Me voy...

—¡No puedes irte! —Se plantó frente a ella—. Te ataré si es necesario, pero no te irás de aquí.

—¿Y qué harás? —Lo miró con sorna—. ¿Llevarme a rastras a la iglesia mañana y apuntarme con un arma para que te dé el sí? ¿Mantenerme cautiva por el resto de mi vida?

—Quizá, si con eso logro hacerte entrar en razón.

—Lo único que conseguirás será tenerme muerta en vida, Anthony... —Se aproximó lentamente a él—. No, eso ya lo conseguiste. Si haces eso, entonces, mi adorado esposo, te juro que me mataré.

—No...

—No puedes controlarlo todo, Anthony. Por más que intentes creerte el hombre semidiós todopoderoso, no lo eres. Ponme a prueba, y verás de lo que soy capaz.

Anthony supo que no mentía. Una mujer despechada era capaz de todo... Ella, al leer su respuesta

en sus ojos, lo rodeó y se dirigió a la puerta.

—Espera... —le dijo, cerrándola de un golpe. Estefanía, al encontrarse encerrada una vez más, prácticamente lo fulminó con la mirada—. Dame una oportunidad de probarte que no miento. Déjame cortejarte, permíteme...

—Se acabó, Anthony. Ya no más... —los ojos de Estefanía se llenaron de lágrimas—. Sólo déjame ir, por favor...

—No... Me iré yo —Estefanía arqueó las cejas, sorprendida—. Es peligroso que te vayas sola. Mandaré un coche para que te recoja y te lleve a casa.

—No, gracias...

—¿Y qué pretendes, llegar a Londres a pie?! —Exclamó él, perdiendo la paciencia—. Esperarás aquí hasta que el coche llegue por ti, y si se te ocurre desobedecer y marcharte sola, te juro que te ataré y te haré regresar, Estefanía. Puede que no me creas, pero te amo, y te cuidaré aunque ni siquiera tú misma quieras hacerlo.

Ella lo miró sintiendo un vacío enorme en su interior que le dolió como si le hubieran arrancado el corazón del pecho estando viva, igual como Bertha solía contarle que hacían en los sacrificios aztecas. Le dolía en el alma ver sufrir a ese hombre. Lo amaba. A pesar de todo, lo amaba. Le había dado su corazón, lo sabía. Era suyo, aunque lo negara eternamente y siempre le pertenecería. Pero no su vida. Anthony levantó una mano para acariciar su rostro y ella apartó la cara. Dolido al máximo por ese último desplante, Anthony abrió la puerta y se alejó de allí, dejándola sola en la cabaña.

Estefanía lo vio partir sintiendo que el alma se le iba en cada paso que él daba lejos de ella. Pero no daría marcha atrás. Él la había engañado, había jugado con ella, le había mentido en todo y eso, por nada del mundo, podría perdonárselo. ¡Maldito fuera Anthony Woodruff! Había caído rendida a sus pies, enredada en la telaraña de mentiras que había tejido a su alrededor. Eso era él, una alimaña ponzoñosa y ella, la presa que había elegido para arrancarle el corazón y hacérselo pedazos.

¿Cómo pretendía que lo perdonara? ¡Nunca lo haría! Sólo un tonto caía en la misma trampa dos veces y ella lo había hecho. Pero antes muerta que creer en sus palabras y caer una tercera vez. ¡Antes muerta!

Una hora más tarde, Estefanía iba en un fino carruaje con el emblema de los Woodruff grabado en la puerta, rumbo a Londres, con el doctor Wood como compañía. Él le había hecho muchas preguntas al momento de encontrarse, pero al sólo intentar abrir la boca, Estefanía se soltó a llorar con todo el dolor de su alma, y el pobre hombre no pudo hacer más por ella que abrazarla en un intento de consolarla.

Inmersa en su dolor, no escuchó el grito desgarrador de un hombre clamando su nombre al vacío, mientras, montado en su caballo negro, la observaba desde la cima más alta, alejarse de él para siempre...

—¡Estefanía, mi niña, mi pequeña niña! —Sollozaba Bertha, abrazándola con todas sus fuerzas al pie de las escaleras, de donde no le habían permitido moverse a causa del caluroso recibimiento de bienvenida que le dieron entre su nana y Martha—. ¡Estás viva, Dios bendito, estás viva!

Estefanía no se movió, aceptando el abrazo de su nana con cariño, pero con el corazón tan afligido que le era casi imposible concentrarse en la felicidad que le manifestaba la mujer por su nuevo encuentro.

—Es un milagro, ¡gracias a los ángeles y a la Virgen! — Exclamó Martha, abrazada también de ella—. ¿Roger, dónde la encontraste? ¿Cómo fue que la trajiste? ¿Por qué vienen en el carruaje de los Woodruff?

Estefanía le dedicó una mirada de súplica al médico, una mirada que él supo interpretar correctamente.

—Considero que eso es algo que Estefanía tendrá que contarles en su momento.

—Por supuesto, mi niña, ven adentro, tu nana cuidará de ti. Tenía tanto miedo de que esa víbora de Efraín te hubiera matado...

—¡Nana! —Martha la hizo callar—. No le digas esas cosas, pobrecilla, acaba de regresar a casa, quién sabe lo que le pasó, lo mejor será no hacerla recordar esa terrible experiencia... —Martha guardó silencio cuando la imponente y enorme figura de su madre quedó alzada en la cima de las escaleras, flanqueada por sus hijos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Espetó Jacinta, señalando a Estefanía con un dedo acusador—. ¡Lárgate de esta casa, zorra mal vivida! Aquí vive gente decente, y tú no lo eres.

Los ojos de Estefanía se encendieron como llamas.

—Ésta es mi casa, ¡si alguien ha de irse, son ustedes!

—Esta casa es legalmente mía hasta que tú cumplas la mayoría de edad o te cases, y como ninguna de las dos cosas ha pasado, ésta sigue siendo mi casa y tú ya no eres bienvenida, ¡así que largo!

Estefanía la miró con odio, pero no se movió.

—¿Quieren que me vaya? ¡Bien! Ustedes no valen la pena, me iré y regresaré en un año a buscar lo que es mío. ¡Y entonces todos ustedes se irán a la calle!

—¿Sí, y cómo vas a echarnos? —Le preguntó Bárbara, sonriendo mordazmente—. No tienes nada ni a nadie, a ver cómo haces para corrernos de aquí.

—¡Yo sola puedo sacarlos a todos ustedes, desgraciados pusilánimes hijos de puta! —Martha abrió los ojos como platos, pero asintió, apoyando a su prima.

—¡Y me tiene a mí, y yo me encargaré de sacarlos a patadas! —Gritó Bertha.

—Siento quitarles sus deseos de pelea, pero tengo que informarte, querida prima —añadió Efraín, sonriendo lascivamente mientras se aproximaba a ella—, que en tu ausencia asumimos que estabas muerta y como los muertos no tienen nada, esta casa ya no te pertenece.

—¡No pueden hacer eso! —Reclamó Martha.

—¡Ella está viva! —La secundó Bertha—. La ley está de su parte, ¡ésta es su casa!

—Ya no, así que lárgate —Bárbara puso los brazos en jarra—. Ya te quitamos todo, Estefanía, y la casa la vendimos antes de que fueras a aparecer... —Jacinta le dio un codazo en las costillas para que se callara. Pero ya era tarde, la información había sido revelada.

—No... No pudieron... —Estefanía palideció—. ¡Esta es mi casa, no podían venderla! ¡Es imposible!

—Todo es posible con un poco de dinero —sonrió mordazmente Efraín, parándose delante de ella—. Y tendrás que irte de aquí, ahora estás deshonorada y nadie quiere ver a una mujerzuela como tú conviviendo con una buena familia como los Campbell.

—No te atrevas a usar el apellido de mi madre, perro —siseó Estefanía apretando los puños.

—Cuida tu lengua, primita, o me arrepentiré de hacerte esta proposición —sonrió él, estirando una mano para tomar uno de sus rizos negros. Estefanía retrocedió antes de que pudiera tocarla, dedicándole una mirada altiva, llena de desprecio.

—¿Y ahora qué quieres? ¿No me han quitado todo ya?

—No, primita, no todo... —Miró directamente su escote, sin mostrar ningún pudor—. Y es eso lo que quiero. Serás mi esposa y te permitiré quedarte aquí, conmigo —se acercó a su oído—, compartiendo mi cama...

Estefanía cerró el puño y le cruzó la cara de un puñetazo, sacando toda la furia que llevaba conteniendo esos años. Efraín trastabilló y cayó inconsciente, rodando las escaleras hasta caer en un charco de lodo y estiércol.

Roger, aún de pie junto al carruaje, le dio un patadón sin mucha consideración para ponerlo boca arriba. Después de todo era médico y su deber era ayudar a los demás, aunque fuese a respirar y no morir ahogado en un montón de estiércol, como el cerdo que era.

—Quédense con su maldita propuesta, quédense con todo, me importa un rábano, ¡pero no me tendrán a mí! —Les gritó Estefanía—. Mis padres jamás habrían permitido verme humillada por ustedes, nada vale tanto, ni siquiera esta casa. ¡De hoy en adelante soy libre, y ustedes pueden irse muy al infierno! —Y acercándose a Jacinta para quedar cara a cara, añadió—. Y tú, mujer, te has condenado sola, y contigo a tus hijos, que te han secundado en todo. Puede que me hayas quitado todo cuanto poseía en esta tierra, pero mi alma sigue intacta, y algún día te veré arder en el infierno desde el cielo, junto a mi madre y mi padre, el hermano al que le juraste que me protegerías, pagando el castigo tan merecido que tienes por todos tus pecados. Así que goza, goza mientras puedas el pago de tu alma, porque cuando termines de gastarte las treinta monedas de plata, no te quedará nada más que el destino que tú sola te forjaste.

Jacinta pareció asustada por primera vez y Estefanía grabó ese momento en la memoria mientras bajaba por última vez las escaleras de su casa, dejando tras ella todo su doloroso pasado para siempre.

Entró en el carruaje una vez más, acompañada por Bertha, Roger y Martha. Al verla, Jacinta pareció reaccionar al fin porque corrió escaleras abajo y sujetó a su hija por el brazo antes de que pudiera entrar en el carruaje.

—Tú te quedas aquí, Martha —le gritó a la cara—. No irás con esa furcia a su camino de perdición.

—¡No, mamá, iré con mi prima!

—¡Eres mi hija y además, menor de edad, te quedas aquí! —Le zanjó a gritos, arrastrándola de

vuelta a la casa.

Estefanía la miró con dolor, pero sabía que no había nada que pudiera hacer.

—¡Te veré en Wood's mañana! —Alcanzó a decirle Martha, aunque Estefanía no supo bien si se refería a ella o a Roger, quien la miraba afligido por no poder hacer nada para salvar a su amada.

Se acomodaron en el carruaje y se pusieron en marcha. Estefanía le echó un último vistazo a su adorada casa, la adorada mansión Campbell que había sido el hogar de su madre, el hogar de sus padres, el sitio donde vivió con su padre, su último lazo que le quedaba con ellos y sonrió, porque en ese momento, al alejarse para siempre de esa casa por la que había dado todo los últimos años de su vida con tal de conservar vivo ese lazo, se dio cuenta que no la necesitaba para recordar a sus padres. Ellos vivían en su corazón y en su memoria, y eso era algo que nadie, ni siquiera Jacinta y sus hijos, podrían quitarle jamás.

Una sensación de libertad la invadió como una cálida y poderosa luz desde dentro, al sentir que se quitaba de encima un peso que la había mantenido ahogándose por tanto tiempo sin que se diera cuenta. Ahora, era libre para vivir su propia vida. Ahora era libre para ser feliz. Ahora, sencillamente, era libre.

## Ω

—Han vuelto a traerte flores —le dijo Martha esa mañana, un mes después de haberse marchado de la casa Campbell—. Ya sabes de parte de quién.

—Sólo tíralas a la basura, como te dije que hicieras con las otras —le dijo Estefanía sin levantar la vista de su costura.

—Quiere decir que las dejes al lado de las otras, linda — le pidió la señora Wood, quien estaba más que encantada de decorar su hermoso local de modas con los elegantes adornos florales con los que el conde de Woodruff intentaba ganarse el perdón de Estefanía.

Estefanía la miró con cariño y asintió ante la mirada interrogante de Martha, quien corrió a colocar las flores en un lugar cercano a una vitrina que daba a la calle. Desde que se habían marchado de la casa Campbell, Roger insistió en llevar a Estefanía y a Bertha a vivir con su madre, quien, como él les aseguró, se alegró de recibirlos en su hogar. Habían vivido desde entonces con ella y ahora que Estefanía podía disponer de lo que sobraba de su propia paga, aunque la señora Wood era tan generosa que muchas veces Estefanía había tenido que obligarla a aceptar parte del dinero para solventar sus gastos y los de Bertha —aunque su nana también trabajaba en la boutique—. El resto, Estefanía lo ahorra, pues había decidido que, a la primera oportunidad, partiría a México. Estaba harta de Londres, harta de esa vida de sufrimiento y de mentiras. Regresaría al hogar que había amado de niña, al sitio que la vio nacer y crecer, y del que su madre, como bien sabía por las historias que le narraba su padre, se había enamorado. Volvería a México e iniciaría una nueva vida desde cero, donde ni Jacinta ni sus horribles hijos, ni en especial Anthony Woodruff, podrían lastimarla... a pesar de que el conde hacía grandes esfuerzos por evitar que ella lograra olvidarlo...

No tenía idea de cómo se había enterado de dónde se estaba quedando, aunque tenía serias sospechas sobre Roger. El médico, a diferencia de la última vez que había hablado con el conde, no dejaba de defender a Anthony y de hablar maravillas de él, relatando la enorme proeza que había efectuado al salvar a la pobre joven con su hijo recién nacido y sus familiares, así como a los otros

campesinos secuestrados por Ernest, su malvado primo que había usurpado por años su nombre y abusado de la gente, quien a su vez había resultado muerto al momento de quedar desenmascarado por el mismo Anthony.

Bertha prácticamente flotaba al escuchar la historia, repetida incansablemente por el médico —a quien consideraba ahora como su gran amigo—, tan maravillada como debía sentirse Martha, a pesar de que la joven prefería guardarse sus propios comentarios antes de lastimar a su prima con ellos. Laura —como se llamaba la señora Wood—, por otro lado, era tan directa como su hijo al decirle que era una tonta por dejarse llevar por el orgullo y no perdonarlo. Una mentira así era totalmente comprensible si lo que el conde buscaba era amor verdadero, y no terminar desposado con cualquier caza fortunas, como Roger les había relatado después de escuchar la historia del mismo párroco que iba a casarlos. Pero por más que a ellos les pareciera encantadora la historia, Estefanía sabía que no podía dejarse llevar por palabras que no tenían nada de reales, ni muestras ridículas de regalos o flores. Anthony le había mentado, la había utilizado, había jugado con ella y Estefanía no podía perdonarlo.

—Oh, mira, está allí otra vez —Martha la llamó desde la ventana.

Estefanía se hundió más en el trabajo, reacia a levantar la vista. Bertha dejó la bandeja con el servicio de té que llevaba en ese momento y corrió a la ventana.

—¡Santo cielo, está lloviendo a cántaros y el pobre hombre no trae ni un paraguas!

—¿Qué se está buscando, una pulmonía? —Dijo Estefanía, cogiendo las tijeras de la mesa.

—Oh, Estefanía, míralo. Pobrecillo, ¿por qué no sales a hablar con él? —le pidió la señora Wood, que también se había acercado a la ventana—. No se irá hasta que te vea.

—En ese caso le habría servido mandarme a hacer una fotografía, porque ese hombre no volverá a verme en su vida —espetó Estefanía, dejando la prenda terminada sobre la mesa para comenzar con la siguiente.

—¿Cómo puedes ser tan insensible? —Gritó Martha, exasperada—. ¡Ese pobre hombre ha venido todos los días a buscar tu perdón y ha intentado llegar a ti por todos los medios, y tú ni siquiera puedes levantar la cabeza para dedicarle una mirada!

Estefanía esta vez levantó la cabeza, sorprendida por la reacción airada de Martha, generalmente de carácter gentil y dulce.

—Martha... ¡él me engañó! —Las palabras salieron atropelladamente de sus labios—. ¡No puedo perdonarlo así nada más sólo porque me mande unas cuantas flores o se pare a mitad de una tormenta para causarme lástima! ¿Qué hay del daño que él me provocó? ¿Eso no importa?

—¡Claro que sí, pero también importan el perdón y la misericordia, Estefanía! ¿Qué es lo que te ha sucedido? Actúas como una mujer fría y sin corazón.

—Eso es culpa sólo de él —sus ojos se humedecieron y debió apartar la mirada. Odiaba que la vieran llorar—. Él me rompió el corazón, ahora que pague las consecuencias.

—¿Y no crees que ya se ha humillado lo suficiente? ¡Mira a tu alrededor! ¡Hay más de trescientos adornos distintos de flores, todas para ti, todas con una carta de disculpa que tú te has negado a leer! Estefanía miró en derredor. Ciertamente el lugar estaba a rebosar de flores...

—Ni siquiera me gustan las flores —inventó la primera excusa que se le ocurrió.

—¡Eres...! ¡Eres imposible! —Martha llegó a su lado y le quitó la falda que estaba cosiendo de las manos y la lanzó lejos. Estefanía la miró tan sorprendida como las otras dos mujeres por esa

violenta reacción, por lo que Martha la tomó desprevenida cuando la sujetó del brazo y la obligó a levantarse de su asiento—. ¡Ahora, ve afuera y habla con él! —Le puso un paraguas en la mano—. ¡Y no vuelvas aquí hasta haberlo hecho!

Las dos mujeres, que se habían acercado a ellas, asintieron firmemente con la cabeza, consintiendo a la petición —que mejor dicho debía llamarse orden— de Martha.

Estefanía suspiró y volteó los ojos. Pero la verdad era que estaba harta de ese jueguito y quería ponerle fin... o quizá fuera que en realidad quería volver a ver a Anthony, aunque sólo fuera por un momento...

Sea cual fuere la razón, salió de la tienda dispuesta a enfrentarse a él, dejando tras ella un silencio sepulcral en el ambiente, roto únicamente por el sonido del repiqueteo de la campanilla cuando abrió la puerta. La lluvia caía como una cortina de agua helada, abrió el paraguas para protegerse, lo último que quería era volver a enfermarse. Incluso eso le recordaba a él... ¡y sólo quería olvidarse de él! ¿Por qué demonios no podía dejarla en paz? ¿Por qué no podía desaparecer de su vida y permitirle continuar? Apareciendo continuamente, acorralándola por cada rincón, sólo lograba fijarse con más fuerza en su mente y en su corazón, lo que le hacía imposible la tarde de olvidarlo. Y sabía que eso era precisamente lo que él quería, ¡y ella no le daría el gusto ni una sola vez más! O, al menos, eso era lo que ella se prometía...

Lo vió del otro lado de la calle. Estaba de pie sobre la acera, mojado hasta los huesos, sin mover un músculo, esperándola. El corazón se le encogió ante esa escena y se agitó con fuerza cuando él fijó esos grandes ojos azules sobre ella. Entonces le quedó muy claro, él continuaba teniendo el mismo poder sobre ella que siempre.

Por un momento deseó dar la media vuelta y salir huyendo, escapar antes de permitir que él volviera a dominarla como siempre lo había hecho, manipularla como una marioneta sin que ella pudiera poner ninguna defensa. Él poseía un control sobre ella que nadie más tenía, y eso la llenaba de temor y de enojo...

Él no se movió, permaneció en su lugar, aguardando a que fuera ella quien diera el primer paso, y quizá fue precisamente eso lo que le dio las fuerzas para continuar. Arremangándose la falda para no mojarla, cruzó la calle hasta llegar a él. Una ligera sonrisa se dibujó en los ojos de Anthony al verla con esa mirada llena de dolor y de amor...

—Hola —la saludó con sencillez, como si se acabaran de encontrar por casualidad en un día de paseo por Hyde Park.

—Hola —contestó ella, apartando la mirada de esos ojos. Sólo verlo le dolía. No podía verlo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Tú sabes que hago aquí —le dijo con voz firme pero suave, tomando su mano libre y estrechándola entre las suyas—. He venido por ti.

Estefanía apartó la mano sin verlo a la cara.

—Ya te dije que no volveré contigo, Anthony. Estás perdiendo tu tiempo.

—No me rendiré, Estefanía. Volveré aquí hasta que me perdones.

—¿Que te perdone? —Bramó ella, viéndolo por primera vez a los ojos—. ¿Cómo puedes pedirme eso después de lo que me hiciste?

—Ya te expliqué que...

—Sí, ya lo explicaste y no te creo. ¿Y sabes por qué? Porque no te conozco. No sé quién eres,

Anthony, primero un conde prepotente, luego un hombre de apariencia humilde y corazón generoso, no eres ni uno ni otro, ¿cómo podría casarme contigo, cuando no sé ni siquiera quién eres?

—Me conoces como soy en realidad, igual como yo te conozco a ti. Es todo cuanto importa.

—No me conoces, Anthony. No sabes nada de mí... Si me conocieras, no me enviarías flores, para empezar, ¡no me gustan las flores! —Señaló la ventana más cercana de Wood's, donde se alcanzaban a ver varios arreglos florales desde una vitrina. Tres rostros se escondieron tras un escaparate cuando los ojos de Anthony siguieron el dedo de Estefanía, aunque él no hizo el menor asomo de mostrar haberlas sorprendido espiándolos.

—Charles —dijo él. Estefanía lo miró confundida, y él prosiguió—. Tú mencionaste que te habría gustado que fuera como Charles: «Tan amable y gentil como Charles» — repitió sus mismas palabras.

—¿Y eso qué tiene que ver? —Le preguntó Estefanía comenzando a alterarse.

—Charles reconquistó a Kate de esa forma, mandándole flores blancas hasta que ella lo perdonó —le confesó y ella sintió que el corazón se le detuvo al escucharlo—. Es esa la razón por la que mamá pone flores blancas en casa, en recuerdo a ellos dos. Y yo pensé que...

—¿Que enviándome flores te perdonaría? —Le preguntó con la voz con la que una madre le hablaría a su hijo, intentándolo sacarlo de su error, no con dureza, pero sí de manera firme—. Anthony, yo no soy Kate. Ni tú eres Charles.

—Dime qué hacer, entonces. Dímelo y lo haré, Estefanía —tomó su mano, hablándole con tal intensidad que ella estuvo a punto de caer en sus brazos. Pero se contuvo, no podía echarse para atrás. No ahora.

—Anthony, no hay nada que hacer. Lo nuestro no puede ser, es así de simple. Algo que nació de una mentira, siempre será una mentira —lo miró a los ojos y acarició su rostro con ternura—. Te perdono, Anthony. Si es lo que deseas, te perdono. Pero no puedo olvidar lo que me hiciste y pretender partir como si nada hubiese pasado.

—Estefanía...

—Por favor, vete Anthony. No me gusta verte humillado, tú no eres así. Tú eres Anthony, el conde de Woodruff, el poderoso hombre temido de Londres. No eres esto... — lo miró de arriba abajo con tristeza—. Si es en esto en lo que te conviertes por mi culpa, mucho menos quiero ser parte de tu vida. Sólo te estoy haciendo daño, Anthony. Más daño del que tú me hiciste. Y no quiero dañarte, no lo deseo, porque yo... — se calló al notar que iba a hablar de más, que iba a decir lo que realmente sentía su corazón, a revelar que lo amaba a pesar de todo.

Notó que estaban más cerca de lo que había planeado, él la abrazaba, no se había dado cuenta del momento en el que la había entrelazado entre sus brazos, tampoco de su rostro, casi pegado al suyo, de la tibieza de su aliento sobre sus labios... Tal vez un beso, sólo un beso más y...

—¡No! —Gritó al mismo tiempo que lo pensaba, intentando apartarse de su abrazo.

—Dilo, Estefanía, dime lo que ibas a decir —la incitó él sin permitirle alejarse.

—¡No, Anthony, ya basta! —Gritó alejándose de él. Varias personas que iban pasando por la calle se voltearon a verlos con miradas curiosas, otros sorprendidos por el escándalo—. Vete, vete por favor y no vuelvas —le dijo Estefanía sin querer mirarlo nuevamente a los ojos, sabiendo que de hacerlo estaría perdida. Se dio la media vuelta y atravesó la calle corriendo, para entrar como un torbellino de vuelta en la tienda.

Anthony se quedó solo en la calle. Ella había dejado el paraguas tirado, probablemente con la intención de que él lo cogiera, pero no hizo ni la menor intención de hacerlo. Sin notar las miradas fijas sobre él, sacó del bolsillo interior de su abrigo el pequeño ramito de flores que había comprado a una pequeña niña y guardado para dárselas. Las observó por un momento, la niña le había asegurado que esas flores simbolizaban el amor eterno en el lenguaje de las flores. El amor eterno que él le había ofrecido, y que ella había rechazado...

Abrió los dedos y dejó caer el ramo al piso.

Y con un último vistazo a la tienda, el sitio donde sabía que ella se encontraba, se alejó caminando lentamente bajo la lluvia.

Ω

No lejos de allí, desde el interior de un elegante carruaje detenido del otro lado de la acera, los puños de una mujer se ciñeron con fuerza al fino abanico que acababa de cerrar, después de haberlo utilizado para mantener oculto su rostro mientras presenciaba aquella escena.

El corazón de Eleonor Woodruff era muy grande y generoso, todo el que la conocía lo sabía de sobra. Como también sabían que podía volverse impetuoso y fiero cuando quería, y por lo general ese lado oscuro de ella sólo surgía por una razón: para defender a sus hijos.

Y cuando lady Woodruff se decidía a defender a uno de ellos, que la tierra temblase, porque no habría ser en el mundo que pudiera hacerla desistir de su objetivo. Y mucho menos una muchachita pobre y engreída que se creía capaz de romperle el corazón a su adorado Anthony.

Estefanía lloraba en silencio sentada en el suelo frente a la chimenea. Irónicamente, esa posición le recordaba más a Anthony, pero no podía evitarlo, aferrarse a sus recuerdos era todo cuanto le quedaba de él. Podía amarlo, pero no podía vivir a su lado. No podía vivir una vida nacida de una mentira. No podía, sencillamente no podía...

Lo único que le quedaba era llorar, fantasear con esos recuerdos de los momentos que habían parecido tan reales, pero que ahora sabía que eran tan falsos como la misma ensoñación de su mente.

Alguien tocó a la puerta y Estefanía se sobresaltó. Era tarde, posiblemente pasaba de media noche, ¿quién podía ser a esa hora? La señora Wood apareció en ese momento en la estancia, envolviéndose en su chal.

—¿Esperabas visita, hija? —Le preguntó a Estefanía.

—No, ¿y usted?

—Yo tampoco.

—Ni yo —añadió Bertha, bajando en ese momento por la escalera.

Se miraron confundidas antes de escuchar nuevamente un golpe en la puerta.

—¿Quién es? —Se adelantó a preguntar Bertha, acercándose a la puerta de entrada.

—Lady Woodruff. Abra ya.

Las tres se miraron con ojos desorbitados.

—¿Lady Woodruff? —Repitió Laura, caminando hasta la puerta para abrirla.

La mujer, elegantemente ataviada, les dirigió a las tres una mirada altiva desde el umbral. Estefanía no supo si fue su elegancia natural, su porte distinguido o el hecho de saber que era la madre de Anthony, pero hubo algo en ella que le resultó imponente... y terrorífico.

—Lady Woodruff, qué sorpresa —la saludó Laura sin evitar mirarla fijamente.

—Así parece —contestó la mujer, dirigiéndole una sonrisa forzada a la anciana—. ¿Me permite pasar, señora Wood?

—Por supuesto —la anciana se movió, permitiendo que la elegante dama entrara en la casa—. ¿Qué la trae por estos rumbos a esta hora de la noche? ¿Se le ha roto una rueda a su carruaje, de casualidad?

—No, de hecho vengo con intención, señora Wood y mi intención es la de hablar con esa jovencita que es su empleada —sus ojos, unos ojos violáceos que brillaban desmesuradamente de manera airada, se clavaron sobre Estefanía.

La joven palideció, ¿qué era lo que esa mujer podría querer hablar con ella?

—¿Me permitiría un momento a solas con su empleada, señora Wood? —Repitió nuevamente empleada, como si la palabra por sí misma le provocara desdén.

—Por supuesto, si Estefanía está de acuerdo —señaló la anciana y las tres mujeres se giraron para ver a la joven.

Estefanía, acorralada, asintió. Después de todo quería saber qué intención podría tener esa mujer para querer verla, ¿acaso se habría enfermado Anthony? Dios santísimo, si había cogido una enfermedad por exponerse de esa manera a la lluvia... —el terror se apoderó de ella—. ¿Por qué se

demoraba tanto en comenzar a hablar? ¡Que dijera lo que tenía que decir y que lo hiciera de una buena vez!

—Señorita, me gustaría hablar con usted en privado —le dijo la mujer, señalando la sala de donde Estefanía acababa de salir con un gesto rápido de la cabeza.

Estefanía asintió e hizo un ademán con la mano para permitirle pasar primero. Entró tras ella, dedicándoles, por el rabillo del ojo, una fugaz mirada a las dos mujeres, que permanecieron de pie como estatuas en el mismo lugar donde lady Woodruff las había dejado.

—Cierra la puerta —le ordenó la mujer, sin molestarse en dejar en claro quién era la que tenía el rango superior en esa habitación.

Estefanía obedeció. Respetaba a lady Woodruff, había pasado buenos momentos en su compañía cuando fue a su casa para tomarle las medidas a ella y a sus hijas, y no quería hacerla enojar portándose desafiante o insolente. Además, no tenía ánimos para pelear. Así pues, sencillamente obedeció y cerró la puerta tras ella.

Ni bien se hubo volteado cuando notó que la situación no iría bien. La mujer le dedicó una mirada tan airada que bien pudo asestarle una cachetada y, de haberlo hecho, no se habría sentido tan herida como con la visión que le dedicaban esos ojos, que de haber podido, la habrían atravesado para partirla en dos allí mismo.

—Señorita Quiroz, no me voy a andar con rodeos así que iré directamente al grano —le dijo ella con una voz calmada, que dejaba entrever la rabia escondida en ella—. Estoy enterada de todo lo acontecido entre usted y mi hijo Anthony.

Estefanía palideció y le costó mantener la mirada sobre ella, pero no se iba a dejar amedrentar.

—¿Y qué es lo que quiere? —Le preguntó de lleno, aunque su voz le sonó bastante insegura. No se había esperado que lady Woodruff se enterara de lo que había habido entre ella y Anthony.

—De usted, yo no quiero nada —le dedicó una mirada despectiva—. Pero mi hijo parece haberle tomado bastante cariño. Me preocupaba el estado abatido en el que cayó desde su regreso a la visita que hizo en nuestras propiedades en Kent, por lo que debí... hacer mis propias investigaciones en el asunto. Y después de la escena que presencié esta tarde frente a Wood's, viendo a mi propio hijo, el conde de Woodruff, humillado por una simple muchachita demasiado engreída para aceptar lo que mi Anthony le proponía, decidí tomar cartas en el asunto.

Estefanía frunció el ceño, sabiendo que ahora venía lo peor. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, pero no se movió, dispuesta a enfrentar con lo que fuera a la mujer.

—No sé quién te has creído, jovencita, pero no eres nadie al lado de mi Anthony. Tienes mucha suerte de que él se haya enamorado de ti y deberías dar gracias por eso, no pisotear su orgullo como has estado haciendo. Pero eso se acabó, mañana mismo irás a verlo y le dirás que aceptas su propuesta de matrimonio y te casarás con él.

Estefanía abrió los ojos como platos, asumiendo que había escuchado mal.

—¿Usted me está pidiendo que me case con su hijo?

—No te lo pido, te lo exijo —la corrigió ella—. No te confundas, no eres nadie para mí. Si fuera por mí, te enviaría en barco al fin del mundo para no volver a verte en mi vida y lograr así que de una vez por todas mi hijo se olvide de ti. Pero él se ha encaprichado contigo; peor, se ha enamorado de ti y hacer eso sólo lograría romperle el corazón para siempre. Es por eso que te casarás con él, y lo harás muy, muy feliz, ¿me oíste? Porque si no... —Tembló de rabia dejando la frase inconclusa a

propósito.

—Yo no me casaré con él —le dijo Estefanía con voz firme—. No sé quién se crea que es, pero usted no me manda, señora, y como se lo dije a su hijo, yo jamás seré su esposa.

La mirada de la mujer se encendió de furia, pero enseguida mudó la expresión para adoptar una sonrisa lánguida y apacible, que le provocó a Estefanía mucho más miedo que la furia desbocada que había mostrado antes.

—Eres muy irrespetuosa, Estefanía. Al parecer, te tienes en más valía de lo que realmente eres, para ser una simple costurera de quinta.

—No le permito...

—Está bien, tengo que admitir que sé apreciar el valor en las personas. Me gusta que tengas coraje, será una buena cualidad para la esposa de mi hijo, porque te guste o no, es en lo que te convertirás —le dirigió una mirada directa, llena de furia—. Sé quién eres, Estefanía Quiroz Quesada, me dediqué a investigarte. Sé quién fue tu padre, sé quién eres tú, sé a qué familia perteneces... Los Campbell. Una vergüenza que usen ese apellido de tanta alcurnia, ¿el apellido de tu madre, no es así?

Estefanía frunció el ceño, sorprendida de que supiera tanto de ella. La mujer rió, sabiendo que acababa de confirmarle su pregunta.

—Te recuerdo, Estefanía. Tu padre te llevó a esa fiesta en nuestra casa, tan orgulloso de ti... —negó con la cabeza, chasqueando la lengua—. ¿Qué diría si te viera ahora? Tan altiva, tan arrogante, capaz de romperle el corazón a un hombre enamorado, sólo por el placer de vengarte.

—¡Yo no he hecho eso!

—Te creía una buena persona entonces, querida niña. Es una lástima que el tiempo te haya transformado en esto —hizo un gesto despectivo con la mano—, suponía que después de leer las cientos de cartas que mi hijo te envió con esas flores accederías a escucharlo y perdonarlo, pero tienes el corazón más frío que un muerto. Sinceramente, no veo qué pudo mi hijo encontrar de atractivo en ti...

Estefanía agachó la cabeza sintiéndose humillada, estaba tan débil que no podía contestar a eso. Era como si esa mujer supiera exactamente con qué atacarla: el tema de su padre.

—En fin, dudé que tuviera que ocupar el as que llevo guardado bajo la manga, pero debido a que no me dejas otra opción, tendré que hacerlo.

Estefanía alzó la cabeza y la miró a los ojos, ¿a dónde quería llegar esa mujer?

—Ah, veo que te interesa lo que tengo que decirte, muy bien, vamos progresando —rió angelicalmente, a pesar de que sus palabras parecían salidas del mismo infierno—. Bien, querida niña, éste es el trato: Tú te casas con mi hijo, lo haces feliz, le das hijos y vives el cuento de hadas que toda mujer desearía, y que tú, en una terquedad que raya en la estupidez, te niegas a vivir.

—¿O...? —Preguntó Estefanía desairándola directamente.

La sonrisa en el rostro de la mujer se borró, y se acercó tanto a ella que Estefanía prácticamente pudo sentir que la habitación se helaba por la mirada gélida con la que la atravesó esa mujer.

—O iré con tu asquerosa, egoísta e interesada tía, que sería capaz de vender sus hijos al mismo demonio por dinero y un poco de fama, y le pediré la mano de tu adorada prima Martha para que se case con Anthony.

Estefanía se quedó helada y no pudo evitar que la sorpresa se grabara en su rostro.

—No lo haría...

—Oh, claro que lo haría. Debo admitir que Martha es lo único bueno que tienen tus parientes, gracias al cielo que estás encariñada con ella y no de su aborrecible hermana, o dudo mucho que me expondría a este trato —bromeó como si hablara del clima y no de un asunto tan delicado—. Pero lo haría, querida, claro que sí. Sé que Martha está enamorada de ese médico, el doctor Wood, el hijo de Laura, ¿no es así? Y tu tía Jacinta no aprobaría la relación, es por eso que están esperando a que ella cumpla la mayoría de edad y que el pobre hombre, sacrificado y completamente centrado en su trabajo y el bienestar de los más desafortunados, reúna el dinero suficiente para comprar una casa y poder casarse —le dedicó una mirada de satisfacción al leer la sorpresa en los ojos de Estefanía al notar que ella estaba enterada de todos esos detalles—. Imagina lo triste que se pondrá Martha cuando se entere que no pudo tener la vida soñada al lado del hombre que amaba, porque su querida prima fue demasiado egoísta para sacrificarse por ella y casarse con un hombre bueno, que la ama, y que además es rico y tiene un título. — Estefanía negó con la cabeza, incrédula de tanta maldad...

—¡Vaya niña!, tienes la felicidad delante de tus narices y puesta en bandeja de plata y tú sencillamente la rechazas —se quejó la mujer perdiendo por primera vez la compostura— mira a las cosas que nos obligas hacer para meterte en cintura.

—Usted no podría hacer algo así... Eso es imposible.

—Ponme a prueba y lo haré, ¡te juro que lo haré! Pero no te arrepientas después, una vez que haya dado mi palabra a tu tía, no me echaré para atrás. A diferencia tuya, los Woodruff cumplimos lo que prometemos.

Estefanía la miró a los ojos sabiendo que no mentía. Había visto la misma determinación en los ojos de Anthony, y sabía por experiencia propia que él no se echaba para atrás...

—Vamos, niña, piensa rápido y dame tu respuesta. O mejor aún, dásela a Anthony —la apuró la mujer—. Si le das el sí a mi hijo, mañana mismo apadrinaré al doctor Wood para que pueda pedir la mano de tu prima. Y no sólo eso, le daré una casa en una buena zona de la ciudad y una dote a tu prima suficientemente grande como para que puedan vivir holgadamente por el resto de su vida. Tendrán la vida perfecta, gracias a ti. Pero si no estás ante Anthony dando el sí a su propuesta para mañana al sonar las doce, partiré en ese mismo momento a pedir la mano de tu prima Martha a tu tía. Y te lo dije, no habrá marcha atrás.

—Usted no me asusta... —le dijo Estefanía con una voz que sonó sumamente temblorosa—. Anthony jamás se dejaría amedrentar por usted, no aceptaría una mujer impuesta por usted, nunca ha sido del tipo de hombre que obedece a otros, nunca lo ha hecho ni lo haría ahora...

—Querida, eso pudo ser antes, pero el Anthony que dejaste después de pisotearle el corazón que te entregó abiertamente es uno sin orgullo ni decisión. Hará todo cuanto yo le ordene sin rechistar —se encogió de hombros—, después de todo, una madre sabe cómo manipular a sus hijos de vez en cuando.

Estefanía sintió náuseas, ¿cómo esa mujer podía ser tan mala? Ahora sabía de dónde había salido Anthony con esa cara angelical y ese carácter de demonio. ¡Ella era peor que él, ella era el demonio encarnado!

—Piénsalo bien, querida. Tienes toda la noche —le dijo, borrando todo rastro de sonrisa del rostro—. Y más te vale aparecer al amanecer en la casa Woodruff, o verás de lo que esta dama puede ser capaz de hacer con sus influencias. No me detendré con tu prima, te destruiré en cada

aspecto de tu vida, cada cosa o persona que ames; Laura, Roger, tu querida nana, Wood's... Dame una excusa y destruiré tu mundo, Estefanía. Igual como tú destruiste el mundo de mi hijo — le dedicó una mirada altiva—. Más te vale estar ahí mañana para volver a restaurarlo.

La mujer salió dando un portazo tras ella. Estefanía no se molestó en seguirla. Escuchó voces del otro lado, la mujer se despedía de Laura y Bertha como una dama refinada y cordial, como si nada de lo que acababa de pasar hubiera sucedido realmente. En un momento era un demonio, al siguiente volvía a ser la misma dama amable y alegre que conocía la gente.

Sólo que ahora Estefanía conocía el lado oculto bajo su máscara, y era aterrador... Pero no tanto como la vida que le había presentado de llegarse a negar a sus deseos.

No tenía opción. Una cosa era su orgullo y otra muy distinta el arruinarle la vida a todas las personas que amaba. Y sí, sabía que lady Woodruff tenía el poder y las influencias para hacerlo. Tendría que vender su alma al diablo para salvar a los que amaba.

Tendría que casarse con Anthony.

Anthony, recostado en el diván de su despacho, miraba sin ver las formas grabadas en las maderas de los libreros, iluminadas por los primeros rayos de la mañana. Las últimas noches ni siquiera se había molestado en irse a acostar a su habitación, todo cuanto hacía era trabajar, como si pudiera enterrar sus sentimientos entre el papeleo, como si entre los números y las cartas pudiera olvidar el nombre de ella, que con cada letra leída o escrita venía a grabarse con más fuerza en su memoria, trayéndola incesantemente a su cabeza.

Estefanía.

Le había dado su corazón, la primera mujer a la que se había abierto y entregado completamente, y ella lo había pisoteado como si fuera una cucaracha abominable que sólo le provocaba asco. Se había humillado ante ella sin que mostrara el menor signo de compasión, ¿qué era lo que quería que él hiciera para que lo perdonara? Lo había dado todo por ella y a cambio sólo había recibido desprecio y más dolor...

La puerta se abrió en ese momento y Anthony irguió la cabeza, molesto. Había dado instrucciones precisas de que no lo molestaran y mucho menos que entraran en su... Todo rastro de pensamiento se borró cuando la vio parada en el umbral de la puerta como una ensoñación aparecida de la nada. ¿Sería acaso otra jugarreta de su imaginación?

—Hola, Anthony... —Lo saludó ella con voz temblorosa por la emoción, los ojos humedecidos a causa de las lágrimas—. He venido a verte.

Anthony se puso de pie de un salto y corrió hasta ella. Ella lo miró a los ojos, nublados por las lágrimas, y sonrió ligeramente.

—Estefanía... ¿qué...?

—Sí —dijo ella, cortando todo rastro de inspiración en lo que él fuera a decirle.

—¿Sí? —Repitió él, moviendo la cabeza sin comprender.

—Me casaré contigo.

Los ojos de Anthony se ensancharon al mismo tiempo que su sonrisa. Por un momento Estefanía se habría sentido alegre de no saber que todo eso era una farsa. Pero tenía que fingir bien, se lo había jurado a lady Woodruff al entrar a la casa y ser recibida en persona por la condesa, su hijo debía creerle y no enterarse de una sola palabra de su trato o ella cumpliría con su amenaza.

—¿Es cierto lo que dices? —Le preguntó él emocionado, tomando sus manos en un gesto de sumo afecto.

Sintiendo que las lágrimas se apoderaban de sus ojos, Estefanía agachó la mirada y asintió con la cabeza.

Anthony rompió la distancia que los separaba y la abrazó, la abrazó con tanta fuerza como grande era su amor, intentando no partirla en dos en el proceso. La alzó entre sus brazos y la hizo dar varias vueltas en el aire, riendo a carcajadas.

Estefanía se sorprendió riendo también, abrazándolo por el cuello para no perder el equilibrio. Y entonces sucedió: él se detuvo y la miró a los ojos, esos ojos que sólo podían reflejar amor... Y Estefanía se preguntó cómo no pudo haberlo visto antes. Entonces Anthony agachó la cabeza y la besó en los labios, y una vez más ella se perdió en ese beso.

—Tengo algo para ti —le dijo en un susurro, apartándose sólo lo suficiente como para sacar una cajita del bolsillo interior de su chaqueta para entregársela.

—¿Qué es? —Preguntó Estefanía con sincera curiosidad.

Como respuesta, Anthony se arrodilló ante ella y abrió la caja, dejando a la vista un hermoso anillo de oro con un diamante incrustado en el centro.

—Estefanía Quiroz Quesada —le dijo mirándola con esos ojos llenos de amor que parecían comenzar a derretir el hielo que Estefanía se había forzado a forjar en su corazón—, ¿te casarías conmigo?

Estefanía sonrió. Cómo no hacerlo cuando él era tan tierno y tan... tan... sincero. Porque sí, era sincero. Su corazón se reflejaba en sus ojos, y sus ojos no podían mentirle al verla. Y al verla sólo le decían que la amaba...

La amaba, como ella lo amaba a él.

—Sí, Anthony —contestó con una voz mucho más firme de lo que esperó—. Me casaré contigo.

Y cuando las palabras emergieron de sus labios, no necesitó forzarlas para hacerlo.

Era su corazón el que hablaba.

Anthony se levantó y la abrazó, fundiéndose en ella con un beso apasionado que bien pudo derretir a la joven en ese mismo momento. Pero él se separó, tomando su mano con la suya para llevarla con él hacia fuera.

—Vamos, se lo diremos a todos, mi amor. Les daremos ahora mismo la gran noticia —le dijo cogiéndola por la cintura para plantarle otro beso en los labios—. Mi madre se irá de espaldas cuando le diga.

La sonrisa sincera de Estefanía se transformó en una tiesa y forzada, ante la mención de la persona que la había orillado a ir allí. Aunque debía admitir que el que la obligara a hacer aquello que su orgullo le impedía, pero ahora sabía, su corazón anhelaba, comenzaba a tornarse mucho menos desagradable...

## Ω

La boda se fijó para el domingo de esa misma semana. El ajuar de la novia quedó a cargo de la señora Wood, por supuesto, quien se dedicó en cuerpo y alma a terminar las prendas para la fecha, poniendo a trabajar a sus empleadas a tiempo completo, apresurada tanto porque eran para su querida Estefanía como porque enseguida tendría que ponerse manos a la obra para realizar el ajuar de su nuera, pues Martha se casaría con su hijo el siguiente mes. Gracias a la floreciente amistad que Roger había mantenido con el conde de Woodruff, ahora gozaba de clientes de mucho prestigio y siendo Martha la prima hermana de la futura condesa de Woodruff, el conde había decidido obsequiar a la muchacha con una dote que permitiría a la feliz pareja casarse enseguida.

La boda consistió en una sencilla ceremonia a la que asistió únicamente la familia y los miembros más allegados a la novia. Bertha radiaba alegría, al igual que Martha, quien parecía más contenta que la novia durante la ceremonia, mientras que la señora Wood no dejó de llorar en todo el tiempo que duró la fiesta. Roger, al lado de su futura esposa, les deseó lo mejor cuando los despidieron para iniciar su luna de miel. Frank abrazó a su ahijado por más de diez minutos completos, y a pesar de no compartir una sola palabra, pareció que se compartieron una letanía

mutuamente, que sólo ellos eran capaces de comprender. Y Kasim, sonriendo de gusto ante la felicidad de su patrón, subió a su caballo y se adelantó en el camino para asegurar que todo estuviera bien preparado para cuando Anthony y su nueva esposa llegaran.

A Estefanía no le sorprendió que Anthony decidiera ir a Kent, después de todo era un lugar relativamente cercano a Londres, y teniendo tantos asuntos que atender en la ciudad, era natural que deseara buscar un lugar del que pudiera partir con rapidez de presentarse cualquier eventualidad ya fuera con su familia —con la que descubrió que estaba muy unido durante la breve estancia que mantuvo allí— o con los asuntos laborales —aunque dudaba mucho que Anthony fuera a suspender su luna de miel por atender alguno de ellos a menos que se tratara de algo de extrema urgencia—. Lo que sí le sorprendió fue el notar que el carruaje se desviaba del camino principal a la enorme casa solariega de los Woodruff para encaminarse en dirección a la cabañita donde habían pasado los últimos días juntos.

—Supuse que podríamos retomar lo donde lo dejamos —le dijo Anthony, quien había estado esperando a ver su reacción cuando ella se diera cuenta de la sorpresa que había planeado—. La he mandado arreglar para nuestra estancia, y vendrá una doncella todos los días a limpiar y hacer la comida si tú lo deseas. Aunque mi intención era que nadie nos molestara mientras estuviéramos aquí —le dijo al oído, hablando con una voz ronca que a ella la hizo estremecer de pies a cabeza.

Estefanía le sonrió, ya no le costaba tanto trabajo hacerlo y estrechó su mano entre las suyas.

—Te lo agradezco, Anthony. Es una idea maravillosa —y ciertamente lo era, el vivir nuevamente en una casa rodeada de cientos de empleados le aterrorizaba, no tenía idea de por qué, pero lo hacía. Quizá fueran tantos cambios, todos tan repentinos. Lo único que quería era un poco de estabilidad, tranquilidad en un lugar conocido y con la menor cantidad de gente posible. Y saber que iba a estar con él, para su sorpresa, la llenó de tranquilidad y alegría.

Él sonrió y le besó los nudillos, subiendo lentamente por su muñeca hasta su cuello. Estefanía soltó una risita cuando se detuvo allí, marcando círculos con la lengua que sentía que le quemaba la pie como el fuego. El carruaje se detuvo delante de la casa y Anthony se alejó por un momento para verla a los ojos.

—Bienvenida al inicio de tu nueva vida, amor mío.

Él descendió primero y le tendió los brazos para llevarla con él, y para sorpresa de Estefanía no la bajó al piso como esperaba, sino que la cargó en brazos como si fuera un bebé.

—¡Anthony, ¿qué estás haciendo?! —Preguntó escandalizada, mirando con cierto temor al cochero y el lacayo que los habían acompañado, pero ellos se mantenían con la vista apartada, como si supieran que ese era un momento íntimo del que no debían ser partícipes.

—Te doy la bienvenida correcta a tu nuevo hogar, mi amor —le dijo Anthony buscando sus labios con los suyos para plantarle un fugaz beso.

La puerta de la entrada de la casa se abrió y por ella apareció Kasim, apartándose para permitirles el paso. Estefanía le dedicó una sonrisa agradecida, aún no se acostumbraba completamente a llamarlo Kasim, después de la treta creada por Anthony, pero sabía que con el tiempo lograría hacerlo sin problema. Anthony entró con Estefanía sobre los brazos y la depositó cuidadosamente sobre el sofá para girarse a despedir a Kasim mientras los lacayos metían el equipaje en la casa.

—Todo está arreglado, mi señor —le dijo Kasim a Anthony en voz baja—. Nadie los molestará y

sabe dónde encontrarme si me necesita.

—Te lo agradezco, amigo mío.

Kasim asintió y le dedicó una perfecta reverencia a Estefanía.

—Que disfrute su luna de miel, mi señora. Estoy para servirle en lo que necesite.

—Gracias... Kasim. Eres muy amable —él sonrió divertido, sin pasar por alto la dificultad de ella al pronunciar su nombre y salió por la puerta después de que lo hicieron los empleados, dejándolos a solas.

Estefanía se sintió un poco incómoda en ese lugar nuevamente a solas con Anthony, pero como si él le pudiera leer el pensamiento, le sonrió mientras se acercaba a la chimenea, ahora sin adornos pues ella los había roto todos la última vez.

Él tomó el único objeto que reposaba sobre la repisa de la chimenea, una caja de madera de unos cuarenta centímetros, y se la entregó.

—Es uno de tus regalos de boda —le explicó al dársela.

Estefanía frunció el ceño, extrañada, tomó la caja y casi se cae de la sorpresa cuando, al abrirla, encontró el par de copas de plata de su madre, las copas ancestrales de la familia Campbell.

—¡Anthony, ¿pero cómo has...?!

—Debo confesar que recibí ayuda —le dijo él, tomándola por la cintura—. De Frank y Kasim para ser más precisos. Eso no es todo, ven conmigo —la llevó arriba y Estefanía se quedó con la boca abierta cuando el colorido Monet de su madre los recibió.

—¿Cómo...?

—Cada cosa que te quitaron, cada cosa que fue importante para ti por alguna razón, y te fue arrebatada, yo la encontraré y te la traeré de regreso, mi amor —le dijo él, acercándose para besarla—. Mientras esté en mis manos, haré todo cuanto pueda para hacerte feliz.

Estefanía lo miró a los ojos, sintiendo que las lágrimas rodaban por sus mejillas, incontrollables.

—No necesitas darme nada, ya me lo has dado todo. Ahora te tengo a ti.

Anthony la estrechó con fuerza, besándola de la manera apasionada con la que sólo él podía conseguir hacerla derretir como mantequilla entre sus brazos. Estefanía levantó las manos hasta su cuello, atrayéndola a ella, deseándolo dentro de ella con una pasión desbordada. Anthony no la hizo esperar, la llevó a la cama y comenzó a desnudarla con rapidez, besando cada parte de su piel que iba quedando al descubierto para él. Con un movimiento que le resultó bastante ágil y diestro para tratarse de un hombre, la desembarazó del vestido y de los demás implementos que llevaba puestos encima, incluido el intrincado corsé, hecho especialmente para la ocasión. Anthony vibró de gloria al verla una vez más desnuda para él. Había llegado a temer que ese momento nunca llegaría otra vez, y ahora la tenía sólo para él, hermosa, blanca como la luz de la luna que los alumbraba desde la ventana, mezclada con el rojo del fuego de la chimenea y de la pasión que los envolvía esa noche, la primera de las innumerables noches que pasarían juntos como marido y mujer.

Esta vez Estefanía no dudó en tomar la iniciativa, desabotonando con dedos temblorosos el chaleco y la camisa de Anthony, para liberarlo de su presión. Pasó los dedos por sus perfectos pectorales cuando quedaron expuestos ante ella, bajando por sus costillas hasta su abdomen y detenerse en el sitio donde se hallaba el tatuaje de la serpiente. El tatuaje que por poco había llegado a ser su perdición...

—El dragón —le dijo él al darse cuenta de lo que ella miraba—. Es el símbolo de la sabiduría,

fuerza y poder espiritual en oriente.

—Pensé que era una serpiente —rió Estefanía y se acercó y le plantó un beso en la marca—. Por un tiempo creí odiarlo —lo miró a los ojos—, pero ahora sé que lo amo, que siempre lo amé.

Anthony sonrió, estrechándola nuevamente entre sus brazos y besándola en los labios para bajar por su cuello y por su hombro.

—Quizá... yo... mi ajuar... —Estefanía no pudo pensar cuando Anthony ahuecó la mano sobre su pecho y comenzó a masajearlo, mientras su lengua jugueteaba en su cuello.

—Shhh... —le susurró al oído de esa manera picara que ella había extrañado tanto—. Deja que tu marido se encargue. Te haré el amor, te amaré sólo como tu esposo te sabe amar, y te lo haré esta noche una y otra vez hasta que ya no puedas más de placer...

Estefanía rió, entrelazando los brazos a su cuello.

—¿Y cumplirás con tu promesa, esposo mío? —Le preguntó en un murmullo sensual, enredando los dedos en su cabello.

—¿Por qué no lo intentamos, amor mío, y veremos qué sucede?

—Te amo, Anthony —le dijo antes de unirse a él en un beso apasionado, como los que tantas noches había deseado darle en secreto. Él abrió sus labios con la lengua y entró en su boca, saboreando cada recóndito lugar de su cuerpo, haciéndola estremecer de placer con ese solo beso.

—Oh, Estefanía... —Suspiró él, estrechándola con más fuerza—. Mi Estefanía. Mía para siempre...

—Sí, Anthony, tuya, soy tuya para siempre —repitió ella con la respiración agitada.

Anthony la atrajo hacia él, cada partícula de su cuerpo vibrando de deseo y de amor, porque sí, deseaba hacerle el amor. Había tenido relaciones con muchas mujeres en su vida, pero no fue sino hasta que conoció a Estefanía que supo qué era hacer el amor. Y esa noche la dedicaría a hacerle el amor una y otra vez hasta que el amanecer los sorprendiera, y durante todo el día siguiente, y el siguiente del siguiente ...

Estefanía extendió los brazos, atrayéndola hacia ella, y él no la hizo esperar. La besó en los labios, en las mejillas, en el cuello, hasta en el cabello, llevándola hacia atrás hasta que ella quedó recostada en la cama. La contempló con una mirada lasciva, colmada de deseo, haciéndole el amor con los ojos en lo que conseguía librarse de una vez de la molesta ropa. Al momento de que su miembro quedó expuesto, tieso y extendido a causa de su excitación, los ojos de ella se ensancharon al verlo.

—¿Cómo puede ser que...? —Se atrevió a preguntar antes de llevarse la mano a la boca para acallar sus palabras. Aunque las mejillas encendidas lo decían todo.

—¿Quieres saber cómo? —Le preguntó él, dedicándole una sonrisa felina y como un felino se acercó a ella en cuatro patas hasta quedar encima de ella—. Te voy a enseñar cómo... —le dijo en un rugido gutural que le dedicó al oído, haciéndola temblar por el deseo.

Anthony bajó la cabeza hasta la base de su cuello y continuó descendiendo hasta apoderarse de uno de sus pechos, mientras que con la otra mano masajeaba el otro, trazando círculos con el dedo alrededor del pezón. Estefanía gimió de placer, pasando los dedos por los cabellos de Anthony, ahora nuevamente de su color natural rubio cobrizo, para atraer más su cabeza contra ella, incitándolo a succionar con más fuerza. Y él no se hizo rogar, chupó y mordisqueó el pezón hasta que Estefanía gritó de placer arqueándose contra él. Anthony tomó su mano y la condujo hasta su erección

y le envolvió los dedos en derredor. Estefanía vibró al sentir el miembro caliente y latente en su mano, listo para ella.

—Apriétalo con fuerza —le dijo Anthony. Estefanía obedeció, sintiendo vibrar el pene en su mano al hacerlo—. Ahora llévalo hacia tu abertura —le pidió en un gemido ronco, permitiéndole a ella tomar las riendas.

Estefanía se mordió el labio inferior, pero obedeció, conduciendo el miembro palpitante y duro hacia ella. Sintió la humedad de él mezclarse con la suya al primer contacto, y vibró de deseo. Anthony se movió lentamente fuera de ella, excitándola con su solo contacto, frotando su parte más viril contra la entrada de ella. Estefanía gimió de placer, arqueando las caderas, buscándolo.

—¿Quieres ver cómo...? —Le preguntó él, con una ceja arqueada, sonriendo pícaramente.

Estefanía se levantó por los codos, respirando agitadamente, pero sonrió, una sonrisa felina que a él le encantó y asintió con la cabeza. Anthony se arrodilló delante de ella, la tomó por las nalgas y la levantó, conduciendo su entrada hasta su miembro erecto. Estefanía se estremeció al sentir que la penetraba, pero no apartó la mirada, observando fascinada como él se enterraba en su interior hasta que su miembro desapareció por completo dentro de ella.

—¿Te gusta? —Le preguntó él en un gruñido bajo, comenzando a moverse dentro de ella.

—Mmm... —Estefanía no pudo responder, gimiendo de placer y arqueando la cabeza hacia atrás cuando él comenzó a embestirla de manera más enérgica.

Entonces, sorpresivamente, él salió de ella y le dio la vuelta haciéndola rodar sobre su cuerpo hasta quedar encima de él. Anthony la sujetaba por las caderas y la guió hasta la punta de su miembro, erguido en su totalidad. Estefanía se mordió el labio inferior, sujetándose de sus hombros para no perder el equilibrio, respirando agitadamente al verlo a los ojos, nublados por el deseo. Lentamente la fue conduciendo hacia abajo hasta que su entrada quedó en posición y de una sola embestida la penetró.

Estefanía lanzó un gemido de placer al sentirlo entrar en ella, encajándole las uñas en la piel. Anthony llevó una de las manos hasta sus pechos y lo apretó, mientras con la otra la conducía por la cadera hacia delante y hacia atrás en un movimiento rítmico que era más antiguo que la humanidad. Estefanía comenzó a moverse con mayor naturalidad mientras se iba adaptando a ese nuevo ritmo, enterrando con más fuerza las uñas en su carne a medida que iba acercándose al clímax. Anthony bajó la otra mano y la sujetó con fuerza de ambos extremos de la cadera contra su miembro cuando ya no pudo contenerse más, y en una acometida salvaje la pegó contra él en una última enérgica embestida que lo liberó dentro de ella al mismo tiempo que ella se tensaba, alcanzando juntos el orgasmo.

Ella suavizó las manos al tiempo que comenzaba a relajarse, y sus respiraciones se normalizaban. Anthony, sin salir de ella, la obligó a inclinarse más cerca de su cuerpo y se apoderó con la boca de uno de sus pechos, al tiempo que volvía a girarla, quedando ahora sobre ella. Sin decir una palabra, entrelazó las manos con las de ella y las llevó sobre su cabeza, al tiempo que comenzaba a moverse una vez más en su interior.

—¿O... otra vez? —Le preguntó Estefanía, apenas logrando articular una palabra cuando él comenzó a llevarla nuevamente al paraíso con cada embestida.

—Oh, sí mi amor, otra vez —gruñó Anthony, comenzando a hacerle una vez más el amor a su esposa. Tal y como se lo había prometido.

A la mañana siguiente, Estefanía despertó al sentir algo semejante a una pluma sobre los ojos y al abrir los ojos, se dio cuenta de que se trataba de Anthony pasándole una flor por el rostro para despertarla.

—Buenos días, hermosa—la saludó, besándola en los labios.

—Buenos días, mi amor —contestó ella, atrayéndolo más hacia ella para prolongar el beso.

—Te tengo una sorpresa para hoy —le dijo Anthony, comenzando a descender por su cuello mientras ahuecaba una mano en su pecho—. Eso claro, después de que terminemos con esto...

Estefanía rió, bajando sus manos por la espalda hasta llegar a sus nalgas.

—¿Quién dice que deseo terminar con esto? —Le dijo en susurro bajo, incitándolo a continuar—. ¿Por qué no me dices mejor cuál es la sorpresa y yo decidiré si vale la pena salir de la cama por ella?

Anthony pareció pensarlo y mordisqueando un pezón hasta hacerla gemir, le sonrió pícaramente.

—¿Me estás poniendo objeciones a mi sorpresa, querida esposa mía? Quizá deba atormentarte un poco para hacerte saber quién está al mando aquí—le dijo antes de pasarle la lengua alrededor del pecho, dejando un camino caliente y húmedo a su paso. Estefanía no podía ni pensar, aferrándose a las sábanas para no derretirse bajo él.

—Si sigues así... —Estefanía no pudo continuar cuando él se apoderó del otro pecho.

—¿Aceptarás sin condiciones? —Le preguntó, llevando una mano a su entrepierna para jugar con su parte más íntima, haciéndola vibrar de placer.

—¡Sí! ¡Oh, sí, por favor...! —Gimió ella dándole a Anthony lo que él buscaba.

—Así me gusta que hables —rió él pícaramente, apoderándose de sus labios—. Ahora vístete. La sorpresa está afuera.

—Pero... —los ojos de Estefanía estaban nublados de deseo—. ¿Ahora?

—Oh, sí, mi amor, ahora —la levantó de las manos y la besó de nuevo—. Concluiremos esto en otro lugar...

Estefanía sonrió pícaramente y asintió.

—Si no te amara tanto, no te dejaría ganar, jovencito, ¿lo sabes?

—Tanto como tú sabes que no tengo ninguna posibilidad de ganar, yo estoy a tu total y completa disposición.

Estefanía no pudo evitar sonreír, conmovida por sus palabras, y se unió a él en un nuevo beso. Anthony se encendió enseguida y debió apartarse o terminaría haciéndole el amor nuevamente y su sorpresa quedaría esperando toda la mañana.

Se vistieron rápidamente, con ropa cómoda como Anthony le había advertido, y bajaron a las caballerizas. Pero cuando Estefanía suponía que saldría el cabriolé que había visto allí anteriormente, lo que vio salir fue sólo al caballo, junto a otro caballo.

Estefanía lo miró impresionada, era un caballo sumamente hermoso, de crin tan blanca como la nieve y el pelaje amarillo, sus ojos de un color azul claro.

—Por Dios, Anthony, ¿de dónde sacaste un caballo tan bonito?

—Es el mejor, lo mandé traer de Escocia sólo para ti —le declaró él, entregándole las riendas del animal—. Feliz aniversario de un día, mi amor.

—Anthony... —ella lo miró encantada y se paró de puntitas para besarlo en los labios—. Eres un completo amor. Te lo agradezco mucho, es precioso.

—Y verás como corre, anda, sube y además le puse con una silla normal, nada de esas tonterías de sillas de mujer que...

—No.

—¿No? —El arqueó una ceja.

—Anthony, te dije que no monto a caballo.

—Me lo dijiste, pero no me dijiste el por qué. Asumí que era porque el mío te daba miedo montarlo, pero cuando te vi pasar tantos días a su lado paseándolo por las riendas o cepillándolo, me quedó más que claro que le tenías afecto. Sin mencionar que por poco te da una pulmonía por asegurarte de que el caballo quedara abrigado bajo techo. Te gustan los caballos —concluyó—, no puedes negarlo.

—Es cierto, me encantan los caballos, lo reconozco. Pero no los monto... al menos no desde la muerte de mi padre.

Anthony frunció el ceño y se aproximó a ella.

—¿Es eso lo que ibas a contarme la otra vez?

Estefanía alzó los ojos y asintió, sintiendo que un enorme nudo se formaba en su garganta.

—Papá adoraba los caballos, tenía cientos en las caballerizas, sólo para él y para mí. Su sueño era convertirse en uno de los criadores más importantes de Inglaterra, incluso trajo varios ejemplares de España y de México para crear una raza nueva. Fue él quien me enseñó a amarlos, a montarlos, a respetarlos...—desvió la mirada hacia el animal, acariciándolo con tristeza—. Cuando él enfermó y mi tía llegó a vivir con nosotros, el único lugar donde me sentía libre era sobre el lomo de un caballo. Galopar hasta sentir que el mundo desaparecía bajo los cascos de mi caballo, sentir el viento contra mi rostro y mi cabello, como si yo misma pudiera volar... Pero el día que mi padre murió... —se le quebró la voz y ya no pudo continuar.

Anthony la abrazó en silencio, esperando a que se calmara.

—¿Qué pasó el día que murió tu padre, Estefanía? —Le preguntó con un hondo dolor en el pecho, recordando que él mismo había visto a su padre enfermo y se había preocupado por el destino que ella tendría. Al saber que quedaría en manos de unos parientes cercanos a su padre, supuso que estaría a salvo, nunca imaginó en qué estado terminaría... Gracias al cielo que él pudo rescatarla de sus garras antes de que las cosas empeoraran, o ese desgraciado terminara abusando de ella, y marcándola para siempre.

—El día que murió mi padre —le dijo ella en una voz tan baja que le costó un enorme trabajo escucharla—, yo había salido a montar. Sólo fue una hora, Anthony, había estado sentada junto a su lecho toda la semana, con mi tía atosigándome día y noche. Quería encontrar un poco de paz, aunque sólo fueran unos minutos en los que pudiera olvidarme de esa realidad, de esa mujer desagradable, del hecho de que mi padre estaba muriendo y lo perdería para siempre... Él se había dormido, pensé que no pasaría nada si me ausentaba una hora, pero... pero él murió mientras yo no estaba allí —se soltó a llorar de lleno sobre el pecho de Anthony—. ¡No pude despedirme de él! ¡No estuve a su lado cuando más me necesitó! ¡No estuve allí para él! ¡Y eso nunca podré perdonármelo...!

Anthony la estrechó con más fuerza contra su pecho, intentando consolarla.

—No había manera que tú supieras eso, Estefanía. Te aseguro que él no te culparía por algo así, y tú tampoco debes hacerlo —tomó su rostro entre sus manos y la miró a los ojos—. Yo, de ser padre, no me gustaría que mis hijos viviesen la vida pensando en si estuvieron o no a mi lado el día que morí, preferiría que recordaran cada día vivido a mi lado, y lo revivieran teniéndome en su memoria. Si yo fuera tu padre, me gustaría que montaras, que te sintieras libre de nuevo, que hicieras eso que amas, aquello que yo te enseñé a amar, y que con ello, haciendo eso que te hace feliz y plena, me recordaras.

—Recordarlo con los momentos felices —lo pensó Estefanía—, recordarlo por lo que me enseñó a amar...

—Exactamente —le dijo él, secando sus lágrimas con el dorso de la mano.

Estefanía sonrió como si una revelación acabase de abrirse ante ella, y sin más, se paró de puntitas y lo besó en los labios.

—¿Sabes cuánto te amo, Anthony Woodruff?

—Tengo una idea —bromeó él, haciéndole cosquillas bajo los brazos.

—Anthony, ¡Anthony, basta! —Rió ella, intentando huir de él en vano, porque él la sujetó por la cintura y la atrajo hacia sí, plantándole un beso en el cuello.

—Monta en el caballo, Estefanía. Hazlo por mí, ¿quieres? Hazlo por tu padre, hazlo por ti —le dijo al oído, besándola suavemente allí—. No te prives de algo que amas. Sólo inténtalo. Yo estaré a tu lado.

Estefanía lo miró a los ojos y asintió.

—Está bien... —suspiró, mirando el lomo del caballo igual que como si tuviera que subir la cima del Everest—. Pero hagamos esto lento, un paso a la vez...

—Como usted ordene, amor mío —sonrió él, tomándola de la mano para conducirla a un lugar cercano a la montura y tomándola de la cintura, la ayudó a subirse al lomo del caballo.

Estefanía se sintió extraña allí, pero gustosamente extraña. Anthony montó en su caballo azabache y se situó a su lado.

—¿Lista? —Le preguntó con una sonrisa esperanzada, pero un tanto temerosa también.

Estefanía inspiró hondo y aferró firmemente las riendas. El animal respondió a su mano, sabiendo instintivamente que estaba bajo el mando de alguien que sabía dominarlo, y resopló, agachando la cabeza.

—Lista —contestó ella con una sonrisa sincera.

Espoleó el caballo para ponerlo al paso. La sensación le encantó, volver a sentir el movimiento rítmico del caballo bajo ella. Anthony, a su lado, la miraba fijamente, estudiando cada una de sus reacciones.

—Anthony...

—¿Sí? ¿Sucede algo? ¿Quieres parar?

—Te reto a una carrera —le dijo ella, mordiéndose el labio inferior al verlo con un brillo singular en los ojos.

—¿Una carre...? ¿Estefanía es que...?

—¡Ahora! —Gritó ella, espoleando a su caballo que salió disparado a toda velocidad,

demonstrando la buena casta que poesía.

Anthony la observó alejarse literalmente con la boca abierta antes de reaccionar y poner también su caballo al galope.

—¡Estefanía espérame!

## Ω

Media hora después se detenían a la orilla de un roble que marcaba el inicio del bosque. Estefanía sonreía de oreja a oreja, encantada con la vida como hacía años no se sentía. Era maravilloso volver a correr sobre el lomo de un caballo, saberse libre, percibir el viento frío sobre su rostro y su cabello, cada parte de su cuerpo en armonía, entregada completamente a ese momento.

Se volteó a mirar a Anthony cuando desmontó a su lado. Él continuaba observándola visiblemente sorprendido, pero contento y satisfecho. Antes de darle oportunidad de hacer o decir nada, Estefanía se le lanzó a los brazos y lo besó apasionadamente.

—Creo que debí llevarte a montar antes —le dijo él en tono de broma cuando ella se separó de él—. Pero no te preocupes, lo haré todos los días en adelante.

—Oh, Anthony, te amo —le dijo ella, hundiendo la cabeza contra su pecho—. Gracias, gracias, gracias por este momento.

—Este momento te lo has ganado tú sola, amor mío —le dijo él, levantándole la barbilla para que lo viera a los ojos—. Te lo has ganado por tu valentía y tu destreza.

Ella rió, colgándose de su cuello y besándolo una vez más. Esta vez Anthony fue más profundo, separó sus labios con la lengua y la penetró, saboreando cada rincón de su boca. Estefanía se perdió con ese beso, sintió que las piernas se le hacían de mantequilla y debió aferrarse con más fuerza de su cuello. El cielo tronó al tiempo que una lluvia desenfrenada comenzaba a caer sobre sus cabezas.

—No otra vez —exclamó Anthony conduciendo a la carrera a Estefanía bajo los árboles. No iba a permitir que se enfermara de nuevo.

Los caballos hicieron lo propio, el bosque brindada buen cobijo a todos. Anthony abrazó a Estefanía por la espalda, intentando calentarla mientras juntos se apoyaban contra el roble. Las nubes oscuras sobre el cielo ocultaban los pocos rayas de sol que le quedaban a ese día, pronto anochecería. Pero ambos se sentían tan a gusto en ese lugar que no les importó y permanecieron allí, contemplando caer el agua.

Se sentaron sobre el musgo mullido, las ramas tupidas del roble actuaban como un techo que impedía el paso del agua.

Estefanía se recostó de espalda sobre el musgo, manteniendo los ojos fijos en las hojas meciéndose sobre su cabeza. Siempre le había encantado ver las ramas desde abajo, notar sus múltiples colores cambiando por la luz y el movimiento oscilatorio de las ramas. Anthony se acostó a su lado, y la abrazó, ahuecando una mano en su pecho. Ella giró el rostro hacia él, riendo divertida al encontrar que la observaba con una sonrisa aparentemente inocente.

—¿Se te perdió algo? —Le preguntó ella en tono de broma.

—Sólo me estaba preguntando qué se sentiría... —arqueó las cejas pícaramente.

—¿Aquí? ¿Te has vuelto loco? —Estefanía intentó levantarse pero él, más ágil, se colocó encima de ella.

—Sólo por ti, mi amor.

—Anthony, estamos en medio del bosque. Cualquiera podría vernos.

—Oh, no, esa era parte de mi sorpresa. Nadie nos molestará aquí... —le dijo, bajando una mano por su costado para subirla por debajo del vestido hasta el centro oculto entre sus piernas—. Dejamos un asunto sin zanjar, ¿recuerdas?

—¿A...ahora? —Ella resopló, mordiéndose el labio inferior cuando Anthony comenzó a trazar círculos por su parte femenina.

—Oh, sí, ahora —afirmó él, abriendo con la otra mano la tela de su vestido. Gracias al cielo no traía corsé, sólo una ligera enagua que le permitía tener una excelente vista de sus perfectos pechos.

Estefanía se estremeció cuando él bajó la tela, liberándolos. Los pezones se pusieron duros al instante, llamándolo, incitándolo. Él se apoderó de uno con la boca, sin dejar de trazar círculos con el dedo en su feminidad, para seguir con el otro. Ella se estremeció de placer, buscando con las manos la manera de liberarlo de la camisa para estar en contacto con su piel. Quería sentirlo, tenerlo cerca de ella, saborear su piel. Atendiendo a sus deseos, Anthony se enderezó sobre las rodillas delante de ella y se abrió la camisa. Estefanía se aproximó a él, pasando unos dedos sensuales por su piel para luego besarlo en el centro de su vientre. Ahora fue Anthony el que se estremeció con su caricia, y prácticamente vibró cuando ella comenzó a lamerlo hasta llegar a su cuello y allí le encajó una mordida tan sensual como apasionada, succionando con fuerza la suave y sensible piel.

Anthony reaccionó con premura, la tomó por las nalgas y la tumbó de espaldas sobre la hierba. Se desembarazó de los pantalones y los calzones, y le subió las faldas, dejando expuesta su feminidad, y antes de darle tiempo de decir o hacer nada, se tumbó sobre ella y la penetró con un movimiento ágil. La embestida fue tan sorprendente como placentera. Estefanía se arqueó de placer al sentirlo entrar hasta el punto más hondo de su ser, y luego salir para volver a entrar, en un movimiento lento y repetitivo.

—Di mi nombre—le pidió, quedándose estático.

Ella lo miró, los ojos nublados por la pasión, y el deseo.

—Anthony...—musitó casi sin voz cuando él se movió con prontitud en su interior, para inmediatamente quedarse quieto nuevamente.

—Dilo otra vez.

—¡Anthony!—repitió ella, encajándole las uñas en la espalda cuando el movimiento se repitió, esta vez más intenso—. ¡Oh, Anthony...!

Ella gimió de placer, siguiendo el ritmo de su movimiento con las caderas, incitándolo a ir más y más rápido. Y él no la hizo esperar, sin dejar de embestirla, la besó apasionadamente en la boca al tiempo que bajaba las manos desde sus hombros hasta sus pechos, y de ahí continuó descendiendo hasta llegar a sus caderas y luego a sus piernas. La tomó por los muslos y la hizo rodearlo por la cintura, igual que la vez anterior, permitiéndole un acceso directo a ella.

—Oh, Estefanía...—gimió, posando las manos sobre sus nalgas y apretándolas con fuerza—. Mi Estefanía... Estefanía se tensó bajo él, apretujándose a su alrededor y bamboleando las caderas a su ritmo, cada vez más frenético.

—¡Oh...! ¡Te amo, Anthony! ¡Te amo!—gritó al acercarse al clímax, cuando él se clavó hasta lo más hondo de su ser y se derramó en su interior, llevándola al paraíso con él.

Respirando entrecortadamente, todavía agitados por la excitación, él se desplomó sobre ella y la

besó en los labios.

—Eres una diosa. Mi diosa Estefanía—le dijo en un susurro ronco—. Eres mía. Sólo mía.

Estefanía sonrió al sentir el latir de su corazón agitado, tan veloz como el suyo.

—Sí, Anthony —sonrió, atrayéndolo hacia su pecho, para acunar su cabeza entre sus brazos en un abrazo lleno de amor—. Soy sólo tuya.

Las siguientes dos semanas fueron un continuo frenesí de placer y risas. Anthony había acertado en llevar a su esposa a esa pequeña cabaña donde podían gozar de la paz y la privacidad que en una gran mansión como la casa solariega Woodruff, colmada de empleados rondando por cada rincón, no habrían tenido.

Anthony se había encargado de enseñarle a su mujer cada rincón de la casa, habían hecho el amor en el sofá, en la bañera, en la alfombra frente a la chimenea, en las escaleras de camino a su alcoba y hasta en la cocina. Estefanía parecía gozar tanto como él de esas entregas inesperadas, y en varias ocasiones había sido ella la que tomó la iniciativa, como en la ocasión en la que ella lo sedujo en el establo después de alimentar a los caballos. Habían hecho el amor sobre la paja del granero, y desde entonces nunca un establo volvió a tener el mismo significado para él.

La noche anterior, después de gozar de un espléndido clima de verano, ella le había pedido ir a pasear al lago, aunque Anthony tenía la impresión de que «paseo» no podría llamarse precisamente a lo que tenía planeado hacerle allí. Emocionado por la expectativa de ese maravilloso día, se levantó temprano y bajó a la cocina a preparar el desayuno, esperando sorprenderla. No era la primera vez que lo hacía, pero se tardó bastante por quemar las tostadas dos veces, demasiado distraído en los pensamientos y cavilaciones de lo que le esperaba después. Le sorprendió no oírla bajar las escaleras. Estefanía solía madrugar, pero más el encontrarla todavía dormida en la cama cuando entró en la habitación con la bandeja del desayuno.

—¿Mi amor...? —Le preguntó, sentándose a su lado y quitándole un mechón de cabello del rostro. Estefanía se movió y abrió los ojos lentamente y los enfocó sobre él, esbozando una sonrisa ligera.

—Buenos días... —lo saludó, desperezándose.

—Buenas tardes, querrás decir —bromeó él—. Es casi medio día, ¿no te estás muriendo de hambre?

—¿Medio día, pero cómo puede ser...? —Estefanía sintió que las entrañas se le revolvían con el olor a huevo y tocino que logró percibir desde el otro lado de la habitación, donde Anthony había dejado la bandeja sobre la mesita que daba a la ventana, donde solían sentarse a desayunar juntos apreciando el maravilloso paisaje campestre que los rodeaba. Se levantó de un salto y corrió hasta la palangana para vaciar el contenido de su estómago.

—Estefanía, ¿qué es lo que tienes? —Le preguntó Anthony, aproximándose a ella bastante preocupado.

Estefanía se llevó una mano envuelta en una toalla húmeda al rostro, mirándolo con ojos humedecidos a causa del esfuerzo.

—No lo sé, no me he sentido muy bien últimamente —admitió ella, caminando hasta tomar asiento en el borde de la cama. Anthony se aproximó a ella y la atrajo hacia él, besándola en la frente.

—Tranquila, mi amor, quédate en cama el día de hoy. Mandaré llamar al médico enseguida.

—¿Llamar al médico?—Estefanía frunció el ceño—. No dije que estuviera enferma, además, no voy a perderme por nada del mundo este día —sonrió, poniéndose de pie para dedicarle una mirada

llena de picardía—. Muero de curiosidad por saber qué se siente retozar contigo rodeados de agua.

Anthony se encendió, dedicándole una mirada provocativa.

—En ese caso, esposa mía, me temo que tendré que ayudarte a saciar tu curiosidad.

## Ω

Una hora más tarde se encontraban en campo abierto, frente al lago. Estefanía no lo hizo esperar, bajó del cabriolé riendo y saltando sobre el césped como si fuera una niña pequeña, rebosante de alegría. Nunca se había visto más hermosa. Él se acercó a ella y la atrapó por la cintura, atrayéndola hacia él para besarla.

—¿Estás seguro que no hay nadie por los alrededores? —Le preguntó ella, desabotonando su camisa.

—Di la estricta orden de que nadie se acercara por aquí a menos que quisieran perder una extremidad —le dijo Anthony, arrancándole las horquillas del cabello. Cómo le encantaba verla con el cabello suelto, esos rizos negros cayendo sobre sus hombros y sus pechos podían volverlo loco de deseo.

Se desvistieron con agilidad. Estefanía pensaba quedarse con la enagua puesta, pero él se lo impidió.

—Amor, si alguien viene por causalidad... —le dijo con la respiración entrecortada, mientras él descendía las manos por sus hombros, apartando la tela en su camino.

—Nadie vendrá —La enagua cayó al piso, dejándola completamente desnuda ante él.

Anthony se alejó un par de pasos. Cómo había soñado contemplarla así en sus sueños, completamente desnuda con su cabello negro cayendo salvajemente sobre su rostro y su cuerpo, una ninfa de los bosques sólo para él.

Ella hizo lo propio con él hasta dejarlo desnudo delante de ella y lo contempló, maravillada. Lentamente se aproximó a él y rodeó su cuello con los brazos, levantándose de puntitas para besarlo. El roce de sus pechos contra su piel lo excitó, y Anthony la sujetó por las nalgas, pegándola a su erección.

—Todavía no... —le dijo ella con voz seductora, alejándose de él para dirigirse al lago. Él se quedó estático, observándola caminar por detrás como hipnotizado, perdido en el movimiento seductor de las curvas de su espalda y sus caderas—. ¿No vienes? —Le preguntó ella en un murmullo seductor que le cortó la respiración, girándose sobre el hombro para verlo.

No necesitó una segunda petición. Corrió como un niño contento a su encuentro y la aferró entre sus brazos, llevándola con él dentro del agua.

Si estaba fría, no lo sintieron. Sólo había cabida para ellos dos y el calor del amor que se profesaron en esas aguas donde la pasión se desbordó.

## Ω

El sol comenzaba a ponerse en el horizonte. Estefanía, recostada sobre el hombro de Anthony, trazaba líneas con los dedos sobre su pecho mientras los dos contemplaban el ocaso. La temperatura

descendía, pero ninguno de los dos lo notaba. Anthony había encendido un fuego y los dos se habían cobijado bajo la misma manta en un abrazo íntimo que terminó en otra escena romántica a mitad del campo. Ahora descansaban saciados y tranquilos, picoteando los restos de fruta que habían quedado del almuerzo.

—¿Podemos quedarnos así para siempre? —Le preguntó Estefanía en un susurro, levantando apenas la cabeza para verlo a los ojos. Pronto la luna de miel terminaría y ambos tendrían que volver a la realidad de sus vidas. Y eso aterraba a Estefanía...

—Me temo que tengo varias obligaciones que cumplir; ya sabes, nimiedades como tener que dirigir a una familia y los negocios de los Woodruff —Estefanía sonrió, divertida por el chiste—. Pero te prometo una cosa, amor mío. Te traeré aquí todos los fines de semana, y ambos podremos disfrutar de momentos como éste cada vez que lo desees.

—¿Lo prometes?

Él sonrió, arqueando una ceja pícaramente mientras llevaba una mano hasta su pecho y comenzaba a masajearlo, llevándola hacia atrás para situarse encima de ella.

—¿Cuándo he faltado a una promesa, amor mío?

—Nunca, por supuesto —contestó Estefanía con una risita ahogada al sentir su erección dura contra ella.

—¿Sabes cuánto te amo, Estefanía? —Le preguntó él de repente, mirándolo con unos ojos colmados de amor.

Estefanía asintió, sonriendo ligeramente.

—Sí, mi amor. Tanto como yo te amo a ti... —pasó una mano por su rostro en una caricia consoladora, porque era de esa manera como se sentía, que debía consolarlo.

—Tenía tanto miedo a perderte... —Él apoyó la cabeza contra su pecho. Y se quedó allí, abrazado por las manos de Estefanía que lo acunaban contra su cuerpo con suma ternura.

—Olvida eso, ya pasó... —le dijo ella, sintiendo un estremecimiento de remordimiento en su interior. Se odiaba por haberlo hecho sufrir de esa manera, sabía que todo ese tiempo fue una tonta arrogante y orgullosa, tal como su suegra le había acusado de ser, desde el mismo momento en el que lo vio en ese diván, solo y abatido, dejándose consumir por el dolor. Desde ese momento había comenzado a pensar que la que había estado en el error había sido ella, él le había pedido perdón en incontables ocasiones, de innumerables formas, y ella, en su arrogancia, se había negado a perdonarlo, por lo que ahora veía con claridad: sólo era su orgullo dolido. Y cada día que pasaba a su lado se daba cuenta de lo feliz que era a su lado, del gran amor que sentía por él y que ya nunca podría vivir sin él...

Incluso sentía cariño por su suegra, por haberla obligado a hacer lo que ella misma no se decidió a hacer, por defender a Anthony de ella misma, del sufrimiento que estúpidamente le había provocado.

Había descubierto en Anthony no sólo a un esposo amante y dedicado, sino también a un hombre generoso y amoroso, un buen hijo, un buen hermano, un buen amigo y patrón, un hombre perfecto oculto tras una máscara de ostentación y prejuicios que, debía admitir, ella también se había formado.

Anthony era un hombre hecho y derecho, valiente, seguro y maduro. Pero a la vez era un niño de corazón, un niño expectante de amor, buscando ser notado y querido por quienes amaba, complacer

al máximo a la persona que se ganara su cariño. Y ella había sido la afortunada de ganar su corazón. Su suegra había tenido tanta razón cuando se lo dijo...

—¿En qué piensas? —Le preguntó él al notar que se quedaba callada.

—En lo mucho que te amo —respondió ella con naturalidad, acariciando su cabello que lucía cobrizo bajo los últimos rayos del sol—. ¿Y en qué piensas tú?

—Me temo que no en algo tan romántico —admitió, levantándose para ponerse a su lado con la cabeza apoyada en un brazo. Estefanía lo miró con intriga y se giró también, de manera que quedaran de frente.

—¿Y bien? —Lo instó a hablar.

—En Ernest —confesó él, después de un minuto de silencio—. Vaya tema, ¿no crees?

Estefanía frunció el ceño y asintió, pero no molesta, sino con curiosidad. Anthony le había contado todo lo sucedido con su primo, la manera en cómo él había abusado de la gente y de la posición que su padre, William Woodruff, le había otorgado, así como el rápido final con el que había terminado su vida.

—¿Qué es lo que te preocupa acerca de él? —Le preguntó Estefanía, mirándolo con atención.

—Bueno... No lo sé —se encogió de hombros—. Quería que muriera y murió. Pero... No lo sé, tal vez sea que planeaba hacerlo sufrir de mil maneras para vengar lo que le hizo a mi familia, por asesinar a mi padre y a Charles, a Kate y el bebé, y todo terminó tan rápido que... No me siento satisfecho —la miró a los ojos—. No es que quiera cambiar las cosas, de alguna manera sé que haberlo hecho retorcerse del dolor no me habría hecho sentir mejor. Ni mi padre ni Charles regresarían de su tumba, tampoco el bebé ni Kate, y... —se quedó callado, profundamente abatido.

—¿Y qué? —Estefanía posó una mano sobre la de él, incitándolo a continuar hablando.

—Cuando te fuiste, Estefanía —la miró a los ojos—. Cuando te creí perdida para siempre, me di cuenta de que nada de eso tenía sentido. Me sentía frustrado por no haber podido matar a Ernest como se merecía, pero cuando te perdí, nada de eso me importó. Mi venganza no era nada, sólo quería recuperarte, y ahora...

—¿Ahora que me tienes, el deseo de venganza ha nacido de nuevo? —Le preguntó ella, sintiendo cierto dolor.

Él la miró a los ojos y negó con la cabeza.

—No —le dijo, acariciando su rostro—. Es eso lo que me sorprende. Había pensado que sería así, pero no. No siento deseos de vengarme de él, no siento nada. Él quedó atrás y ahora tengo mi vida contigo. Nada más me importa...

—¿Y por qué lo dices como si fuera algo malo?

—Porque, ¿no debería sentir odio por él? ¿Por lo que le hizo a mi familia? ¿Cómo puedo sólo vivir mi vida feliz y dejar que todo lo demás sólo pase?

Estefanía se quedó callada un par de minutos, mirándolo en silencio.

—¿Sabes? Creo que te entiendo... —le dijo, acariciando ahora ella su rostro—. Es lo mismo que yo sentía hacia mi tía y mis primos, pensaba que toda mi vida giraba en torno a mantener lo que mis padres mi habían dejado, a conservar la casa Campbell y me regodeaba con soñar con el momento en el que los echaría a todos ellos de mi casa. Pero cuando me fui de allí y decidí finalmente dejar a todos ellos atrás, todo lo que me habían hecho, y también las cosas por las que había peleado, sentí una paz enorme... Creo que el odio me estaba matando sin que yo me diera cuenta. Era un veneno que

ellos me habían inyectado, es cierto, pero que yo mantenía dentro de mí, y que de seguir así, continuaría manteniendo tal vez hasta el día de mi muerte, muchos años después de que todo esto terminara y que ellos hubieran salido de mi vida; quizá incluso después de que estuvieran muertos los habría seguido odiando. ¿Y de qué me habría servido aquello? Ellos me habrían inyectado el veneno con todo el daño que me hicieron, es cierto, pero yo lo habría conservado haciéndome daño a mí misma de haber continuado por el mismo camino. Pero desde que te conocí, mi vida cambió, el odio quedó atrás y todo mi mundo se llenó de felicidad, todo gracias a ti —le sonrió agradecida—. Ellos, y todo el mal que me hicieron quedaron atrás, y ahora puedo vivir mi vida feliz a tu lado. Y creo que lo mismo te sucede a ti con tu primo Ernest. Él ya está muerto, pagará en otra vida por sus males, y ahora haces lo que te corresponde: ser feliz. Y estoy segura que tanto tu padre, como Charles, Kate y el bebé, desde donde estén ahora, felices, juntos y en paz, están contentos con que tú seas feliz. Todos ellos eran buenas personas, te querían, y jamás habrían querido que te amargasas la vida pensando en venganzas y colmándote de odio.

—Anthony se acercó y la besó en los labios un beso largo y pausado, con mucho amor.

—¿Sabes que hablas con gran sabiduría, esposa mía? —Le dijo acariciando su cabello y bajando la mano por su espalda para atraerla hacia él—. Quizá deberías ser tú la que porte el emblema del dragón, en lugar de yo.

—Creo que tal vez podrías demostrarle a tu esposa que habla realmente con sabiduría haciendo lo que te dijo y siendo feliz —acarició su pecho masculino con los dedos, trazando un camino ardiente por cada uno de sus músculos mientras bajaba por su vientre hasta llegar a su virilidad, y allí cerró la mano con fuerza alrededor de su miembro.

Anthony se tensó, deleitado por la excitación que ella le provocaba y se colocó encima de ella.

—En ese caso, amor mío, creo que lo mejor será hacernos felices mutuamente.

Estefanía sonrió, rodeándolo con las piernas atrayéndolo hacia ella en un abrazo íntimo lleno de amor. Y mientras observaba el rostro de Anthony contraído por el deseo, la pasión y el placer al penetrarla, se sintió colmada de amor, porque sabía con seguridad que él era su felicidad, y mientras estuviera a su lado únicamente la dicha gobernaría en su vida.

Y si lo había prometido una vez ante esa mujer, ahora repetía su promesa, pero ahora hecha a él, hecha a su esposo, a su adorado Anthony, esa promesa que ahora nacía y era hecha con todo su corazón, con toda su alma, con todo el amor que pudiera proferir: que lo amaría hasta el último de sus días y lo haría muy, muy feliz.

Estefanía comenzó a retorcer las manos en el abanico, mirando con nerviosismo el paisaje que comenzaba a hacerse familiar. Estaban llegando a Londres y ahora tendría que encarar a todos a una vez más, incluida lady Woodruff...

—Tranquila, todo va a salir bien —le dijo Anthony entrelazando los dedos entre los suyos y acercando su mano a sus labios para plantarle un beso en los nudillos.

Estefanía sonrió, una sonrisa sin duda nerviosa, pero contenta. Todo iría bien mientras estuviera con él. Para su sorpresa, notó que no tomaban el camino principal hacia el centro de Londres, sino que cambiaban de rumbo por una bifurcación.

—Anthony, ¿no me dijiste que viviríamos en tu casa de soltero mientras tu madre desocupaba la casa Woodruff? — Le preguntó Estefanía, girándose en el asiento para verlo a la cara—. ¿Has decidido cambiar de planes?

La respuesta de Anthony fue una amplia sonrisa al tiempo que le indicaba con un gesto de la cabeza que volviera a girarse hacia la ventana. Estefanía obedeció sin tardar, y al volver a fijar la vista en la ventana, se quedó con la boca abierta.

—¿Cómo...? ¿¿Cómo puede ser...?! —Se asomó por el cristal, como si fuera una niña pequeña queriendo disfrutar del paisaje—. ¿Es esa realmente la casa Campbell?

Anthony, que se había aproximado a ella hasta quedar a su lado, la abrazó por los hombros y asintió.

—Un regalo de bodas, amor mío —le dijo al oído, antes de besarla justamente allí.

—Oh, Anthony... —los ojos de ella se humedecieron y sin poder evitarlo se soltó a llorar sobre su hombro, abrazándolo con todas sus fuerzas. Anthony esperó pacientemente hasta que se calmara y pudiera hablar una vez más. Ella lo miró a los ojos, colmados de amor, y se acercó para besarlos en los labios.

—¿Por qué eres tan bueno conmigo? No te merezco...

—Mereces esto y más, amor mío —le dijo él con una sonrisa, secando sus lágrimas con el dorso de la mano—. Aunque tengo que admitir que ya que esta casa era legalmente tuya, no tuve que comprarla para ti. Sólo mover las influencias necesarias para lograr hacer que las leyes se cumplieran, y claro, restaurarla, aunque tardarán unos cuantos años en terminarla. Es una gran casa, maravillosa estructura y buenos cimientos, pero ha sido desatendida por años.

—Lo sé... —Estefanía esbozó una sonrisa triste—. Desde la muerte de papá, a pesar de los esfuerzos que hacíamos por mantenerla en buen estado, era imposible...

—Shhh calla y disfruta el momento —le dijo él con una sonrisa, posando un par de dedos sobre sus labios.

Estefanía sonrió y miró una vez más por la ventana, encantada con la vista. La casa lucía como en los tiempos de su padre, la habían pintado por fuera, cortado los jardines y sembrado flores, además de reemplazado las persianas que ya se caían solas por el desgaste.

—Es maravilloso, Anthony. Un sueño hecho realidad... —lo miró a los ojos—. Gracias a ti, mi amor.

Anthony sonrió también acariciando su mejilla con el pulgar.

—No iba a hacer justicia para todo el mundo, y dejar a mi esposa excluida —le dijo, esbozando una sonrisa sagaz.

—¿Qué fue... lo que pasó con ellos? —Preguntó Estefanía, refiriéndose a su familia.

—Digamos que estaba dispuesto a ofrecerle a tu tía una buena cantidad por recuperar la casa, y cuando tu primo le hizo saber el interés que tenía yo en ella y en ti, claro, decidió subir desmesuradamente el valor de la propiedad. Eso, claro, además de una cantidad por cederme tu mano, porque ella seguía siendo tu tutora.

—Esa arpía... —gruñó Estefanía—. No le importó un rábano echarme de mi propia casa a mi suerte, pero cuando alguien se interesó en mí, entonces sí, a buscar la manera de sacar provecho, como siempre. ¿Y qué fue lo que hiciste?

—Debo admitir que probablemente le hubiera pagado lo que me pedía, en esos tiempos... no era yo mismo y no pensaba con claridad —Estefanía supo que se refería al tiempo de su separación, y una vez más se sintió miserable por la manera en que lo había tratado, recordando la imagen de él mojado bajo la lluvia esperando por ella.

—No sabes cuánto lo siento...

—Calma, todo salió bien. Kasim y Frank iban conmigo. Gracias al cielo siempre he contado con alguien cuando las cosas se ponen difíciles, y en esta ocasión Frank no iba a dejarme tampoco—le dijo Anthony, regresándole la sonrisa a su rostro—. Como buen abogado, y después de investigar la situación con la ayuda de Kasim, Frank le dejó en claro a esa mujer que no tenía ningún poder legal sobre la propiedad —que se enteró que ya había vendido y por lo tanto estafado a la persona que se la había comprado—, y la amenazó con demandarla por esos dos cargos, además de por dilapidar la fortuna que debía únicamente custodiar para ti, pues tu padre había dejado en una cuenta aparte el dinero suficiente para mantener los gastos de la casa hasta que tú cumplieras la mayoría de edad.

—¿Quieres decir que ella no tenía autoridad para gastar mi dinero?

—Ninguna —asintió Anthony—. Por lo que Frank le dejó en claro que la encerraría a ella y a sus dos abominables hijos en la cárcel. Y claro, Kasim añadió que antes haría pagar a Efraín lo que había intentado hacer contigo con un castigo que suele hacerse a los violadores en algunos sitios remotos de oriente, castrando a los implicados utilizando un alambre y un par de piedras... Luego te explico —le dijo, al notar la estupefacción en el rostro de Estefanía.

Ella debió llevarse una mano a los labios para contener la risa.

—No falta decirte que no necesitamos de mucho más para convencerlos de largarse de aquí para siempre. Kasim les compró pasajes para el Congo... es donde solemos mandar a la gente que... es otra historia, luego te la cuento —le aclaró cuando ella se quedó mirándolo con un gesto de extrañeza—, y tu tía firmó todos los documentos legales necesarios para emanciparte a cambio de que no la metiéramos a la cárcel.

Estefanía rió por un buen rato antes de decidirse a hablar de nuevo.

—¿Y por qué no me habías contado nada de esto antes?

—No lo sé... —se encogió de hombros—. Quería que fuera una sorpresa, y...

—¿Y...? —Estefanía arqueó una ceja, esperando una respuesta.

—Quería asegurarme de que me amabas a mí, por ser yo, no por regresarte esto —miró la casa Campbell con cierta tristeza—. Sé lo mucho que este lugar significa para ti, que es lo que más amas en el mundo.

—Te equivocas, amor mío —Estefanía posó una mano sobre la de él—, tú eres lo que más amo en el mundo.

Anthony la miró a los ojos, su rostro tenso por la emoción.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto —sonrió, acercándose para besarlo en los labios—. Y si hablamos de lugares, no es éste mi favorito, es la pequeña cabaña en Kent. Si fuera por mí viviríamos en ese lugar toda la vida, pero ni siquiera sin ti ese lugar significa nada para mí. El lugar amado para mí es donde tú estés, así que ahora es este carruaje —lo besó nuevamente en los labios—, porque eres tú y sólo tú todo cuanto amo en este mundo.

Anthony la estrechó entre sus brazos y la atrajo hacia él, besándola de una manera encendida. No se percataron del momento en el que la verja se abrió ni cuando el carruaje se detuvo frente a la entrada principal sino hasta que escucharon voces alegres del otro lado y la puerta se abrió de repente, revelándolos en ese abrazo apasionado e íntimo.

—Vaya, pero si la luna de miel no termina todavía —rió Laura cuando Estefanía se levantó del regazo de Anthony con las mejillas azoradas.

Anthony, con el aplomo del mundo, besó a su mujer en los labios antes de acomodarle el sombrero en su lugar y bajó del carruaje, tendiéndole los brazos para ayudarle a hacer lo mismo.

—¡Sean bienvenidos! —Martha abrazó a cada uno, deteniéndose largamente mientras abrazaba a Estefanía—. Oh, prima, tengo tanto que contarte. Mi madre ha autorizado que me case con Roger, dejó un documento firmado antes de partir en su viaje de exploración por el mundo, ¡me caso la próxima semana!

Estefanía sonrió sinceramente, abrazándola con cariño mientras compartía una mirada de complicidad con Anthony.

—¡Oh, mi niña, estoy tan feliz de verte! —Bertha la abrazó cuando finalmente Martha la soltó, y luego a Anthony, sin detenerse porque se trataba del conde de Woodruff.

—La casa ha quedado estupendamente —comentó Roger, luego de saludarlos—. Esperen a verla por dentro.

—Aunque me temo que ha sido un poco costoso, señor —le comentó Kasim.

—Todo vale por ella —contestó Anthony, abrazando a su esposa.

—Esa es la forma en la que siempre quise escucharte hablar—le dijo Frank, acercándose a él para abrazarlo—. Me siento muy orgulloso de ti, muchacho. Y sé que tu padre también lo estaría.

—Gracias, tío —Anthony lo abrazó también, conmovido por sus palabras.

—Y en cuanto a ti, jovencita —le dijo Frank a Estefanía, girándose para abrazarla también—. Déjame decirte que eres un ángel caído del cielo que ha transformado a este hombre de pies a cabeza.

—Temo contradecirlo, señor. Anthony siempre estuvo allí —Estefanía miró a su esposo con ojos colmados de amor—, sólo necesitaba reencontrarse consigo mismo. Y creo que eso se lo debe a usted —miró entonces a Frank—, no a mí. Ha sido usted quien vio desde un principio al diamante escondido tras la coraza de roca.

Los ojos de Frank se nublaron por las lágrimas, y apoyando una mano sobre el hombro de la joven, le dijo:

—Pero has sido tú la que lo ha hecho brillar, mi niña.

Estefanía sonrió de oreja a oreja, emocionada por sus palabras. Anthony la abrazó y la atrajo hacia él, dedicándole una mirada de amor profundo.

—Ya basta, que me hacen llorar —dijo Laura, pasándose un pañuelo por los ojos.

—Ya estás llorando —reclamó Bertha—, y yo también.

Todos se soltaron a reír, al tiempo que Estefanía se acercaba a ambas para abrazarlas. Se escuchó un carruaje proveniente de la entrada, y todos se giraron al percatarse de que era uno con el emblema de los Woodruff grabado. Estefanía se tensó, sabiendo quién debía venir en él.

Anthony sonrió de oreja a oreja, corriendo en dirección al carruaje con los brazos abiertos cuando vio bajar a su madre de la mano de Vivían, acompañada por Audrey y Roxanne, y los cinco se unieron en un caluroso abrazo. Pero eso no quedó allí, tras la última hermana bajó una mujer de aspecto similar a las otras tres, de ojos castaño claro y cabello rubio cobrizo.

—¡Charlotte, ¿qué estás haciendo aquí?!—Le preguntó Anthony, levantándola por la cintura y haciéndola girar en el aire.

—Tenía que venir a ver con mis propios ojos lo que me parecía imposible, hermanito, y conocer a la mujer que logró el milagro de ponerte una sortija en el dedo — bromeó, dirigiendo una mirada a la multitud—. ¿No vas a presentarme?

—¡Estefanía!—Exclamó Audrey, corriendo hacia la joven para saludarla llevando a Vivían de la mano—. Vas a conocer a Charlotte, nuestra hermana.

Estefanía se acercó con una sonrisa acompañada de temor cuando sus ojos se encontraron con los de lady Woodruff. Ella alzó la cabeza, dirigiéndole una mirada altiva antes de deshacerse en una cálida sonrisa cuando su hijo se volteó para dirigirse a ella.

—Madre, no has saludado a Estefanía todavía —le dijo, llevándola del brazo con él—. Ahora también es tu hija.

—Por supuesto. ¿Cómo estás, querida?—la mujer le sonrió de la misma manera a la joven cuando se acercó a besarla en cada mejilla.

—Bien, gracias señora. ¿Cómo está usted? —Estefanía intentó sonreír también, aunque le costó un enorme trabajo, ¿cómo conseguía esa mujer actuar de manera tan falsa y a la vez tan auténtica.

—Pero no me llames señora, dime madre ahora... —le pidió ordenándole, sin dejar de verla fijamente.

—Está bien... madre —musitó la joven, comenzando a sentirse un tanto incómoda con la mirada fija que le dedicaba la mujer, observándola de una manera tan osada que incluso Anthony se acercó para saber qué ocurría—. Dime, linda, ¿estás embarazada?

Estefanía abrió los ojos como platos al tiempo que el rubor se encendía en sus mejillas.

—¡Madre! —Gritó escandalizada Charlotte—. Por favor, Estefanía, disculpa a mi madre. Suele ser un tanto impertinente para esas cosas —la mujer le dedicó a su madre una mirada airada mezclada con divertida, algo extraño para Estefanía. Pero quizá era así como una madre y una hija debían llevarse—. Hizo lo mismo cuando quedé embarazada de mi primer hijo.

—Y también del segundo, recuérdalo —apuntó ella, sin permitirle a su hija dejarla en censura—. Por cierto, Estefanía, ella es tu nueva hermana, Charlotte. Debido a que Anthony parece a punto de desmayarse, supongo que tendré ser yo quien haga las debidas presentaciones.

Estefanía se giró entonces hacia Anthony y lo vio tan pálido que realmente pensó que se desmayaría en cualquier momento. Corrió hacia él sin darse cuenta de que en ese momento dejaba a

Charlotte con la mano extendida, intentando socorrerlo antes de que fuera tarde. Él le dirigió una mirada espantada y salió también a su encuentro, quedando ambos abrazados del otro temiendo que el otro se fuera a derrumbar en cualquier momento.

—Anthony, santo cielo, ¿qué tienes?

—¿Cómo que qué tengo? ¿Cómo se te ocurre salir corriendo así si estás embarazada? —Dijo él, sujetándola por la cintura con suavidad y firmeza a la vez, como si temiera que se fuera a romper en cualquier momento.

—¿De verdad estás embarazada? —Preguntó Bertha llevándose las manos al rostro por la emoción.

—¡¿Voy a ser tía?! —Preguntó Martha, aplaudiendo contenta.

—¡No estoy embarazada!—Gritó Estefanía.

—Claro que lo estás, mamá lo dijo—aseguró Roxanne con toda calma—. Es una bruja para predecir esa clase de cosas, ya te lo dijo Charlotte.

—Yo no dije eso —argumentó Charlotte.

—Pero lo pensaste—intervino Audrey—. Y sabes que es cierto.

—Yo... eh... —Charlotte se encogió de hombros dándose por vencida—. Puede ser que sea cierto.

—Creo que el único que puede demostrar esto es mi hijo —dijo Laura, posando una mano sobre el hombro de Roger.

—De hecho, madre, ellos tienen sólo unas pocas semanas de casados, de estar realmente embarazada Estefanía o no, todavía no se notaría, ni habría síntomas como malestares matinales, cansancio, náuseas. Todo eso aparece alrededor de los dos o tres meses.

Estefanía palideció y se miró de frente con Anthony. Era justo el tiempo desde que ellos dos...

—En ese caso, lo más probable es que no sea así —dijo Anthony. No iba a comprometer el honor de Estefanía ni a exponerla a posibles habladurías de la gente.

Ella le dedicó una mirada agradecida y sonrió girándose también hacia los otros, pero cuando sus ojos se encontraron con su suegra, supo que su mirada era implacable. Ella estaba segura de su declaración. Y su reacción no había hecho más que confirmarla.

Entraron en la casa, que para Estefanía despertó tantos recuerdos felices que estuvo a punto de echarse a llorar al verla completamente restaurada y preciosa por dentro. Aún faltaban varios sitios por reparar, pero sólo verla era una alegría enorme tan grande que los ojos se le llenaron de lágrimas.

—El llanto, otro síntoma de embarazo —le dijo su suegra discretamente al oído, fingiendo que le quitaba una pelusa del hombro.

Estefanía no supo si reír o llorar, pero al ver que la mujer le otorgaba una sonrisa amplia a ella, puesto que Anthony se encontraba muy lejos de donde él pudiera verlas, supo que era sincera. Y esta vez, no tuvo problema en contestarle con otra sonrisa.

La tarde pasó con rapidez, Estefanía jugó con Vivían en el jardín, disfrutando de correr por el pasto recién cortado sin zapatos mientras los demás tomaban el té en la terraza. No supo si fue por su nerviosismo e intentos de sobreprotegerla, o si realmente deseaba participar, pero Anthony se unió a ellas, y pronto también lo hicieron sus tres hermanas y la escena que se formó en el jardín fue maravillosa a los ojos de Eleonor, quien veía a sus hijos reír y jugar nuevamente como hermanos,

igual como si el tiempo retrocediera. Sólo faltaba Charles y su amado William. Pero desde donde ellos los estuvieran viendo, junto a su querido nieto y a Kate, sabía que estarían sonriendo como ella lo hacía en ese momento.

Cuando ya se acercaba la hora de marcharse, Eleonor atajó a Estefanía y la llevó aparte para hablar con ella. Esta vez se encerraron en el despacho que había sido de su padre, donde la joven pudo notar con un rápido vistazo que las cosas de su primo habían desaparecido para ser reemplazadas por un desorden de cajas colmadas de libros y cuadernos que reconoció al instante. Eran los mismos que había visto en el despacho de Anthony en la casa Woodruff, ahora en su nuevo hogar. Y una sonrisa se dibujó en sus labios cuando la imagen mental de él sentado tras el escritorio que había pertenecido a su padre, leyendo un libro tras otro sin tener tiempo para volver a colocarlo adecuadamente en el estante, y que estuviera él allí, en su casa, y ella pudiera verlo cada día y cada noche hacer eso, la llenó de alegría.

—Lo amas, ¿no es verdad? —Le preguntó su suegra. Estefanía se volvió, ella la había estado contemplando observando las cosas de Anthony como una ensoñación sin que lo notara—. Realmente lo amas.

—Sí —contestó ella, alzando la cabeza—. Lo amo con todo mi corazón, y yo...

—Lo sé, lo que te hice no tiene perdón de Dios. Pero es mi hijo, Estefanía, y comprendo si me odias toda la vida, pero no podía permitir que...

—De hecho iba a agradecerle, señora —Estefanía la interrumpió, posando una mano cariñosa sobre la de ella—. Usted tenía razón en todo. Fui una tonta, una estúpida total, una engreída orgullosa que no era capaz de ver más allá de su propio dolor para darse cuenta del que le estaba provocando a la persona que más amaba. Y lo amo, le juro que lo amo y que cumpliré la promesa que le hice. Lo amaré y lo haré tan feliz como mi vida en esta tierra me lo permita.

Los ojos de Eleonor se llenaron de lágrimas y la abrazó.

—No tenía razón en todo—le dijo, tomando su rostro entre sus manos para verla a los ojos—. Eres una joven muy buena, Estefanía, y tu padre estaría muy, muy orgulloso de ti si te viera ahora.

Estefanía se quedó observándola con la boca abierta, al tiempo que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¿De verdad lo cree, señora?

—Por supuesto que sí, querida mía —ahora fueron los ojos de la mujer los que se humedecieron—. Es esa la razón por la que te he pedido venir a hablar conmigo a solas...

—Ella agachó la mirada, clavándolas en las manos que retorció frenéticamente. Entonces, como si la decisión llegara a su cabeza, irguió el mentón y la miró a los ojos—. Yo quería disculparme.

Estefanía arqueó las cejas por la sorpresa al escuchar esas palabras salir de sus labios y más aún al notar las lágrimas rodando por sus mejillas.

—No me arrepiento, lo confieso. Hice lo que hice porque amo a mi hijo, pero no debí obligarte a casarte con él...

—¿Tú hiciste qué cosa? —Escucharon una voz que retumbó en la estancia.

El corazón de Estefanía se paralizó al escuchar esa voz. ¡Anthony!

Y lo vio, de pie en el umbral de la puerta, mirándolas a las dos, con el rostro desencajado por la furia... y el dolor.

—Anthony... — musitó Estefanía sintiendo que el mundo entero se le venía encima al tiempo que el suelo se desvanecía a sus pies.

Los ojos de Anthony centelleaban mientras se acercaba a ellas con paso felino.

—¿Es cierto lo que ella dijo? —Le preguntó directamente a Estefanía, dándole la espalda a su madre—. ¿Fue ella quien te obligó a casarte conmigo?!

Estefanía buscó los ojos de la mujer pero Anthony la tomó por los hombros, zarandeándola con fuerza.

—¡Habla de una vez, mujer! ¿Fue ella quien te obligó a casarte conmigo?!

—Sí... —contestó ella, sin poder huir de esa mirada que la atravesaba como una espada de fuego—, pero eso no importa ya, yo te amo y...

—¡Basta!—Gritó, soltándola bruscamente como si ella le provocara asco—. Podría haber creído esto de cualquier persona menos de ti... ni de ti—miró a su madre con profundo odio.

—Anthony, por favor, tienes que entender—Eleonor intentó excusarse a toda velocidad—. Estefanía estaba cegada por el dolor y el rencor, y si no hacía algo para...

—No quiero escuchar tus explicaciones, madre —le dijo sin mirarla, dirigiéndose a la puerta—. Y en cuanto a ti —se volvió sólo lo suficiente para dar a entender que le hablaba a Estefanía—. No tienes ningún compromiso conmigo. Mañana mismo tramitaré los papeles del divorcio.

—¡No, Anthony...! —Estefanía intentó correr para alcanzarlo, pero fue inútil. Del despacho se dirigió directamente a la puerta principal y subió al carruaje que aguardaba afuera en espera de los Woodruff visitantes, y le gritó al cochero que lo pusiera en marcha.

Estefanía lo vio partir como en una pesadilla, él cada vez más lejos y ella sin lograr alcanzarlo a pesar de lo mucho que lo intentaba.

El mundo había terminado, su vida se había acabado. El era su vida y sin él ya no tenía nada.

Y como si realmente su vida la hubiese abandonado en ese mismo momento, su cuerpo cayó inerte sobre el suelo, incapaz de soportar el desconsuelo que el dolor de la partida de Anthony le provocó.

o

Anthony no supo lo que sucedía sino hasta el momento en el que el carruaje viró y vio por el rabillo del ojo desde la ventanilla la imagen de una gran cantidad de personas reunidas alrededor de algo, o mejor dicho, alrededor de alguien... Y al entornar los ojos se dio cuenta de que era Estefanía.

La sangre se le heló al tiempo que su corazón se paralizaba de miedo. Yacía inmóvil sobre la tierra, como si estuviera muerta...

—¡No! —Pensó al tiempo que lanzaba un grito gutural que provocó que el cochero tirara de las riendas para detener el carruaje.

—¿Sucede algo, señor? —Le preguntó con evidente sorpresa, seguramente sin notar lo que sucedía en la casa Campbell.

Anthony no se detuvo a contestar, ya corría por la campiña de vuelta a la casa. Llegó en el momento en el que Roger levantaba a Estefanía con ayuda de Kasim, y con el desenfreno de un hombre desesperado se abrió paso entre las personas a empujones para llegar hasta ella.

—¡Estefanía! —Gritó, cogiéndola entre sus brazos—. ¡Respóndeme, Estefanía!

No hubo respuesta. Si estaba viva o no, no lo pudo saber. Ella yacía tan inmóvil en sus brazos como había estado hacía un momento sobre la tierra.

—De prisa, tráigala adentro —le solicitó Roger, abriendo paso con ayuda de Frank para permitirle pasar mientras Kasim tomaba la delantera.

—¿Necesitará algo, doctor? —Le preguntó el mozo al médico cuando éste pasó por su lado.

—Mi maletín, Kasim. Siempre lo llevo conmigo, está en mi carruaje —Kasim asintió y partió a la carrera.

Anthony siguió a Bertha hasta el saloncito azul, el sitio más cercano para llevar a Estefanía y la colocó sobre un sofá. Martha entró en ese momento tras ellos, llorando de manera desconsolada.

—¿Está muerta?, ¿por qué no reacciona? —Preguntó, intentando llegar a su lado, pero su futuro marido la sujetó por los hombros, impidiéndoselo—. ¿Está muerta? ¡Dime la verdad, Roger!

—Martha, tienes que calmarte. Madre, sácala de aquí —le pidió a Laura, quien miraba con ojos desorbitados a Estefanía, como si no pudiera creer lo que acababa de suceder—. Salgan todos, déjenos a solas, por favor.

Las hermanas de Anthony se miraron entre ellas sin decidirse a abandonar el lugar, por lo que Frank debió actuar y prácticamente sacarlas a empujones de allí, incluida a Eleonor, a quien tuvo que abrazar por los hombros para que dejara de ver a Estefanía y se decidiera a salir.

Kasim se coló entre la multitud que salía en tropel y cerró la puerta, sin notar a la que pequeña Vivían que también había entrado en la habitación. La niña corrió al lado de Estefanía antes de que pudieran alcanzarla y la estrechó por los hombros, acercándose a su rostro le dio un beso en la mejilla y se marchó.

Anthony la miró confundido y luego a Bertha, quien la había sostenido por la mano para llevarla hacia afuera.

—Anthony no te vayas —se escuchó la débil voz de Estefanía.

Anthony se giró con los ojos abiertos al máximo y al verla despierta e intentando incorporarse, hizo lo primero que el corazón le ordenó: la abrazó con todas sus fuerzas.

—Pero... que niña tan especial —musitó Bertha, dedicándole a Vivían una mirada contemplativa como si estuviera viendo a un ángel.

—Bertha, ¿podrías salir un momento, por favor? —Le pidió Roger, abriéndole la puerta—. También usted, Kasim, si me hace el favor. Necesito hablar un momento con ellos dos.

La mujer hizo lo que él le pedía y abandonó la habitación, llevando a Vivían de la mano, y con Kasim siguiéndole los talones después de que Anthony le dedicara una mirada de asentimiento.

Roger se giró inmediatamente hacia el sofá donde se encontraban todavía Anthony y Estefanía abrazados, y se aproximó a ellos.

—Voy a preguntarles algo en el estricto sentido médico, y lo que me digan, no saldrá de esta habitación —les dijo con voz calma, pero firme—. Estefanía, ¿estás teniendo los síntomas de un embarazo?

Ella lo miró a los ojos y se ruborizó. Fue Anthony el que contestó por ella.

—Estefanía y yo estuvimos juntos hace unos dos meses atrás, cuando ella y yo nos unimos en cuerpo y alma como marido y mujer.

Estefanía le dedicó una sonrisa ligera, estrechando la mano que él mantenía sobre la suya.

—¿Y has tenido los síntomas que describí con anterioridad? —Insistió el médico en la pregunta.

—Sí, Roger.

—En ese caso, lo más probable es que estés embarazada — aseguró él, para sorpresa de ambos.

—¿Vamos a ser padres? —Preguntó Estefanía, esbozando una sonrisa al tiempo que a Anthony se le iluminaba el rostro.

—Tengo que revisarte, pero no lo haré aquí —aclaró, antes de que ella se alarmara—, aunque sin hacerlo podría estar casi seguro. Los desmayos son muy comunes en estos casos, pero podrían agravarse por tensiones —le dirigió a Anthony una mirada severa—. Lo mejor será que cuides a tu mujer y a tu hijo evitándoles disgustos y situaciones tensas. Tu esposa necesita tu apoyo y tu cariño ahora.

Anthony la miró a los ojos, sintiéndose miserable por no haber recordado la advertencia de su madre sobre su embarazo cuando salió de allí prácticamente pidiéndole el divorcio.

—Y esto va para los dos —les dijo, mirándolos a ambos severamente—. No más pleitos. Ya basta de dramas absurdos. Se tienen los dos, y ahora viene un hijo en camino. No podrían desear mejor ventura, ¿por qué no se ponen a disfrutar de su vida y dejan de torturarse con amarguras sin razón ni son? Tú la amas, tú lo amas a él, no necesitan más para ser felices.

Y sin decir más, Roger se dio la media vuelta y salió de la habitación, dejándolos a solas.

—Estefanía, yo...

—No, Anthony, por favor déjame explicarte lo que sucedió.

—No es necesario. Ya hablaré con mi madre para aclarar ese asunto, sólo me interesa saber una cosa —la tomó por las manos y la miró a los ojos—. ¿Me amas, Estefanía?

—¡Por supuesto que sí, Anthony! —ella sonrió, sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas—. Te amo más que a la vida, te amo con todo mi ser, ¿cómo puedes dudarlo?

—Después de lo que dijo mi madre...

—Eso ya no importa, es pasado, olvídalos, por favor. Yo estoy contigo porque lo deseo, no porque tu madre hizo o dijo algo. Yo te amo, y eso ella jamás habría podido forzarme a hacerlo ni con todas las amenazas del mundo.

Él sonrió ligeramente, posando las manos sobre su vientre.

—Y ahora lo tenemos a él... Supongo que esperará tener un padre y una madre.

—En ese caso, supongo que lo mínimo que podemos hacer, es complacerlo—rió ella, posando las manos sobre las suyas.

—Nada me gustaría más, pero... —suspiró y la miró a los ojos, alzando una mano para acariciar su rostro—. No puedo excusar lo que mi madre te hizo, yo te amo, pero no te puedo retener a la fuerza. Si tú te quieres ir de mi lado... Es tu decisión.

—¿Te arrepientes de haberte casado conmigo?

—¡No!—Contestó y luego continuó en tono más bajo—. Es decir, no me arrepiento de haberme casado contigo, pero sí lamento la manera en la que sucedió.

—Lo entiendo, pero yo tampoco me arrepiento, ni siquiera lo lamento.

—¿No estás enojada con mi madre? —arqueó las cejas, sorprendido.

—No. Todo lo contrario —sonrió, estrechando la mano con la que él mantenía sobre su mejilla

— Obviamente sí sentí mucho enojo al principio, pero cuando me di cuenta de que sólo nos había ayudado a estar juntos a su manera, comprendí que debía estarle agradecida. Después de todo, me amenazó entre bromas, me regaló medio guardarropa de Londres como ajuar, y lo mejor de todo, me convirtió en tu esposa —tomó sus manos y las besó amorosamente—. Me siento la mujer más feliz del mundo por ser tu esposa, y le estoy infinitamente agradecida a tu madre por lo que hizo, porque sin ella, tal vez todavía estaría sola y amargada cosiendo en una silla o en un barco hacia México buscando escapar de algo imposible, porque te amo, y a donde fuera, hasta el otro extremo del mundo o me quedara encerrada en mí misma, jamás podría huir de esa verdad, de tu amor, de ti, porque tu amor vive en mí... Ahora junto con él —posó la mano sobre su vientre, encima de la que él mantenía allí.

—Quizá debería explicarte un poco mejor del motivo del pensar de mi madre, para que entiendas el por qué actuó así. No es que la disculpe, pero ella no es mala... es decidida a cumplir las cosas a su manera.

—Me lo imagino —rió Estefanía.

—Ella es una mujer completamente entregada a su familia, los ama con todo el corazón y estaría dispuesta a ir al infierno con tal de salvar a uno de sus hijos. A mí siempre me mostró su amor incondicional, por más mal que me porté de niño, que di de qué hablar a la gente o que provoqué a mi padre al grado de echarme de la casa. Ella siempre estuvo a mi lado y no sólo conmigo, sino con cada uno de sus hijos. Cuando se enteró de que Vivían no era como las otras niñas y los médicos le recomendaron internarla en un hospital para personas con enfermedades mentales por el resto de su vida, porque no había ninguna otra solución y la niña sólo sería una carga para ella, mi madre se negó rotundamente a aceptar tal vida para su hija. Fue esa la razón por la que decidió mudarse a Haworth, para que Vivían pudiera crecer en el campo, libre y feliz, lejos del estrés de Londres, y ella no se tuviera que estar ocupando de recibir visitas o asistir a eventos sociales, y poder dedicarse enteramente a su hija. Y ama tanto a cada uno de sus hijos, que vino con Roxanne a pasar la temporada trayendo con ella a sus demás hijas, cuando quizá otra madre la habría dejado a cargo de una tía o habría dispuesto de una niñera para cuidar de sus hijos pequeños en su otra residencia mientras pasaba la temporada en Londres —la miró a los ojos, sonriendo ligeramente—. Es una mujer decidida y entregada, una mujer que me ama y que también te ama por ser mi esposa, la mujer que amo y lo ama a él —miró la mano posada sobre su vientre—, porque ya forma parte de la familia.

Estefanía sonrió, recordando el dato anecdótico que había salido en los periódicos sobre las muertes de la familia Woodruff, donde se relataba la ironía de tres ataúdes, pero cuatro lápidas. La cuarta era para el hijo no nato, el nieto de Eleonor Woodruff. Ella le mandó a hacer una a su nieto para que quedara escrito en piedra la huella que, aunque brevemente, su nieto había dejado en este mundo, como un miembro de su familia. Y por lo mismo merecía una lápida con su nombre tanto como los otros.

—Tienes razón —le dijo Estefanía, sintiendo que las lágrimas le anegaban los ojos—. Y me sentiré feliz de saber que nuestro hijo contará con una abuela tan aguerrida que luchará por él a capa y espada, y lo amará tanto como a su padre. Es todo cuanto me interesa saber.

—En ese caso, puedes estar segura de que será así. Tu hijo tendrá una abuela que no sólo lo consentirá y tratará con el mayor amor del mundo, sino que lo protegerá de cualquier mal, cual fiera leona a su cachorro.

—Con tal de que aleje a las pretendientes lambisconas y furcias, me sentiré contenta —bromeó, provocando que Anthony riera con ella, y en medio de risas se unieron en un abrazo colmado de amor, sabiendo que su futuro era eso, una vida llena de amor, felicidad y risas.

Anthony la miró a los ojos y la abrazó, hundiéndose en su pelo rizado y negro, aspirando su aroma hasta saciarse de él, sabiendo que en adelante tendría toda la vida a su lado.

Ya no tendría que fingir más ante la gente, no más caretas, no más falsas pretensiones. Ahora era él, sólo él.

Y una sensación de paz y tranquilidad lo embargó por completo.

# EPÍLOGO

ESTEFANÍA SE LEVANTÓ de la cama al sentir la ausencia de su esposo a su lado. Buscó con los ojos adormilados en la penumbra, apenas iluminada por las primeras horas de la mañana. Entonces lo vio, sentado en la mecedora junto a la ventana, con su pequeño hijo en brazos. Una sonrisa se dibujó en sus labios al contemplarlos, los dos hombres que más amaba en el mundo.

Se levantó de la cama intentando no hacer ruido para no perturbarlos, pero él, como si estuviera tan adaptado a ella que podía percibir cada uno de sus movimientos, inmediatamente giró la mirada hacia ella.

—¿Te desperté? —Le preguntó en un susurro para no perturbar al recién nacido, dormido entre sus brazos.

—No, claro que no —le dijo ella con una sonrisa, acercándose para plantarle al pequeño niño un beso en su rubia cabecita y luego a su marido en los labios, éste más largo. Él se movió a un costado, permitiéndole tomar asiento en el brazo de la silla, a su lado.

—Quizá deberías volver a ponerlo en la cuna y dormir un poco, el bautizo comenzará dentro de unas horas, y sabes que tu madre tiró la casa por la ventana para organizar esta fiesta, no querrá verte cansado.

—No te preocupes, no tengo sueño —le dijo él, acariciando con el pulgar la pequeña mano con la que su hijo recién nacido mantenía aferrado su dedo índice.

—Podría pasar horas contemplándolo, ¿no te sucede lo mismo? —Le preguntó Estefanía al oído, rozando suavemente la mejilla de su hijo con el dorso de los dedos.

—Por supuesto. Parece increíble creer que este pequeñito llegará algún día a ser un hombre crecido y maduro, quizá hasta más alto que yo.

—No lo dudo, crece muy rápido. Y por lo que tardó en salir, es claro que es muy grande —bromeó ella. Anthony la miró con una sonrisa un tanto triste, aún recordaba ese momento, habían sido veintisiete horas de parto en total, y el niño no nacía. Roger estuvo cerca de decidir hacer una cesárea cuando finalmente Benjamín, como habían decidido llamar a su hijo, vino al mundo.

Obviamente Estefanía terminó agotada, pero feliz como nunca la había visto en su vida, porque Anthony, a pesar de la costumbre entre los hombres, estuvo a su lado al momento de dar a luz a su hijo.

Cuando las horas comenzaron a pasar, una encima de la otra, Anthony no pudo soportar más la tortura de la espera, al paso de cada segundo el temor comenzaba a convertirse en terror, la incertidumbre le desdibujaba el rostro, y al dejar de escuchar los gritos de su esposa sin que el llanto de un recién nacido colmara el ambiente, subió decididamente las escaleras y entró en la habitación de su mujer sin atender a las amonestaciones de su madre o de Bertha, quienes ayudaban a Roger a atender a Estefanía, y se situó a su lado. No tenía idea de qué hacer, así que sólo se colocó tras ella y la abrazó. Ella lucía tan adolorida y agotada, que no le ocurrió otra cosa que poder hacer, intentar aliviar su dolor como fuera, masajeando su espalda, estrechando sus manos durante las contracciones, sosteniéndola cuando ella intentaba relajarse.

Finalmente Benjamín vino al mundo invadiendo la habitación con su potente llanto. Un niño perfecto, de grandes ojos de color turquesa, como su padre, y el cabello rubio, como su abuelo.

No le pusieron el nombre de Anthony o alguno de sus padres como era la tradición, querían que su hijo tuviera su propio comienzo, empezando por un nombre propio que zanjara la diferencia en ese mundo que cambiaba a pasos agigantados.

La experiencia de convertirse en padres fue maravillosa para ambos. En la completa privacidad de su cabaña de luna de miel, ambos habían recibido al pequeño niño y era donde habían decidido quedarse los primeros meses de vida de Benjamín. Después del bautizo, su estadía en la cabaña terminaría y regresarían a vivir en la casa solariega Woodruff, junto a toda la familia, donde se habían mudado para que Estefanía pasara allí los últimos meses del embarazo buscando así tener un poco de privacidad y tranquilidad para la joven y el pequeño, que ya era parte de la familia. Como Roger les había advertido que lo mejor sería pasar sin sobresaltos, Anthony prácticamente había ordenado que Estefanía no se moviera de la cama. Gracias a ello, Estefanía pudo concluir su embarazo sin mayores sobresaltos, pero al término de éste el pequeño parecía haberse asentado tanto a su vientre que no pretendía tener intenciones de salir. Ni siquiera debieron preocuparse de mantener las apariencias si el bebé llegaba a adelantarse.

Finalmente llegó al mundo en medio del júbilo de la familia. Y ese día, casi tres meses después de su nacimiento, celebraban su bautizo.

La ceremonia fue sencilla, un evento familiar en la rectoría de la propiedad. La fiesta se celebró en el jardín principal de la casa, aprovechando el maravilloso clima veraniego.

Y tal como Estefanía había augurado, la fiesta organizada por su suegra no dejó decepcionado a ninguno. Decoró el jardín y las mesas con flores blancas y azules, las favoritas de la pareja, mandó traer un zoológico ambulante para diversión de los niños, y a pesar de que Benjamín sólo tenía tres meses de vida, sus primos, los hijos de Charlotte, disfrutaron a lo grande de las cebras, conejos y llamas domesticadas, así como Vivían y Audrey, quien parecía no tener intenciones de dejar de ser una niña. Una orquesta de violines y harpas amenizó el ambiente mientras todos comían, reían y jugaban, dando como resultado una fiesta maravillosa en familia, una como siempre soñaron tener Estefanía y Anthony.

Con ojos amorosos observaron a todos a su alrededor. Eleonor conversaba vivamente con Frank, quien conducía las riendas el poni de Vivían, riendo contenta montada sobre el lomo del pequeño animal. Últimamente se habían hecho muy afines, y Anthony no dejaba de lado la idea de que Frank se decidiera a pedirle la mano de su madre alguna vez. Después de todo, ella era aún joven y hermosa, y merecía ser feliz. Y Frank... Bueno, Frank había estado toda la vida enamorado de Eleonor en secreto, un secreto que quizá ni siquiera él mismo se atrevía a revelarse a sí mismo, a pesar de lo claro que siempre había sido para su ahijado... Quizá ahora, después de tantos años, se decidiera a aceptar sus sentimientos y se le declarase.

A Vivian le encantaban los animales, era esa la razón por la que Anthony y Estefanía mantenían una extensa variedad de ellos en su casa, además de varios caballos mansos para que le pequeña montara, pero como si poseyera un brío especial, se inclinaba por los más ariscos, algo que hacía sonreír a Estefanía al recordarla a ella misma a su edad.

Con el tiempo la pequeña niña y ella se habían hecho muy afines, Estefanía pasaba horas enteras paseando de la mano con ella por los campos o cepillando un caballo con su ayuda. Le enseñaba el nombre de las cosas, los animales, las flores, y poco a poco Vivian comenzaba a decir sus primeras palabras. Cuando Eleonor se enteró, por poco se suelta a llorar y abrazó a Estefanía hasta quitarle el

aire.

Desde ese momento, Eleonor había apartado cualquier reparo que pudiera quedarle del pasado, y había aceptado y tratado a Estefanía como a una verdadera hija desde entonces, consintiéndola y protegiéndola como tal.

Y Estefanía no podía sentirse más contenta y mimada con tal tamaño de madre cariñosa.

La risa de Kasim centró la atención de ambos en ese momento. Reía alegremente al otro lado de la mesa junto a una joven de carácter amable que se había ganado su corazón; Camile, la empleada de la señora Wood. Se casarían el siguiente mes, y Anthony sabía que les esperaba un futuro feliz.

Roxanne charlaba alegremente con Charlotte, volviendo a su hermana loca con las preguntas que le hacían sobre el matrimonio y los hombres al grado de que Henry, su amoroso esposo, había decidido dejarlas solas cuando el nivel subido de las palabras de las jóvenes le provocaron que se encendieran sus mejillas al mismo color rojo que su pelo, y por lo mismo, decidió partir a jugar con sus hijos y los animales.

Martha y Roger esperaban su primer hijo, y a pesar de que no debía tener más de un par de meses, Laura había comenzado a preparar el guardarropa completo para el recién nacido. Estefanía sabía que sería fabuloso, Laura también había hecho la ropa para su hijito y creado el ropón con el que bautizaron a Benjamín, una preciosa obra maestra digna de las manos de la mujer. En ese momento ella y Bertha charlaban y reían, como viejas amigas de toda la vida, entrometiéndose en la conversación las hermanas de Anthony.

Anthony sonrió, poniéndose de pie para huir de esas cuatro, para que no fueran a inmiscuirlo en ese tema, llevando a Estefanía y a Benjamín con él en dirección a los animales con los que jugueteaban en ese momento Vivian, Audrey y sus dos pequeños sobrinos, acompañados por Henry, Eleonor y Frank. Al pasar, sus ojos se fijaron en una pequeña niña que jugueteaba con un conejo, era la pequeña de las flores, que bajo la tutela de su ama de llaves, había salido a jugar también con los animales. Una sonrisa se grabó en su rostro al verla, pensando en ella y en todas las personas que había ayudado. Ahora que su disfraz de La sombra de la noche había quedado prácticamente al descubierto después de que la mitad de Londres se enteró de su apariencia cuando los eventos ocurridos en su casa solariega con su primo, que intentó matarlo para usurpar su nombre, se ventiló en cada casa de Londres que leyó el periódico esa semana, o bien escuchó los chismes que rodearon a la alta sociedad y el pueblo llano durante el mes siguiente, era obvio que a pesar de no haber sido directamente descubierto, no podría continuar utilizándolo. No obstante, no se sentía mal o triste. Extrañaría a La sombra de la noche, era claro, pero no por ello dejaría de intentar ayudar a los demás. Antes había deseado mantener su verdadero nombre en secreto, fue esa la razón por la que necesitó una falsa identidad, cuando la verdad era que nunca la necesitó. No es que fuera a continuar saliendo por las noches a hacer justicia por sus propias manos—ahora era padre, y si antes no le preocupaba su propia seguridad, ahora debía cuidar de sí mismo por el futuro de su hijo—, pero bien como el conde de Woodruff tenía el poder y el dinero para interceder en favor de muchos, y lo haría. Comenzó con la joven madre con su hijo recién nacido, a quien trasladó a una cabaña más grande al lado de sus padres, donde pudieran contar con el espacio suficiente y los medios necesarios para vivir cómodamente. Y en cuanto a sus demás arrendatarios, sabía de buena fuente —es decir, por medio de las investigaciones de Kasim— que su nuevo capataz había resultado ser un hombre excelente para la labor, honrado y trabajador, se desvivía intentando ayudar a los demás. Y como Anthony sabía recompensar el buen trabajo, le había subido el sueldo y procurado establecer

relación directa con él para mantenerse informado acerca de la situación de sus tierras y la gente que vivía en sus propiedades en Kent. Y esa idea la extendería a todas sus propiedades, incluidas las que había dejado en la India.

o

Esa noche, al irse a acostar después de dejar dormido a Benjamín en su cunita, Anthony se encontró con su esposa, quien, asomada por el balcón de su habitación, disfrutaba de la belleza que el paisaje nocturno les proporcionaba. No importaba cuántas veces viera los campos aterciopelados bañados bajo la luz de la luna, Estefanía siempre se maravillaba con la paz que le transmitían.

—¿No puedes dormir? —Le preguntó Anthony, acercándose a ella y abrazándola por detrás.

Estefanía se estremeció cuando él comenzó a besar su cuello, descendiendo lentamente hasta su hombro.

—¿No te gustaría ir adentro, esposa mía?

Ella se giró y le rodeó el cuello con los brazos.

—¿Desde cuándo has tenido que pedirme permiso para eso, esposo mío? —sonrió, levantándose de puntitas para unir sus labios a los suyos.

Anthony la aferró contra su cuerpo, uniéndose a ella en un beso colmado de amor. La tomó en brazos y la condujo hasta la cama, cuidando de caer delicadamente sobre ella.

—Me alegra haberte visto reír hoy mientras hablabas con tu madre —le dijo Estefanía—. A ella le preocupaba que te fueras a tomar mal lo de Frank.

—¿Te refieres a que...?

—¿Es que no te lo dijo? —Estefanía abrió los ojos como platos, llevándose los dedos a la boca para callarse.

—Anda, ya comenzaste, suéltalo... —le ordenó, quitándole la mano de los labios para llevárselos a la boca, lamiéndole las yemas seductoramente, en un tormento delicioso para hacerla hablar.

—Tú siempre sabes... como sacarme las palabras... amor mío —le dijo Estefanía entrecortadamente, mordiéndose el labio inferior en un gesto que excitó más a Anthony.

—Vamos, mi pequeña esposa, me dirás todo cuanto sepas o no te dejaré en paz... —continuó subiéndolo por su brazo, dejando un suave beso húmedo y caliente en cada lugar donde tocaba.

—Tu madre... y Frank... —Estefanía se estremeció cuando llegó a su cuello y se quedó allí un buen rato, disfrutando de las sensaciones que despertaba en su esposa.

—¿Si...? —comenzó a descender hasta llegar el hueco entre las clavículas—. Continúa amor mío... ¿por qué te detienes? —Le preguntó, esbozando una sonrisa inocente.

—Ellos... van a casarse —Anthony levantó la cabeza tan bruscamente que sobresaltó a Estefanía.

—Yo... eh... No debí decírtelo así —musitó ella, algo preocupada por el ceño fruncido de su esposo.

—Está bien —él se encogió de hombros—, es sólo que me sorprende que se haya decidido a hacerlo tan pronto.

—¿Quieres decir que tú ya te lo esperabas?

—Por supuesto, Frank la ha amado por años. Eso sí, tendrá que pedirme su mano, ahora yo soy el cabeza de familia.

—Lo hará —le aseguró ella, con una sonrisa—. Mañana.

—Perfecto, eso nos da una noche más... —él arqueó una ceja pícaramente.

—¿Una noche más? —Repitió ella, sin comprender.

—Mañana nos mudaremos a la casa solariega —le dijo él, recostándose lentamente sobre ella hasta quedar sus rostros pegados uno enfrente del otro—, y una vez más estaremos rodeados de gente, ahora con Frank incluido, niños corriendo por cada rincón y la bulla de conversaciones que nos arrinconarán a estar únicamente en nuestra habitación para poder deleitarnos en privado el uno del otro.

—¿Te tengo que recordar que te estás refiriendo a tu familia en la descripción de todo eso?

—No, lo tengo muy claro —bromeó él—, como que te traeré aquí cada fin de semana, tal como te lo prometí al casarnos. Si no te tengo sólo para mí aunque sean un par de días, me volveré loco.

—¿Y entonces...? —Ella lo miró sin comprender—. ¿Cuál es tu propuesta?

—Ya que esta noche es la última siendo esta cabaña nuestra oficial residencia, ¿no te gustaría pasar la noche en vela haciendo algo más divertido que sólo dormir? —Arqueó las cejas pícaramente, al tiempo que ahuecaba una mano sobre uno de sus pechos.

—No lo sé... —Estefanía miró la cuna junto a la cama, donde su pequeño Benjamín dormía—. No quisiera despertarlo.

—Oh, mi amor, a mí me preocupa lo mismo que a ti —le dijo él, poniéndose de pie y tomándola entre sus brazos—. Es por esa razón que le daremos la apropiada despedida a nuestro hogar a nuestro modo particular... —la besó en los labios y le susurró, con una voz gutural colmada de pasión—, recorriendo cada lugar donde retozamos alguna vez. Tal vez, comenzando por los establos... —arqueó las cejas pícaramente, haciendo reír a Estefanía.

—Me parece una excelente idea, amor mío —le dijo ella, atrayendo su cabeza con los brazos, con los que le había rodeado el cuello, para besarlo en los labios—, aunque me temo que tendré que corregirte en una pequeña cosa.

Él la miró expectante, dejando de besarle el lóbulo de la oreja del que se había apoderado en ese momento.

—¿Y se puede saber cuál es ese error, esposa mía?

—Es claro —ella sonrió mirándolo a los ojos, una mirada llena de amor que le atravesó el corazón—. No tenemos que despedirnos de nuestro hogar. Esta cabaña habrá podido ser nuestro hogar, pero sólo lo era porque tú estabas aquí. Mi hogar está donde tú estés, y ahora nuestro hijo, por supuesto —desvió la mirada para mirar al pequeño niño dormido en la cuna—. No importa donde sea, donde ustedes dos estén, ése ser nuestro hogar —volvió a mirarlo a los ojos— y allí estaré yo.

Anthony sonrió también, estrechándola con más fuerza entre sus brazos para besarla por un momento largo, lleno de amor.

—En ese caso, será ése, y sólo ése, el único lugar en el mundo donde yo quisiera estar.

# NOTA DE LA AUTORA

El autismo es una condición de discapacidad que perdura a lo largo de la vida, presentándose en todas las razas y grupos sociales sin distinción alguna.

Es muy probable que en esa época hayan desconocido completamente cuál era el mal que aquejaba a Vivian, debido a que el autismo como tal era un tema completamente desconocido, y podía confundirse con esquizofrenia.

La palabra autismo fue utilizada por primera vez por el psiquiatra suizo Eugene Bleuler en 1912. Sin embargo, la clasificación médica del autismo no ocurrió hasta 1943, con el Dr. Leo Kanner, del Hospital John Hopkins.

Sin embargo, el autismo es un trastorno pocamente conocido, en especial en países del tercer mundo, y lo que se sabe de él aún es muy poco. Hacen falta investigaciones, recursos y ayuda, mucha ayuda para integrar a estos niños a la sociedad, así como educación para la gente.

Es necesario que todos sepan que una persona diferente no es menos que ellos, y que merecen respeto, aceptación y cariño.

Lucha por un mundo sin diferencias ni crueldad. Apoya la causa del autismo.